

Selecta

Cristina Rodríguez Trueba

*Sucedió en
Zamora*

Sucedió en Zamora

María Cristina Rodríguez Trueba

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Capítulo 1

—¡El agua está muy fría! —La modelo deja escapar un chillido de niña pequeña—. ¿No se podría mezclar con agua caliente?

—Eso ya deberías saberlo, bonita. No es la primera vez que trabajas para mí —le responde el fotógrafo sin dejar de moverse para encontrar el ángulo perfecto—. El agua caliente no es buena para hacer fotos de chicas en bikini porque los pechos se relajan, los pezones se duermen y la revista no alcanzará las ventas deseadas.

Me siento en una silla de playa que ha utilizado la anterior modelo. La mulata de labios gruesos tampoco ha tenido suerte. Lorenzo quería simular que sudaba bajo un sol abrasador y un chico oriental lleno de tatuajes le ha pulverizado el cuerpo, mientras ella abría la boca conteniendo los gritos para no disgustar al fotógrafo.

—Demasiado brillo en los labios.

La maquilladora se acerca corriendo para retocar a la chica. Lorenzo aprovecha esta parada para descansar los brazos.

—Quiero más mechones sueltos.

La modelo se queda muy quieta. Ahora tiene a dos personas que la acicalan y sabe que no debe pestañear de nuevo hasta que se retiren.

—Los hombres que pasan por delante del quiosco cada mañana, camino de su trabajo, necesitan un estímulo para detenerse y meter la mano en el bolsillo buscando el billete de cinco dólares. La revista tiene que susurrar a ese muchacho de Arkansas que ha venido a Nueva York buscando el sueño americano y trabaja doce horas diarias. Alguien que llegará a su apartamento y cenará solo delante de la televisión una bandeja de comida precocinada, que la mitad de las veces no terminará porque estará tan cansado que se quedará dormido en el sofá. «Cómprame — escuchará—. Soy tu revista, esa con la que te vas a meter al baño para relajarte después de adquirir y vender acciones a grito pelado en la bolsa».

Lorenzo acaricia su cámara de fotos. Habla sin dejar de caminar, no mira a nadie, pero se dirige a todos. Tomando un botellín de agua, bebe y deja el estudio en completo silencio durante cinco segundos. Se seca la boca con un gesto masculino y reanuda su discurso.

—El ejecutivo que tiene mujer, dos hijos con ortodoncias, un golden retriever, y vive en un

barrio residencial, a una hora de distancia de la Gran Manzana. Tiene una casa con jardín, piscina, cinco habitaciones, cocina de concepto abierto y su refugio en el sótano. Es la habitación del guerrero, donde se reúne con sus amigos delante de una televisión de cien pulgadas. Ese también escuchará: «Méteme en tu maletín. No me toques hasta que regreses a casa en el tren de las seis y cuarto. Solo entonces pasarás mis hojas despacio y observarás mis fotos». Los miércoles los chicos tienen entrenamiento de natación y no llegarán hasta las ocho. Su mujer estará en casa preparando la cena. La revista le dirá: «Entra directamente a la cocina, deja caer el maletín, besa a tu mujer en el cuello. Se dará media vuelta sorprendida porque hace mucho tiempo que no lo haces. Entonces, aprovecharás ese momento de desconcierto para llevarla en volandas hasta la mesa donde, animado por mis páginas llenas de imágenes de chicas con escuetos bikinis y pezones duros, echaréis un polvo apoteósico que os dejará sonriendo como tontos el resto del día».

Todos asienten como si Lorenzo acabase de hacerles una revelación que cambiará sus vidas. Sonríe moviendo condescendiente la cabeza a ambos lados. Ocho meses viviendo con Lorenzo contienen suficientes días, horas y minutos para memorizar sus frases estrella, las que tantas veces he escuchado en las reuniones de trabajo, en nuestras cenas de amigos y cuando estamos solos después de un largo y agotador día de trabajo e intercambiamos impresiones. ¡No soporto sus discursos! Últimamente, me pregunto por qué continuamos juntos.

No puede verme, no es bueno interrumpir cuando está creando y todavía hay dos modelos vestidas con diminutos conjuntos de dos piezas esperando. Me relajo deslizándome hasta encontrar una postura cómoda y recuerdo...

Nos conocimos en Florida. ¡Aquel sí que fue un viaje extraño! Yo había empezado a trabajar en mi actual empresa hacía pocos días y mi jefe había requerido mi presencia en ese viaje como su ayudante personal. Llevaba cuatro años viviendo en Estados Unidos, trabajando siempre en la industria de la moda, y nunca me habían pedido que me desplazase para contemplar una sesión de fotos.

Mi especialidad son las ventas internacionales y no necesito ver cómo las modelos posan con los bikinis para exportarlos a tiendas de lujo de los cinco continentes. A algunos compradores les gusta observar las sesiones fotográficas. En mi anterior empleo los había acompañado un par de veces. Ellos querían ver carne debajo de los bikinis y yo aprovechaba para resolver cualquier duda sobre cuestiones financieras que pudieran plantear.

En esa ocasión nadie excepto nosotros, como representantes de la empresa que los elabora, estaría presente. No me imaginaba qué tipo de ayuda podría necesitar mi jefe cuando él mismo conocía todos los datos tan bien o mejor que yo. Tuve un mal presentimiento y a punto estuve de mostrar mi desacuerdo con mi superior. Me mordí la lengua, había trabajado duramente para entrar en esa empresa y no pensaba estropearlo quejándome por tener que pasar dos días en Florida.

Mi jefe era un hombre de mediana edad. Educado y tranquilo, tenía en su despacho una foto de su mujer y otra de sus tres hijas. Cuando me le presentaron mantuvo su mirada en mis ojos y eso me dio tranquilidad.

Siempre fui una niña muy alta y cuando mi cuerpo, que hasta los doce años solo había conocido rectas, empezó a cambiar, se encaprichó de las curvas y me dejó unos hermosos pechos y unas caderas de mujer latina que poco tenían que ver con mi pelo rubio y mis ojos verdes.

Mi madre ha sido y es una mujer preciosa. «La Sofía Loren» la llaman donde vivimos, el barrio de Bilbao. Con diecisiete años tuvo un corto romance con el profesor de inglés de la academia a la se había apuntado para mejorar su nivel. El color de mis ojos y el de mi pelo le recordaron durante mucho tiempo que los errores se pagan caro y se mantuvo alejada de los hombres hasta hace seis años. Desde entonces es feliz compartiendo su vida con Armando y yo lo soy por verla a ella sonreír.

«Cuerpo de pecadora y cara angelical». He escuchado esa estúpida frase u otras similares desde que me puse mi primer sujetador. Recibir cumplidos y piropos cuando tienes quince años y la cabeza llena de pajaritos no era bueno, me confundían y llegaron a hacerme dudar sobre cuál era el camino que quería recorrer. Ver a mi madre trabajar duramente seis días a la semana para que ni ella ni yo fuéramos una carga para mis abuelos me recordaba constantemente que la belleza es algo efímero. Dentro de pocos años los hombres dejarían de mirarme porque siempre habría otra chica más joven que yo a quien piroppear.

La mente no se arruga con el paso de los años y decidí estudiar, cuidar esa parte de mi cuerpo que solo quien me llega a conocer alaba y que hace que dejen de mirarme como si solo fuera carne y hueso en la proporción deseada.

Mi nuevo jefe parecía uno de estos inofensivos varones, alguien que me miraba como a un ser humano y no como a un instrumento para satisfacer sus necesidades. Solía hablarme de las buenas notas que obtenían sus hijas, de las trastadas de su vecino, de los maravillosos postres que hacía su mujer todos los sábados. Parecía un padre preocupado y un marido atento y enamorado.

El trayecto en avión hasta Miami fue realmente extraño. Los dos sentados y en silencio durante horas. De vez en cuando una mirada de mi jefe y vuelta a los papeles durante otra media hora. Yo no había encontrado ningún destello libidinoso en sus ojos, pero siempre hay un tipo nuevo, alguien cuyos gestos no sabes interpretar, una persona hermética que puede estar pensando en asarte a fuego lento para cenarte tranquilamente viendo un partido de baloncesto mientras te habla de los grandes beneficios que se obtienen si se invierte comprando oro.

Que él quisiera presenciar cómo les sentaban nuestras prendas a modelos sonrientes que juegan con las olas me pareció normal, aunque no tuviese necesidad de hacerlo para realizar su trabajo. Es un hombre y a nadie le amarga un dulce, pero que yo lo acompañase era demasiado raro. Ahí había gato encerrado y solo hacía falta encontrar la puerta para dejarlo salir.

Llegamos al hotel a las once de la noche y nos alojaron en habitaciones contiguas. No estaban comunicadas, ese detalle no me tranquilizó. Hubiera sido demasiado obvio, por lo que me mantuve alerta. No quería perder el trabajo. Estar dentro de aquella empresa había sido mi objetivo desde que aterrizó el avión que había tomado en Madrid, pero nunca me acostaría con nadie para mantener mi puesto.

Dormí fatal, atenta a cualquier ruido, preparando mis respuestas ante sus posibles intentos de seducción. A la mañana siguiente nos encontramos en el *buffet* del desayuno. Su triste saludo me desconcertó aún más.

El hotel estaba frente a la playa donde se tomarían las fotos. Después de intercambiar dos frases de relleno sobre el buen tiempo que hacía, salimos buscando la ubicación de la sesión fotográfica: él, sudando porque el sol calentaba con fuerza (y un traje no es la ropa más adecuada para soportar altas temperaturas) y yo, caminando de puntillas para que el tacón de mis zapatos no se clavase en la arena.

Las sombrillas que cubrían el material y la zona donde retocaban a las chicas me pareció un lugar estupendo donde quedarme quieta para mirar porque allí no podíamos hacer nada más. Mi jefe también debió pensar lo mismo. Debajo de la tela azul permanecimos mientras las modelos entraban y salían del agua poniendo morritos en posturas artificiales.

Mi jefe tenía la mirada ausente, su ceño estaba fruncido y parecía encontrarse a miles de kilómetros de distancia. Sin nada que me distrajera me dediqué a observar a las modelos, que parecían niñas. El fotógrafo era Lorenzo, un profesional con bastante prestigio que trabajaba por primera vez para la empresa y a quien yo no podía ver la cara.

«¡Juega conmigo!, ¡sedúceme!», les decía mientras sacaba cientos de instantáneas que luego examinaría con calma para elegir las adecuadas. Las muchachas sabían hacer su trabajo y se contorsionaban delante del objetivo en posturas que yo solo había visto en los campeonatos de gimnasia rítmica que emitían en la televisión. ¡Menuda elasticidad! Las caderas casi inexistentes de la chica lituana aparecían en cada movimiento. Sus pechos de adolescente llegaban a parecerse a los míos gracias al truco de abrazarse a sí misma con fuerza dejando libre la zona del escote.

Contemplando a aquellas modelos con cara añorada recordé lo que ya había rondado mi cabeza cada vez que veía una portada de una revista de moda: a muchos hombres les gustan las mujeres que parecen crías, a casi todas las mujeres nos gustan los hombres que parecen hombres. Las fotos de Lorenzo rellenarían hojas de una revista que ojearían miles de hombres. Unos cuantos tendrían fantasías mirando las inocentes miradas de las modelos que saben muy bien cómo transmitir en un solo gesto que su exterior dulce y angelical esconde una diosa en la cama.

Eso no sucede cuando se trata de buscar un cuerpo que luzca bañadores para hombres. En ellos se busca la masculinidad clara, un chico en bañador tiene que ser fuerte y viril. Un muchacho que pareciera escogido de una clase de primero de bachiller no podría salir del agua como si

fuera un adonis.

Cuando yo tenía dieciséis años los chicos que me gustaban superaban los dieciocho. No estaba interesada en mis compañeros de clase, que cuando llevaban dos horas en el instituto comenzaban a impregnar las aulas de ese olor a sudor adolescente y dulce tan poco atractivo para mi sentido del olfato.

A mí me gustaban los chicos que tenían una barba uniforme y voz grave. Mi vecino Markel, con tres pelos en la barbilla, cinco en el bigote y dos en las mejillas, no me atraía, pero me persiguió durante meses. Yo creo que espiaba por la mirilla de la puerta de la casa de sus padres. Que saliera tantas veces en el momento en que yo también lo hacía era demasiada coincidencia.

Fue en aquella época cuando tomé la costumbre de subir y bajar andando. Mi madre y yo vivíamos en la sexta planta y montarme en el ascensor con Markel era peligroso. Los olores de su desodorante, de la colonia, en la cual parecía sumergirse, y del sudor que comenzaba a brotarle en cuanto me veía hacían una mezcla letal que me provocaba mareos y dolor de cabeza.

Cuando venía cargada de bolsas de la compra a casa esperaba el ascensor rezando para no verlo aparecer en el portal. Cuando mis plegarias no eran atendidas recurría al plan de supervivencia: aguantar la respiración desde que entraba en la cabina hasta que cerraba la puerta de casa. Se le salían los ojos de las órbitas cuando hinchaba mi pecho para contener el aire.

Se marchó a California para cursar el último año de instituto. Entonces, el portal y la caja de escaleras recuperaron su olor natural, mezcla de los alimentos cocinados en cada vivienda y del limpiasuelos olor a pino que usaba la señora del primer piso, que se encargaba de limpiar a cambio de perdonarle su cuota de comunidad.

Las modelos continuaban retozando en la orilla, sonriendo a la cámara de Lorenzo. Observé a mi jefe: tenía la mirada fija en algún punto del océano Atlántico. De vez en cuando movía la cabeza a ambos lados apretando los labios. Ese hombre tenía un problema y yo también tendría otro bien gordo si mi cuerpo formaba parte del guion que diseñaba en esos momentos en su cabeza.

La llegada de Lorenzo lo sacó de su ensimismamiento. Nos presentaron y no me disgustó lo que vi. Lorenzo se había vestido para estar cómodo mientras trabajaba en la playa. El bañador rojo de surf y la camiseta blanca resaltaban su piel morena y su musculoso cuerpo. Su mano estaba caliente. Sentí cómo sus ojos me recorrían detenidamente hasta quedarse observando los míos, como si no existiera nada más en el mundo que él y yo.

—¿Modelo?

—No.

—Si te sacase tres o cuatro fotos, todas las agencias te ofrecerían trabajo inmediatamente.

—Gracias, pero ya tengo trabajo.

—Es mi ayudante personal —le aclaró mi jefe, que parecía haber recuperado la compostura.

—Una mujer bella e inteligente.

Lorenzo tomó mi mano, la acercó a sus bonitos labios y me regaló un suave beso. Sus ojos no dejaban de mirarme y a mí comenzó a acelerárseme la respiración. Mi mejor amiga, que vivía en Barcelona, había comenzado a salir con un chico. Me escribía a menudo contándome lo maravilloso que era, la emoción que sentía cada vez que se citaban para disfrutar de unas horas juntos. Es correctora de textos en un periódico y sabe utilizar las palabras adecuadas para transmitir lo que siente. Yo también quería tener esas sensaciones, amar incondicionalmente, encontrar un hombre en quien confiar, alguien en cuyos brazos sentir que mi vida estaba completa.

Una de las modelos rompió ese momento preguntando si podía salir del agua. Nos despedimos y Lorenzo aprovechó que mi jefe ya se había girado y caminaba hacia el hotel para guiñarme un ojo.

Al llegar a nuestras habitaciones le pregunté qué haríamos durante el resto del día. Nuestro avión salía a las nueve y media del día siguiente, no sabía qué esperaba que hiciera hasta entonces. Murmuró que cuando me necesitase me localizaría a través del móvil y se metió en su habitación agitando nuevamente la cabeza.

No podía irme muy lejos, así que bajé a comer una ensalada. Subí de nuevo a mi habitación, donde pasé la tarde tumbada en el sofá, cambiando canales sin cesar con el mando de la tele y recordando la mirada de Lorenzo y el calor de su piel. Nuestro encuentro había sido tan breve que no había tenido tiempo de sacar conclusiones sobre lo que me parecía como hombre. Era guapo y atractivo, pero ¿lo era para mí?

A las siete y media sonó mi teléfono. Ya me había relajado al creermelo libre de un posible encuentro de carácter no profesional. Que mi jefe me sugiriera cenar juntos hizo que saltasen todas mis alarmas. Busqué la ropa más recatada que tenía, me puse zapatos planos, recogí mi pelo en una coleta y temblando bajé al bar del hotel, donde mi jefe me esperaba tomándose un *whisky* doble.

Me sonrió lastimeramente, cogió su vaso y me cedió el paso hasta el restaurante, donde el *maitre* nos situó en la mesa más discreta que había en la sala. Aquello estaba tomando muy mala forma y me preparé para rechazar su asalto de la manera más sutil posible.

¡Menuda noche me hizo pasar el pobre hombre! Después de varias copas de vino tinto el misterio quedó resuelto. Había contratado a un detective privado para que vigilase a su mujer. Le había confirmado que tenía un amante con el cual se reunía todos los jueves al mediodía. El primer impulso de mi jefe había sido pagarle con la misma moneda, tratar de llevarme al huerto para vengarse.

El viaje había sido la excusa perfecta, pero todo se había complicado cuando había recibido el sobre con las pruebas gráficas de la infidelidad. Sin atreverse a abrirlo lo había metido en el maletín del trabajo. Todo el tiempo que yo había dedicado a pasar de un canal de televisión a otro él lo había usado para reunir valor para rasgar el papel y sacar las fotos en donde uno de sus mejores amigos, dentista de profesión, estaba haciéndole una exhaustiva revisión de los molares a su mujer con la lengua.

Había sentido ganas de matarla mientras miraba las fotos, hasta que se detuvo en una: su mujer estaba en brazos de su amante. No estaban besándose, él la abrazaba con fuerza y ella parecía que miraba el objetivo. Estaba feliz, hacía años que mi jefe no veía esa sonrisa en su mujer. Recordó el último día, cuando nació su hija pequeña. Nunca más había sonreído de esa manera para él y toda su rabia se convirtió en dolor.

Había vaciado todos los botellines de alcohol del minibar de su habitación para olvidar esa mirada y, apoyado en la barra del bar, añadido tres *whiskies* dobles a lo que flotaba en su estómago. Le retiré su copa de vino y lo obligué a cenar para suavizar los efectos que la mezcla de bebidas con altísima graduación alcohólica estaba provocando en su cerebro. Me concentré para intentar entender sus balbuceantes respuestas durante un rato, pero su congoja aumentaba por segundos por lo que opté por levantarme y llamar al camarero para pagar la cuenta.

Mi jefe estaba borracho, aunque no tanto como para dejar de ser un caballero sureño. Consiguí que el responsable del restaurante entendiera su número de habitación para que se lo anotasen en su cuenta. Aproveché que tenía que volver con la factura para preguntar dónde podría comprar pañuelos de papel. La tienda del hotel estaba cerrada. Mi jefe se pasaba la manga de su chaqueta por la nariz y yo tenía un pequeño paquete con dos pañuelitos que no iban a soportar más que un sonado, así que entré en el baño, cogí un rollo de papel higiénico, que escondí entre mis ropas como pude, y salimos hacia la playa buscando un lugar discreto donde pasear.

Los primeros minutos traté de seguir la conversación. Quería entender lo que me estaba contando, que supiera que me importaba su dolor. Apenas lo conocía, pero me daba pena verlo sollozar, echarse la culpa porque quizá había estado demasiado ocupado trabajando y no había sido el marido que su mujer necesitaba.

Le iba pasando trocitos de papel y me los devolvía chorreando, lo cual me producía bastante asco. Encontré la solución metiéndolos en una bolsa de patatas fritas vacía que algún desconsiderado había tirado al suelo. Empezó contándome cómo se habían conocido. Lo hacía tan detalladamente que, después de un cuarto de hora y cuando todavía estábamos en el primer trimestre de nuestro equivalente a primero de bachiller, desconecté.

Era un monólogo, yo no tenía que intervenir. De vez en cuando retenía alguna palabra («baile de fin de curso», «animadora de baloncesto», «clase de Biología»...) para tener datos a los que recurrir en el difícil supuesto de que me preguntase al día siguiente por aquellos instantes.

Tener a mi lado a una persona triste y llorosa que se lamentaba de que su vida no tendría sentido si la familia se rompía me estaba comenzando a angustiar. Traté de darle a mi cerebro algo alegre en que pensar para contrarrestar tanto infortunio. La mirada de Lorenzo se coló en mi mente entre sollozos y sonados de mocos. Me sonreía mientras besaba mi mano.

Caminamos hasta que la playa se terminó. Regresamos con el embarazo y el nacimiento de cada una de sus tres hijas, y el rollo de papel higiénico casi agotado. A mi jefe tampoco le podía quedar mucho líquido por expulsar. Efectivamente, al acercarnos de nuevo al hotel, sus llantos fueron cesando para ser sustituidos por unos hipidos, ridículos para un hombre de su tamaño.

Tiré a la papelera la bolsa rebosante de papel empapado de mucosidad y el cartón del rollo de papel higiénico. Agarré del brazo al pobre hombre rogándole que se levantara de las tumbonas de la playa antes de que se quedase dormido. En el pasillo me abrazó. Lo hizo con tanta fuerza que una de las varillas del sujetador se dobló y rasgó la tela de mi blusa. Abrí la puerta de su habitación, eché la colcha y la sábana hacia atrás. Él se dejó caer para hacerse un ovillo y se quedó dormido como un bebé. Lo tapé y salí.

Eran las doce y diez. Nuestro taxi nos esperaba a las ocho de la mañana. Tendría que estar lista una hora antes para despertarlo y hacer que se duchase para regresar a Nueva York con una imagen aceptable. Yo sí que necesitaba una ducha urgentemente, para que el desagüe se llevase los mocos que tenía en las manos y seguramente en el resto del cuerpo. Me apoyé en la pared y dejé que el agua me trajera de nuevo la mirada de Lorenzo. Me metí en la cama pensando que las tres últimas horas habían tenido su puntillo.

A la mañana siguiente toqué su puerta suavemente y esperé. Volví a golpear con mis nudillos con más fuerza, rezando por que se oyeran unos pasos que se acercaran a la puerta. A punto de hacer un último intento, mi jefe abrió vestido con la misma ropa con la que lo había dejado durmiendo en la cama.

—¿Qué hora es, Marina?

—Las siete y cuarto —dije consultando mi reloj, aunque acababa de revisar la hora antes de salir de mi habitación. Me sentía violenta mirando sus oscuras ojeras. No sabía si debía hablar de temas personales o fingir que nada había sucedido.

—Gracias por despertarme.

—De nada. Nuestro taxi llegará a las ocho. Voy a bajar a tomar un café. ¿Deseas que te pida uno?

—No, gracias. Nos veremos a las ocho en recepción.

—Muy bien. Hasta luego.

Cerró la puerta mirando hacia el suelo y entré en la cafetería aliviada por haber roto el hielo.

Yo no había hecho nada malo y creía haberme comportado correctamente, teniendo en cuenta las circunstancias, pero todavía me sentía nerviosa ante las cuatro horas de viaje que tendríamos que realizar juntos.

—Marina, quiero disculparme —me dijo después de permanecer en silencio la primera media hora del trayecto—. Me avergüenzo de mi comportamiento.

—No hay razón para hacerlo.

—Yo creo que sí. Agradezco tu comprensión y quisiera pedirte un último favor.

—¿Cuál?

—Que trataras de olvidarlo. Me gustaría que nunca más hablásemos de lo que sucedió anoche.

—Ya está olvidado. —Le sonreí porque sentía empatía. Era un hombre herido y todos deberíamos poder contar con la ayuda de otro ser humano cuando la vida nos da una patada.

—Gracias. No lo olvidaré.

Y no lo hizo. Durante meses dedicó cada oportunidad para enseñarme los entresijos de la empresa. Yo, deseosa de aprender lo que la facultad no puede revelarte, aproveché muy bien sus consejos.

Lorenzo me llamó tres semanas después de habernos conocido en Florida. Había estado fuera del país trabajando y se había acordado mucho de mí. Yo también había pensado en él, aunque no demasiado, porque no sabía si era heterosexual, si tenía pareja o si estaba interesado en mí.

Además, había algo que no quería reconocer, pero que había retenido mis pies en el suelo cada vez que había empezado a fantasear con el definido cuerpo de Lorenzo: los dos teníamos contacto con el mundo de la moda. Yo pasaba las horas metida en un despacho y él lo hacía rodeado de mujeres bellas.

Mi vocecita interior me pedía que me olvidara de él. Yo era una mujer tradicional, fiel, y mi pareja también debía serlo para que la relación funcionase. Yo opuse resistencia los primeros días. Lorenzo tiene, como diría mi abuela, un piquito de oro. Me fue enredando con su verborrea argentina tan musical y solamente cuando colgué el teléfono me di cuenta de que había aceptado comer con él al día siguiente en un restaurante cerca de mi trabajo.

—¡Hola, bella! ¡Qué sorpresa!

—Espero que no te moleste que haya venido para ver tu trabajo. —Me levanto con toda la elegancia que me permite la silla de playa—. Tenía una reunión cerca y al terminar he decidido entrar. Tengo un par de horas libres. Podríamos ir a comer juntos a esa pizzería que tanto te gusta. Está muy cerca del estudio.

—Me gusta que me observes. —Lorenzo es capaz de darle un tono sexual incluso a las

noticias sobre el precio del petróleo—. ¿Nos vemos dentro de media hora en el restaurante? Las chicas tienen que cambiarse una vez más y quisiera enviar algunas fotos al cliente para que me dé su opinión.

—Me parece perfecto. Aprovecharé para entrar en la perfumería para saludar a mi amiga Mary.

Saboreando un posesivo beso acompañado de una palmadita en el culo, salgo sonriendo. Las primeras gotas de un chaparrón hacen que recuerde que me he dejado la gabardina, por lo que vuelvo a entrar intentando recordar dónde la he podido dejar posada.

Llovía cuando me bajé del taxi. La prenda goteaba y la dejé sobre una mesa para que escurriese el agua. Ya la veo, se ha debido de caer y ahora está debajo de los ordenadores. Me agacho, pero no sale. Se ha quedado enganchada entre la maraña de cables que oculta el suelo.

Me arrodillo y meto medio cuerpo debajo de la mesa para rescatar mi gabardina sin que se desgarré la tela o tire al suelo el contenido de la mesa. Entonces escucho a las maquilladoras nombrar a Lorenzo. Me quedo quieta porque intuyo que debo saber lo que van a comentar y está claro que no me están viendo.

—Lorenzo siempre tiene mucha suerte.

—¡Ya te digo! Cuando su novia ha entrado él acababa de sobarle las tetas a la que lleva el bikini de lunares sin ningún tipo de disimulo. En cuanto la rubia se ha marchado, la modelo se ha ido corriendo hacia los camerinos y él ha salido detrás siguiéndola como un perrito.

—¡Yo solo he estado fuera dos minutos! Habrá entrado para darle alguna indicación a la chica. ¡Serán cotillas!

—La última vez que estuvo trabajando aquí había una modelo brasileña monísima. En el cuarto donde se guardan los decorados terminaron los dos. Durante la sesión de fotos ella coqueteó descaradamente con él. Él parecía un felino que rodeaba a su presa. Cuando se metieron en la habitación estaban los dos tan salidos que olvidaron que había gente en el estudio. Aquello parecía el sonido de una película porno.

—Yo estaba de vacaciones, pero alguna vez ya le he oído su rugido de león.

¡Jod...! Lo hace, pero muchos hombres harán algún tipo de ruido cuando tienen un orgasmo, digo yo. Podría haber sido cualquiera, el de iluminación, los del *catering*.... ¿Vieron realmente a Lorenzo entrar a ese almacén? Pudo hacerlo, pero a buscar algo para que la modelo lo usase: una pelota, un libro, un timón de barco... ¡Yo qué sé!

—¡Cómo sería que, cuando llegué a casa, mi churri también entraba en ese momento y no lo dejé ni quitarse la chaqueta! Lo asalté en el salón y allí nos quedamos.

—¡Ja, ja, ja! Entonces, tuve suerte al no escucharlo. Clark está de maniobras en el Pacífico y

no regresará hasta dentro de mes y medio.

—¡Mujer, tienes a Clark 2!

—Agradezco mucho que me regalases un consolador, pero no es lo mismo. He probado varias veces y me deja casi peor de lo que estaba.

Las maquilladoras se alejan. Salgo con mi gabardina despacio para no hacer ruido. Una modelo pelirroja está echándose agua con una minúscula regadera azul. La peluquera está colocando su ondulada melena, no encuentro a Lorenzo.

Camino rápido sin dejar a mi cabeza pensar. Doblo la esquina y la lluvia, que me golpea la cara, facilita que despierte de golpe. ¿Lorenzo lo hace con todas? Nunca he notado nada, siempre es apasionado en la cama. Si fuera por él, lo practicaríamos varias veces todos los días, es incansable.

¿Me habrán visto las maquilladoras y han dicho mentiras para reírse de mí? Lo dudo, no las conozco, no les he causado daño alguno. Habría que ser muy cruel para decir que es infiel y de manera continuada, sabiendo que con ello nuestra relación se rompería.

Estoy temblando. En estas condiciones no puedo acudir a comer con Lorenzo. Necesito pensar, dejar pasar el tiempo, calmarme antes de volver a tenerlo frente a mí. Saco mi teléfono móvil y le escribo una disculpa.

Marina: «Me ha surgido una reunión urgente y no voy a poder salir a comer.

Lo siento, a la noche nos veremos».

Me alejo buscando un lugar donde no pueda encontrarme. Un centro comercial es el elegido. Lorenzo los odia, y este vende bañadores y bikinis, así que, si alguien me viera y se lo chivase, siempre podría decir que estaba observando comportamientos de las compradoras para aumentar nuestras ventas.

A estas horas hay pocas personas que estén comprando. La mayoría está paseando por los pasillos porque fuera está lloviendo con ganas. Las dependientas lo intuyen, por lo que no hay nadie que me moleste para pensar en lo que acabo de escuchar.

Ellas no han visto nada, han oído gemidos. Lorenzo se ha metido en el camerino de las modelos. Yo también lo he hecho en una ocasión para entregar un bikini que acababa de salir de producción y que la empresa quería que se incluyera en el catálogo. Salir con Lorenzo ha hecho que en bastantes ocasiones participe de una manera u otra en las sesiones, aunque mi departamento gestione las ventas internacionales.

¿Y si no eran gemidos sexuales? Los estudios donde se toman las fotografías son espacios grandes. Sus techos son altos y suele haber bastantes personas que entran y salen. El ruido podría tener otra explicación. Lorenzo es muy atractivo y camelador. Es cariñoso con hombres y mujeres

de todas las edades. A sus sobrinas de tres y cinco años las trata con dulzura, y a su tía abuela Filippa la abraza y la besa cada vez que vamos a visitarla a su casa de Brooklyn.

Cuando regresé de mi viaje a Miami con mi jefe, también escuché varias sandeces sobre lo que habíamos estado haciendo los dos. ¡Yo estuve consolando a un hombre lloroso que no paraba de sonarse los mocos con papel higiénico y los del trabajo imaginaban un encuentro sexual tórrido! No voy a hacer caso a esas dos cotillas. Lorenzo nunca me ha dado motivos. Esas dos tienen envidia y mucho tiempo libre.

Regreso al trabajo más tranquila, aunque la espinita continúa clavada en mi garganta. Necesito tener la mente ocupada hasta que pueda mirar a Lorenzo a los ojos y me tranquilice lo que descubra en ellos. ¡Deseo concedido! Aunque no es lo que yo hubiera elegido para olvidar la escena del estudio. Me acaban de dar una mala noticia y eso hace que aparque momentáneamente mi disgusto.

Mi jefe se marcha, deja la empresa por motivos personales. Aunque nunca más volvimos a hablar de su mujer no fue necesario para confirmar que el daño continuaba. Cuando lo conocí era un hombre que siempre tenía una sonrisa preparada y una palabra amable para todo el mundo. Estos meses he visto cómo se ha ido haciendo más hermético, con el ceño siempre fruncido cuando está solo y la cabeza inclinada mirando al suelo cuando se mueve por la oficina.

El lunes ocupará su despacho una mujer cuyo nombre me suena, y no por haber escuchado nada bonito sobre ella. Me cuentan en el Departamento de Publicidad que tiene fama de mujer ambiciosa y poco escrupulosa. Me compadecen y yo pienso que hoy está siendo un día horrible y todavía podrían suceder cosas peores.

Dicen que no hay dos sin tres. Esta frase resume perfectamente mi situación. Paso las horas colgada al teléfono, tratando con nuestros intermediarios en Europa. Van desgranando todos los problemas que tienen y que esperan que yo resuelva agitando mi varita mágica. Si la tuviese, borraría de mi mente la conversación de esas dos arpías. Y eliminaría la infidelidad de la mujer de mi jefe para que no se fuera, porque estoy convencida de que esa es la causa de su renuncia.

¡Qué tonterías! Si tuviese una varita mágica montaría mi propia empresa, una que me permitiera trabajar desde casa. Viviría en una isla paradisíaca, mi habitación tendría una gran ventana con vistas al mar azul. Las palmeras crecerían al borde de la playa y podría tumbarme en una hamaca que colgaría entre dos troncos. Como este es mi sueño y todo es posible, los cocos de mis palmeras solo caerían cuando yo no estuviera debajo.

Y, ya puesta a amueblar mi vida ideal, construiría una casa para mi madre y para Armando. Y también tendrían su espacio mis abuelos. Echo de menos a mi familia. Intento que nos veamos al menos dos veces al año, pero me gustaría que pudiéramos estar juntos varios días al mes. ¡Qué curioso! Lorenzo no aparece en mi sueño. ¿Por qué será?

Tendría una cocinera que cocinaría igual que mi abuela. Añoro sus garbanzos con sopa y las croquetas de bacalao. Babeo pensando en esos platos. ¡Ummm, el arroz con leche de mi madre! He llegado a traer en la maleta la misma marca de arroz. La leche en Estados Unidos es buena y no he notado diferencia entre el azúcar que venden en España y el que se puede comprar en los supermercados de Manhattan, pero debo ser muy torpe o tener una cazuela inapropiada. Aunque me quedo cuchara de madera en mano pegada al fuego, removiendo durante media hora el arroz, termina siempre pegándose al fondo. El olor a leche chamuscada se esparce por el apartamento y durante horas me recuerda mi fracaso, haciendo que me sienta de muy mala leche (y nunca mejor dicho) y acabe comiéndome la tableta de chocolate a mordiscos para aplacar el antojo de sentir algo dulce.

Una llamada desde París destruye este momento y hace que tenga que volver a concentrarme en mi mundo real. La sensación agrídulce, que había conseguido anular echándole azúcar y removiendo con mi varita mágica, regresa y, aunque la conversación de trabajo me obliga a concentrarme, el cinco por ciento de mis neuronas continúan alimentando mis dudas sobre la fidelidad de Lorenzo.

—Hola, *amore*. Estoy preparando una nueva receta de pasta.

—¡Qué bien! Voy a darme una ducha.

—¿Mal día, *amore*?

¿Por qué de repente tanto «*amore*»? Me parece muy sospechoso. Lorenzo utiliza muy a menudo esta palabra para llamarme, y siempre me ha hecho sentir especial.

—Sí, mi jefe deja la empresa.

—Lo siento. —Me da un ligero beso en los labios y me pasa una copa de vino tinto, que como siempre simulo beber para no despreciar su gesto.

—Y yo. Le tengo aprecio, nos entendemos muy bien y hace fácil mi trabajo.

—¿Y ya sabes quién va a ocupar su puesto?

—Una mujer, y no he oído a nadie hablar bien de ella.

—Quizá sean exageraciones.

—Quizá... Voy a ducharme.

—Claro, *amore*, relájate. Te avisaré cuando la cena esté lista.

—Gracias. —Me guiña un ojo y le respondo con una mueca porque he olvidado cómo sonreír sin ganas.

Ducharse es un acto mecánico que deja libre la mente. Estoy juzgando a Lorenzo por los cotilleos infundados de dos mujeres que deberían estar atentas a su trabajo y no a las idas y

venidas del fotógrafo.

¿He dudado alguna vez? «¡Sé sincera por una vez, Marina! —me grita una vocecilla desde algún rincón de mi cerebro—. Piensa bien lo que vas a decir antes de contestar. ¡Está bien! Es el momento, no puedo esquivar durante más tiempo a mi subconsciente. He dudado, lo confieso, he visto demasiada familiaridad con algunas modelos. ¡Vale! Con bastantes».

—La pasta estaba deliciosa. —Lorenzo se ha esforzado y eso también me hace dudar.

—Gracias. Me ha pasado la receta mi prima.

—¿La que vive en Nápoles? —Trato de conversar normalmente.

—Sí.

—Felicítala de mi parte porque me ha encantado.

—Es uno de los nuevos platos que hay en su carta, uno de los más demandados por los comensales que acuden a su restaurante.

—No me extraña.

—Ve a lavarte los dientes, yo recogeré. Espérame en el sofá, necesitas un masaje.

Me mira dulcemente y siento remordimientos. No deberían haberme afectado los comentarios sobre Lorenzo. Todo hombre es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Me quedo dormida en el sofá sintiendo las manos de Lorenzo en mis pies. Me levanto con los ojos cerrados. Lorenzo me guía hasta la cama, me tapa y me deja sola durante unos instantes. Cuando estoy a punto de perder la consciencia noto cómo se tumba a mi lado y me rodea con sus fuertes brazos. Entierro definitivamente la inoportuna conversación que tan mala tarde me ha causado. Soy una mujer feliz al lado de mi chico y no quiero que nada cambie.

¿Desear intensamente algo lo convierte en realidad? Sueño que estoy en una playa, arrodillada con una pala en una mano, cavando un agujero para enterrar algo. Lo cubro con arena, pero nunca es suficiente, siempre queda la marca. Me despierto sabiendo que nada será igual, porque yo siempre sabré donde lo escondí.

Capítulo 2

¡Esta mujer es un demonio! Los que hablaron mal de ella se quedaron cortos. La han apodado la Mantis y me parece que le va como anillo al dedo. Nos trata a todos como si fuéramos ácaros insignificantes. Cuatro semanas trabajando a su lado y se ha convertido por méritos propios en la persona a quien más odio del mundo. De hecho, es la única a la que deseo que le sucedan cosas horribles: que le crezca una almorra del tamaño de una nuez de California, que le dé reacción el tinte caoba de su melena y se le caiga todo el cabello, que coma algún alimento que le cause alergia y se llene de granos purulentos... Mi lista es interminable.

Ha llegado cortando cabezas y nos escondemos a su paso para que no se fije en nosotros. Ahora está hablando por teléfono, y ni realizando esa labor su cara deja de sonreír maléficamente. La observo y no encuentro razones para que los hombres se giren a su paso cuando camina por la acera. Les excitará su maldad porque no es guapa, ni siquiera es una mujer del montón. Sus ojos están demasiado separados y su boca es muy grande. Parece carne cedida. ¿Qué habrá hecho para tenerla así?

Está extremadamente delgada y sus dedos son huesos recubiertos de una fina capa de piel. Cuando me habla tiene la costumbre de enfatizar sus palabras moviendo las manos. Si sus dedos me parecen desagradables, mirar sus uñas me pone la piel de gallina. Las lleva demasiado largas, siempre pintadas en tono rojo intenso, y su terminación es cuadrada.

A mí me gustan los hombres, nunca he sentido ningún tipo de excitación por una mujer. De hecho, no es algo en lo que piense a menudo. Hay millones de hombres y millones de mujeres, y mientras cada uno de nosotros elijamos libremente nuestra sexualidad me parecen estupendas todas las variables. No sé por qué razón cuando veo las uñas de mi jefa pienso en que yo, si tuviera que mantener un encuentro sexual con una mujer, con ella me resultaría imposible. Me imagino sus uñas hurgando en mi sexo y todo mi cuerpo se contrae. ¿Y si yo fuese un hombre? Trato de ponerme en el lugar de un varón y el resultado es el mismo: yo no dejaría que esas manos me tocasen por ahí abajo. Esas uñas pueden causar arañazos profundos, incluso, arrancar trocitos de carne. ¡Ag! Solo pensarlo y desaparece cualquier posible deseo sexual.

Se ha burlado con muy poca sutileza de mi altura y de las ropas que llevo al trabajo. De mis zapatos con poco tacón se ríe todas las mañanas y cuando hablo hace una mueca de asco que me gustaría borrar con un buen guantazo. Nada me satisfaría más que poder decirle que ella tiene la altura de una niña de ocho años y calza tacones de diez centímetros para poder llegar a los

pulsadores de las cabinas de ascensor. También le sugeriría que acudiese a un traumatólogo urgentemente. De tanto tener los dedos comprimidos los tiene deformados, y su pie derecho tiene un juanete tan grande que puede verse a metros de distancia.

Ella es estadounidense de pura cepa, proviene de una familia rancia. Todo lo que puede ser alguien cuyo tataratataratataratatarabuelo llegó huyendo de la cárcel a las entonces colonias para vivir lejos de la horca. Pero era londinense y eso debe ser un rasgo que marca la diferencia. Su pariente fue un emigrante y un delincuente, por mucho adorno que quiera ponerle a la historia. Si ella está orgullosa de sus orígenes, yo también lo estoy de los míos. Mis abuelos gallegos son las mejores personas que yo conozco. Sacaron adelante dos hijas maravillosas y a una nieta sin tener ningún marqués en su familia.

Estoy hasta los mismísimos cataplines de contemplar a esta idiota. Espero que encuentre un trabajo más excitante dentro de poco y se marche con sus tonterías a agobiar a los empleados de otra empresa.

El día termina y salgo con un adiós que suelto sin mirarla a los ojos. Mañana tendré que compartir asiento con la víbora en el desfile de bikinis que se efectuará para un grupo importante de compradores chinos. Voy a tener el disgusto de oler su empalagoso perfume y escuchar resignada su risa de hiena cuando le presente a algún pez gordo de la industria textil.

—*Amore*, como sigas frunciendo así el ceño te va a salir una arruga enorme en medio de la frente.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Esa mujer me saca de quicio. Si la conocieras, te sucedería lo mismo. No me extraña que no tenga pareja, es insoportable. Estaba pensando cómo haré para resistir su presencia en el desfile de mañana. Parece que solo sabe pronunciar mi nombre: «Marina, tráeme la carpeta», «Marina, quiero un café con leche desnatada y sacarina», «Marina, tráeme un refresco sin azúcar». La causa de tener esa cara de angustiada la tiene tanta comida y bebida *light*. Si de vez en cuando se metiese un bombón en la boca, seríamos las dos más felices; ella, por saborear algo rico y yo, porque no podría hablarme.

—No exageres. Todo el mundo puede hablar con un bombón en la boca.

—La Mantis, no. Deberías verla comer un sándwich de pavo. El otro día la reunión se prolongó tanto que el jefe supremo pidió que nos subiesen unos bocadillos a la sala de reuniones. Ella eligió pan integral de molde y pechuga de pavo en el interior.

—¡Qué tristeza de almuerzo!

—Ya te digo. Tendrías que haber visto cómo lo comía. Lo partía en diminutos pedacitos y se lo metía en su enorme boca con dos deditos. Terminamos todos de comer y ella todavía tenía la mitad de su sándwich en el plato de plástico.

—Me han llamado para que haga un reportaje para la empresa, así que estaré muy cerca de ti.

—¿Sí? No lo sabía.

Lorenzo se marchó a trabajar a Uruguay una semana después de que yo escuchase aquella perturbadora conversación sobre sus impulsos sexuales. Han pasado tres semanas. Cuando terminó su encargo, aprovechó que estaba cerca para ir a visitar a su familia a Argentina. Yo aproveché su ausencia para dedicar mucho tiempo a pensar en nuestra relación. No quiero seguir a su lado, no lo amo. Creo que me dejé querer, algo muy fácil cuando un hombre como Lorenzo insiste.

Debería haber hecho caso a mi instinto, ese que luchó durante días para que yo no aceptase sus proposiciones, el que me decía que Lorenzo no era trigo limpio. Era tan agradable sentirse cuidada, cruzarme con una pareja en actitud cariñosa sabiendo que yo también tenía a alguien que me abrazaría cuando llegase a casa... La gente decía que éramos la pareja perfecta. No sabían que yo no le había ofrecido mi corazón, solo se lo había prestado.

—Hace un par de horas me han llamado rogándome que les hiciera ese favor. Quieren que los clientes se lleven fotos de todas las modelos donde se las vea luciendo los bikinis en la pasarela. Tenía el día libre, así que he accedido.

—Cuando terminemos podríamos ir a tomar algo. Quiero hablar contigo.

—Para hablar no tenemos que esperar a mañana, podemos hacerlo ahora o luego. Me encanta hablar contigo después de hacer el amor. Hace días que no pienso en otra cosa. De hecho, nada me gustaría más que llamar a un taxi, llevarte a casa y poseerte lentamente.

No quiero que me toque. Quisiera ser valiente y decirle que no voy a volver con él, que solo entraré en su piso para recoger mis cosas, que ha sido bonito, que siempre seremos amigos y todas esas frases que dicen quienes dejan a su pareja para suavizar la realidad.

Soy una cobarde. Cuando me ha llamado hace media hora para decirme que había adelantado dos días su regreso y que su avión ya había aterrizado, debería haberlo esperado en casa. Ahora tendría la maleta hecha y estaría despidiéndome, en lugar de estar esquivando su mano para que no agarre la mía cada vez que la saco de debajo de la mesa para fingir que ceno.

—No voy a ir a casa hoy. —Ya está dicho, es un comienzo.

—¿No? —Me mira tan apenado que me siento culpable sin haberle todavía comunicado que me marché para siempre.

—No, a una amiga la han operado de apendicitis. Me dijiste que regresarías dentro de un par de días, así que me ofrecí para hacerle compañía.

—¿Sí? ¿A quién? —Esa pregunta me la esperaba y tenía la respuesta preparada.

—No la conoces, una chica con la que compartí piso cuando llegué a Nueva York. Hoy le han

dado el alta. Ahora mismo está sola en su apartamento y no quiero que pase la primera noche sin compañía.

—Pobrecilla. En fin, tendremos muchas noches para recuperar los días que he estado fuera. Mañana me levantaré muy pronto. Tengo una entrevista con una nueva revista y quiero pasar primero por el gimnasio para recuperar el tono muscular.

—Yo iré directamente al trabajo.

Lorenzo intenta besarme a la salida del restaurante. Es la última prueba que necesito, así que no retiro mi boca cuando la suya se acerca. Me despido aliviada porque tengo la confirmación que necesitaba para alejarme de Lorenzo. No he sentido nada y así no debería ser un beso.

—Hasta mañana. Nos veremos entonces en el desfile.

Tengo reserva en un hotel alejado varias manzanas del apartamento de Lorenzo. Es impersonal, gran *hall* con moqueta granate, lámparas de cristal y escaleras de mármol con balaustrada metálica dorada. La habitación no es ninguna joya del diseño moderno. Muebles funcionales, cama baja con cabecero de madera y un pequeño baño, con una ducha tan minúscula que da pereza meterse dentro.

Las sábanas parecen limpias y es lo que importa. Solo será una noche, mañana comenzaré a buscar otro alojamiento. Estoy cansada y los nervios que he pasado cenando con Lorenzo me están pasando factura. ¡Todavía no le he dicho nada y ya estoy agotada! No quiero imaginarme el estado en que quedará mi cuerpo después de soltarle las palabritas mágicas. Me meto en la cama, enciendo la televisión y apago la luz.

Me he debido de quedar dormida al instante, porque me despierto desorientada. Un hombre está quejándose. Me incorporo y miro a mi alrededor, hasta que recuerdo que me he escondido de Lorenzo en una habitación de hotel. El hombre cambia el quejido por un grito. Debe ser la televisión, pero están dando un programa sobre el oso de Alaska. Un nuevo lamento me pone en alerta, proviene de la habitación contigua. Pego la oreja a la pared y escucho las palabras de una mujer que suplica silencio y una voz de hombre que continúa quejándose.

¿Qué estará pasando? Los infartos no esperan a que una persona esté en su casa. Se presentan cuando menos lo esperas y este hombre podría estar debatiéndose entre la vida y la muerte. Me levanto, me visto y abro la puerta de la habitación. No hay nadie en el pasillo. Dudo, aunque finalmente mi instinto de ayudar se impone. Salgo descalza con la llave de mi habitación en la mano y toco suavemente la puerta de donde salen los lamentos.

Unos pasos se acercan y la puerta se abre ligeramente.

—Perdone, pero estoy alojada en la habitación contigua y me ha parecido escuchar a alguien quejarse. ¿Necesitan ayuda?

La persona que esté detrás de la puerta parece meditar sobre mi ofrecimiento. Cuando estoy a punto de darme media vuelta, me contesta, tan bajito que tengo que esforzarme para entender sus palabras.

—¿Estás sola?

—Sí. —¿Serán peligrosos?—. ¿Por qué lo preguntas?

—Ha pasado algo... Nosotros estábamos haciendo.... y él ahora está tumbado. No me atrevo a llamar.

—No te entiendo. —La voz de la mujer suena tan atemorizada que dejo a un lado el riesgo al que podría estar exponiéndome y empujo la puerta.

—Tenemos un problema.

—Si no puedo ver lo que me estás tratando de contar, no podré ayudarte. —Empujo de nuevo porque esta mujer parece incapaz de reaccionar.

¡Madre mía! ¿Pero qué se ha puesto esta señora? Va vestida como esas chicas japonesas que llevan ropa de muñeca del siglo XIX. El vestido rosa llega hasta el cuello, donde remata con un volante de puntilla. La tela se ajusta hasta su cintura. La falda tiene mucho vuelo y se mantiene hueca gracias a una rígida combinación que asoma por debajo. Las medias rosas con pompones a juego hasta la rodilla me recuerdan mi época en el colegio de monjas.

Levanto la mirada hacia su cara y dos coletas de colegiala sujetas con lacitos rosas enmarcan la cara de una mujer hispana que ya sopló cuarenta velas hace tiempo. El hombre vuelve a quejarse y ella le contesta en castellano, así que me dirijo a ella en mi lengua materna, en la que me encontraré algo menos incómoda en esta peculiar situación.

—¿Quieres que llame a la ambulancia?

—No me atrevo.

—¿No es tu marido? —Será su amante.

—¡Por supuesto que es mi marido! Llevamos dieciocho años casados.

—Perdona, no quería ofenderte. Me marchó a mi habitación. —Aquí la muñeca pepona ha sacado su genio y me ha hablado con un inequívoco acento mexicano.

—No te vayas, por favor.

Me agarra del brazo, me mete en la habitación y cierra la puerta inmediatamente. Si hace unos segundos la mujer me dejaba sin palabras, el hombre que está agarrándose al respaldo de la silla me ha dejado sin pulso. Lo primero que veo, para mi disgusto, es su culo peludo. Lleva puestos unos pantalones de vinilo negros que cubren sus piernas y el exterior de sus caderas. No tienen tela en el panderero. Me temo que, si el hombre se gira, tampoco habrá nada que tape a su tigre de

Bengala.

Unas cadenas plateadas cruzan su espalda, que también está protegida del frío por una buena manta de pelo negro ondulado. Si todo el pelo se desplazó desde su cabeza y lo dejó calvo al repartirse por el resto de su cuerpo o, por el contrario, luce una buena mata de pelo que le cubre el cráneo, es algo que no puedo distinguir porque un pasamontañas del mismo material brillante le tapa toda la cabeza.

—Esta señorita ha venido a ayudarnos, Emiliano.

—¡No digas mi nombre y sácala de aquí!

La voz del hombre contiene todo el dolor que debe estar padeciendo. La mujer me mira suplicante. Yo no sé si echarme a reír, darme media vuelta y hacer como si no hubiera visto nada o quedarme para ayudar a esta parejita que ha alquilado una habitación para dar rienda suelta a sus deseos más oscuros, y les había salido el tiro por la culata.

—Necesitas ayuda. Yo no puedo cargar contigo. ¿Qué vamos a hacer cuando amanezca si no se te ha pasado?

—Se me pasará, solo necesito tiempo.

—Son las cuatro menos cuarto, llevas así cinco horas. Necesitas ir al hospital.

—Así vestido no pienso moverme a ningún sitio.

¡No me extraña! Yo tampoco querría presentarme en Urgencias con esas pintas. Si no puede moverse, tampoco podrá quitarse esos pantalones.

—Le duele mucho la espalda. —La mujer intenta justificar que su costillita esté quieto como una estatua mirando hacia la ventana y agarrado a la silla a estas horas de la noche.

—¿Ha hecho algún movimiento brusco? —Es una pregunta que debería haberme formulado en silencio y que sobra, porque la respuesta es evidente al verlos a los dos vestidos de esa manera. Emiliano ha querido darlo todo, pero su espalda le ha devuelto la moneda y lo ha dejado paralizado.

—Le he puesto de nuevo la capucha cuando has llamado —me dice metiéndose en el baño, a donde la sigo para que pueda explicarme los detalles de la situación sin que su marido la escuche.

—Tranquila, yo no voy a decirle nada a nadie. No nos conocemos y esta ciudad es tan grande que será casi imposible que volvamos a encontrarnos.

—El problema son sus pantalones —me cuenta en un susurro—. Él no puede moverse. Las cadenas están amarradas al pantalón, solo pueden retirarse sacándolas por la cabeza y yo no tengo modo de aguantarlo con una mano y quitarlas con la otra. Con ese pantalón puesto no me deja llamar al médico y no hay otro modo de quitarlo.

—¿Y con unas tijeras?

—No tengo.

—Yo tampoco. ¿Y la maquinilla de afeitar que suelen poner como cortesía en los baños?

—Le queda demasiado justo, le cortaríamos la piel.

Nos quedamos las dos mirándonos. Me gustaría irme, salir sin tener que mirar de nuevo las peludas posaderas de Emiliano. ¿Y si yo fuera la muñeca pepona? Abrir la puerta para dejar pasar a una desconocida sería muy embarazoso. Ahora ya estoy aquí y los he visto a los dos. Cuanto antes lo resolvamos, antes podré volver a mi habitación con la conciencia tranquila por haber ayudado al prójimo y con unas escenas que quedarán grabadas en mi mente para siempre.

—Así no te puedes quedar, necesitas ayuda médica —le digo al hombre mirando fijamente a su brillante cabeza cubierta de vinilo—. No voy a saber nunca quién eres porque no vamos a retirarte la capucha.

—Bien —responde algo más aliviado.

—Vamos a quitarte esa ropa para poder llamar a una ambulancia.

—¡No!

—Vamos a ver... Ya te he visto el culo, imagino que por delante tendrás lo que tienen todos los hombres. Si es posible, te quitaremos la ropa sin que me veas la cara.

El enmascarado suspira resignado. Si lleva horas en esa postura, debe tener el cuerpo agarrotado. Los miro a ambos para evaluar el peso de cada uno. Son pequeños: el hombre no superará el metro sesenta y cinco y la mujer es bastante más pequeñita.

—Muchas gracias.

—De nada. Vamos a hacerlo antes de que tu marido vuelva a negarse. Colócate frente a él, voy a tratar de liberarlo de las cadenas. Estate atenta para que cuando tenga que soltar sus manos puedas agarrárselas y no se caiga hacia adelante.

—Entendido.

Trato de hacerlo del modo más rápido y limpio posible. Es un ser humano y todos tenemos pelos, piel sudorosa y olor corporal. Recuerdo estos datos para ahuyentar el repelús que me produce tocar su piel mientras elevo las cadenas por encima del cuello de Emiliano.

—¡Ahora!

El aullido contenido del hombre se mezcla con el suspiro de ella. Primera fase concluida con éxito. Las cadenas cuelgan ahora de la cinturilla del pantalón y es el momento más delicado.

—Creo que podré apañarme sola para bajarle los pantalones.

—Estupendo. Me quedaré en el baño mientras lo intentas.

—Muchas gracias. Eres un ángel.

Alas no tengo. Soy humana y me vendría muy bien una recompensa divina por esta buena acción. Con una ayudita para que despedirme de Lorenzo sea fácil y fluido, me conformo.

—Ya puedes salir.

Carlos Augusto está en la misma postura. Donde antes se podía ver carne y pelos ahora hay un calzoncillo granate, un tono sufrido, teniendo en cuenta la zona del cuerpo que debe tapar, y muy poco atractivo.

—Voy a cambiarme de ropa.

—Buena idea. Yo llamaré a Urgencias. Tardarán unos minutos. En cuanto termines, me marcharé para que puedas retirarle la máscara.

La mujer deja caer su vestido. En ropa interior, y sin ningún tipo de pudor porque ya no tendría sentido seguir sintiendo vergüenza, camina por la habitación para sacar del armario unos *leggings* y una camiseta.

—No olvides tus coletas.

—¡Es verdad!

Me despido deseándole al hombre una rápida recuperación. Me meto de nuevo en mi cama sabiendo que me va a resultar muy difícil o imposible volver a conciliar el sueño esta noche.

—¿Qué tal ha sido estar sentada codo con codo al lado de la Mantis?

—Un asco —respondo con gesto nauseabundo a nuestra responsable de prensa—. He tenido que traerle un café. Después, tenía calor y he ido a por un botellín de agua fría de la máquina. ¡Se ha debido creer que soy su criada, la muy desgraciada!

—¿Y a dónde se ha ido?

—¡Yo qué sé! Estará dando órdenes a otra pobre infeliz. Voy a aprovechar para saludar y estirar de paso las piernas.

Me resisto a abandonar a Lorenzo. Una parte de mí pide a gritos que suelte el nudo que nos mantiene unidos. La semilla de la desconfianza es una planta invasora, crece en cualquier terreno y estrangula el resto de sentimientos. El miedo a lo desconocido me agarrota. Aunque en esta ciudad viven millones de personas, es fácil sentirse sola. Quizá deba esperar unos pocos días más antes de dar el paso...

Camino sonriendo a los chinos que han presenciado el desfile. Cuando están juntos todos me parecen la misma persona: tienen el pelo corto, son de estatura media y ninguno de ellos está

obeso. Las dos mujeres llevan el pelo cortado de modo diferente, y eso hace que recuerde que una representa a una gran cadena de lujo de Shangai, y la que lleva media melena y un tono más claro ha volado desde Pekín, donde nuestros bikinis están causando furor.

Devuelvo sonrisas hasta que me duelen las mejillas. Me abro paso hasta los camerinos, donde las modelos están poniéndose sus propias ropas. No hay rastro de Lorenzo. Pregunto a dos chicos que están retirando los focos y me responden que hace unos minutos estaba hablando con uno de los orientales. No he buscado en el almacén ni en los baños y no sé si me apetece acercarme a esos espacios.

Trabajadoras de nuestra empresa están recogiendo en el almacén la colección de bikinis, bañadores y accesorios que han mostrado las modelos. Acudo al baño por descartar y porque hace horas que estoy aguantándome las ganas de orinar, todas las que he tenido que estar al servicio de la Mantis.

Tendré que llamarlo por teléfono, pero antes me liberaré del exceso de líquido que está comenzando a provocarme dolor en el vientre. Reviso mi imagen en el espejo y lo que veo me disgusta, como siempre. Odio la ropa que llevo a trabajar, es impersonal. Me deprime observar mi traje azul de pantalón y americana sobre blusa blanca. No quiero que exista ningún tipo de insinuación en la oficina y, si para ello tengo que vestir como si fuera una monja y recoger mi pelo en un moño, lo haré, aunque sienta que estoy disfrazada.

Salgo buscando el teléfono móvil en el bolso y casi arrollo a la Mantis. Me mira burlona y desaparece ahuecándose su melena de leona. Se ha retocado el carmín de sus finos labios. ¿Para qué habrá entrado en el baño de hombres? ¿Se habrá equivocado? Lo dudo, hay que pasar primero por el de las chicas y el cartel de la silueta de una mujer con tacones lo deja bien claro.

Todavía estoy en el distribuidor de los baños cuando Lorenzo sale del de hombres atándose el cinturón con cara de satisfacción. ¡Será hijo de la gran...! Su gesto al sentirse descubierto no me deja dudas a las que agarrarme. Mi jefa y él acaban de tener sexo en el baño de hombres. Puedo escuchar su mente pensando una explicación para calmarme. Pero eso no va a suceder. Sé lo que ha pasado, me lo dice mi corazón.

—Marina, *amore*, ¿qué te parece cómo ha salido el desfile? Yo creo que han quedado todos muy satisfechos y que te van a llamar para hacer muchos pedidos.

—¿*Amore*? Ni se te ocurra volver a decirme esa mentira. Cuando quieres a alguien no le pones los cuernos. Cuando quieres a alguien no te lías con las modelos que trabajan para mi empresa y bajo ningún concepto permites que la jefa de tu pareja meta tu pajarito en su boca y lo deje más limpio que un coche después de pasar por la máquina de lavado.

Las lágrimas se me escapan más por rabia que por la infidelidad. En este momento no me importa que el rímel se deslice por mis mejillas, que las personas que pasan cerca puedan

escucharme, que mi vida laborar en la empresa haya finalizado de golpe. No podría estar ni un minuto al lado de esa desgraciada que acaba de fornicar con mi novio a cinco metros de mí. Ahora solo quiero escapar y eso es lo que empiezo a hacer, hasta que la mano de Lorenzo en mi brazo me lo impide.

—Solo ha sido una felación, *amore*. Perdóname, Marina.

—¿Que solo te la ha chupado? Me lo cuentas como si te hubiera limado las uñas de los pies. Eso es sexo y como no ha sido conmigo se llama infidelidad.

—Yo no quería, pero ella dijo que era tu superiora. Lo pronunció de un modo que entendí perfectamente la amenaza.

—Dudo que te haya puesto una pistola en el pecho. Y tampoco creo que lo hayas hecho para salvar mi puesto de trabajo. Conozco muy bien tu cara después de un orgasmo y has salido del baño relamiéndote de gusto.

—Perdóname, por favor. Fue todo tan rápido... Ella me bajó el pantalón y antes de que pudiera reaccionar ya la tenía agachada haciéndome...

—¡Basta! No quiero escuchar ni una palabra más.

Menos mal que conozco esta sala de desfiles y puedo caminar por ella con lágrimas agolpadas en mis ojos sin estrellarme contra las paredes. Me ahogo, necesito aire y corro sin control hasta un callejón. Mi pecho arde. Me dejo caer de rodillas sollozando ante la desconcertada mirada de un mendigo que asoma su mugrienta cabellera entre la montaña de cartones con los que se había enterrado para no pasar frío.

Si algo tiene Manhattan son calles para deambular y millones de personas a las que no conozco. Los callejones oscuros y sucios no son buen lugar para una chica honesta. Estoy rabiosa, no he perdido la cabeza. Prueba de mi cordura es que la correa de mi bolso cruza mi pecho. No lo he extraviado en la carrera desbocada que me he marcado para alejarme de los baños. Saco un pañuelo de papel, me sueno y me acerco al contenedor de basuras para dejarlo.

El disgusto tampoco me ha hecho perder el sentido del olfato. Nunca he olido un cadáver en descomposición. Una vez olvidé una pechuga de pollo en la nevera. Se había quedado escondida detrás de unas latas de refrescos y el espantoso olor que comenzó a salir cada vez que abría la puerta para coger algo me dio la voz de alarma. Fui sacando todo lo que había y pasándolo por debajo de mi nariz. Al acercar el envase de pechuga su olor a carne podrida se metió tan profundamente en mis fosas nasales que todo lo que olí el resto del día tuvo el aroma nauseabundo del pollo.

Aunque la tapa del contenedor está manteniendo dentro la mayoría de los olores, los que me están llegando al acercarme son realmente desagradables. Dentro podría haber un rinoceronte en avanzado estado de descomposición. Tapo con una mano mi nariz y mi boca, por si acaso a mi

cerebro le apetece jugar y me hace respirar, dejo el pañuelo sobre la tapa y salgo corriendo hasta la calle.

Son dos mundos completamente diferentes que conviven compartiendo espacio: la calle es bulliciosa y descarada, el callejón es silencioso y oculta todo lo que no es bonito. En el estado en que me encuentro mi espacio ideal sería un callejón donde nadie me observara y pudiera lamentarme a mis anchas. No quiero morir tan joven, por lo que busco en mi bolso las gafas de sol, que me pongo, aunque el día esté nublado. Meto las manos en los bolsillos de mi chaqueta y comienzo a caminar sin rumbo.

Nunca podré recordar las calles por las que estoy pasando. Mi mirada está perdida entre las personas que esquivo en las aceras. Mi cuerpo se mueve mecánicamente haciéndome dar pequeños pasos. Los escaparates se suceden. Veo bolsos, juguetes, vestidos, pamelas... Solo me detengo en los semáforos. Mi cabeza no lo hace, repasa una y otra vez mi relación con Lorenzo.

Estoy decepcionada conmigo misma. Sabía que esto sucedería; de hecho, la decisión de dejarlo estaba tomada. Me faltaba decidir en qué momento lo haría. Me sentía abrumada imaginando la escena. No encontraba las palabras apropiadas, cómo dejarlo sin que pareciera que lo hacía.

¡Yo, preocupada por no hacerle daño y él, que saca a pasear a «Filiberto» para que recibiese un masaje! Ojalá se pille un día el pene con la cremallera del pantalón. Porque eso se llama pene, aquí y en Buenos Aires. Parece ser algo habitual que, en las relaciones de pareja, el miembro sexual del hombre tenga un nombre cariñoso. Lo leí en una revista mientras esperaba mi turno en la peluquería para que me cortasen las puntas. Opino que está bien siempre y cuando hombre y mujer sientan conexión con el nombre elegido.

Lorenzo no me preguntó si me excitaba ese nombre. En nuestro primer encuentro sexual lo nombró un par de veces. Yo no entendía quién era el tal «Filiberto» y qué pintaba en ese momento tan íntimo. Cuando me señaló al susodicho y por fin comprendí que era así como quería que lo llamásemos, no le di importancia: «Llámalo como quieras ahora, Lorenzo. Ya buscaremos otro nombre más apropiado».

Le sugerí varios nuevos mote, pero ninguno le gustaba. Su pene era y sería siempre «Filiberto». Al principio, no podía recordarlo. Filemón era lo más cerca que conseguía estar, y pensar en un personaje de cómic y continuar excitada resultaba bastante difícil.

Mis pies me avisan de que llevo demasiado tiempo caminando. La isla se va a terminar como continúe en línea recta. Me concedo una manzana más para ordenar mis ideas. Todo está pensado, sé lo que quiero hacer y no hay tiempo que perder. Levanto la mano para parar un taxi. Le doy la dirección y compruebo la hora, no puedo perder ni un minuto.

Acudo a mi trabajo para llevarme los pocos artículos personales de mi escritorio que me

recuerdan mi hogar: una foto de familia, un bolígrafo que me regaló mi abuela para que firmase mis importantes contratos de trabajo y un recuerdo de unas pirámides de México, que compré en un viaje que hice con Armando y mi madre hace un par de años.

Todo entra dentro de mi bolso. Yo no necesito esas cajas de cartón que aparecen en todas las películas de americanos, en las que el despedido mete multitud de artículos que ha ido llevando a la oficina para hacerla más cálida.

¿Habrá tiendas que venderán cajas de cartón para trabajadores que abandonan sus despachos? Yo nunca he visto ninguna en Manhattan, pero de algún sitio tienen que surgir. Salgo mirando por última vez las cuatro paredes donde tantas horas he pasado. Aquí dejo muchas esperanzas. Voy a echar de menos la empresa y a mis compañeros, pero no puedo estar cerca de la mujer que le ha chupado el pene a mi novio.

Me despido rápidamente de todos. Les cuento la verdad, que la Mantis se ha puesto de rodillas y le ha afinado la flauta a Lorenzo. Lo primero lo dudo, no me imagino que esa bruja pose sus cuidadas rodillas sobre las baldosas de un baño por donde pasan muchas personas en un día de desfile. Se habrá agachado para hacerlo, pero quiero que todos imaginen la escena con ella de rodillas. Será parte de mi pequeña venganza. Soy humana y necesito saber que devuelvo algo del daño que me han causado.

Me despido arrepintiéndome por ser tan idiota, por haber confiado en un hombre que llama «Filiberto» a su cosita. Pulso el ascensor y espero. Las puertas se abren y la Mantis aparece con su melena ondulada, sus ojos camaleónicos y su despectiva sonrisa.

—¿A dónde vas? —me pregunta con cara de repulsión. Mi coleta está medio deshecha y debo tener el maquillaje a la altura del cuello por lo que he llorado.

—A donde me dé la gana —le respondo sintiendo cómo su mirada prende fuego en mis venas.

—Eres una maleducada.

—Y tú, un putón verbenero —le contesto en castellano, porque desconozco si tiene traducción, y me importa un rábano.

—¿Qué? —me interroga con cara de pocos amigos. No habrá comprendido las palabras, pero sí que ha interpretado muy bien mi cara de mala leche.

—¡Que te den!

Cuando la Mantis está posando los pies en el rellano la idea aparece dándole órdenes a mi cuerpo. Le doy un manotazo al café que trae en una mano. Se derrama por la seda de su vestido de diseñador italiano. Me reconforta esta nueva venganza, aunque lamento no poder disfrutar de la satisfacción que me aportaría ver su cara cuando la puerta del ascensor se cierre conmigo dentro, ella se gire y descubra que mis ya excompañeros son conocedores de su momento baño y están

asomados al pasillo mirándola.

¡Ojalá esté ahora mismo llorando y maldiciendo su estupidez! Es algo que nunca podré saber. El sonido de mi móvil en el *hall* del rascacielos donde tiene la empresa sus oficinas me molesta. Es Lorenzo. Me propone ir a cenar a las ocho a nuestro restaurante favorito. ¡El muy cabrón me quiere atontar dándome raviolis y tiramisú!

Le contesto que iré. ¡Lorenzo, me lo estás poniendo muy fácil! Añado un beso y un corazón para remarcar mi buena disposición. Me responde con otro más grande que late y multitud de besos. Está trabajando en su estudio, donde permanecerá varias horas. Tiene una reunión importante a las siete, por lo que acudirá directamente al restaurante cuando termine. ¡Gracias, angelitos cabroncetes, por concederme esta oportunidad!

Accedo en su casa concentrada para no dar pasos inútiles. No quiero arriesgarme quedándome más tiempo del estrictamente necesario para meter mis cosas dentro de mi maleta. Solo tengo ropa, calzado y artículos de aseo. Entro en el baño, pongo una toalla dentro del lavabo y dejo caer sobre ella todos mis artículos de aseo y maquillaje. Tomo los cuatro picos y convierto la toalla en un saquito, que poso sobre la cama de la habitación de Lorenzo.

Saco mi maleta, la abro y voy vaciando los dos cajones de la mesilla que mi recién estrenado exnovio dejó libre para que yo pudiera dejar dentro mis camisetas, sudaderas y pantalones para hacer gimnasia. Lo meto de cualquier manera, ya lo ordenaré cuando esté en lugar más seguro. La ropa del armario termina de llenar mi maleta. Cuando llegué de España traje muy poca ropa; ahora tengo bastantes prendas que he ido adquiriendo según ascendía laboralmente y que aportan esa imagen de mujer seria y trabajadora con la cual me visto habitualmente.

Necesito más espacio. La nueva maleta de Lorenzo, la que compró en una tienda muy pija y que presumía de ser la más ligera del mercado, se llena de braguitas, sujetadores, cosméticos, bañadores, calzado deportivo y zapatos de tacón.

Debería pintar las paredes, romper sus pósteres, rajar sus cazadoras de cuero. Pero mi madre me enseñó a controlar mis impulsos y a tomar mis propias decisiones sin dejarme llevar por los nervios; él ha decidido ser un capullo y yo decidiré cómo abandonarlo: silenciosamente y llevándome su querida maleta.

¿Es esta una huida definitiva o volveré algún día a la Gran Manzana cuando escuchar el nombre de Filiberto me haga reír? El tiempo lo dirá. En este momento solo quiero interponer kilómetros entre el cuerpo de Lorenzo y el mío. Empujando el carrito con las dos maletas salgo llamando por última vez a un taxi amarillo.

Capítulo 3

¡Odio los aviones! Realmente, lo que odio

es volar en clase turista. Soy una mujer muy alta para estos espacios tan pequeños. En el mostrador, cuando estaba esperando mientras la empleada del aeropuerto me buscaba un vuelo desde Nueva York a Madrid, tuve la palabra «primera clase» en la punta de la lengua. Allí se quedó, porque tengo sentido común y no tengo trabajo. Gastar una fortuna para viajar cómodamente tumbada en un sofá más cómodo que algunas camas hubiera sido del género tonto.

Y aquí estoy, camino del viejo continente, sentada al lado de un hombre con un aliento capaz de tumbar a un toro de lidia. ¿Pero que ha comido este señor, momia en vinagreta? Miro obstinadamente hacia adelante. No quiero situar mi nariz delante de su cara. En cuanto nota el más mínimo giro de mis ojos hacia su cuerpo, inicia una conversación que a duras penas consigo entender.

Me ha contado, para mi espanto, que es escocés, pero que hace años se mudó a París. Se dedica al arte. ¡Al de lavarse los dientes desde luego que no! Rebusco en mi bolso la cajita de regaliz que ruego sea de su agrado. Me la rechaza. ¡Tendrá mala idea el pecoso este! Me levanto buscando a la azafata. Me resulta embarazoso solicitarle otro asiento a causa de la halitosis del escocés, pero peor es imaginar ocho horas a su lado.

¡Por fin algo de suerte! He topado con la azafata que le ha revisado su billete a mi oloroso compañero y lo ha ayudado a subir su pesado equipaje de mano. Arruga la nariz cerrando los ojos. ¡Esta mujer me comprende! ¡Lo ha sufrido en silencio! Me hace una señal con la mano para que me quede quieta. Se acerca al resto de compañeros y, después de intercambiar algunas frases, me indica uno de los asientos de primera clase que está libre. Se lo agradezco con palabras y con todos los gestos que soy capaz de recordar, para enfatizar que mi mundo durante estas horas será la cabina del avión y que me acaba de salvar de morir asfixiada por las rachas de aroma a pescado podrido.

Reclino el asiento, me tapo con la manta y cierro los ojos. La imagen de Lorenzo aparece en mi mente y la aparto. No quiere irse, se queda en una esquina de la pantalla lanzándome un beso que lleva escrito la palabra «*amore*».

Cambio de canal. ¿Qué haré cuando llegue a casa de mi madre? Al vivir con Lorenzo reduje drásticamente mis gastos fijos. Yo quería colaborar en el pago del alquiler, pero se negó. Tengo algunos ahorritos en una cuenta bancaria de una entidad española. Soy prudente y, cuando mi

suelo aumentó al contratarme mi última empresa, solo dediqué parte de ese dinero extra a comprarme algún vestido *sexy* y a darme el capricho de unas carísimas sandalias de tacón que había visto lucir a una de las modelos. ¡Ya estoy pensando en Lorenzo de nuevo!

Pasa a mi lado mi azafata salvadora. Empujo al argentino al pozo de los olvidos mentales y le pido algo de alcohol. La primera palabra que escucho es «*whisky*» y acepto porque me da igual el sabor. Necesito atontarme, desalojar ese dolor que se está construyendo un refugio en mi corazón.

En primera clase hasta los vasos de cristal parecen hermosos y el ambarino líquido es medicina para mi mal. Saco mi cartera para abonar el que espero sea el único *whisky* que tenga que pedir. No he comido, no he cenado y dos tragos deberían bastar para atontarme y hacer que me duerma con la boca abierta y gesto de felicidad. La azafata niega con la cabeza. Esta mujer es mi ángel de la guarda en este viaje y le sonrío, aunque las lágrimas vuelven a aparecer con fuerzas renovadas.

—¿Problemas? —me susurra inclinándose hacia mí para que nadie pueda escuchar nuestras palabras.

—Sí —respondo con un hilo de voz.

—Todo tiene solución menos la muerte.

Asiento con la cabeza. No puedo hablar, estoy apretando los labios para contener los sollozos. No es lepra ni un virus de origen desconocido lo que está comiéndome las entrañas. Me han engañado, me han humillado y el trabajo por el que tanto había luchado ha desaparecido. Tendrá solución, pero duele mucho, tanto que tomo de un solo trago el *whisky*. Mi ángel me pregunta si deseo tomar otro. Niego con la cabeza y no por las lágrimas. Esas se han ido disparadas por donde vinieron. Me abrasan los labios, la lengua y mi estómago está contorsionándose de dolor.

Afortunadamente, el efecto es instantáneo y, después de agradecer una vez más a esta buena mujer sus gestos, vuelvo a reclinar mi asiento. La graduación de esta bebida es alta y, además de calentarme por dentro, ralentiza mi pensamiento. Todo está ahí, pero lo siento como si pasase en cámara lenta. Es el momento de recordar todo aquello que no me gustaba de Lorenzo y que soportaba en nombre de nuestro amor. Necesito analizar cada una de los gestos que detesta de él. Quiero borrarlo de mi vida y odiarlo durante un tiempo me protegerá hasta que el olvido ocupe su lugar.

¡Nadie hace los ñoquis como mi abuela! Los abuelos de Lorenzo emigraron a Argentina cuando su madre tenía dos años y medio. Allí montaron un restaurante de comida italiana. Los emigrantes se buscaban para sentir menos nostalgia por su tierra. Su madre creció con los hijos de otros italianos que habían acudido a Argentina buscando una vida mejor.

Conoció a un chico siciliano y se casaron. Trabajaban los dos en el restaurante de los padres de ella. Lorenzo creció entre cazuelas rebosantes de salsa de tomate, ñoquis de patata y *fetuccini*.

Recuerdo la primera vez que fuimos a un restaurante a cenar. Me llevó a un pequeño local donde probé por primera vez los ñoquis. Estaban buenos, pero tampoco me parecieron un manjar celestial. Me recordaron a los macarrones, algo insípido que sirve para recoger la salsa. Cuando metes un tenedor a la boca, estás comiendo algo blandito con el sabor de la salsa con las que los han bañado.

La comida es como los colores: a mí me gusta el color rojo y a mi vecino, el verde. Lorenzo me miraba expectante y yo exageré mi expresión, porque estaba feliz y quería que todo fuera perfecto y, si me tenían que gustar los ñoquis, me relamería de gusto.

Resultó ser su comida favorita. Su abuela los preparaba mejor que nadie y en este restaurante había encontrado un sabor parecido, que no igual, porque era imposible alcanzar el grado de perfección de la matriarca. Con salsa gorgonzola, con tomate, con pesto... El ñoqui salía airoso siempre y yo me acostumbré a comerlos cada vez que salíamos a cenar.

Yo quería agradecer, algo normal en los comienzos de una relación, así que me «tragué» un montón de tutoriales de Youtube en donde explicaban cómo se preparaban las bolitas. La receta no parecía complicada: patatas cocidas que se aplastan con un tenedor hasta convertirlas en una pasta espesa, mezclar con harina, huevo... hacer porciones del tamaño de aceitunas, marcarlas de nuevo con tenedor para generar unas hendiduras donde la salsa quede dentro, y verter en agua hirviendo.

Probé con diferentes tipos de patatas. Siempre me atascaba en la textura de la masa. Cuando quedaba demasiado ligera no había modo de manipularla, pero cuando me pasaba de espesa los ñoquis quedaban duros al cocerse. Entonces Lorenzo se levantaba, y tiraba mi esfuerzo al cubo de la basura.

«¡Lo siento, *amore!*, pero no puedo comerlos. Agradezco tu esfuerzo y sé que es muy difícil para una española hacerlos. Imagino que mi abuela hizo muchos ñoquis malos durante su aprendizaje. La próxima vez seguro que te saldrán riquísimos».

Yo sonreía amargada. Me había propuesto demostrarle que no hacía falta ser descendiente de la curia romana para servir unos buenos ñoquis. Practiqué sin descanso, hasta que una tarde creí haber encontrado el equilibrio perfecto. Estaba tan segura de mi éxito y me sentía tan feliz que también me esmeré poniéndome mi mejor ropa interior y estrenando mis espectaculares sandalias de tacón.

Tampoco en esta ocasión le gustó mi cena. ¿Pero que debían tener unos ñoquis para que Lorenzo no los criticara? ¿Música? Me sentí ridícula y ofendida. Mis ñoquis estaban muy buenos. Llevaba meses probándolos y los que solíamos cenar en el restaurante preferido de Lorenzo eran iguales.

¡El restaurante! Me acerqué al día siguiente y pedí dos raciones para llevar. El camarero me dijo que no podía hacerlo, así que solicité hablar con la persona que tenía la llave de mi prueba

de fuego. El cocinero era el dueño y tuve que contarle la verdad porque nunca encontraría mentira más convincente.

Sacó un táper y lo rellenoó de ñoquis con salsa de queso gorgonzola. Llegué a casa corriendo y llené los platos en el momento en que Lorenzo entraba silbando una canción. Me miró estupefacto, pero no dijo nada. Le ofrecí una copa de vino y brindamos por nuestro amor. Tomó el primer tenedor y yo esperé su reacción.

—¿Qué te parecen?

—No están mal.

—¿Cómo que no están mal, si son los que te hacen suspirar? —¡Alucinaba! Debió de pensar que había sido demasiado estricto conmigo, por lo que rectificó al ver mi cara de asombro y con su típica sonrisa condescendiente me dijo:

—No se parecen a los de mi abuela, pero son mejores que los que preparaste ayer. Si continúas practicando, algún día lo conseguirás.

Me levanté y, antes de que Lorenzo tuviera tiempo de moverse, yo personalmente los tiré al cubo de la basura. Me senté en el sofá fingiendo estar concentrada viendo una película. Mi cabeza estaba en otro sitio. Apuntaba mentalmente sugerirle una cena al día siguiente en su restaurante, ese que me había vendido los ñoquis hacía una hora.

Accedió sin mostrar recelo. A Lorenzo le gustaba tanto la comida italiana que nunca ponía pegas a una buena pasta o a un tiramisú. Entramos y saludé al camarero con normalidad. Eché un vistazo a la carta, aunque ya sabía desde el día anterior lo que iba a pedir: ñoquis con salsa gorgonzola.

—¡Mira qué coincidencia! Preparan el mismo plato que yo cociné anoche. Voy a pedirlo. ¿Te animas?

—Sí, claro.

Estaba deseando que llegase el camarero con nuestros ñoquis, segura casi al cien por cien de cuál iba a ser su respuesta. Dejé que él tomara el primer bocado.

—¡Estos son estupendos, *amore!* Deberíamos preguntarle al cocinero cómo los hacen para que le queden tan suaves.

—No creo que sea buena idea, ya sabes que no suelen desvelar sus secretos. Las recetas son su bien más preciado.

—Tienes razón, pero es que me están recordando tanto a la abuela....

El aeropuerto Charles de Gaulle bulle. Me cruzo con gente que deja su mirada fija en mi cuerpo. Estoy convencida de que el interés que despierto no es debido a mi impecable *look*.

Busco una señal de aseos para señoras y entro arrastrando mis dos maletas. Tengo la ropa totalmente arrugada. Mi pelo está enmarañado como si me hubiera peleado con otra mujer por unos pantalones en las rebajas.

No tengo ganas de abrir la maleta para buscar mi neceser. Mi vuelo a Bilbao tiene su hora de embarque dentro de veinte minutos y no conozco esta terminal, así que me concederé tres para recomponer mi desaliñado aspecto.

En mi bolso no hay peine. Retiro la goma de mi pelo y trato de pasar los dedos por las hebras. Unos cuantos días después, mi coleta ha pasado de un cero a un cuatro con cinco. Mi piel está pálida y seca. Crema tampoco tengo y recurro a una barra de cacao que aparece en el fondo del bolso. Está medio deshecha y no recuerdo cuándo la compré, pero necesito sentir algo de elasticidad en la piel. Lavo mi cara con agua y jabón, y la seco con papel higiénico. Tomo una porción de cacao y la disuelvo frotándome las palmas de las manos hasta conseguir una pasta cremosa que me aplico en cara y escote.

Ahora brillo como si acabara de salir de una sauna, así que acerco más papel a mi cara. Presiono y retiro para eliminar el exceso de brillo. Los movimientos de mis brazos generan una pequeña corriente de aire que esparce el olor de mis axilas. No puedo cambiarme, no hay tiempo, pero tampoco puedo salir así. Suelto dos botones de mi blusa para pasar mis manos mojadas con jabón, incluso por encima del sujetador. No me aclaro. Espero que el exceso de olor a jabón sea capaz de contrarrestar el del sudor que se ha quedado adherido a mi ropa. Mis amigas dirían que son solo imaginaciones mías, que no huelo a nada, pero mi cuerpo va conmigo a dondequiera que vaya, y soy yo quien tiene que sentirse cómoda con mi olor corporal.

No he hablado con mi madre ni con mis abuelos. La cola para embarcar es larga. Saco mi móvil, lo enciendo y espero a que me solicite el pin. ¿Qué voy a contarles? Decir la verdad solo les proporcionaría un gran disgusto y a mí no me disolvería el dolor. ¿De vacaciones? Es una opción, pero ¿qué les contaré cuando pase un mes y vean que no regreso a mi trabajo?

Podría estar cansada de la vida en Nueva York, querer echar raíces en España. Esa explicación me vendría muy bien porque no levantaría sospechas que empezase a buscar trabajo en empresas nacionales del sector.

Tecleo los cuatro números y retomo mis divagaciones, pero el sonido de una entrada en mi WhatsApp me lo impide: es Luisa, una madrileña que conocí en el gimnasio a donde acudía a diario y con quien mantengo una buena amistad. Es un mensaje de voz:

—¿Qué tal estás? Hace días que no coincidimos en el gimnasio. Mi marido tiene un paciente español. Se llama Alejandro, desconozco su apellido. El otro día estuvimos en una fiesta y tomamos una copa juntos. Es un empresario de éxito. No comprendí muy bien a qué se dedica, pero es algo relacionado con comprar hoteles. Se alejó unos minutos para atender una llamada de teléfono. Al volver estaba preocupado y le preguntamos si podíamos ayudarlo.

Según nos contó, sus tíos, que son quienes lo han criado, tienen problemas con su fábrica. Quien lo había llamado era un compañero de instituto, para sugerirle que volara a España. Había escuchado a su tía solicitar un fraccionamiento para abonar las facturas de la luz.

La fábrica se dedica al sector textil y siempre ha tenido buenos beneficios. Algo está sucediendo. Alejandro sabe que sus tíos no le contarán nada para no preocuparlo. Tiene muchos compromisos y no puede abandonar mucho tiempo su empresa. Necesita a un profesional y me acordé de ti. Te agradecería que lo llamases si alguna de tus amistades en España estuviera interesada en trabajar para él. Hace tantos años que vivo aquí que he perdido la relación con casi todo el mundo. Te paso ahora mismo el contacto. Cuídate, guapa.

No me extraña que haya optado por hablar. ¡Menuda parrafada! Escucho nuevamente la voz de Luisa. «¿Sector textil? No recuerdo a nadie ahora mismo. Podría hacer unas llamadas a antiguas compañeras de universidad. ¿Dónde estará la fábrica? He trabajado siempre en empresas de moda y conozco todos los departamentos. Si se tratase de un fallo en el diseño, no podría ayudar, pero tengo conocimientos sobre ventas, impuestos...».

En el vuelo a Bilbao continuó pensando en Alejandro y en su búsqueda de una persona que resuelva los problemas de la empresa de sus tíos. Mis ahorros no son ilimitados y no creo que nadie esté esperándome en la puerta del aeropuerto para ofrecerme un puesto. Este podría ser un trabajo puntual: me reportaría ingresos y me daría tranquilidad para solicitar con calma empleo en otras empresas. No parece mala idea.

Buscó un taxi, una costumbre que me va a costar retirar de mis hábitos. Le indico la dirección al conductor y saco mi teléfono. Podría dejarle un mensaje, pero siempre he optado por un trato más directo. Miro la hora: son las dos y media. Demasiado pronto para llamar a Estados Unidos, así que vuelvo a guardar mi móvil. Miro el paisaje verde. Estoy en casa y ahora sé que he tomado la decisión correcta.

—¿Te apetece venir con nosotros? Si lo prefieres, le digo a Armando que me quedo contigo.

—¡Ni se te ocurra! Voy a tumbarme un rato.

—¡Claro! Es un viaje muy largo y había olvidado lo cansada que me sentí cuando fui a visitarte a Nueva York.

—Sí, en el avión he dormido muy poco y estoy deseando acostarme en mi cama.

—Volveré a las ocho. Hasta luego, cariño.

—Adiós, mamá.

Me tumbo y dejo que mi mirada recorra las paredes de mi habitación. Los libros de la universidad, mi mesa de estudio, los pósteres de mis artistas favoritos. Es mi espacio, aquí me siento protegida. Tomo aire, lo suelto lentamente y marco el número de Alejandro.

—¿Sí?

¡No sé su apellido! Voy a causarle mala impresión, pero ya no puedo hacer nada por

remediarlo.

—¿Es usted Alejandro?

—Sí, ¿y usted quién es?

—Me llamo Marina Santamaría. No nos conocemos. Me ha facilitado su número de teléfono Luisa.

—¿Luisa?

¡Jod...! Tampoco recuerdo el nombre del marido de Luisa. Siento el impulso de colgar. Este hombre no va a tomarme en serio, porque parezco una niña pequeña.

—Si prefiere, lo llamo en otro momento. —Necesito ganar tiempo para tener esos datos.

—Estoy a punto de tomar un avión y no estaré disponible en varias horas. Cuénteme ahora por qué tiene mi número y el motivo de su llamada.

Su voz transmite impaciencia. Hacerlo peor es imposible, ya no tengo nada que perder y opto por resumirle el mensaje de Luisa.

—¡Ah! Luisa es la mujer de James, mi dentista. Recuerdo la fiesta de la que usted me habla. ¿Y tiene alguna persona de confianza que desee trabajar para mí?

—Yo entendí que el trabajo era para la empresa de sus tíos.

—Hay que trabajar en la fábrica de mis tíos, pero soy yo quien contrataría y pagaría a esa persona.

—Entiendo. Yo podría ser la profesional que busca. Si me facilitase una dirección de correo electrónico, le remitiría información sobre las empresas en las que he trabajado y los cargos que he ocupado.

—No tengo tiempo. Conozco a James hace años y es una persona seria. Por extensión, su mujer también lo será y, si le ha dado mi teléfono, es porque confía en usted. ¿Marina me dijo?

—Sí.

Está acostumbrado a dirigir, a tomar decisiones y parece que acaba de adoptar una.

—Déjeme consultar la agenda.

—Bien.

—Podríamos quedar el próximo miércoles.

—Me parece bien.

—Estupendo. ¿Ha estado alguna vez en la provincia de Zamora?

—No.

—La fábrica está en un pueblo. Nos veremos en Toro el próximo miércoles. No le puedo confirmar la hora hasta que mi secretaria me reserve los vuelos. Nos mantendremos en contacto, si le parece bien. Ahora, si me disculpa, tengo que apagar el móvil. Mi avión va a despegar.

—Sí. Adiós.

«Llamada finalizada» es lo que dice la pantalla de mi teléfono. He tenido que mirar para comprobar que me ha dejado con la palabra en la boca. No hemos hablado de lo que voy a cobrar, ni de mi horario de trabajo... No hemos hablado de nada porque en esta conversación solo se han escuchado las frases de Alejandro y dos o tres asentimientos míos. Si todos reaccionan como yo acabo de hacer, no me extraña que haya conseguido el éxito profesional.

Puedo decirle que ya no me interesa, puedo negarme en cualquier momento. De hecho, voy a escribirsele ahora mismo para que no me vuelva a apabullar. Busco mi última llamada enviada y grabo su nombre. Actualizo WhatsApp y lo busco. La foto de un perrito montado en una moto enorme me deja perpleja. No lo esperaba. Quizá necesitaba comprimir la conversación porque la azafata se lo estaba solicitando. Esperaré, siempre estaré a tiempo de decir la última palabra. Esa es mi decisión.

Toro es una localidad de la provincia de Zamora. Se encuentra a cuarenta kilómetros de la capital. En 2014 tenía 9305 habitantes y pertenece a la comarca de Alfoz de Toro. ¡No lo sabía! Yo había escuchado que producen vino, pero desconocía que fuera una ciudad histórica y monumental.

Busco empresas textiles en Toro y no encuentro ninguna con el volumen de negocio importante para necesitar una experta en ventas internacionales. Que no consiga encontrarla no significa necesariamente que no tenga relevancia. ¿Qué voy a hacer en Toro? Tres horas y media de coche me separan de Bilbao. Podría pedirle prestado el suyo a Armando durante un par de semanas. La llegada de mi madre hace que cierre mi portátil porque estoy deseando pasar tiempo con ella.

«¡Nos mantenemos en contacto!», me dijo bien clarito. Es lunes, han pasado cuatro días y no he recibido ni un emoticono de Alejandro. He estado a punto de escribirle, pero siempre he terminado conteniéndome. Como si me hubiera leído los pensamientos, por la noche recibo las primeras noticias suyas. La cita se producirá en un céntrico hotel de Toro a las doce del mediodía.

Reservo habitación en ese hotel. No quiero conducir esa misma mañana. Me pondría nerviosa llegar justa. Intuyo que el tiempo es tan valioso para Alejandro que lo gestiona apurando hasta los segundos.

Armando me regala su coche. Tiene más de quince años. Parece nuevo porque lo ha cuidado como si fuera su niño. Ha comprado uno nuevo y el concesionario lo está matriculando. El valor que el perito ha otorgado al coche viejo es ridículo. Prefiere que me quede con él. Su destino final sería el desguace y lo apena imaginar su cochecito convertido en un cubo metálico gigante.

He consultado el clima de Toro. Estamos en julio y las temperaturas son muy altas. Meto todo lo que puede ser apropiado en mi vieja maleta. La que cogí prestada a Lorenzo se la he regalado a una vecina de mi madre, que se marcha a Londres durante un año para aprender inglés.

Hoy he conseguido olvidar a Lorenzo la mayor parte del tiempo. Bloqueé su teléfono, borré nuestras fotos juntos y espero que la maleta se lleve el resto de los recuerdos. Me despido de mis abuelos, de Armando y de mi madre, con la promesa de regresar en un par de semanas como máximo.

Toro me sorprende, es una ciudad llena de vida. Mi hotel está en pleno casco histórico y me gustaría poder pasear un rato por sus calles para sentirme más segura. Me registro, dejo mi ropa colgada para evitar que continúe arrugándose y salgo a la calle. Son las siete y media, y el calor es agobiante.

Busco la sombra y paseo por la alargada plaza que tiene varias cafeterías y restaurantes con mesas en el exterior. Deambulo por las callejas hasta que me encuentro con un arco de piedra que parece dividir la parte vieja de la nueva. No me interesa ver edificios de hace veinte años. Doy media vuelta y regreso a la que sin duda es la zona donde se concentra todo el ambiente a estas horas.

Me siento debajo de una sombrilla y pido un refresco. Las mesas se están ocupando y todos no son clientes españoles. Las botellas de vino circulan llenando las copas de turistas que buscan degustar buenos vinos. Me resulta extraño el paisaje que tengo delante. En Nueva York todo el mundo camina con prisa y los rascacielos ocultan el sol. Aquí se escuchan charlas sosegadas, los susurros cómplices de las parejas y las voces de los niños que están jugando cerca. Podría acostumbrarme a este ritmo de vida.

Sin nadie con quien hablar me distraigo mirando a la gente. Una mujer que está sacando fotos a la torre de la iglesia me recuerda a mi madre. El hombre que la acompaña también provoca, muy a mi pesar, que recuerde a otra persona, a Lorenzo, porque está tomando mate.

«¡Ceba bien el mate, *amore*!». Yo echaba el agua a la yerba mate perfectamente. Para verter agua a ochenta grados no hace falta tener un máster en la Sorbona. ¡Hierbajos de los demonios! Cada persona tiene sus propios gustos y todos son respetables, pero Lorenzo no compartía esta idea conmigo.

¡Hasta haciendo el amor había que tomar mate! Eso era excesivo, por mucha explicación que quisiera darme Lorenzo. Tomaba un sorbo y luego me besaba y notaba todo el amargor de la planta en mi boca. ¿Qué hacía para evitarlo? Lo besaba constantemente para que no pudiera coger la calabaza y darle un traguito al brebaje. Me esforzaba por tenerlo concentrado en mis pechos, en mis caderas, le pedía que me tocara con ambas manos... Recurría a todo lo que se me ocurría para evitar que tomara mate. Compré esposas para atarlo porque eso me excitaba. Lo que no puntualicé es que me excitaba pensando que, si le ataba, por fin tendría un orgasmo libre de mate

en mi boca.

Lorenzo insistía en que lo compartiera con él, que nos sentásemos frente a la televisión con el mate. ¡Bien saben en Plutón que lo intenté! Yo me esforcé por aceptar que unas hierbitas que parecían recogidas de los arcenes de una carretera comarcal del Norte de España podían ser agradables. Lorenzo debería haberse esforzado por aceptar que a mí el mate me parecía tolerable con seis cucharadas soperas de azúcar. Necesitaba cantidades ingentes de dulce para aplacar el amargor de la infusión.

El señor que lleva el mate en la mano se aleja. Yo bebo mi refresco para eliminar el sabor del mate que ha llegado a mi boca nítidamente. Me costará tiempo borrar de mis recuerdos su amargor.

Duermo mal, siempre me he puesto nerviosa en las horas previas a una entrevista de trabajo. Parece que de momento mi cuerpo no va a cambiar y he dado muchas vueltas en la cama buscando la postura que me permitiera conciliar el sueño. Desde mi ventana se ve un pedazo de cielo azul brillante y cientos de pájaros, que a mí me parecen golondrinas, revolotean con una precisión increíble. Divago unos minutos sobre cómo es posible que vuelen cambiando constantemente de dirección y no choquen entre ellas. Pensándolo bien, en las calles de Manhattan sucedía algo parecido, todos caminábamos con prisa y, generalmente, no nos dábamos de bruces los unos contra los otros.

Me incorporo, me acerco a la ventana y la vista me deja con la boca abierta. El sol arranca reflejos a las aguas del río Duero. Un puente de arcos atraviesa el cauce. El color verde de los árboles que crecen en sus orillas contrasta con el amarillo de los campos y convierte el paisaje en una postal.

El hotel tiene piscina. Me gusta nadar, sentirme liviana y libre. Reviso el horario del comedor donde se sirve el desayuno. No encuentro indicación alguna sobre la piscina y llamo a recepción para consultar.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me gustaría hacer uso de la piscina. ¿Me podría decir si es posible hacerlo ahora?

—El socorrista acude de once a siete. Los menores de once años no pueden entrar solos fuera de ese horario. ¿Para quién sería?

¡Para mí! ¿Para quién iba a ser si no? Sabes desde qué habitación estoy llamando, la número 211, y solo yo estoy registrada. ¡Muchacho, ponte las pilas porque son las nueve de la mañana!

Intento disolver la tensión a golpe de brazadas. El tiempo pasa y me resisto a salir del agua. Ya tomaré un café después. No tengo hambre y el baño me está sentando muy bien. ¡Quién iba a

decirme a mí hace siete días que estaría nadando en una piscina a las diez de la mañana en la localidad de Toro!

Pregunté a Luisa por Alejandro. Es normal que quiera saber qué tipo de hombre ha querido contratarme solamente porque a la mujer de su dentista le parezco una persona de confianza.

—Solo he estado con él la noche en la que nos conocimos. James le tiene mucho aprecio y, a mí, durante el rato que estuvimos conversando, me pareció un hombre encantador.

—¿Y cómo es, para poder reconocerlo cuando lo vea? Si Alejandro nunca me ha visto y yo tampoco sé qué aspecto tiene, vamos a tener que recurrir a llevar una rosa en la mano. Yo prefiero ir a lo seguro.

—Muy alto, moreno, delgado. Antes de atender la llamada telefónica estuvo todo el tiempo sonriendo. No te preocupes, ya me he enterado de tu salida de la empresa. Esa tiparraca es una impresentable y se ha topado con la horma de su zapato. Lorenzo no te merecía y acabará con una mujer como esa a su lado porque no encontrará a nadie mejor. Todo va a salir bien, relájate.

«Muy alto», eso es muy relativo. Luisa mide un metro y sesenta centímetros. Para ella casi todos los hombres son altos. Añadir un «muy» por delante podrían ser cinco centímetros más que solo «alto».

Hemos quedado en el hotel. Imagino que la cafetería ha sido el lugar pensado por Alejandro. El hotel tiene bastante gente y prefiero asegurarme aportando algún dato. Le dejaré un mensaje a las once y media para confirmar el punto de encuentro.

Nado de nuevo algo más tranquila. Quiero creer que todo va a salir bien, como augura Luisa. Tengo la sensación de que ha sido un acierto venir a Toro. Estoy muy lejos de Nueva York, y no solo hay muchos kilómetros por medio, también hay un modo de vida diferente y es lo que necesitaba: tranquilidad y un nuevo reto. Si esa empresa fue fuerte, podrá volver a tener éxito. Buscaré en cada sector los fallos, reduciré costes si es preciso, promoveré una campaña publicitaria original y contactaré con importadores de otros países, para que incluyan nuestros productos entre los más demandados en sus países.

¿Qué producirán? No es lo mismo vender unas sandalias que ropa de cama. Prefiero ropa o calzado. ¿Podrían ser equipamientos escolares, o buzos de trabajo para los mineros, o raso para el interior de los ataúdes! De repente, mi corazón se siente incómodo. Que yo haya trabajado en el sector de la moda durante varios años no me convierte una experta en sábanas de franela.

Tengo que tranquilizarme, todos los productos tienen un proceso de producción similar: hay diseñadores, operarios que manipulan la maquinaria, otros que etiquetan y empaquetan el producto, personal de oficina, que se encarga de la facturación, y gente como yo, que contacta con clientes y los convence de que deben comprar muchas cajas.

La materia prima: telas, botones, cremalleras... Hay multitud de proveedores a los que pedir

presupuestos para comparar. También podrían tener un precio final poco competitivo por tener unas instalaciones obsoletas, o... ¡Basta, Marina! Son las diez y cuarto. Todavía falta una hora y tres cuartos para saber qué le sucede a la empresa y estoy empezando a sentir dolor de cabeza.

Doce menos cinco. Me gusta la puntualidad, ofrecerla y recibirla. Llego a la cafetería examinando a los clientes con mi teléfono móvil en una mano. Dos hombres charlan amigablemente en una esquina de la barra. Me miran y continúan conversando, así que deduzco que no estoy dentro de sus planes.

Una pareja de turistas está examinando un plano en una de las mesas. También los descarto. Un grupo de orientales de edad bastante avanzada está tomando un pincho de tortilla con cara de satisfacción. No creo que alguno de ellos sea Alejandro. No hay más gente, así que me acerco, pido un botellín de agua fría y finjo estar concentrada en mi teléfono, para evitar darle excusas a nadie para acercarse.

Si algo me gustaba de Nueva York, era lo anónima que me sentía. En sus calles hay personas de todos los orígenes y aspectos imaginables. Mi aspecto no llamaba la atención, ya que encontrar mujeres como yo, altas y rubias, es habitual. Ayer, al registrarme en el hotel, la chica que atendía la recepción me habló en inglés y se quedó sorprendida cuando le contesté en castellano. Después, al sentarme en la plaza, el camarero también me preguntó qué quería tomar en inglés. Nuevamente, usé mi lengua materna para expresarme. El chico respiró aliviado, no tenía muy claro en qué parte de Europa situarme, pero nunca hubiera pensado que era española. Apenas podía mantener una conversación en inglés, había exagerado ante su jefe para poder trabajar en verano atendiendo la terraza del restaurante.

Llevo puesto lo que considero un atuendo formal para una entrevista de trabajo: traje de chaqueta y pantalón blanco y zapatos cerrados con cinco centímetros de tacón. Si Alejandro es tan alto como Luisa me aseguró, mi metro setenta y siete más los cinco centímetros del tacón no lo superarán.

Doce y cinco minutos, mi teléfono permanece en silencio y comienzo a dudar sobre el lugar de nuestro encuentro. Releo su *wasap*. Confirmando que estoy en el lugar elegido por Alejandro y que es la hora correcta. Mi cita no es puntual y eso me irrita. Fui impulsiva aceptando sin investigar antes a Alejandro y a la empresa de sus tíos. Ahora es demasiado tarde y me siento ridícula. Soy adulta, pero me he comportado como una chiquilla, diciendo sí como si me estuvieran ofreciendo un vaso de refresco.

Doce y cuarto y mi botellín de agua está vacío. Haciendo caso a otro impulso tecleo en mi móvil un mensaje para Alejandro. Me quedo mirando fijamente esperando que la aplicación marque como leído mi texto. No sucede y los nervios hacen que tenga ganas de ir al baño a orinar. Serán solo dos minutos, y prefiero hacerlo antes y no durante la reunión, si es que finalmente se produce.

No me entretengo. Al salir reviso que mi coleta esté en su sitio y la camiseta de tirantes que asoma por debajo de la chaqueta de mi traje no muestre ni un milímetro de canalillo. Cuando salgo lo veo, está entrando apresurado en la cafetería examinando a todos. Cuando su mirada y la mía hacen contacto siento una sacudida en el estómago.

Capítulo 4

Luisa no utilizó las palabras «muy alto» a la ligera. Alejandro me parecería un hombre muy atractivo si yo no estuviese ahora mismo desencantada del sexo masculino en general. No siento el menor interés por conocer a ningún varón. Pienso pasar una larga temporada, que perfectamente puede transformarse en años, sin sentir atracción sexual hacia ninguno.

—¿Marina?

—Sí —respondo extendido mi brazo para aceptar su saludo.

—Alejandro Guzmán. Encantado.

No lo parece, su ceño está fruncido y su voz ha sonado impaciente.

—He leído su mensaje, pero ya me encontraba cerca.

—Ya.

—Mi coche está fuera aparcado en doble fila. No había sitio donde dejarlo.

Me hace gestos para que abandone la cafetería. Estamos en zona segura y no conozco de nada a este hombre.

—¿Está muy lejos la fábrica? ¿No podemos ir caminando?

—Se puede ir andando. Yo lo hice muchas veces cuando era pequeño, pero es más cómodo hacerlo en coche. Fuera hay treinta y cuatro grados, y la sombra escasea.

Me cede el paso en la puerta y compruebo que me saca una cabeza. Vuelvo a pensar que, si yo estuviera en otra circunstancia, me parecería un hombre muy muy muy atractivo: pelo negro, ojos oscuros, mirada penetrante y voz profunda.

—¡Uf! —Se me escapa el quejido al sentir que los rayos del sol me achicharran la cabeza.

—Con el tiempo te acostumbrarás.

Lo miro sorprendida. Me acaba de tutear y juraría que me ha sonreído sutilmente. Alejandro lleva un traje gris de verano y corbata azul. Me dirijo hacia el elegante Audi que está aparcado en doble fila.

—Es el otro.

—¿El Hummer blanco?

—Sí.

—Vale.

¡Me he quedado sin palabras! Los hombres que visten traje conducen coches de señor con traje o, en su defecto, deportivos. Cuando imagino a un conductor de Hummer pienso en hombres vestidos con pantalones vaqueros o con ropa de cuero.

Me abre la puerta y entro. Me siento poderosa y me río en silencio. Me gustaría conducirlo y arrollar con sus enormes ruedas a un argentino, darle un buen golpe y que su mate saliese volando por los aires hasta caer sobre un tal Filiberto, y dejarlo achicharrado para una buena temporada.

—Es un coche de alquiler.

—Claro.

—Lo dices como si todos los días alquilases un Hummer.

Me mira interrogante. Me está evaluando, lo noto, como si sus ojos fueran un escáner y estuviera pasándolos por mi cuerpo.

—Yo nunca he alquilado un coche como este.

—Yo tampoco. No era mi intención, pero todo se ha complicado estos días.

—Imagino.

Yo no imagino nada, nunca hubiera pensado que podría estar dentro de este enorme coche que parece más ancho que la calle por la que Alejandro está conduciendo.

—Debería haber llegado ayer, pero tuve problemas con mi vuelo y hemos aterrizado a las nueve de la mañana. Cuando he acudido a recoger mi coche, como habían transcurrido más de doce horas, lo habían alquilado y no les quedaba ni un vehículo de categoría similar.

—Y no pueden ofrecerte uno de menor categoría.

—Exacto. Tenían furgonetas para familias numerosas y este «comecombustible». Siempre había querido probar uno. Hubiera preferido otra circunstancia, porque en estos pueblos la gente se fija mucho en todo y este coche no pasará desapercibido.

Estamos dejando atrás las últimas viviendas. Recorremos una recta con campos sembrados de cereal a ambos lados. No se ven casas. Hay un castillo a lo lejos y las máquinas están segando lo que supongo será trigo.

—¿A dónde vamos?

—No te asustes.

—No estoy asustada. —Hay que mostrar serenidad, dicen los manuales de defensa personal.

—Si tú lo dices... Vamos a Lagunafría.

—¿Ahí está la fábrica?

—Exacto.

—Podríamos haber quedado directamente allí.

—Tenía miedo de asustarte. Toro es pequeño, pero Lagunafría es diminuto.

—¿Y está ahí la fábrica?

—Sí, te lo aseguro.

Me parece todo muy extraño, tanto que sin darme cuenta estoy agarrando mi bolso con fuerza.

—Lo siento —me asegura Alejandro aparcando en un camino de tierra que se adentra en los trigales.

—¿Qué sientes?

Lo miro y espero sus explicaciones. Pasa sus manos por su pelo y fija su mirada en la lejanía. Pienso en salir corriendo, pero no hay ni un alma y este coche es capaz de atravesar los campos como si fueran autopistas. Me cazaría en cinco segundos. Lo observo y mi instinto me dice que es posible que me vaya a meter en un buen lío llamado «fábrica de moda», pero confío en la bondad de Alejandro. Así es en nuestra mente, no sé qué estímulo habrá recibido, pero me está diciendo que puedo fiarme de él, así que me preparo para escuchar cualquier historia inverosímil.

—La fábrica está en el pueblo en el que crecí. Mis tíos son los dueños. Ellos me han criado y son mi única familia. Vine por última vez en Navidades y todo parecía ir bien. Solo estuve un par de días y regresé a Nueva York. Llevo dos años totalmente dedicado a mis negocios y reconozco que he distanciado las visitas.

—Yo también he estado alejada de mi familia por motivos laborales.

—Debería haber venido más a menudo.

Lo observo, se siente culpable. Desconozco la causa, pero debe ser un asunto muy importante para que un hombre que se mostró seguro al entrar a la cafetería esté ahora desahogándose con una desconocida.

—Tienen problemas y no me han llamado para contármelo. Si hoy en día soy un hombre, es gracias a ellos. Me dieron un hogar, cariño, educación... No debería haberme quejado delante de ellos por el estrés que mi trabajo me estaba generando.

—No conozco a tus tíos, pero mi madre y mis abuelos siempre se preocupan por mí. Ellos me dicen a todas horas que están bien, ocultan sus problemas para no alarmarme. Es normal que nuestros padres quieran protegernos ante cualquier obstáculo.

El silencio es total. Dentro de nuestro singular coche el paisaje se vuelve irreal. Los insectos pasan por la luna delantera, pero no se escucha su zumbido. Una especie de tractor gigante aparece al final de nuestro camino. Tiene en su parte delantera una pieza alargada que sobresale a ambos lados del resto del vehículo. Parece una aspiradora gigante preparada para «pasar» nuestro camino y aspirar todas las piedrecitas.

Circula lentamente, pero va a llegar tarde o temprano a donde estamos. Alejandro permanece quieto. Su espalda está apoyada contra el respaldo de su asiento. Sus brazos están estirados y sus manos agarran el volante como si quisiera alejarlo de su cuerpo. Tenemos al señor que conduce la máquina frente a nosotros y le pido un segundo. No sé si me entiende o piensa que tener un Hummer blanco delante con una mujer que le hace gestos extraños es tan anormal que podría resultar incluso peligroso y es mejor esperar unos segundos antes de empezar a gritar y a acordarse de nuestras madres.

Toco a Alejandro ligeramente en el brazo y gira la cabeza hacia mí. Su mirada es impenetrable. No me atrevo a hablarle, así que señalo con el dedo a la cosechadora. La mira volviendo a este mundo, donde el señor de la maquina está empezando a impacientarse y ha abierto la puerta de su cabina. No creo que quiera airear la estancia, así que ruego que Alejandro reaccione y salgamos marcha atrás hacia la carretera.

—¡Perdón! —le grita al agricultor sacando su cabeza por la ventanilla.

El hombre hace un gesto de: «Venga, hijo, que llevo toda la mañana cosechando y mi estómago está quejándose desde hace una hora. Si tienes que pensar, busca otro sitio porque ¡mira que hay espacio para hacerlo en estas llanuras!».

El aire que entra es caliente. Huele a tierra seca, a campo, a calor. Agradezco que este cacharro tenga un aire acondicionado tan potente. Miro el termómetro y el número treinta y seis confirma que dentro del Hummer es donde mejor se está.

Nos incorporamos de nuevo a la circulación. Esta palabra es un dicho en este caso porque el único vehículo es el nuestro. Desde que tomamos esta dirección no nos hemos cruzado con nadie.

—Lo siento —me repite mirando obstinadamente hacia delante—. Mi intención era llegar ayer por la mañana, visitar a mis tíos, pasar el día con ellos y conocer la situación de la fábrica antes de encontrarme contigo.

—Pero no has podido hacerlo. —Trato de completar los datos. Este hombre me quiere contar cosas, pero me deja a medias. Parezco una psiquiatra empezando frases para que las finalice.

—No, mi trabajo en Londres se complicó y perdí el vuelo. Los controladores aéreos decidieron ponerse en huelga cuando estaba facturando mi equipaje para tomar el siguiente y tuve que pasar otra noche alojado en un hotel cercano. He llegado directamente desde el aeropuerto hasta el hotel, así que no tengo ni un solo dato. No sé por qué no pueden pagar el recibo de la luz.

Es muy probable que mañana tenga que volver a salir de viaje.

—¿Saben que llegamos?

—No, estoy seguro de que tratarían de ocultarlo todo. Estoy pensando cómo justificar que tú viajas conmigo y que te vas a quedar para ayudar en la empresa.

Le sonrío, este hombre no tiene imaginación. No importa, yo tengo por los dos y una historia se forma rápidamente en mi mente.

—Trabajo para ti hace tiempo. Hemos forjado una buena amistad. Tú me has hablado muchas veces de tu pueblo, yo tengo vacaciones y he venido para conocer la zona.

—Bien.

—¿Tienes negocios en España?

—De momento, no.

—Pero ¿podrías tenerlos? ¿A qué te dedicas? —Ayúdame un poco, Alejandro, que tengo que sacarte las palabras con sacacorchos.

—Compro edificios singulares y los transformo en hoteles que luego vendo a cadenas hoteleras de lujo.

¡Jod... con Alejandro! No sabía que hubiera alguien que se dedicase a eso.

—¿Y un castillo podría ser un edificio singular para tu negocio?

—Sí. —Me mira sorprendido, pero enseguida capta mi idea—. En Francia hay varios y son espectaculares.

—Hemos pasado cerca de uno.

—En esta zona hay bastantes. La mayoría están en ruinas.

—Tenías pensado estar aquí un par de semanas. Ibas a dedicar algunas horas a enseñarme la comarca, y el resto del tiempo lo dividirías entre tu familia y la inspección de varios castillos de la zona cuya compra podría resultar atractiva para tu empresa. Querías darles una sorpresa y por eso veníamos los dos sin avisar. Justo ahora te acaban de llamar, un negocio que estaba aparentemente controlado requiere tu presencia urgente y debes irte. No es necesaria mi presencia, así que me quedaré en Zamora varios días.

—Esa parte no está mal, pero ¿cómo te introducimos en la fábrica? Ellos no van a decirme nada más verme que tienen problemas económicos. De haber querido que se supiera ya me habrían llamado por teléfono para contármelo. ¿Qué excusa vamos a poner para que te quedes y puedas revisar la contabilidad de la fábrica?

—¿Siempre te has dedicado a comprar esos edificios o has tenido otros negocios diferentes?

Alejandro me mira de reojo. Esta situación no parece muy habitual cuando un empresario se entrevista con una posible empleada. Llegará un momento en que mi mente diga basta, que me recuerde que esto no es una escena de una película de espías. Imagino que la adaptación ha sido una de las claves de nuestra evolución dentro del planeta. Yo misma soy ejemplo de esa cualidad porque estoy hablando con bastante normalidad dentro de un coche que tiene más caballos que la cuadra de un jeque árabe, por una carretera donde el sol y el calor nos engañan creando grandes charcos falsos en la lejanía, atravesando campos deshabitados y confeccionando una enorme coartada para engañar a los tíos de un hombre que acabo de conocer.

—Tuve un bar de copas mientras estudiaba, monté un gimnasio en Madrid, durante un tiempo importé muebles de Bali... ¿Te sirve?

—Por supuesto. Eres un hombre emprendedor y tus tíos lo saben. Ellos fabrican ropa, ¿no?

—Sí. —Alejandro mantiene su reticencia a colaborar en esta conversación y a mí se me está agotando mi reserva de valentía para emergencias.

—Te han ofrecido una fábrica de ropa en algún país exótico y quieres que yo me ocupe de su gestión. Yo me he dedicado hasta ahora a otros campos y necesito ver por dentro el proceso de producción para habituarme. Estar un tiempo trabajando con tus tíos me dará la experiencia que necesito. Eso también justificaría que tú abonases mi nómina.

—Esta historia tuya está cogida con alfileres, Marina. En cuanto pregunten no sabremos qué contestar.

—¿Tienes una historia mejor que ofrecerles?

—No.

—Entonces tenemos dos opciones: parar donde no pasen tractores para preparar mejor nuestra coartada o seguir hacia adelante e improvisar sobre la marcha.

A mí algo me está pasando y comienza a ser preocupante. Yo nunca me había comportado así. Espero que Alejandro no piense que estoy como una cabra, que considere esta vena de inventora de historias que me ha brotado espontáneamente como una aptitud para el trabajo.

—Vayamos, este coche no pasa desapercibido. Seguramente, ahora mismo estén circulando rumores de que me han visto pasar por las calles de Toro. Si lo supieran, perderíamos el factor sorpresa.

—Tendremos que estar ágiles para no meter la pata. No nos conocemos. Les resultará muy fácil descubrirnos, así que propongo que en cuanto me presentes intentes esquivar cualquier pregunta personal para volver a hablar de nuevo de vosotros. Yo me mantendré callada en la medida de lo posible para que tú dirijas la conversación.

—Luisa tenía razón.

—¿En qué? —Ya metí la pata, no debería haber abierto la boca.

—La llamé para preguntarle sobre ti. Había aceptado contratarte cuando me encontraba concentrado preparando una reunión y temía haberme precipitado.

—¿Y qué te dijo?

—Que había hecho lo correcto. Me contó que eras una persona formal, trabajadora y que dedicarías todas las horas necesarias hasta que la empresa de mis tíos saliese a flote de nuevo. Ya hemos llegado.

«Y casi nos salimos», debería haber incluido en la frase. Estaba mirando cómo nos acercábamos a la docena de casitas y la iglesia. Pensaba que es una pena que los pueblos se abandonen, que la gente emigre buscando poblaciones mayores. Resulta que esto es Lagunafría.

La carretera pasa dejando todo el pueblo a mano derecha. A la izquierda solo hay un granero con media puerta de madera y un roñoso tractor al que le faltan las ruedas. Alejandro gira a la derecha. Se nota que conoce el camino porque ha entrado confiado en lo que parece un callejón sin fondo. Avanzamos entre casas cerradas a cal y canto. Cuando tengo la pared tan cerca que puedo ver hasta las marcas de sus piedras descubro que sí hay paso. Alejandro da un nuevo giro de noventa grados a la derecha y «hemos llegado a nuestro destino». Esta última frase la pienso yo. Ningún navegador podría comunicarlo, ya que estoy segura de que Lagunafría no aparece en su base de datos.

La plaza del pueblo es diminuta. La iglesia tiene sus puertas cerradas y el resto de las casas del centro de Lagunafría tampoco muestran signos de vida interior. El coche no se detiene y continuamos hasta que los campos vuelven a aparecer. Hay una casa separada del resto a mano izquierda y, adosada a esta, una cuadra que tiene un portón metálico verde con una pequeña puerta peatonal. Alejandro estaciona el coche y se baja. ¡No me digas que estamos delante de la fábrica!

—Hemos llegado a tiempo.

La una menos veinte. ¿Llegamos a tiempo para qué? ¿Son imaginaciones mías o la temperatura está ascendiendo? El sol abrasa y el asfalto debe estar tan caliente que parece chocolate caliente debajo de mis zapatos. Alejandro se acerca a la puerta peatonal, se quita la chaqueta y la posa en la manilla metálica.

—Está demasiado caliente —me explica empujando la puerta hacia el interior—, y en invierno demasiado fría. Hay que tener las manos curtidas y yo hace muchos años que no estoy acostumbrado.

Me señala el borde inferior del portón para que levante bien los pies al pasar por el hueco. Se agacha y atraviesa la puerta. Lo sigo comprobando que yo tampoco puedo hacerlo sin bajar la cabeza. Cuando ya dentro la levanto y contemplo lo que contiene la nave, estoy a punto de echarme a reír. No lo hago porque una señora con más años que mi abuela, y con un pañuelo de

cuadros grises atado a la cabeza, me está mirando. El respeto a los demás es algo que desde pequeña me inculcaron y hasta en esta situación se impone. Atrapo mi lengua entre mis dientes para que no me traicione mientras trato de asimilar la estampa que tengo delante.

La nave tiene el tamaño del taller de reparación de coches de mi vecino Emilio. Soy torpe calculando superficies, pero no creo que supere los doscientos metros cuadrados. Tiene techos altos con vigas y placas de uralita al descubierto. Hay pequeñas ventanas a ambos lados cerradas a cal y canto, y una puerta en la pared opuesta a la que acabamos de cruzar.

Hay dos filas de mesas de trabajo. Cuento un total de diez mesas, ocho disponen de máquina de coser. Se trata de un modelo industrial que tiene muchos años, demasiados para que todavía haya personas que las estén utilizando en un proceso de producción de ropa. Dos grandes mesas al fondo están libres de maquinaria, parecen la zona de patronaje, donde se cortan las telas de lo que esté cosiendo esta gente.

No me atrevo a fijar la vista en los tejidos que hay esparcidos por las mesas porque siete señoras y un señor me están mirando. Alejandro camina entre esta gente saludando con la mano, pidiendo silencio a los peculiares trabajadores que sonríen de oreja a oreja a su paso. Por alguna parte hay una radio encendida. El ruido que se extiende por la sala convierte las palabras de la locutora en algo muy difícil de entender. El suelo está cubierto de un material blando. Parece algún tipo de aislante que colabora con la radio para amortiguar el sonido de los pasos de Alejandro. Nada hace presagiar nuestra presencia a las dos personas que están de espaldas a la puerta por la que acabamos de entrar.

Todos los empleados me parecen demasiado mayores para estar dentro de un taller. Sus caras tienen profundas arrugas y las ropas que visten son oscuras. Las siete mujeres llevan pañuelo gris atado al cuello cubriendo la cabeza. El hombrecillo que me mira a punto de caérsele la baba tiene una boina que luce con el mejor estilo pueblerino que aún pueda verse en España.

Alejandro llega al fondo de la nave, donde una mujer y un hombre continúan trabajando, ajenos a nuestra llegada. La abraza a ella por la espalda y el grito que lanza por el susto que acaba de recibir hace que todos los demás rompan en carcajadas. El hombre, que había mantenido hasta el momento su cabeza inclinada hacia la mesa con una gran tijera en la mano, la suelta bruscamente. Cuando la levanta se echa las manos a la frente.

—¡Álex, hijo, qué sorpresa!

Un abrazo puede contar muchas cosas y este lo dice todo. Estas personas adoran a Alejandro y él también los quiere mucho. Levanta a la diminuta mujer por los aires. Ella chilla de nuevo, pero en esta ocasión lo hace de alegría. Su pañuelo termina cayéndose y deja a la vista su pelo gris recogido en un moño bajo.

—¡Bájame, Álex! Estoy muy mayor para estos movimientos.

—Tú nunca serás mayor, tía Amparo. —Alejandro le planta dos sonoros besos en las mejillas y vuelve a abrazarla.

—Menos mal, todavía hay gente que me dice un piropo. —Amparo mira severamente al pobre hombre que se ha quitado la gorra para rascarse la cabeza, que parece picarle como si una docena de plumas revoloteara sobre su calva.

—¿Es cierto, tío Paco?

—No la hagas caso: si le digo algo, se enfada; si no se lo digo, también me riñe. A tu tía no hay quién la entienda. ¿Quién es esa chica tan guapa?

He permanecido quieta, mirando la escena, sintiendo la emoción del momento. El resto de los trabajadores, que había girado la cabeza para ver el reencuentro de Alejandro con sus tíos, vuelve su mirada hacia mí. Empieza nuestra farsa. Solo espero estar atenta y ser rápida para no caer en ninguna contradicción.

—Marina, acércate, por favor.

Camino entre los trabajadores. El hombrecillo me guiña un ojo, convencido de que tiene la presencia de un galán de novelas. Yo no sé cómo responder y lo saludo con la mano. Digo un tímido «hola» a las mujeres, que me sonríen mientras me examinan visualmente desde la punta del dedo gordo hasta el último pelo de mi cabeza.

—Te presento a mis tíos: Amparo y Paco, las personas de las que tanto de he hablado. Ellos me acogieron y me criaron. Mi deuda con ellos es y será eterna.

Si fuera posible comunicarse mentalmente y se pudiera escuchar esa conversación ahora mismo, los tíos de Alejandro estarían hablándose a gritos, preguntándose qué van a hacer para ocultar su problemilla, cómo deben actuar cuando estamos presentes sin haberles avisado de nuestra llegada. No hemos alcanzado ese grado de evolución, aunque sí hay un pensamiento que puedo distinguir y que se transmiten a través de la mirada: «Habrá que improvisar, otra cosa no podemos hacer ahora que los tenemos delante».

—Encantado, muchacha. Estarás pensando en lo mal que lo hemos educado para que se presente sin avisar.

—Bien dicho, Paco. —Amparo me da dos besos. Para que pueda hacerlo, tengo que agacharme como si lo estuviera haciendo delante de un niño pequeño—. No hemos preparado ninguna comida especial. Nosotros estamos a régimen y para comer había dejado una ensalada lista para ser aliñada y dos filetes a la plancha. Pero, si esperáis un ratito, podría cocinar algo más apropiado para la ocasión.

«Buen intento para llevar cualquier conversación lejos de la fábrica», les diría si pudiera. Hemos pasado de darnos dos besos a hablar de la comida.

—¿Tienes huevos de tus gallinas? —Hubiera resultado muy sospechoso que Álex derivase la conversación hacia el tema laboral. Ya habrá tiempo para volver a colocar a sus tíos en posición comprometida.

—Claro, Álex. Esta mañana he recogido siete, y hay una hogaza recién horneada que hemos comprado a Trigo limpio.

—Entonces, la comida va a ser un manjar. Esa panadería elabora el mejor pan del mundo. ¿Qué te parece, Marina?

—Que me está entrando hambre pensando en esa comida.

—¡Qué guapa eres, y qué alta! ¿Es tu novia, Álex?

—No, tía, Marina trabaja para mí.

—¡Oh, qué pena! Hacéis una pareja muy bonita.

Amparo nos está evaluando. Esta mujer no tiene ni un pelo de tonta y está buscando síntomas de complicidad entre nosotros. No existen, no le queda más remedio que darse por vencida de momento. Llama al resto de la nave para que saluden a Álex (voy a llamarlo así porque es más ligero y aquí todo el mundo lo conoce de ese modo).

Me presentan a los trabajadores. Memorizo el nombre del único varón, un señor con un colmillo recubierto de suficiente oro para hacerse un anillo, que luce en todo momento sonriendo a cada palabra mía. Licinio es un hombrecillo delgado que podría pasar totalmente desapercibido si no fuera por sus desproporcionadas orejas. Son realmente grandes y carnosas, y están separadas de su cráneo.

—Es demasiada mujer para ti —le dice una de las Juanas. Hay dos y se parecen mucho—. Se te pasó el arroz hace tiempo.

—Mi arroz está tan seco como el tuyo.

—No es lo mismo —le responde Juana—. Yo estoy viuda y tú, soltero.

—Porque tú quieres. Si quisieras compañía, la tendrías esta misma noche.

Paco ha apagado la radio, las máquinas de coser no están funcionando. Sin otro sonido que el de nuestras voces, el suave chirrido de la puerta al abrirse hace que todos nos giremos en esa dirección. Nuestras miradas se concentran en la silueta que el sol recorta. ¿Hay de repente mucho silencio o me lo parece a mí? Juraría que es un hombre, pero el sol no deja ver con claridad su sexo. Vuelve a salir y cierra la puerta con un golpe seco.

—Vamos a apagar todo y a cerrar el taller. —Amparo pronuncia estas palabras precipitadamente y los demás parecen tener la misma prisa de repente por dejar sus mesas ordenadas.

Álex se acerca y me hace señas para que lo siga hasta el exterior. El calor provoca que suspire bajito. Se acerca al coche para dejar su chaqueta. Busco una sombra y camino bordeando la nave para poder hablar con Álex sin riesgo de que escuchen nuestra conversación. Un tipo con muy mal aspecto está apoyado contra la pared. Debe ser la misma persona que hace un instante ha abierto la puerta, no creo que este punto de España esté tan concurrido. Me doy la vuelta. Álex no me ha seguido y el aspecto de este sujeto me atemorizaría si no supiera que a mi lado hay suficientes personas para venir en mi auxilio, aunque sea azada en alto.

—Hay un hombre ahí.

—¿Sí? —responde Álex caminando hacia donde le señalo—. Si estaba, ya se ha ido.

—Me parece que es la persona que ha abierto la puerta del taller.

—Será algún familiar de los vecinos del pueblo.

—¿Qué tal vamos?

—De momento, todo bien, aunque esta parte ha sido la más fácil. Comiendo tendremos que tener cuidado para no meter la pata.

El ruido de la llave al girar confirma que todos han salido y que la fábrica está cerrada. Los trabajadores se despiden con un «hasta mañana» que se me hace muy raro. ¿Ya han terminado su jornada laboral?

—Subamos rápido, chicos. Este sol va a quemarte la piel, hija. ¿Eres española? Lo pregunto porque eres tan rubia, con esos ojos tan verdes y esa altura...

—Deja el interrogatorio, Amparo, que la vas a poner nerviosa.

—Mi padre es inglés.

—¡Ah!

El interior de la casa muestra un aspecto similar al de muchas casas de campo donde residen personas mayores. Suelos de baldosas con dibujos geométricos, muebles oscuros con vitrinas llenas de recuerdos, tapetes de ganchillo sobre las mesas y una cocina de leña al lado de la de butano. Dentro la temperatura es bastante aceptable. Los muros son gruesos y todas las ventanas tienen por su parte exterior unas esterillas extendidas que hacen las veces de toldos para ahuyentar el calor.

—La planta de arriba está libre para vosotros dos.

Miro a Paco pasmada. Creía que había quedado suficientemente claro que entre Álex y yo no hay nada. ¡Si supieran que nos hemos conocido hace una hora!

—Paco quiere decir que hay tres habitaciones y un baño —me aclara Álex sonriendo—. Ellos duermen en verano en la planta baja porque es donde hay menos temperatura.

—Gracias. Solo necesito refrescarme un poco.

—Lo decía para que trajerais vuestros equipajes.

—Estoy alojada en un hotel de Toro, pero muchas gracias por la hospitalidad.

—Yo no sé si me podré quedar o si tendré que regresar mañana al trabajo.

—No paras, hijo. Deberías cogerte unas vacaciones.

—Algún día lo hare. Voy a mostrarle a Marina dónde está el cuarto de baño.

—Id, yo prepararé la comida.

Subimos por las estrechas escaleras de madera. Sigo a Álex hasta un coqueto baño de azulejos rosas y sanitarios del mismo color. Me lavo las manos pensando, tratando de darle consistencia a todo lo que ha pasado desde mi salida apresurada de Nueva York.

Parece que estuviera viendo una película de enredo, una comedia romántica donde las situaciones inverosímiles se suceden y al espectador le hacen gracia todos los momentos cómicos a los que someten a los protagonistas.

Estoy fingiendo para un hombre al que no conozco, por un puesto que no se aún muy bien en que consiste, ante una gente que se parece a la que yo tengo tanta costumbre de tratar como un huevo a una sardina, y en un paisaje bucólico y atemporal donde el rey de los vehículos es la cosechadora.

La pastilla de jabón verde con olor a lavanda me arranca una sonrisa. Mi abuela también la compra, nunca ha querido cambiar de marca. Me seco las manos en una toalla blanca bordada con flores rosas. Retiro la cortina de la ventana del baño y entre campos de trigo infinitos descubro agua. Una laguna con la superficie de un campo de fútbol en medio de miles de tallos amarillos es como un oasis en el desierto. El trigo ya ha sido recolectado y se puede apreciar el verdor de las plantas que crecen alrededor del agua. Un pequeño arbolito, plantas acuáticas y el agua que brilla por los rayos del sol. ¡Qué bonito! La naturaleza nos da lecciones cada día.

Abro la ventana para apoyarme. Estoy a la sombra y, aunque el baño está situado en la cara Norte, que es la zona más fresca de la casa, el aire que entra parece sacado de un horno de fundición. Me relaja lo que veo y creo que lo necesito antes de bajar a comer con los tíos de Álex.

Un sonido metálico rompe este bonito momento. Varios pájaros de tamaño considerable alzan el vuelo y salen chillando a su manera. ¿Están cazando o ha sido otro tipo de ruido el que ha asustado a las aves?

El «toc, toc» de unos nudillos en la puerta me sorprende tanto o más que el ruido y corro a abrir la puerta.

—¿Estás bien? —Álex está en medio del pasillo y se ha remangado las mangas de su camisa.

No es la primera vez que tengo delante a un hombre vestido de esa manera. ¿Por qué entonces se me acelera el pulso?

—Sí, perdona si he tardado. Estaba mirando la laguna y me he despistado. Es bonita.

—Sí que lo es.

Álex se ha acercado y está mirando por la ventana. El baño es pequeño y no fue diseñado para albergar a dos personas tan grandes como nosotros, así que estamos un poco justos de espacio. Los antebrazos de Álex son fuertes, sus músculos se marcan en cada movimiento y cuando eleva su brazo para cerrar la ventana su codo roza mi piel. Noto una extraña sensación que prefiero no analizar porque aquí nada es normal.

—¿Te bañabas en ella cuando eras pequeño?

—No se puede. Apenas tiene profundidad y el fondo es fangoso. Recuerdo el primer verano. No lo sabía y me metí porque sentía mucho calor. Nunca olvidaré aquel día. Fui entrando al agua poco a poco, notaba el barro entre los dedos y me hacía cosquillas. Un hombre me llamó, alguien que ya ha fallecido. Me gritó que no me moviese. Yo no entendía por qué parecía tan nervioso y miré hacia abajo, pensando que quizá había algún tipo de pez asesino que vivía en el agua. Solamente me había metido hasta las rodillas y sin darme cuenta ahora tenía el agua a la altura de las caderas.

—¿Son arenas movedizas?

—Algo así, te absorbe. El propio peso del cuerpo hace que te hundas y, cuando te quieres dar cuenta, sientes que ya no puedes volver a la orilla. Si te mueves, solo consigues sumergirte más rápidamente.

—¡Qué miedo!

—Hay que tenerlo. Aquel hombre me salvó la vida. Trajo una vara muy larga y me agarré a ella para salir, ¡ja, ja, ja!

—¿Por qué te ríes? —Nunca había visto a nadie reírse al recordar cómo una vez estuvo a punto de morir.

—Cuando alcancé la orilla estaba temblando por el miedo y por el esfuerzo que había tenido que hacer para no soltarme de la vara. El hombre se acercó y yo me levanté sonriente para darle las gracias. Al recordar el coscorrón que me dio, todavía me duele. Tenía unas manos grandes y huesudas, y por un momento pensé que me había perforado el cráneo. «Ayer escuché a Paco recordarte que nadie podía bañarse en la laguna porque un chico se había ahogado hacía varios años y alguna oveja había tenido un final idéntico. Como te vea otra vez cerca del agua, te daré un bofetón, y no será una caricia como ahora».

—Mi abuelo también tiene las manos grandes y fuertes.

—Entre el susto que pasé y la amenaza de Isidro aprendí la lección y nunca más volví a acercarme a menos de un metro del borde de la laguna.

—¿Y la gente de aquí caza en ella?

—¿A las aves que viven en ella? Nunca lo he visto. Si les pegas un tiro y mueren en el agua, no hay modo de coger la presa. Además, esos pájaros son todo plumas, ahí apenas hay carne. En esta zona no suele haber escopetas, aquí no hay caza.

—Hace un segundo, cuando estaba mirando, he escuchado un ruido, me ha parecido un tiro. Todas las aves han escapado volando.

—No lo sé, se lo preguntaremos a mis tíos para que tengas cuidado si sales a dar una vuelta.

—¿Álex? —Me mira y juraría que lo hace de un modo diferente—. Perdona, he escuchado a tus tíos llamarte así. Te llamaré Alejandro si prefieres.

—Álex me gusta más. Alejandro solo me llaman quienes no me conocen y tú y yo hace tiempo que nos tratamos.

—Claro. —La farsa—. No creo que pueda hacerlo.

—¿Qué? —me pregunta apoyando su espalda contra la puerta del baño.

—Mentir a tus tíos. He visto la fábrica. Es muy pequeña, en un solo día podría ver todo el proceso de producción. No sabría qué hacer dentro, cómo fingir que estoy aprendiendo para poder fisgar la contabilidad.

Me mira tan intensamente que desvío la mirada. Estoy siendo sincera. Me enseñaron a ser una mujer honesta, a ir siempre con la verdad por delante. Estoy en este baño tan cuqui porque Lorenzo me engañó. Mi jefa sabía que era mi novio y no le importó colaborar en su infidelidad. Deseaba tanto que una nueva ilusión ocupase mi mente que he alentado a Álex para que confiase en mis cualidades. Le he dado a entender que soy una mentirosa. Yo no quiero ser ese tipo de persona. Álex se acerca y agarra mis brazos.

—Parece una locura. Nos hemos conocido hace dos horas, ni tú sabes nada de mí ni yo de ti. Si no tuviera la compra de un hotel entre manos, no te pediría este favor. Mis tíos son mis padres, los adoro y nada me gustaría más que ayudarlos personalmente, pero he invertido todo lo que tengo en ese edificio en Inglaterra. Tengo un cliente que está muy interesado y a mucha gente trabajando ahora mismo para que luzca atractivo cuando vaya a verlo. Me darán una respuesta dentro de pocos días. Necesito ese tiempo libre para poder salir airoso de la situación. Si fracaso, me arruinaré. He solicitado varios créditos y los intereses son muy altos.

Me suelta y se pasa las manos por el pelo. Es un gesto que he visto antes. Parece que lo hace de modo automático cuando se siente agobiado.

—Te pido una semana. Necesito que averigües qué le pasa al negocio, por qué no tienen liquidez, si tienen deudores, si las ventas han disminuido... Tú sabes mejor que yo dónde buscar. Mañana tendré que estar en Madrid a las ocho para coger el avión a Londres. Dispondremos de toda la tarde para preparar tu entrada en la fábrica. Confía en mí.

Que un hombre tan grande y con un aspecto tan imponente sea capaz de hablar tan bajito y con tanta sensibilidad derriba todas las defensas que estaba montando para rechazar sus peticiones y volver a casa de mi madre con el rabo entre las piernas.

—Gracias por la confianza, pero me va a resultar muy difícil mentir a tu familia sobre nosotros.

—¡Por favor! Ninguno de mis amigos tiene conocimientos sobre ventas. Prometo quedarme dos semanas a mi regreso. Después volveré a marcharme porque tengo una reunión en Toronto. Para entonces deberías estar más cómoda. ¡Quién sabe! ¡A lo mejor te gusta y te quedas en la empresa! Está claro que necesitan modernizarse, yo correré con todos tus gastos. Sobre tu sueldo, pon una cifra y no discutiré.

Me suplica y a mí no me espera una multinacional. Podría catalogarse como una experiencia única, una oportunidad que no volverá a repetirse en mi vida. Puedo intentarlo. Son personas amables que merecen recibir algo de lo que ellos reparten: humanidad.

—Está bien, lo haré. ¿Qué fabrican? —Mi cerebro ha comenzado a trabajar para poner en pie la empresa y a eso me dedicaré estos siete días. Es un detalle importante saber qué estaban cosiendo con esas máquinas de museo.

—Sujetadores.

—¿Cómo? ¿Ropa interior?

—Exacto. Confeccionan sujetadores y fajas.

—Desde donde yo estaba no se distinguía muy bien. Era una tela marrón...

—El de la ropa interior. —Me lo parece a mí o Álex está conteniendo la risa.

—¿Marrón?

—Y blanca. Solo fabrican en esos dos colores.

Me estoy quedando de piedra. La voz de Amparo, que nos llama a comer, es clara: a quien cocina no le gusta que la hagan esperar. Álex se lava las manos con la pastilla de jabón de lavanda apresuradamente.

—Vamos a comer, Marina. Después visitaremos la fábrica y continuaremos hablando.

—Vale —respondo todavía en *shock*—. Lleva tú la conversación, por favor. Yo te seguiré para que no haya contradicciones.

—De acuerdo.

¡Espabila, Marina! ¿Estás despierta o te has quedado dormida en la piscina del hotel y esto es un sueño rocambolesco? Siento mucho calor. Debo estar tumbada en una hamaca y el sol me está provocando esta pesadilla.

Capítulo 5

—He preparado la mesa del salón.

—No hacía falta, tía. En la cocina hubiéramos estado igual de cómodos,

—Esa mesa cada vez se utiliza menos. Déjame el gusto de sentar a mi invitada en un lugar donde pueda partir el filete sin miedo a clavarte el codo.

—La cocina de la casa de mi madre es diminuta.

—¿Y de dónde eres, niña? —pregunta Paco colocándose la servilleta sobre las piernas.

—De Bilbao.

—Ahí también se come muy bien. En la tele sale ese cocinero vasco que cuenta chistes mientras cocina. De vez en cuando Amparo prepara una de sus recetas.

—Mi abuela también suele verlo. Mis conocimientos de cocina son muy básicos. Además, me gusta comer de todo, así que no tengo problema para prepararme cualquier cena apañada en cinco minutos. —Hablar de mí y de cómo me alimento puedo hacerlo sin decir ni una sola mentira.

—¿Y a qué te dedicas? Pareces modelo.

—Paco, no le hagas el interrogatorio a la niña.

—Marina es mi ayudante. Trabaja para mí desde hace dos años.

Álex parece haber entendido muy bien mi propuesta de que fuese él quien inventase nuestro pasado. Ha empezado apostando fuerte: dos años son mucho tiempo para crear recuerdos.

—¿Ah, sí?

Me mantengo en silencio, atenta a lo que Álex les cuente para memorizarlo. Paco me acerca el cuenco con la ensalada y me sirve la mitad del contenido. No quiero decir nada para no desviar la conversación. Pienso que no voy a poder comer nada más. Si esta es una ensalada de régimen, yo me llamo Gumersinda. Además de la lechuga y el tomate, encuentro grandes trozos de bonito en aceite, aceitunas, maíz dulce, taquitos de queso manchego y cebolla roja. Separo con disimulo esta última, no me gusta. Si un pedazo entrase en mi boca sin darme cuenta y la triturase entre mis muelas, me daría dentera y se me notaría en el gesto. Intentaré comer todo lo que pueda para no hacerles un desaire y, si tengo que dejar el plato limpio, meteré todos los trozos de cebolla a la vez y los pasaré con un trago de agua.

—Nos conocimos en Nueva York en una fiesta. Tenemos unos amigos comunes y charlamos amigablemente durante la noche. Marina, tendrás que decirle basta a mi tío cuando te eche comida al plato. Si no lo haces, acabarás comiendo por ocho. Le has puesto ensalada para un regimiento. En esta mesa hay alimentos para dar de comer a un equipo de fútbol.

—¿Es mucho, hija? Paco, deja que la chiquilla se sirva lo que quiera. Ellos son jóvenes y quieren cuidarse.

—Por eso mismo tienen que comer, porque son jóvenes y lo necesitan. A vuestra edad yo desayunaba un litro de leche con sopas y un bocadillo de jamón. Ahora la comida es *light* y el puñetero colesterol todo lo jod... ¡Perdón!

—¡Ja, ja, ja! Mi abuela dice lo mismo. Le encanta cocinar postres, es la mejor repostera del mundo. Antes, cuando iba a su casa, siempre había bizcocho, buñuelos, tarta de chocolate, flan, rosquillas... En la última revisión les detectaron el azúcar alto y se terminó la alegría.

—¿Te gustan los dulces?

—A Marina le encanta todo lo que lleve azúcar.

Álex está contando lo que está aprendiendo de mí. Es un buen sistema y continuo hablando porque curiosamente me encuentro bastante cómoda en esta extraña situación.

—Mi abuela sabe cuánto me gustan sus postres y cada vez que voy a verla prepara algo. A mí me da mucha pena que me vean comer cuando ellos no lo pueden hacer, así que le propuse que elaborase los postres con otros ingredientes: margarina en lugar de mantequilla, azúcar morena, harina integral... Todo aquello que puede sustituirse.

—¿Y qué tal sabe preparándolo así? Yo nunca he probado ningún alimento de esos. Comeré menos y me resignaré alimentándome con aquello que me deje el médico, pero serán alimentos naturales.

—Sabe horrible, a comida chupada.

—¿Comida chupada?

—Sí, como si alguien hubiera metido en la boca el pedazo antes, lo hubiera masticado y lo hubiese vuelto a dejar en la bandeja. Sin sabor, como cuando una sopa queda demasiado espesa y le añades agua.

—¡Ja, ja, ja! Eso pienso yo cuando Amparo solo me permite que aliñe la ensalada con dos gotitas de aceite. Parece que me hubiese arrodillado en un prado y estuviera masticando hierbajos a palo seco. Prefiero no comerlo.

—¡Mira que eres exagerado! No le hagas caso, Marina, está bien rica. Tiene aceite. pero para Paco la lechuga tiene que flotar en aliño para estar buena, y lo que ya no puedes hacer es untar pan

como un tonto. Te comías media hogaza con la ensalada y luego le contabas al médico que no entendías cómo tenías mal la analítica si solo cenabas ensalada.

—¡Doy fe de ello! —Álex se está riendo y es un placer para la vista y el oído. Sus duras facciones se suavizan y parece un niño grande.

—En Nueva York se come mucha comida basura.

—Hay de todo, tía. Puedes comer muy bien, aunque reconozco que es muy fácil hacerlo mal.

—¿Y qué trabajo haces, Marina? ¿Eres su secretaria? Alguna vez ha nombrado a Kim, que es la chica que le saca los billetes de avión...

Esta mujer sabe muy bien qué decir. Continúa comiendo como si hubiera formulado una pregunta inocente, pero tiene mucho interés por saber qué tipo de ayuda le ofrezco a su sobrino. Nunca ha escuchado mi nombre, le parece raro que entre nosotros pueda existir este tipo de complicidad y que, sin embargo, su sobrino nunca les haya hablado de mí.

—Cuando compro una propiedad, por ejemplo, un antiguo hotel de playa, suele estar lleno de mobiliario del cual hay que deshacerse. También hay miles de sábanas, vajillas, cocinas industriales... Muchas veces los artículos están casi nuevos y suponen muchos miles de euros. Marina se encarga de encontrar compradores, así recuperamos parte de la inversión.

—Contacto con compradores de todo el mundo. En todas partes hay gente interesada en adquirir lo que para otros no es más que basura. Un sofá antiguo restaurado vale a veces mucho más que uno nuevo.

Álex me sonrío, parece que vamos por buen camino.

—En algunas ocasiones realizamos todas las reformas que precisa el inmueble, lo decoramos y lo amueblamos antes de ofrecérselo a los compradores. Marina coordina los gremios si yo estoy fuera. Trata con proveedores, analiza costes...

—Eso suena muy interesante.

—Sí que lo es. Cada nueva propiedad que compra Álex es un reto.

—¿Y qué tal vosotros? ¿Cómo va la fábrica?

—Muy bien, hijo, como siempre.

—¿Se mantienen las ventas? —Álex se está acercando al asunto que nos ha traído a Lagunafría.

—Sí.

La respuesta de Amparo me recuerda a las de los testigos en un juicio. Una seca afirmación que no aporta dato alguno sobre lo que puede estar pasando a la empresa de fajas y sujetadores

marrones.

—¿Manteneis el mismo horario de siempre?

—¿Cuál, hijo? —Aquí tenemos otra respuesta evasiva.

—Pregunto si volveréis a las tres a trabajar.

—No.

—¿Ya no trabajáis por las tardes?

—No. —Amparo titubea—. Hace demasiado calor para meterse en el taller a las tres.

—¿A qué sector está enfocada vuestra producción? —Habrá que colaborar con Álex en este interrogatorio para que cuenten algo.

—¿Preguntas a quién vendemos? Nosotros fabricamos para personas de nuestra edad, Marina. Nos hacemos mayores y nuestras clientes también.

—¿Vendéis fuera de la provincia? —Estoy realmente interesada porque ese ha sido siempre mi trabajo y me apasiona saber todo lo relacionado con tan peculiar producción de ropa íntima.

—Vendemos a toda España. Nuestra marca lleva sesenta años en el mercado.

—¿Es mucho tiempo! ¿Quién fundó la empresa? Vosotros no habéis podido hacerlo.

—Fue mi madre.

—¿Y cómo se le ocurrió hacer sujetadores?

Amparo se relaja y yo creo que el motivo es que la conversación se está dirigiendo hacia lo que sucedió hace muchos años.

—Por necesidad. Mi madre tenía mucho pecho y cuando iba al campo a trabajar se sentía incómoda. No encontraba una prenda que le permitiera moverse con libertad. Lo que ella podía comprar en las tiendas era demasiado ligero. En cuanto levantaba los brazos se movía de sitio o era tan «armado» que parecía que llevara una coraza en vez de sujetador. Me contó que una noche, harta de sentirse siempre molesta, cogió la tijera y los dos sujetadores que tenía. Con sus piezas se hizo uno a su gusto y con él puesto marchó a trabajar ese día.

»Se encontró tan cómoda que se lo contó a sus amigas. Mi madre cosía muy bien, había estado de pequeña en un colegio de monjas y le habían enseñado corte y confección. Se lo probaron las mujeres del pueblo y también les encantó. Era una prenda que sujetaba muy bien. Tenía unas formas suaves y tirantes muy anchos para que no se clavasen en los hombros.

»Las mujeres del pueblo le dieron todos sus sujetadores para que los arreglase y su fama se fue extendiendo. Las chicas de la comarca la buscaban para encargarle ropa y tuvo que encontrar proveedor de tela e hilo para sus prendas. El resto ya te lo imaginas: más clientes, nuevos

pedidos, más trabajo... Yo me incorporé al negocio, que todavía se hacía en casa, cuando tenía catorce años. Construimos la fábrica para albergar a nuestros trabajadores. Llegamos a tener a veinte mujeres en el espacio que has visto antes.

—¿Y ahora ya no se vende tanto? —Aprovecho para dirigir la conversación hacia el asunto que me ha traído hasta aquí.

—Hace años que se vende menos porque hay otras empresas que ofrecen productos similares y grandes almacenes donde puedes encontrar ropa interior muy barata. También ha influido que cada vez hay menos gente haciendo trabajos físicos duros en el campo: las máquinas plantan, recogen, otras aran...

—¿Por eso tenéis menos personal?

—Sí y no. Muchas de las mujeres que trabajaban para mi madre ya fallecieron. En este pueblo no hay gente joven, se marcharon a la capital hace muchos años y ahora solo vienen los nietos algunos fines de semana en verano. Digamos que una circunstancia vino de la mano de la otra: menos trabajo y menos trabajadores. Pero mantenemos la clientela de siempre. Hay mujeres que buscan este tipo de producto, que necesitan algo cómodo y fiable y que no van a centros comerciales. Prefieren comprarlo en la mercería de su pueblo.

—Las viejas, hija.

—¡Mira que eres burro hablando, Paco! Pues sí, viejas como nosotros. Cuando nuestra generación desaparezca la fábrica también lo hará, porque tú y yo no estaremos aquí y no habrá trabajadores que quieran coser sujetadores en un pueblo remoto.

—Álex podría encargarse del taller.

—¡Además de burro me salió un marido tonto! Nuestro Álex hace cosas importantes, compra hoteles. No creo que ni le interese ni necesite vender fajas para vivir bien. Este pueblo desaparecerá cuando todos nosotros nos vayamos al otro lado. Las casas se caerán como ya les ha pasado a otros lugares.

Miro a Amparo y, aunque trata de disimular, el brillo de sus ojos la delata. Yo también siento un poquito del dolor, como el que esta mujer debe sentir cuando observa otros pueblitos que estuvieron llenos de vida y hoy en día son utilizados como decorados para jugar al *paintball*.

Tengo una vena guerrera, esa que hace que piense que siempre merece la pena intentarlo porque mientras alguien lo haga continuarán viviendo. El olvido destruye. A mí no me gustaría que se borrasen mis recuerdos, que se fuesen difuminando en mi cerebro, que el pueblo de mis abuelos se quedase vacío. Sin gente que las mantuviese, las casas acabarían cayéndose y verlo causaría mucho dolor a mi familia. La idea cobra vida en mi mente y me lanzo a hablar mirando a Álex, para que no pierda detalle de lo que voy a decir.

—Yo estoy de vacaciones y no sé qué hacer con mi tiempo libre. Pensaba quedarme unos días en Toro y visitar la provincia.

—Eso está bien. —Amparo titubea, no sabe qué le voy a proponer y eso la inquieta.

—Si las ventas aumentasen mucho, sería necesario contratar a más personas. Si tres o cuatro familias jóvenes vinieran al pueblo a vivir y trajesen a sus hijos, la plaza se llenaría de niños.

—¡Qué buena idea, Marina! —Álex ha comprendido perfectamente—. Deberías ayudarlos.

—¿Ayudarnos a qué, hijo?

—Tío Paco, tienes delante a una profesional excelente. Si hay modo de encontrar nuevos compradores, Marina lo hará. Es la mejor, tiene contactos en todo el mundo. Mujeres hay en todos los países y casi todas llevan sujetador.

—Esas *hippies* de pelos como nudos de ovejas no llevan nada.

Paco es un hombre y es normal que se fije en todo. Amparo es una mujer y es normal que le sienta mal que su marido mire hacia las pechugas de otras señoras. Le da un codazo en las costillas, que el señor esquiva debido a la práctica que demuestra haber adquirido con el transcurso de los años.

—Esas no nos interesan, no son una clienta potencial. Pero hay mujeres mayores en Francia, en Rusia, en Argentina... y también hay chicas que tienen mucho pecho o barriga, y buscan estos modelos de ropa interior porque la que venden a cinco euros en las grandes cadenas de los centros comerciales no les sujetan.

—Pero ¿cómo vamos nosotros a vender en Rusia una faja? —Amparo se está poniendo nerviosa porque la estamos acorralando—. Agradezco tu interés, Marina, pero eres una mujer joven y tienes que disfrutar tus vacaciones, y en este pueblo, rodeada de viejos, te aburrirías.

—La fábrica cierra a la una, tía.

—Sí, Álex, ya te he dicho que hace mucho calor en verano para trabajar por la tarde en el taller.

—Entonces, Marina tendría tiempo libre para conocer la provincia por las tardes.

—Pero, hijo, ¿cómo va la muchacha a malgastar sus vacaciones ofreciendo nuestros productos en Japón?

—¡Déjalo, Álex, no se puede detener el tiempo! —Paco moja un buen trozo de pan en la ensalada aprovechando que Amparo no lo está mirando.

—Quiero intentarlo, tía. No hay más que hablar. Marina, vas a trabajar estos días. Cuando consigas tu objetivo te daré todas las vacaciones que necesites.

—¡Acepto! —exclamo aplaudiendo.

—¡Tú estás loco! —Paco se echa las manos a la cabeza y mira con angustia a su mujer.

—Nosotros ya tenemos la vida hecha. Cuando muramos no podremos acordarnos del pueblo, no sufriremos pensando que está desierto.

—Pero yo sí lo haré. Es mi pueblo, espero vivir muchos años y que algún día mis hijos tengan un pueblo donde jugar. Quisiera poder enseñarles los rincones donde me escondía. Hacedlo por mí, dejad que Marina nos ayude.

—Antes de trabajar para Álex estuve cuatro años en diferentes empresas de moda femenina, incluyendo la confección de bikinis. Es un mundo que conozco muy bien.

El silencio ocupa todos los rincones del comedor. Amparo y Paco se miran angustiados. Es obvio que se sienten acorralados, no me quieren aquí, pero tampoco desean contradecir a Álex. Después de contener el aire y de que Paco asienta ligeramente con la cabeza, Amparo decide hablar.

—Está bien, me parece maravilloso que los dos queráis ayudar al pueblo y a la fábrica. También me parece una pérdida de tiempo, pero, si es vuestro deseo, lo respetaré. ¿Te quedarás a vivir con nosotros, Marina?

—Muchas gracias, pero me quedaré en el hotel de Toro. —Espero que pueda prolongar mi estancia. Reservé para dos días al no saber cuál sería concretamente mi situación laboral.

—¿Y tienes modo de llegar hasta el pueblo?

—Tengo mi coche en Toro. Hemos venido en el de Álex, pero ahora que sé cómo llegar no tendré problema en hacerlo yo sola.

—Es lo mejor —respira Amparo aliviada—. Aquí no hay nada que hacer por las tardes.

—¡Qué raro, tía, que tú no insistas!

—Entiendo que cuando tú vienes te apetezca quedarte aquí: es tu casa y tienes tu habitación. Y entiendo que ella quiera tener su intimidad y estar en una ciudad donde puede tener algo de vida social. ¿Qué haría por las tardes, caminar por los prados? Aquí puedes pasear durante horas sin cruzarte con nadie.

—¿Quién era el hombre que ha abierto la puerta de la fábrica?

—No lo sé, Álex. Habrá sido algún turista despistado que buscaba un bar donde tomar un refresco.

—Cuando he salido también lo he visto. Estaba apoyado en la pared de la fábrica y tenía muy mala pinta.

—Tened cuidado. Si lo volvéis a ver merodeando por el pueblo, llamad inmediatamente a la policía. Hay mucha gente que se dedica a robar. Algunos escogen ciudades y otros pueblos pequeños, y todos son peligrosos.

—Álex, ¿quién querría robar en este pueblo? Como no se lleve una máquina de coser...

—Pueden llegar a robar en una docena de pueblos en un solo día, así que prestad atención a cualquier desconocido.

—Lo haremos. Vamos a cambiar de tema, que me estás poniendo los pelos de punta metiéndome miedo en el cuerpo. No tengo postres porque son una tentación demasiado grande. ¿Tomas café, Marina?

—Solo el del desayuno.

—Como nuestro Álex.

El silencio vuelve a hacerse dueño del espacio. Me levanto para recoger los platos. Desde niña me he encargado de esta labor en casa de mi madre y de mis abuelos. Seguramente, Álex quiera estar un rato con sus tíos y necesite intimidad.

Dejo los primeros platos en la pila de la cocina. Me giro para salir y me encuentro de bruces con Amparo, que porta el resto de la vajilla. Milagrosamente, no chocamos por escasos milímetros.

—Cógeme los vasos, por favor.

—Claro.

—Álex nunca me ha hablado de ti.

Me quedo sin respuesta. No sé si ya ha preguntado a Álex por nuestra relación y quiere contrastar los datos o es una pregunta inocente.

—Podríamos ir todos a Toro a por un helado. —Álex ha entrado en el momento justo.

—Id vosotros. Los jóvenes tenéis que estar juntos. Nosotros nos tumbaremos un rato para descansar y luego iremos al supermercado para poder hacer una comida más presentable para vosotros.

—Yo tengo que volver a Londres mañana, tía. Me lo acaban de confirmar.

—¡Ah!

—Parece que te alegras, tía.

—¡No digas tonterías! Me has pillado desprevenida. ¿Cómo voy a alegrarme por verte tan poco?

—Mañana tendré que madrugar mucho. Te conozco y sé que, si me quedo, te levantarás a

prepararme el desayuno, así que llevaré a Marina a Toro y yo también me quedaré a dormir allí. Regresaré en cuanto acaben las negociaciones y entonces disfrutaré de unas vacaciones.

Álex abraza a Amparo y la levanta por los aires. La mujer chilla y ríe al tiempo. Regreso al comedor para dejarles espacio. Está vacío y me dedico a observar las fotos familiares para pasar el rato. Hay imágenes de un niño, debe de ser Álex. Me acerco para confirmar que su sonrisa no ha cambiado.

—Era un niño muy travieso, siempre estaba buscando aventuras. El día que le sacamos esa foto se partió la pierna unos minutos después saltando demasiadas escaleras —me cuenta Paco dejando en la alacena una fuente ya limpia.

Reviso otra foto: es del día de su comunión y le está dando las manos a sus tíos. Lleva un traje de marinero y una cruz de madera colgada al cuello por un cordón blanco. Recuerdo la mía: tenía un vestido blanco que me llegaba hasta los tobillos y el pelo retirado de la frente gracias a una diadema de florecitas blancas y verdes. Cuando me miré en el espejo me pareció que me habían vestido de princesa. Estuve cantando y bailando todo el día y me costó contenerme durante la celebración de la misa. Hay una foto de toda la familia en el salón de mis abuelos y en esa instantánea se me ve feliz.

Hay una foto escolar. Todos los alumnos llevan uniforme y parecen posar en el patio del colegio. Si esa era su clase, y el resto de los niños tenía su edad, ya era el más alto de la clase. A casi todos le sacaba una cabeza.

—Esa foto nos la hicieron cuando tenía diez años. —Álex ha entrado y sujeta el marco para señalarme a todos sus amigos de la infancia—. Recuerdo que estábamos todos muy nerviosos porque nos llevaban a pasar dos días a otro colegio de la misma congregación que había en Toledo y que tenía habitaciones porque era un internado.

—Eras muy guapo. —¿Para qué lo habré dicho?

—¿Era? ¿Ya no te lo parezco?

Me está tomando el pelo. Es un hombre con una fachada seria. Seguramente, su trabajo habrá sido el responsable de que al principio tuviera las cejas en tensión. Aquí se encuentra en casa, está con su familia y a mí no tiene que convencerme para que compre su hotel. A mí ya me ha convencido y para algo tan absurdo que prefiero no pensarlo.

—Eres guapo.

—No tienes por qué adularme. Cuando reviso las fotos recuerdo que yo también nací con la nariz recta.

—Eres un exagerado. La tienes torcida, pero no demasiado. ¿Cómo te lo hiciste?

—Un balonazo. Pasaba por el patio del colegio, el de la foto de la clase, y no estaba atento.

En el hospital hicieron lo que pudieron. De hecho, quedó bastante bien y tengo por ahí alguna foto que lo demuestra. Cuando crecí y me hice mayor comenzó a notarse más.

Levanto la manga derecha de mi chaqueta. No me la he quitado porque debajo solo llevo una camiseta de seda de tirantes. Es una prenda preciosa. Si quisiera salir por la noche y causar sensación, la llevaría con unos vaqueros pitillos y unas sandalias de tacón. Pero hacerlo delante de mi jefe no me parece adecuado. Marca mis generosos pechos y no me parece profesional, así que la chaqueta permanecerá puesta y atada.

—Me quemé con leche cuando tenía cuatro años. Apenas lo recuerdo. Antes había gente de los caseríos que acudía a Bilbao a llevar la leche fresca de sus vacas. La vendía por los pisos y mis abuelos la compraban porque les gustaba más que la que había en el supermercado.

—A mí también.

—Había que hervirla para poder tomarla sin riesgo a enfermedades. Yo dormía de domingo a jueves en casa de mis abuelos porque mi madre madrugaba mucho para ir a trabajar. Mi abuela salió un segundo de la cocina y yo aproveché para enredar donde no debía.

—Y nunca has querido operarte para quitar la marca...

—No, es mi vida, me recuerda mi niñez y no me duele ni me molesta. Cuando estoy trabajando suelo llevar manga larga para que nadie me pregunte, pero en mi vida privada ni me acuerdo de ello.

—Aunque alguna vez me causa problemas para respirar bien, es algo que se puede soportar, y tampoco me apetece mucho pasar de nuevo por el quirófano. Consulté cómo sería el resultado a un especialista hace varios años y me dijo que solo podría dejármela recta si me rompía los huesos de la nariz. He visto la recuperación de una operación de ese tipo en una mujer y pienso alejarme todo lo que pueda del cirujano. Ahora esa chica está muy bien, pero durante una semana tuvo la cara hinchada y los ojos morados como si le hubieran pegado dos puñetazos.

—Yo tampoco lo haría. —Lo he visto en la televisión y se me puso el estómago revuelto al imaginar lo que tiene que doler que te golpeen con un martillo como si fueras una roca y quisieran moldearte.

—Tú no lo necesitas. Eres una mujer muy bella, Marina.

Hace cada vez más calor, me arde el rostro y mis manos se humedecen por la tensión. No es la primera vez que me dicen que soy guapa, pero la palabra bella es diferente. Es posible que sean imaginaciones mías y esté viendo donde no hay más que un cumplido, pero me ha parecido que sus ojos brillaban cuando la pronunciaba y su voz se suavizaba. Estar todo el tiempo buscando una razón para el mal funcionamiento de la fábrica de sujetadores me debe haber afectado y estoy analizando a Álex cuando él no es el problema.

—Podríamos ver la fábrica. Antes me he quedado en la entrada y me sentiría más cómoda si entrases conmigo la primera vez.

—Me parece muy buena idea. Voy a decírselo a Amparo. Mi tío ha salido a revisar algo, pero, si te digo la verdad, no he entendido muy bien qué era realmente lo que tenía que ver.

Buscamos a Amparo. Está lavando los platos. No hay lavavajillas y los aclara para apilarlos sobre una gran esponja verde que absorbe el agua que escurren.

—¿Me podrías dejar las llaves de la fábrica, tía?

—¿Qué quieres ver dentro? —Se ha puesto a la defensiva, aunque lo haya querido ocultar detrás de una fingida sonrisa.

—Me gustaría enseñársela a Marina.

—¿Ahora? ¿Y con este calor? Ni se te ocurra, niña. —Amparo quita importancia a nuestra petición tratándola como si fuera un capricho que podría cumplirse en cualquier momento—. Ya lo verás mañana. Son las tres y habrá más de cuarenta grados dentro. Id a Toro para tomar ese helado sentados en la terraza de una cafetería. Dame un beso.

—Está bien. Me llevaré a Marina, pero esperaré a tío Paco para despedirme de él.

—No te preocupes, tardará un rato y no ha llevado el teléfono móvil. Ya se lo diré cuando vuelva. Espero que tengas un buen viaje y la próxima vez avísame antes de venir. Mi frigorífico no comunica con el supermercado y quiero poder cocinarte los platos que te gustan.

Salimos porque nos ha echado. Buenas palabras, besos de despedida, un cariñoso «hasta mañana, Marina» para mí, «que tengas buen viaje, hijo» para Álex y estamos los dos fuera viendo cómo Amparo cierra la puerta y nos deja atónitos ante la destreza de esta señora para sacarnos de su casa.

Capítulo 6

— ¡Qué bien se está dentro del coche! ¿Qué temperatura marca el termómetro?

— Treinta y seis grados.

— Yo hubiera dicho cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco.

— Es por la chaqueta que llevas puesta. ¿Por qué no te la quitas? Ya me has enseñado tu cicatriz y no me he asustado.

Álex bromea. Me parece un buen modo de aligerar el ambiente después del mal sabor de boca que se nos ha quedado a ambos. Mi chaqueta continuará en su sitio. Su tía nos ha echado de casa. Sonreía, pero solo le ha faltado coger la llave del coche y llevarnos de la mano hasta los asientos. Imagino que para Álex tiene que resultar duro alejarse de Lagunafría sabiendo que hay un problema y que no puede resolverlo porque sus tíos no quieren preocuparlo. Ellos desconocen que Álex ya está preocupado.

— Averiguaré lo que sucede.

— Gracias. Nunca había visto a mis tíos tan nerviosos.

— La aparición de ese hombre también ha sido muy extraña. Nadie ha preguntado qué deseaba o por qué abría la puerta.

— Yo también lo he notado. La fábrica no tiene ningún cartel por fuera, es imposible saber que hay gente dentro cuando pasas por delante. Puedo entender que algún locuelo entre en el pueblo y camine intentando abrir las puertas que se encuentre. Que después de encontrar gente al otro lado decida quedarse apoyado en la pared ya es demasiado extraño. Ese hombre está chiflado o es un ladrón, y las dos opciones me parecen muy peligrosas.

— Quizá ha visto tu coche y estaba mirando si podía robarlo.

— ¿Y estaba buscando al dueño?

— Claro, para pedirle las llaves. Hace mucho calor para sacar las llavecitas esas con las que manipulan las cerraduras.

— ¡Ya veo que el calor no te ha quitado las ganas de bromear!

— Lo siento. — Me debo estar volviendo majareta, porque acabo de vacilarle a la persona que me ha contratado.

—No tienes que sentir nada. No me gustan las bromas en el trabajo, pero me encantan fuera de él. Quiero agradecerte todo lo que estás haciendo. No creo que haya mucha gente capaz de improvisar del modo en que tú lo has hecho aprovechando nuestra conversación.

—De nada. Tus tíos me han parecido muy buena gente y quiero ayudarlos.

—Lo son, y cuando se solucione ese problemilla que tanto interés tienen por ocultar se mostrarán más relajados.

—Seguro que sí.

—Son las tres y veinte y hasta mañana no tenemos que trabajar. ¿Continúas con ganas de comer un helado?

—Los helados son uno de mis alimentos favoritos.

—A mí también me gustan mucho. Iremos entonces a una heladería que los hace artesanalmente. Todos son ricos, pero mis favoritos son el de nata y el de chocolate blanco.

—¡Chocolate blanco! Hace mucho tiempo que no lo tomo. —Se me hace la boca agua pensando en su sabor.

—Debería buscar donde dormir esta noche. No quiero molestar a ningún amigo, porque, aunque no quiera, haré algo de ruido al levantarme y es demasiado pronto para hacerlo en una casa donde todos estén durmiendo.

—Mi habitación está bien y tiene una vista preciosa del río Duero.

—Me gustaría, si no te importa, registrarme entonces en ese hotel y darme una ducha antes de salir. Todavía hace mucho calor y no habrá nadie en las calles. Aquí la gente adapta su vida a la climatología.

—Eso se llama inteligencia. Yo también necesito refrescarme un poco.

—Entonces, buscaré aparcamiento en el hotel, a ver si hay suerte y se han marchado dos coches, voy a necesitar ese espacio para dejar este tanque disfrazado de todoterreno.

Volvemos a quedarnos en silencio. Me fijo en sus manos, es algo que siempre me ha gustado mirar en un hombre. Las de Álex son grandes, con dedos largos y delgados, y uñas bien cuidadas. Hay algo infantil en un hombre que se muerde las uñas. Siempre he pensado que unas manos con los dedos mordisqueados hasta dejar convertidas las uñas en una mínima expresión resultan muy poco *sexies* en un hombre.

Me imagino a mí tumbada en la cama de una habitación grande, las puertas que comunican la estancia con la terraza están abiertas y el viento mueve las vaporosas cortinas. Yo estoy en ropa interior, no tengo vergüenza, solo siento deseo. Él es el hombre perfecto, alto, moreno, ojos oscuros, labios gruesos, mirada profunda... Abre la puerta y camina hacia mí lentamente. No lleva

camisa, su pecho es fuerte y su vientre plano. Los pantalones vaqueros se ajustan a sus musculosas piernas. Se sienta en un lateral de la cama y sus manos recorren mi piel. Yo mantengo la mirada fija en sus misteriosos ojos y me concentro en el placer que me hace sentir al tocarme. Baja los tirantes de mi sujetador. El modelo que llevo puesto se ata por delante para facilitar mi sueño, por lo que suelta la prenda sin que tenga que incorporarme y mis pechos quedan al descubierto. Sus manos acarician mis pezones y quiero mirar cómo lo hace. ¡Si veo que tiene la punta de los dedos gordas como morcillitas se me escapa la libido y no regresa hasta dentro de un año!

—¿En qué piensas?

¡No puedo contártelo, Álex! No tengo la más remota idea sobre cómo he pasado de pensar en helados y en el río Duero a fantasear metiéndome tanto en el personaje que la pregunta de Álex me ha asustado y he dado un pequeño respingo en el asiento.

—No sé, en nada. Estaba distraída.

—Para no estar pensando en nada, tenías cara de felicidad.

—Estaría acordándome de los helados. Ya hemos llegado. —De momento, me he salvado.

—Sí. —Lo dice, pero no me cree.

Salir del coche y entrar en la recepción nos ocupa diez segundos. Los rayos del sol son como cuchillos en mi espalda y agilizamos buscando la apreciada sombra. Álex pide habitación para esta noche, le confirman que tienen disponibilidad y yo me despido con mi llave en la mano.

Hemos quedado a las siete. El plan propuesto por Álex consistirá en ir a la heladería y pasear comiendo nuestro helado por las calles más importantes, hasta la hora de la cena. Quiere que también lo acompañe a un sitio que cree que me gustará. He tenido la tentación de negarme a cenar con él, son demasiadas horas y no tendremos conversación para llenar todos los minutos. Somos dos extraños en circunstancias peculiares. He aceptado porque no quiero meterme en la habitación a las nueve de la noche. Tampoco hubiera sido apropiado cenar sola en algún restaurante para encontrarme con la sorpresa de tenerlo en la mesa contigua a la mía.

En cuanto entro a mi habitación me quito la chaqueta y el pantalón. Ambas prendas necesitarán tintorería y las dejo apiladas en una esquina de la cama. Me lavo los dientes y me dejo caer en la cama. Resulta deliciosa la frescura de la colcha de hilo y extendiendo los brazos y las piernas para enfriar mi piel.

Podría intentar dormir, cerrar los ojos y esperar a que el sueño tirase de mí. Va a ser tarea difícil con la inquietud que siento ante la cena de esta noche. Volver a la piscina se me antoja atrayente y me levanto de un salto para buscar mi bikini.

No hay nadie en la piscina y dejo la toalla en una hamaca. Me sumerjo y buceo hasta la orilla opuesta. Desde aquí la vista del río parece irreal, como si alguien hubiera puesto un lienzo gigante

delante de mis ojos. Apoyo mis antebrazos en el borde y la barbilla entre las manos. Me dejo llevar por la sensación de paz que transmite mirar al río.

La imagen de Álex se presenta delante de mis ojos. Es mi mente, que me hace jugarretas. La ahogo en las aguas del Duero, pero se agarra a la rama caída de un árbol y emerge de nuevo. Me rindo. ¿Qué tiene de malo pensar en él? ¡Tiene y mucho, Marina! Acabo de romper con mi novio y ya me estoy fijando en otro. Soy humana y tengo deseos carnales que parecen ir por libre, no atienden a las reglas que mi mente ha impuesto. No debería tener ningún tipo de relación con hombres al menos durante un año. Quiero estar limpia, depurarme hasta que mi cerebro y mi corazón estén en paz y puedan razonar coherentemente.

Es un hombre muy atractivo. ¡Ya vuelves a la carga, Marina! Sus ojos son bonitos, sus labios tienen el grosor perfecto para resultar seductores sin caer en el exceso, su negro pelo, que imagino suave y sedoso al tacto, y su impresionante cuerpo, que parece sacado de los juegos olímpicos de la antigua Grecia. No creo que exista una mujer que se pueda sentir inmune al encanto de Álex, y yo estoy entre ellas.

Bastante más tranquila después de este autoanálisis, nado durante diez minutos hasta que comienzo a sentirme relajada. Es el momento de salir del agua, llegar a la habitación, secarme y dormir durante un par de horas. Voy a tener un original trabajo: el de detective privado. Estoy segura de que Amparo y Paco me lo pondrán difícil, pero creo que la decisión de Álex está basada en el bienestar de sus tíos y, por extensión, yo también estoy buscando que todo les vaya mejor. Me concentraré en mi misión y haré que la empresa resurja, llenando el planeta de espantosos sujetadores marrones y fajas con refuerzo en la tripa.

Cuando me acerco a las escaleras para salir, algo brillante llama mi atención. Es una libélula azul cobalto que ha quedado atrapada en el agua de la piscina. Siempre me han fascinado estos insectos, su modo de volar y sus colores metalizados. Si no la saco, morirá agotada o lo hará en el pico de una de las aves que revolotean sobre mi cabeza.

Espero que comprenda mi acto como un servicio de rescate y no muerda mi mano. Lo haré muy despacito así no sentirá apenas el cambio y volverá a ser libre sin saber muy bien qué le ha sucedido. Paso mi mano por debajo del agua y la elevo lentamente para llevarme el insecto. Busco con la mirada un buen lugar donde poder dejar al animal para que seque sus alas. Las balaustradas que bordean el área de la piscina parecen el sitio más adecuado. Hay un riesgo que no podré evitarle a la libélula: expuesta al sol será vulnerable a los pájaros, pero a la sombra tardará más tiempo en secarse y otros insectos podrían devorarla.

Me quedaré a su lado. Las dos nos secaremos. Ella elevará su vuelo y se olvidará de la gigante rubia que la rescató, y yo me iré a mi habitación a descansar. Vuelvo a mirar a mi nueva amiga, que parece estar tan agotada que concentra sus energías en respirar hinchando su largo abdomen, lo cual me da bastante asquito. Subo las escaleras agarrada con una mano y con la

mirada fija en mi paciente. Asciendo el último tramo metálico antes de salir de la piscina y levanto la cabeza. Un pecho desnudo unido a un estómago lleno de músculos me corta el paso. Levanto más la cabeza y Álex me sonríe. A mí no me hace ni pizca de gracia. Está casi desnudo, yo también lo estoy. Aunque no me atrevo a mirarme, estoy segura de que tanto tiempo dentro del agua ha provocado una reacción en mis pezones. Salgo apresuradamente para ponerme a su altura y me tapo con el brazo que tengo libre.

—Hola, Marina. ¿Rescatando náufragos?

—Sí, voy a dejarla al sol y esperar a que se seque y pueda volar de nuevo.

—Nunca he conocido a una mujer salvadora de libélulas.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Continúo en Toro, esto no es un sueño y el hombre que tengo delante me está mirando donde no debería hacerlo. Y tampoco debería hacerlo como si yo fuera un cucurucho de helado de chocolate. Me perturba y mi cuerpo responde. Me gustaría aplacar estas sensaciones, obligar a mis nervios a permanecer quietos mientras Álex me examina sutilmente. Las personas que practican técnicas orientales milenarias y pueden retorcerse como si fueran una serpiente tendrán control sobre sus músculos, pero a mí, que me dormí en mi primera y única clase de yoga, no me hacen ni puñetero caso. Un nuevo espasmo nace en mi nuca y se desplaza como una ola por mi espalda.

—¿Tienes frío?

—Un poco. —A este hombre no se le escapa nada. Yo estoy muy ocupada obligando a mis ojos a mantenerse fijos en los suyos, porque tienen ganas de bajar para comprobar cómo le sienta el bañador a mi nuevo jefe.

—Dámela. Me quedaré sentado en el borde de la piscina hasta que se marche.

Antes de que pueda reaccionar sujeta mi muñeca y la gira. La libélula se desliza hasta su mano. Durante un segundo me despisto y pienso que el insecto tendrá una increíble historia que podrá contar a sus nietos. ¡Cómo pasó de mano en mano y salvó la vida milagrosamente!

—Voy a descansar un rato.

—Yo me quedaré cuidando a nuestra mascota y después chapotearé un rato. ¿Cuál es tu habitación?

—La 211.

—Eso me pareció ver cuando te entregaban la llave en recepción. Me han dado la habitación contigua.

—¡Qué coincidencia! —A la porra la siesta. Recurriré al minibar si es preciso.

—Eso mismo pensé yo. Si no te parece mal, a las siete tocaré tu puerta. No tiene sentido que

salgamos del mismo pasillo para esperarnos en el *hall* del hotel.

—Perfecto, hasta luego.

Me alejo tratando de sentir la parte trasera de la braguita del bikini. Espero que esté en su sitio y los bordes no se hayan desplazado hacia el interior y hayan dejado mi culo expuesto a la mirada de Álex. Estoy tan nerviosa que no consigo notarme los cachetes. Reprimo el instinto de mover mis manos para recolocar la prenda. Eso sería aún peor, que me estuviera mirando y yo me dedicase a coger los bordes para tirar de la tela como hacen algunas mujeres por la calle cuando notan que la braga se les ha movido por debajo del pantalón.

Tomo la toalla aparentando calma. Rodeo mi cuerpo con ella, recojo el resto de la ropa y me calzo las chanclas sin secarme los pies. En cuanto comienzo a caminar me doy cuenta de mi error: una de las zapatillas ha salido despedida hacia atrás. No me queda más remedio que darme media vuelta para volver a colocarla en su sitio. ¡Lo que me temía! Álex continúa observándome. Espero que los metros que nos separan sean suficientes para ocultar que mi cara arde de vergüenza.

Va a quedarse un rato en la piscina. Si lo hago deprisa, es probable que no me cruce con él en el pasillo. Entro en mi habitación, me quito rápidamente las dos partes del bikini, termino de secarme y me pongo de nuevo el pantalón corto y la camiseta con la que acudí a la piscina.

Tomo la llave de la habitación y mi cartera. Quiero comprar botellines de agua para dejarlos en la pequeña neverita que hay debajo de la televisión. Tengo sed, he revisado la lista de precios del minibar y me parecen abusivos. Voy a hospedarme en este hotel varios días. Él número dependerá de cómo evolucione mi estancia en la fábrica de los tíos de Álex. No tiene un precio desorbitado, teniendo en cuenta que es verano y que cuenta con una buena piscina al aire libre.

Beber botellines de agua a dos euros con cincuenta céntimos sacados por mí de la nevera me parece un despilfarro. En la tienda su precio será seis veces inferior y, una vez los haya metido en la nevera, tendré el mismo botellín, con la misma agua dentro, abierto por mí y tomado directamente de la botella.

Aprovecharé para preguntar, además de la dirección del supermercado más cercano, si también existe una lavandería en el pueblo. Acabo de mirar la previsión del tiempo. No bajaremos de los treinta y cinco grados al mediodía en lo que resta de la semana. Toda la ropa que tengo para trabajar es demasiado calurosa para ilusionarme pensando que no voy a sudar dentro de la fábrica. ¡No sé cómo aquella gente lo soporta y puede coser sin que se le escurra la prenda entre las piezas de la máquina de coser! Imagino que los sujetadores confeccionados pasarán por un lavado desinfectante antes de meterlos en sus cajitas.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita Santamaría.

La empleada que me registró cuando llegué me recuerda y eso es agradable. Aporta sensación

de familiaridad, de encontrarme entre amigos. Se trata de un hotel pequeño y no resulta tan extraño que el personal identifique a varios de sus huéspedes.

—Necesito saber si hay algún supermercado cerca y una lavandería.

—Por supuesto, voy a tomar un plano de Toro para señalarle dónde se encuentran los establecimientos. Nosotros estamos en el casco antiguo de la ciudad. Si necesita un supermercado grande, tendrá que alejarse bastantes metros —me explica, rodeando con un bolígrafo azul un punto a bastantes calles de distancia de donde nos encontramos—. La lavandería está muy cerca de este, así que le pondré otro círculo y los rodearé a los dos.

—Yo creo que pasé por esta calle ayer al entrar en la ciudad.

—¿De dónde venía usted?

—De Tordesillas.

—Entonces pasó delante de la tintorería. El supermercado está a la vuelta.

—Estupendo, ¿habrá algo más cerca donde pueda hacer algunas compras ahora?

—Hay uno muy cerquita, pero todavía está cerrado.

—¡Vaya!

—No sé qué necesitará. Hay una máquina expendedora, se encuentra al lado de los baños que hay en la piscina.

—¡Ah! No la he visto al pasar.

—Les sucede a muchos clientes. Está un poco escondida.

—Voy a verla. Muchas gracias.

—De nada, señorita Santamaría.

¡Y tanto que escondida! ¡Quien la colocó aquí no quería que se vendiese ni una chocolatina! Tiene botellines de agua, latas de refrescos, chicles, bolsas de patatas fritas, bolsitas de cacahuetes... El precio del agua es aceptable: ochenta céntimos. Sacaré dos botellas, serán suficientes para el resto del día. Mañana, cuando regrese del trabajo pararé en la zona que me ha señalado la recepcionista y dejaré el traje que he llevado puesto hoy. Hasta que no descendan las temperaturas no podré ponérmelo de nuevo y no quiero que esté sucio dentro de mi armario.

Abro el monedero, juraría que tengo monedas. Está máquina no acepta billetes. Solo tengo una moneda de dos euros. La introduzco, pulso el número del cajetín donde está el agua y saco la primera botella. El sonido de las monedas que me devuelve la máquina me da una pequeña satisfacción. Me he quedado sin cambios en algunas ocasiones y no me resulta agradable tener que reclamarlo.

Introduzco la moneda de euro que me ha devuelto y pulso nuevamente el número veintitrés. Meto la mano y no encuentro la botella. He visto y oído cómo caía a la cubeta de recogida. Acerco mi cuerpo para comprobar dónde ha quedado el agua. ¡Ahí está! De pie en una esquina. Me agacho para poder meter mi brazo por debajo de la trampilla y llegar hasta el ansiado líquido.

—¡Ohhh! —¿Quién está detrás de mí? No he escuchado nada y acabo de golpear un cuerpo.

Me giro y mi cara queda a escasos diez centímetros de la de un hombre con un aspecto que en el mejor de los casos calificaría como preocupante. Su pelo claro y sus ojos azul pálido podrían ser pistas de su origen caucásico. Su gesto es impenetrable, ni un «perdón», ni un «*sorry*», ni palabra alguna en el idioma de este torpe señor. ¿Acaso no se ha dado cuenta de que, si se situaba tan cerca, mi trasero chocaría con su entrepierna cuando me agachase a retirar mi bebida?

¡Por favor! Este cabroncete se ha dado cuenta y lo ha hecho a propósito. Observo con disimulo la cremallera de sus pantalones vaqueros. ¡Como encuentre alguna prueba de que se ha puesto animado como consecuencia de nuestro choque de cuerpos soy capaz de vaciar el botellín de agua fría sobre su bragueta! Es posible que haya excitación y que la tenga tan pequeña que no sea visible a simple vista, porque yo no encuentro síntomas.

Su boca forma una mueca que ni me molesto en interpretar. Desplaza su compacto cuerpo hacia un lado para dejarme paso. ¡Qué extraño! Sale detrás de mí sin hacer uso de la máquina expendedora. Estamos en un pasillo al que únicamente se accede desde las escaleras del *hall* del hotel y que da acceso a la piscina. Aquí se encuentran los baños de hombre, los de mujer, otra puerta que está cerrada y seguramente contendrá el material de mantenimiento de la piscina, la puerta de salida a la zona de la piscina y esta máquina.

Yo no estoy vestida con ropa para bañarme, el individuo tampoco. Yo he entrado buscando agua y él ha podido hacerlo echando un vistazo a las instalaciones. Si este último supuesto es correcto, que se haya encontrado conmigo ha sido accidental. Que se haya dejado sobar por mi culo ha sido claramente intencionado, algo totalmente reprochable, pero que por desgracia muchas mujeres sufrimos a lo largo de nuestra vida. Hay algo en él que no me cuadra, la llamada intuición femenina me está dando avisos de peligro. Soy de las que creen que esa especie de sexto sentido es muy importante y que hay que hacerle caso porque nos puede salvar la vida. Me marchó con mis dos botellines de agua y sin despedirme. Él no ha dicho nada y cualquier palabra mía sobra en este momento. Espero no tener el disgusto de volver a encontrarme con este desagradable personaje.

El vestido está posado sobre la colcha y las sandalias de tacón esperan a los pies de la cama. Fue un impulso añadirlas al equipaje y me alegro. Tienen diez centímetros de tacón y me enamoré de ellas paseando una tarde por Manhattan. Apenas las he utilizado. Siempre he sentido que con ellas puestas todos a mi alrededor tenían que mirar hacia arriba si querían conversar conmigo y ello me hacía sentir incómoda.

Hoy no tengo una cita con Álex, va a enseñarme la ciudad y después iremos juntos a cenar para no tener que hacerlo los dos solos. No hay componente sexual ni sentimental en nuestro encuentro. Simplemente, quiero arreglarme y llevar mis sandalias de tacón porque me apetece. Es verano, la gente saldrá a cenar con ropas elegantes y yo seré una de esas personas.

Mi vestido es sencillo y ahí radica su encanto. Mi abuela diría que es un saco hecho con buena tela, y tendría razón. Tiene el diseño de un saco al que le faltan zonas por coser. Tiene una amplia apertura para sacar la cabeza y dos para los brazos. La parte inferior está íntegramente abierta para poder mover las piernas. La tela es fantástica: seda negra con pinceladas verdes.

Me lo pongo y entro al baño para maquillarme. Mis ojos verdes combinan con las manchas del vestido y mi piel blanca contrasta con el tono negro del fondo. Me pinto con esmero. No quiero que parezca que me han invitado a una boda, pero tampoco pretendo que mi cara luzca como recién salida de la ducha. El equilibrio se alcanza cuando los productos que se aplican a la cara son tan sutiles que no parece que una mujer está maquillada, simplemente luce hermosa. Decido darles fuerza a mis ojos aplicando una generosa capa de rímel a mis pestañas.

Recojo mi melena en un moño de aspecto informal que me obliga a usar todas las horquillas que hay en mi neceser para asegurar que permanecerá en su sitio y los mechones no se irán escapando hasta parecer que me acabo de levantar de la cama. Regreso a la habitación y me calzo las sandalias.

Espero no caerme y hacer el ridículo delante de Álex. Camino varios pasos por la habitación para confirmar que las tiras sujetan firmemente mis pies y me sitúo delante del espejo de pared, que devuelve mi imagen. Estoy satisfecha con el resultado. El vestido termina cinco centímetros por encima de mis rodillas. Quien lo diseñó dejó sin coser bastante más espacio que el necesario a la altura del cuello. Lo hizo para que la tela se deslizase siempre hacia uno de los lados y dejase un hombro de la mujer que lo viste al descubierto.

Sin haber hecho yo nada para provocarlo, siempre queda el hombro izquierdo al descubierto. ¿Influirá que soy zurda cuando me lo pongo o cuando me muevo? Aunque la prenda no tiene un diseño aparentemente pensado para matizar la anatomía de una mujer, las características del tejido hacen que en cada movimiento se intuya lo que hay debajo. Lo hace de un modo sutil: cuando camino se acerca y aleja mi culo, y con cada movimiento de mis brazos se posa sobre mis pechos. Resulta un bonito envoltorio, como el papel de un caramelo: te atrae su brillo, pero no sabrás cómo es de bueno hasta que no retires el papel y lo saborees.

Continúo observándome en el espejo y descubro un detalle que había pasado por alto: estoy sonriendo. Me quedo quieta mirándome a los ojos. Quiero que me confiesen por qué brillan, qué razón tiene mi boca para estar feliz, por qué mi barbilla está elevada y mi espalda muy recta. «Estás ilusionada, Marina —me responde mi mente—. Quieres agradecer, que sepa que además de eficiente eres una mujer hermosa».

Me quedo pensativa, debo valorar la opinión de la parte emocional de mi cerebro. «Este vestido lo compré hace medio año, cuando no conocía a Álex. Me le he puesto bastantes veces para acudir a eventos. He usado los productos de maquillaje que tengo en mi neceser. ¡Cuando he aparecido así vestida en una reunión con los directivos de una cadena de *boutiques* canadienses, no estaba pensando en coquetear con los ejecutivos!». Espero a que la parte racional de mi cerebro reciba mi alegato. No me interesa convencer a la zona emocional, esa siempre ve la vida de color de rosa cuando está feliz o negro como un pozo cuando recibe algún disgusto. Aunque nuestras emociones son las que detecta primero el corazón, es a la razón a quien debo seguir. Ella no se deja manipular por los sentimientos, ella recibe cada estímulo, lo analiza y valora en su justa medida para que nuestra existencia no se parezca a un viaje sin fin en una montaña rusa.

¿Me habré excedido? Quizá mis labios tienen demasiado brillo, o las sandalias tienen demasiado tacón para pasear comiendo un helado... «Caliente, caliente, Marina. Te estás acercando a la verdad». Mi parte racional es la que está hablando, así que la escucho con atención. «Es cierto que la barra de labios la compraste hace tiempo, que tus sandalias han salido a cenar en otras ocasiones. ¿Qué marca la diferencia entonces? Tu actitud».

¡Ya no hay tiempo para rectificar! El sonido de nudillos que golpean la puerta me confirma lo que intuía: Álex es puntual y juraría, sin miedo a equivocarme, que ha esperado a que su reloj de muñeca marcase las siete en punto para llamar a mi habitación.

Tomo mi pequeño bolso de mano, respiro profundamente y camino hacia la puerta recitando en silencio mi frase de autoayuda para momentos difíciles: «Marina, tranquila. Marina, tranquila».

Capítulo 7

—Hola, Marina. Estás preciosa.

Álex lleva el pantalón vaquero de mi tórrida escena imaginaria, camisa blanca de manga larga con los puños remangados hasta medio antebrazo y zapatos de ante en tono azul oscuro. Se acaba de duchar y su pelo todavía contiene algo de humedad. El conjunto es arrebatador y me deja sin palabras. Busco algo que contestar y rezo para que mi voz no suene como un grajo en apuros.

—Muchas gracias, creo que me he excedido arreglándome. Si me concedes dos minutos y me esperas en recepción, me pondré también unos vaqueros y una blusa.

—¡Ni se te ocurra! —pronuncia Álex con energía—. Puedes ponerte lo que desees, pero a mí me parece que estás perfecta con ese vestido —dice recorriendo lentamente mi cuerpo con sus profundos ojos—. Voy a entrar a coger una chaqueta para no desentonar contigo.

—¿Con este calor? ¡Ni se te ocurra! ¡Ja, ja, ja! —Además de ser una broma, no me imagino un atuendo más favorecedor para mi nuevo jefe—. Iremos los dos como estamos vestidos.

—Me parece perfecto. Estoy encantado de tener a mi lado a una mujer que no me genere tortícolis.

—Y yo a un hombre que no me haga parecer una vikinga noruega cuando me pongo tacones.

Me desinflo como si fuera un globo con una pequeña fuga de aire. Me he puesto nerviosa porque yo soy así. No he valorado esta cita como realmente debe hacerse: es parte de mi trabajo porque tenemos que matizar algunas cuestiones antes de que Álex se marche.

Salimos del hotel riéndonos. Dos mujeres están conversando en la entrada. Pasamos a su lado y escucho cómo una de ellas le comenta a la otra: «¡Qué buena pareja hacen!». Si Álex también lo ha oído, quizá nunca lo sepa, pero su sonrisa traviesa hace que me incline por la afirmación.

Un chico está apoyado en el Hummer alquilado de Álex. La que parece su novia le saca fotos con la cámara del teléfono móvil mientras él pronuncia exclamaciones de admiración ante las enormes dimensiones del vehículo.

—Si me vieran mis amigos montado en este coche, alucinarían —le dice emocionado a la muchacha mientras intenta ver el interior colocando sus manos cerca del cristal para hacer sombra.

Los dos escuchamos estas palabras. Álex me mira y yo sonrío porque el gesto del chico es de

pura adoración. Mete la mano al bolsillo del pantalón y las luces se encienden. El chaval se asusta y se aleja algo avergonzado al saber que su dueño está cerca.

—Sube si quieres. No puedo dejar que des una vuelta con él porque es alquilado y el seguro está a mi nombre.

—No hace falta. Muchas gracias. —El muchacho no tendrá más de veinte años.

—Te he oído. El coche no se va a romper porque te sientes en él y seguro que a tus amigos les pondrías los dientes largos. Mañana lo devolveré y quizá pasen años hasta que aparezca otro por este pueblo. Toma la llave para que puedas bajar la ventanilla. Si tu novia te saca la foto con ella subida no se te verá.

Se acerca tímidamente y toma la llave como si agarrase un tesoro. Sujeta la manilla con la delicadeza de un cirujano que está operando a corazón abierto y se sienta con miedo de romper algo. Su cara de satisfacción lo dice todo: está en el paraíso. Mira con detenimiento el salpicadero y baja la ventana sonriendo a la chica, que saca fotos sin parar. Sale del coche con la misma delicadeza con la que ha entrado segundos antes y le devuelve las llaves a Álex. Le da las gracias varias veces. Su cara de felicidad es tan genuina que es imposible no sentir parte de la emoción que para alguien apasionado de los coches grandes ha debido suponer subirse a un Hummer.

Escudriño a Álex disimuladamente para detectar si ha sido un acto espontáneo o ha querido impresionar. Sonríe emocionado. Recuerdo que me comentó que siempre había tenido ganas de conducir un cacharro de estos, por lo que entiende muy bien la ilusión que le ha debido causar al muchacho poder immortalizarse dentro.

Un hombre está apoyado en el muro de piedra de la entrada al *parking*. Lleva gafas y visera, no es fácil distinguir sus rasgos. La ropa la reconozco: es el asqueroso espécimen masculino que hace un rato acercó su cuerpo al mío cuando yo me encontraba distraída sacando botellines de agua de la máquina. Sus gafas de espejo y la distancia a la que nos encontramos hacen imposible saber si está mirándonos. Podría estar esperando a que saliese otra persona del hotel.

En cuanto nos acercamos desaparece. Álex debe notar mi nerviosismo y me toca el brazo para que me gire hacia él.

—¿Ocurre algo?

—No lo sé. ¿Has visto al hombre que llevaba la visera?

—¿El que estaba hace un momento aquí?

—Sí. Hace un rato lo he visto en el hotel. Ha tenido un comportamiento muy raro. Ahora lo veo de nuevo y juraría que se ha marchado porque nos acercábamos.

—¿Qué tipo de comportamiento? —Álex parece preocupado y no quiero parecer alarmista.

No debería haberle contado nada.

—No tiene importancia.

—No respondas eso, sí que ha tenido importancia. ¿Te acosó?

—Se acercó bastante...

—Entonces es un comportamiento normal, Marina. Los hombres solemos ser en ocasiones bastante trogloditas y perseguir a las mujeres bellas es una de nuestras aficiones favoritas.

—Será así. —No voy a explicarle los detalles de esos momentos, mejor cambiar de tema de conversación—. Me hablaste de una heladería artesanal, ¿está muy lejos?

—No, a cien metros.

—Estoy desando probarlos.

—Y yo también —me contesta Álex sonriéndome.

—Tenías razón, es el mejor helado de nata que he probado en mi vida.

—Prueba el mío.

Álex mete la cuchara de plástico que tomó del mostrador de la heladería y la llena de helado de chocolate blanco. Me la acerca a la cara y acepto abriendo la boca. Si lo ha hecho así, es debido a lo pequeño que tiene el mango. Imposible que mis dedos y sus dedos entren en dos centímetros, la cucharilla habría terminado en el suelo.

—Mañana lo pediré. Está delicioso. Yo no he cogido cucharilla para ofrecerte.

—¿Estás vacunada?

—Me pusieron las vacunas habituales: hepatitis, varicela... ¿Por qué lo preguntas?

—Por esto. —Coge la cuchara, la hunde en mi bola de helado y se lleva una buena porción de helado de nata a la boca—. Cuando regrese pediré uno de dos bolas. Una de nata y otra de chocolate blanco.

Voy a tratar de pasar por alto lo que acabo de presenciar y seguir adelante con nuestro paseo. Las calles son estrechas, los edificios antiguos y sigo a Álex relajada. De vez en cuando se para y me cuenta anécdotas que me hacen reír. Es muy buen anfitrión y sabe cómo entretenerme. Los minutos transcurren entre risas hasta que su mano en mi brazo me libra de partirme los dientes o el culo contra el suelo.

—¡Gracias! Se me ha debido meter el tacón de la sandalia en el hueco entre dos adoquines del suelo y me he desequilibrado.

—Son unas sandalias preciosas, pero no resultan muy apropiadas para caminar por un casco empedrado.

—Debería ir al hotel y cambiarme de calzado.

—Demos media vuelta, pero para tomar algo. Para ir al hotel hay que pasar por la plaza Mayor. Sentémonos allí a cenar y disfrutar del aire fresco que comienza a soplar. Voy a sujetarte hasta que lleguemos a tu asiento y después lo haré de nuevo hasta dejarte en la puerta de tu habitación.

—Tendré más cuidado, no tropezaré de nuevo.

—No vas a hacerlo porque voy a agarrarte, aunque te opongas. Piensa en mis tíos: si tú no los ayudas, no saldrán del bache en el que se encuentran. Y si yo me tengo que quedar para cuidar de ti, también yo caeré en ese bache.

—Pero...

—¿Tienes pareja? ¿Está en Toro y es muy celoso?

—No tengo.

—Entonces, no hay más que hablar. Relájate y disfruta del resto del paseo.

Su mano me sujeta con firmeza, pero sin apretar. Su piel es suave y está caliente. A pesar de no estar cómoda, tengo dos dedos de frente para admitir que antes casi me estrello por culpa de las sandalias. No puedo poner mis pies de puntillas porque los diez centímetros ya me están obligando a llevarlos de ese modo. Podría quitarme las sandalias y caminar descalza, pero un excremento de perro me disuade. La mano de Álex es lo mejor y estas sandalias no volverán a salir de la maleta hasta abandonar Toro.

Podría acostumbrarme a estas atenciones. Lorenzo nunca las tuvo hacia mí. No recuerdo ningún paseo por la calle, ni que me abrazase sin que fuera mi cumpleaños. Nuestra relación nos convenía a ambos. Durante el día nuestras profesiones nos mantenían tan atareados que no queríamos interferencias. Por la noche era muy agradable tener a alguien con quien conversar, cenar juntos en vez de hacerlo solos mirando las noticias de la televisión, tener un sexo bastante aceptable la mayoría de las ocasiones.

Hay una idea que lleva días asomando por una esquina de mi cerebro. La he intentado atrapar, pero es escurridiza y se esconde antes de que pueda leer su mensaje. Ahora, sin intención, cuando menos lo esperaba, he podido descifrar su contenido: yo no estaba enamorada de Lorenzo. Lo quería, pero no suspiraba por estar a su lado. Por eso me marché sin montarle un espectáculo, sin echarle en cara su traición. Me dolió su engaño, eso no se hace a nadie a quien quieres. Estaba convencida de que él me quería tanto como para no querer serme infiel.

Creía que teníamos la confianza suficiente para hablar en caso de necesidad, que nos complementábamos. ¡Por supuesto que teníamos confianza! Yo confiaba en Lorenzo y él confiaba en otras mujeres durante los minutos que durase el momento sexual. Tendría que haberle escaldado

la lengua con el mate o haberle echado laxante en los ñoquis. Ahora ya no importa, el tiempo todo lo cura y lo hará más rápidamente en Toro.

—Ya hemos llegado —dice Álex dejándome al lado de la silla—. Tampoco ha sido tan duro, ¿verdad? ¿Lo has podido soportar?

—A duras penas. —Me río porque es imposible fingir sufrimiento si este hombre está mirándome—. Ha habido un momento en el que he tenido que luchar mentalmente para no soltarme y huir.

—Lo he notado, pero las vikingas sois mujeres duras y los retos os motivan para superaros.

—¡Álex, amigo, cuánto tiempo!

—Pasé en navidades para verte y me dijeron que estabas en Canarias con tu mujer.

—¡Es verdad! Nos hacía falta un descanso a los dos y le di una sorpresa.

Los dos hombres se abrazan. Palmean sus espaldas con fuerza, se separan y se vuelven a abrazar. Siempre me ha emocionado ver cómo dos personas muestran sin pudor su amistad y lo felices que se sienten por haberse encontrado.

—Marina, te presento a Gerardo, mi hermano del alma.

—Encantado, Marina. ¿Cómo has dejado que Álex te traiga a conocer su tierra en julio? Tendríais que estar ahora mismo en una playa del Caribe, tomando un daiquiri dentro de un *jacuzzi*. ¡Menuda manera de conquistar a una mujer, haciendo que sude la gota gorda debajo de este sol abrasador!

Ha debido ver cómo Álex me sujetaba y piensa que somos novios. Noto una pequeña punzada en el corazón, debe ser un acto reflejo. Dejo que pase porque es natural sentirse halagada. Álex es un hombre encantador y cualquier mujer estaría muy orgullosa de tenerlo como pareja.

—Me estaba enseñando la ciudad.

—¿Te gusta?

No sentamos los tres en la terraza. El camarero acude, saluda a Álex porque también se conocen y nos pregunta qué queremos tomar.

—Antonio. —Gerardo se dirige al camarero—. Trae una botella de nuestro vino y lo que quieran estos chicos.

—¿Ya lo tienes?

—Sí —contesta Gerardo orgulloso—, quiero que brindemos con mi vino por nuestro reencuentro.

—¡Enhorabuena! Eso hay que celebrarlo.

—Cuando quieras, amigo. Rosa estará feliz por salir una noche y cambiar de aires.

—Mañana saldré de viaje y estaré unos días fuera, pero en cuanto regrese lo hablamos y quedamos para ir a Zamora a cenar.

—¿Conoces Zamora, Marina?

—No, Toro es el primer lugar de la provincia que estoy visitando.

—Te gustará, es una capital pequeña. Tiene un casco antiguo precioso y está muy animada en verano.

Antonio, el camarero, acude con la botella de vino y dos botellines de agua fría que hemos pedido para aplacar la sed que nos ha provocado el helado. Gerardo toma la botella y se la enseña sonriendo a su amigo.

—Sueños de mi tierra. Un nombre original, me gusta.

—Brindemos por la amistad.

Entrechocamos nuestras copas y las acercamos a nuestros labios. Gerardo y Álex beben animadamente. Yo lo hago con más moderación porque me conozco muy bien y cualquier bebida alcohólica me afecta mucho. Soy capaz de cenar con vino si la comida es abundante y tengo al lado una botella de agua para calmar la sed. Hemos comido pronto y el helado era pequeño. Mi estómago está prácticamente vacío y no quiero hacer el ridículo.

—¡Qué bueno! Me gusta, Gerardo. Tiene cuerpo, carácter propio y será el acompañamiento perfecto para la cena. ¿Qué te parece, Marina?

¿A mí? Tomo un sorbito para disimular. Los dos me están mirando y no quiero resultar descortés con el amigo de Álex. «Es un líquido, un vino tinto, y cuando lo metes en la boca para después pasarlo notas cómo calienta el estómago. Eso es lo que siento cuanto lo tomo. ¡Yo no entiendo de vinos!».

—Me gusta mucho. Aunque es intenso en el paladar, deja una sensación de frescor muy agradable.

Se quedan mirándome y quiero esconderme debajo de la mesa. ¡Menuda sandez acabo de soltar! Tendría que haberme ceñido al «muy bueno», que es una apuesta segura. ¡Quién me manda a mí decir que es intenso y fresco! Van a pensar que soy idiota. Los dos vuelven a acercar sus copas a la boca y beben saboreando.

—Es lo que pretendía. Un crianza con cuerpo, pero que fuera ligero en el paladar.

¡Esto sí que es acertar de chiripa! No pienso añadir ni un adjetivo más. No hay que tentar a la suerte.

—Brindemos por tu bodega, Gerardo. Que esta cosecha sea la primera de muchas y que

obtengas grandes éxitos.

—La bodega es la antigua nave donde mi abuelo guardaba los aperos de labranza —me aclara Gerardo—, algo muy humilde porque los comienzos son muy difíciles. Estoy muy satisfecho. Aunque es una producción pequeña, las críticas están siendo muy buenas.

—¿Y el restaurante? —le pregunta Álex señalando el local.

—De momento, compagino las dos actividades. Mi hermano Javi ha empezado a trabajar en él y le gusta. Si algún día llegase el deseado momento en que pudiera vivir de la bodega, él se haría cargo del negocio.

—Me alegro mucho.

—Y yo de poder verte de nuevo. Os quedareis a cenar, ¿no?

—A eso veníamos.

—Entonces, os dejo tranquilos. Voy a atender la terraza porque se está llenando. Si luego puedo y a Marina no le importa, me sentaré otro ratito con vosotros.

—Estaré encantada.

—Llévate la botella para que la dejen enfriando. Así tendrá la temperatura perfecta para la cena.

—Es mi mejor amigo. —Gerardo se aleja con la botella y Álex se sirve un vaso de agua, que apura con placer—. Nos conocimos cuando yo llegué al pueblo. Me pusieron a su lado en el colegio y nos hicimos íntimos.

—Es bonito conservar las amistades.

—Nunca hemos dejado de vernos. Hicimos juntos el bachiller y los dos fuimos a Madrid a la universidad. Yo me marché a vivir a Londres. Allí estuve cinco años y siempre que él podía venía a visitarme. Allí conoció a su mujer, Rosa. Me mudé a Nueva York, se casaron y el viaje de novios fue un circuito por Estados Unidos. Pasamos tres días memorables.

—Es muy reconfortante recibir visitas cuando vives fuera. Mi madre y su pareja también vinieron a verme y me hizo mucha ilusión.

Álex me mira fijamente. Su gesto es serio e impenetrable. De repente, toda la camaradería que hemos compartido se ha esfumado. No comprendo qué ha causado este repentino cambio.

—Marina, nos hemos conocido de un modo bastante caótico. Personalmente, hubiera preferido una entrevista en un lugar neutral, realizarte algunas preguntas para después ponerte en antecedentes sobre el trabajo que deberías desempeñar.

—Era lo que yo imaginaba que sucedería.

—Y lo habríamos hecho de no haber estado inmerso en la operación más ambiciosa en la que me he embarcado desde que comencé a comprar edificios abandonados para venderlos como hoteles. No tuve tiempo para preparar a mis tíos, para hablarles de ti. La mentira que hemos forjado hará aguas si no sabes nada sobre mí. Se supone que trabajamos hace tiempo juntos, que has venido a Toro porque yo te he hablado sobre mi tierra. Quiero que sepas cómo conocí a mis tíos.

—Entiendo. —Parece realmente importante lo que quiere contarme.

—Llegué a Lagunafría cuando era pequeño. Mis tíos calculan que tendría unos cuatro o cinco años. Había llegado con mi «hermana» y su novio. Tenían un puesto de venta de artículos como pistolas de plástico, peluches, peonzas..., que vendían en las fiestas de los pueblos.

»Amparo vio cómo los dos discutían al borde de la carretera. Yo estaba tirando piedras a los campos, me ofreció pan y yo acepté. Al instante siguiente, el tipo estaba montando de nuevo en su destartada furgoneta. Nos dejó a la muchacha y a mí tirados como si fuéramos una bolsa de basura. Paró unos metros adelante y arrojó una mochila para reiniciar la marcha. Nunca más volvió.

»Mi «hermana» se echó a llorar y mi tía acudió a consolarla porque la cosa pintaba seria. Llevaba días discutiendo con su novio y la relación había degenerado hasta un punto sin retorno.

»Amparo le ofreció alojamiento para los dos y trabajo. Ella aceptó porque no tenía dinero ni comida. Se encargaba de limpiar el taller y la casa de mis tíos. Mis recuerdos anteriores son muy vagos, esos primeros días en el pueblo fueron las primeras correrías que conservo en la memoria.

»La chica decía que era mi hermana, que nuestros padres habían muerto y que no tenía documentación alguna. Mis tíos creían que estaba ocultando que era mi madre. Casi era una niña y a saber cuál era realmente su historia. Un día Amparo me dijo que buscara a tío Paco y de ese modo tan sencillo se convirtieron en mi familia. Era un matrimonio sin hijos. Lo habían intentado de todas las maneras posibles y Amparo había rogado un milagro a la Virgen. Mi «hermana» desapareció dejando una nota. Opinaba que yo estaría mejor con mis recién estrenados tíos. Ella no sabía muy bien qué hacer con su vida y yo era una carga.

—Lo siento.

—Si te cuento esto no es para que te pongas triste. Para mí fue una especie de lotería que mi «hermana» se pusiera a discutir con su novio *hippy* cuando mi tía Amparo estaba cerca. No puedo saber cómo habría sido mi vida de seguir a su lado, pero sí que sé cómo ha sido la que he vivido en Lagunafría. He sido un niño feliz, he crecido sin traumas, tengo buenos amigos, un trabajo que me apasiona y una familia por la que daría la vida.

—Parecen personas muy buenas.

—Lo son. No los llamo papá y mamá porque no hace falta decir esos nombres para recoger

todo lo que siento hacia ellos. Los quiero muchísimo y ellos, a mí. Por eso no quieren preocuparme contándome su problema económico, y por esa misma razón necesito tu ayuda, porque no voy a darme media vuelta como si no hubiera escuchado nada.

—Yo no conozco a mi padre. —Las palabras han salido de mi boca y ahora ya no las puedo atrapar.

Álex simula tener sed para darme tiempo. No sabe si voy a continuar hablando de ello o por el contrario ha sido un comentario aislado sobre mi situación familiar.

—Cuando supo que mi madre estaba embarazada, se marchó.

—Tenemos cosas en común. ¿Nunca has pensado en buscarlo?

—No. Desde pequeña supe lo que pasaba porque una compañera de clase lo había escuchado en su casa y me lo dijo para hacerme sufrir. Le propiné un puñetazo con todas mis fuerzas y marché a mi casa llorando. Mi madre no lo negó, me dijo que no tenía sentido decir que era mentira. Cuanto antes me acostumbrase a ese hecho más fuerte me haría. No sería la primera ni la última vez que oíría esas palabras. Mi madre no podía acallar a todas las malas personas que me encontraría por el camino.

—Eso me ha gustado.

—¿Qué?

—Que tuvieras carácter. Esa niña lo hizo por maldad y tú le diste su merecido.

—Los meses posteriores hablé varias veces con mi madre. Yo tenía nueve años y quería saber. Había vivido mis primeros años de vida pensando que mi padre había muerto cuando en realidad estaba vivo. Pensé mucho en ello hasta que decidí que no iba a hacerme más daño. No quería conocer a quien no había querido conocerme a mí. Esa persona no merecía ni cinco segundos de mi vida.

—Mi tía Amparo me llevaba a misa y yo rezaba para que mi supuesta hermana no regresase. Tenía miedo de que me quitase lo que había descubierto: el amor incondicional de unos padres que desde que se levantaban hasta que se acostaban me cuidaban y me protegían.

—Mi madre y mis abuelos me han dado todo el cariño que he necesitado. El decidió huir y perdió a una mujer maravillosa y a una hija.

—Vamos a brindar por nosotros.

Chocamos nuestras copas y tomamos el vino de Gerardo mirándonos a los ojos. Yo no sé qué estará pensando Álex en estos instantes. A mí me cuesta sacar a la superficie el pensamiento que está revolviendo al resto en mi cerebro. Nunca antes me había sentido cómoda hablando de mi padre con nadie. Mis amigas de la infancia lo saben, nos hemos criado en el mismo barrio y nunca

fue un secreto que mi padre abandonó a mi madre. No se hablaba de ello, yo no lo mencionaba y ellas tampoco.

He tenido dos o tres experiencias con hombres que no cuajaron. Mi única pareja fue Lorenzo y recuerdo que me costó mucho sincerarme sobre esa cuestión. No han pasado ni veinticuatro horas desde que he conocido a Álex y ya sabe que mi madre es lo que coloquialmente se denomina «madre soltera», y que yo soy la hija que tuvo que sacar adelante sin la ayuda del padre.

¿Por qué tanta confianza? ¿Qué provoca esta sensación de tranquilidad cuando hablamos? Seguramente, habrá influido en mi rápida aportación de datos sobre mi vida familiar que él me haya puesto al corriente de la suya porque lo considera necesario para el trabajo que he venido a desarrollar. También es posible que conversar tranquilamente sobre nuestros progenitores sea lo más normal que hayamos hecho desde que nos conocimos y eso hace que nos relajemos.

—Me gustaría saber en qué piensas.

—En nada importante, imagino. Estaba descansando la vista.

—No es cierto.

—¿Cuál? —Se está riendo y no tengo idea alguna de qué le causa gracia.

—Todo el mundo suele dejar la mirada ausente de vez en cuando. Es relajante, como tú bien has dicho. Tú tienes otra modalidad de abstracción que me fascina: fijas la vista en un punto, frunces el ceño y te muerdes el labio inferior.

—¿Sí? No me doy cuenta.

—Ya lo he notado. Es como si estuvieras muy concentrada pensando en algo y te costase esfuerzo hacerlo. Podría pasar un cerdo volando delante de tus narices y no te enterarías.

—¿Tenéis cerdos voladores en Zamora? Espero que ninguno se caiga en la piscina del hotel. No podría ayudarlo a secar sus alas.

—Buen intento para despistarme, pero no he picado.

Mis mejillas comienzan a arder y el sol no es el causante. Estamos debajo de una gran sombrilla y la temperatura es perfecta para estar sentada sin nada que hacer. Pienso qué decir, cómo rellenar este vacío que me está incomodando. Nada mejor que hablar de nuevo sobre el taller de ropa interior decimonónica de sus tíos. A fin de cuentas, es la razón por la cual estoy aquí y en lo que debo centrarme.

—Me vendría bien que me contases todo lo que sabes sobre la fábrica de tus tíos. No parece que me lo vayan a poner nada fácil.

—Claro. —Álex contiene la risa porque le debe hacer gracia que me haya puesto sonrojada como un tomate—. Tienes razón. Serán muy amables contigo, pero no querrán que descubras lo

que les sucede porque trabajas para mí y me lo contarías.

—Van a sentirse muy violentos conmigo si ando fisgoneando su negocio. Yo también lo voy a estar.

—Lo imagino, nunca serán groseros. Te he presentado como alguien importante en mi vida y respetarán este hecho por encima de todo. Ya escuchaste cómo nació la idea de confeccionar ropa interior apropiada para mujeres robustas. Esos datos no influyen en la situación actual, así que me los saltaré. Confeccionan sujetadores y fajas y los ofrecen en color blanco o en un tono marrón claro, que es bastante...

—Deprimente. —Completo la frase con una palabra. Me parece que no llega a recoger lo nocivo que puede resultar para una mujer ponerse ropa interior de ese color a diario.

—Exacto. Curiosamente, el color más demandado es el marrón. Dos comerciales, que son autónomos, tienen su catálogo de productos y los ofrecen a las pequeñas mercerías de la provincia y de las limítrofes. Un empresario de Jaén les hace grandes pedidos todos los años. Al comprar tanta cantidad mis tíos le venden la ropa muy barata y él se encarga de suministrar a Andalucía. Para recoger aceituna hay que moverse mucho y hace falta una prenda que garantice que nada va a moverse de su sitio. Tú sabrás de ello más que yo...

—Un poco. —No sé si reírme o abochornarme aún más.

Uso una talla 100, copa C, y no puedo llevar encima un encajito simbólico si lo que busco es que los hombres no se queden con su mirada fija en el bamboleo de mis pechos. Con la disculpa de alisarme el vestido reviso la apariencia de mi escote. Al sentarme la tela «tira» hacia la espalda y marca visiblemente nuestro tema de conversación. Si me levantara y me volviera a sentar con cuidado, podría arreglarlo, pero sería evidente mi preocupación por esa parte de mi anatomía y la convertiría en el centro de atención para los ojos de Álex, que ya han pasado demasiadas veces por encima.

—La verdad es que tienen muchísimas ventas. Yo mismo continúo sorprendiéndome de que algo tan feo, porque lo es a rabiar, esté tan solicitado.

—Hay muchísima ropa interior en las tiendas que solo sirve para lucirla, que no se puede llevar puesta porque es incómoda.

—Como la que pasean las modelos en los desfiles de alta costura.

—¡Idéntica! Se trata de prendas muy bonitas y llamativas. A todas las mujeres nos gusta la lencería y buscamos lo que nos hagan parecer más hermosas. Hay momentos en los que necesitamos arreglarnos, o sentimos más seguras. Ese tipo de ropa interior cumple su función, pero para la vida diaria hace falta sentirse cómoda y segura. Si no se encuentra algo bueno y bonito, yo, y la mayoría de mujeres, elegimos bueno.

—Por eso triunfa el color marrón ese tan feo. —Álex pone los ojos en blanco. Tengo que reírme, porque hace gestos como si estuviera delante de algo imposible de mirar.

—Porque es «sufrido», como diría mi abuela. Es difícil mantener el color blanco: la ropa suele ponerse grisácea a los pocos lavados y parece que siempre estuviera sucia. Eso no sucede con el tono marrón.

—¡Por supuesto que no! Ese ya parece sucio desde que lo sacas de la cajita.

—Podrían incorporar otros colores: rojo, azul marino... O negro, que hace la silueta más delgada. Estos cambios serían muy sencillos y no afectarían a su proceso de producción.

—Su proceso de producción es lo que viste antes: mi tío y mi tía cortan las telas y los ocho empleados las cosen en esas máquinas que deberían estar dentro de un museo. De lunes a jueves cortan y confeccionan, y los viernes los dedican a etiquetar, meter cada prenda en su cajita y empaquetar para dejarlas en el almacén que hay en la parte posterior de la nave.

—¿La oficina donde tienen las facturas también está en esa zona?

—Sí, es un cuartito siniestro que no tiene ventana. Te recomiendo que salgas de él a menudo y te des una vuelta por el taller. Ahí dentro hace mucho calor y no corre el aire.

—¿Y las trabajadoras? ¿Algo que tenga que saber sobre ellas?

—Son las mujeres del pueblo. En Lagunafría no vive ninguna persona menor de sesenta años y casi todas están trabajando en el taller. Son siete mujeres y un hombre. Con este último ten cuidado, dudo que se sobrepase, pero te va a cortejar como si tuviera veinte años y tú, dieciocho. Es muy buena persona. Algo infantil, pero muy noble. Todavía está buscando su media naranja y se le escapaban los ojos de las órbitas cuando te miraba.

—Ya me di cuenta. Me besó la mano.

—Eso es porque ve muchos culebrones, son su pasión. Cuando termina de trabajar se mete en casa y pasa las tardes entre «Glorias Camilas» y «Manuelas Fernandas». Aprendió a utilizar el ordenador solo para ver las series. Tres mujeres son hermanas y las tres están solteras. Viven juntas y, aparentemente, muy felices, por eso nunca se las ha visto con novio. Clara y Juana enviudaron hace años. Paulina y la otra Juana tienen maridos, que se dedican al campo. No hay mucho más que pueda contarte sobre ellos, todos se conocen desde que nacieron y son como una gran familia. Lo que mis tíos oculten tampoco ellos te lo contarán.

—¿Y cómo haré mañana? ¿Iré a las ocho?

—Sí, mi avión sale a las ocho y media. Tengo tiempo de llamar a mis tíos y recordarles que vas a acudir a trabajar. Si todo sale bien, volveré el próximo martes.

Álex saca su teléfono móvil y comienza a escribir en él. No me gusta ser indiscreta y desvío

mi mirada hacia la plaza, que se ha llenado de gente que ha salido a pasear cuando la temperatura se ha suavizado hasta resultar perfecta para callejear sin prisa.

Mi móvil me avisa de que me acaba de entrar un mensaje. Será mi madre o alguna de mis amigas que ya saben que estoy en España. Si fuese algo importante, me llamarían, así que pueden esperar hasta que me quede sola en mi cuarto.

—Te acabo de enviar el número de mi secretaria y la dirección del hotel donde voy a alojarme en Londres. El correo electrónico de la empresa ya lo tienes. Mi secretaria se llama Kim. Es hija de emigrantes mexicanos y habla perfectamente castellano. Ella te dirá qué documentos necesita para formalizar el contrato.

—¿Tu empresa tiene su sede en Nueva York?

—Sí.

—Entonces contactaré con ella a partir de las tres de la tarde, según la hora de España.

—Perfecto. ¿Tienes hambre? Yo estoy deseando pedir la carta. Estoy hambriento.

—Sí, está llegando el olor de los platos que están sirviendo a los comensales de las mesas contiguas y se me está haciendo la boca agua. Las croquetas tienen una pinta buenísima.

—Ese plato es una apuesta segura en este restaurante. Las hacen de jamón o de setas, y ambas versiones son estupendas. ¿Te gusta la ensalada de tomate? Aquí lo cortan muy fino. Se puede ver el fondo del plato a través de la loncha.

—También me gusta. Todo lo que estoy viendo pasar me apetece, así que dejaré que tú pidas por los dos. Estamos en tu tierra y en el restaurante de tu amigo, sorpréndeme.

¡Oh! Esa última palabra ha sonado confusa. No debería haberla pronunciado, pero ya salió. Ahora no la puedo recuperar. Álex estaba revisando la carta que un camarero le ha dado y ha levantado los ojos interrogándome con esa mirada suya tan especial.

—Quería decir que probaré encantada cualquier especialidad de la zona.

—Claro, claro... Déjame revisar la carta. Han cambiado el menú, han sustituido los productos de invierno por otros de temporada. Algunos clásicos se mantienen, como las migas zamoranas, muy ricas, pero no creo sea la mejor elección para esta cena.

—Son muy fuertes, ¿no?

—Lo son. Es un plato típico de pastores. Era la comida que podían preparar con lo que tenían a mano. Ahora se preparan en las casas. Es uno de mis platos favoritos, siempre y cuando se sirvan a la hora del almuerzo. Cenarlas es apostar a que esa noche va a ganar el insomnio.

—Y mañana hay que madrugar...

—Sí...

—¿Ocurre algo? —Su mirada se ha quedado fija en algún punto detrás de mí.

—No me apetece ir. Y eso es muy extraño. Siempre me ha mantenido excitado estar en medio de una negociación. Saber que puedo ganar dinero, que tengo talento para encontrar una joya donde otros solo ven ruinas, que dentro de un tiempo personas que no conozco recordarán estancias maravillosas en hoteles que, de no ser por mi gestión, probablemente terminarían derruyéndose.

—Parece muy interesante.

—Lo es. Cada edificio es diferente y los paisajes cambian. Cuando todo termine y la venta esté formalizada, voy a tomarme unas vacaciones en mi tierra.

—¿No sueles hacerlo?

—Tres o cuatro días en casa de mis tíos, una visita a mis amigos, un par de cenas para recordar viejos tiempos... Los dos últimos años he aprovechado cada oportunidad que se me presentaba para aumentar mi patrimonio. Todo lo que tengo está invertido. Si tengo éxito, me retiraré durante un tiempo.

—Brindemos entonces para que tengas suerte y todo salga según tus planes.

—Mis planes son amplios, Marina. —La sonrisa de Álex oculta algo. Los negocios no siempre pueden contarse, hay mucho en juego y toda precaución es poca.

Tomó mi botellín de agua y lleno medio vaso para ganar tiempo. ¿Habla de trabajo cuando utiliza la palabra «planes» o se está refiriendo a algo más? Lástima que no se pueda visionar de nuevo este momento porque juraría que se ha escapado algo...

Capítulo 8

—Muchas gracias por la visita guiada a Toro.

—Ha sido un placer.

Cuando hemos terminado de cenar las mesas de los restaurantes estaban llenas. El cielo estrellado, el aire cálido, el olor a verano... Invitaciones para tomar una copa charlando, que nadie quería desaprovechar. Hemos hablado de nuestras vidas, de cómo llegamos a Nueva York y lo cerca que habíamos estado en varias ocasiones de encontrarnos.

Nos hemos levantado empujados por el avance del reloj y el conocimiento de que cada minuto más supondría uno menos de descanso para él. Para coger su avión tendrá que salir de Toro a las cinco y media de la madrugada. Me ha propuesto dar un paseo hasta otra zona del pueblo donde podríamos tomar un cóctel. He tenido que ejercer de mala negándome y señalando como prueba el reloj de mi teléfono móvil. Me ha vuelto a sujetar del brazo y he notado nuevamente ese hormigueo tan agradable con el que nuestro cuerpo se regocija de placer.

—Volveré en cuanto termine. Me gustaría recibir un resumen diario de lo que haces en el taller de mis tíos y de todo aquello que sea importante que yo conozca. Hemos tenido una entrada algo precipitada en Lagunafría.

—Para no tener ni un solo dato no ha sido tan mala.

—Es verdad. Tienes una mente muy imaginativa. Hemos tenido también mucha suerte, no hay que tentar al destino.

—Entendido. Te escribiré entonces.

—Puedes llamarme, o podría hacerlo yo para correr con los gastos.

—Vas a estar muy ocupado. No quiero distraerte o interrumpir una reunión. Te escribiré todas las noches y, si hay alguna cuestión urgente que necesite consultar contigo, entonces te llamaré.

¿Me lo parece a mí o Álex está tratando de ocultar su desilusión?

—Está bien. —Sonríe y desaparece esa expresión que seguramente solo ha existido en mi mente. Vino, copa cargadita, noche perfecta para el romanticismo... Vete a la cama, Marina, antes de hacer alguna tontería de la cual te arrepientas el resto de tu vida—. ¿Subimos?

—¿Cómo? —Ahora no he sido yo quien ha inventado. Él es quien ha conjugado el verbo subir.

—Estamos en recepción despidiéndonos y tenemos habitaciones contiguas. Propongo subir juntos y decirnos adiós donde realmente se separan nuestros destinos hasta dentro de unos días.

¡Qué vergüenza! Noto cómo un calor abrasador recorre mi pecho. Sé lo que va a pasar y me preparo para ocultarlo. ¡Ahí está! Es tan intensa mi perturbación que la sensación de estar recibiendo un baño solar se extiende desde las mejillas hasta las orejas. Me sitúo delante de él. Busco las escaleras rezando para que el tramo que hay hasta nuestras habitaciones le conceda tiempo suficiente a mi cuerpo para que el sonrojo desaparezca.

Simulando buscar dentro de mi bolso la llave magnética araño los últimos segundos antes de girarme. Tengo que despedirme, no puedo hacerlo sin mirarlo. Está a mi izquierda esperando, así que preparo una sonrisa natural.

—Que tengas buen viaje, Álex. Mañana por la noche te escribiré.

—Que descanses, Marina, y no dudes en llamarme si me necesitas.

Entro tan apresuradamente que no calculo bien y me golpeo el hombro con la puerta. Cierro conteniendo un ay que no me alivia y acudo hasta el espejo para confirmar que mi cara muestra un color parecido al de una gamba cocida. Me ha visto. No ha dicho nada, pero sus ojos lo decían todo. Estará pensando que menuda profesional ha contratado, ni siquiera soy capaz de entender que la palabra «subimos» tenía un significado inocente porque nuestras habitaciones están en una planta superior a la de recepción.

Me desmaquillo contemplándome en el espejo del baño. Es muy probable que ahora mismo Álex esté también observándose mientras se lava los dientes. Podría estar al otro lado del espejo. En los hoteles es muy común aprovechar las tuberías de agua colocando juntos los cuartos de baño. Todavía estará riéndose de mí. Hasta yo tengo ganas de hacerlo repasando este día, el más extraño que recuerdo.

Me meto en la cama reviviendo cada momento. Espero que no haya dicho ninguna imprudencia, que mi comportamiento haya sido impecable en todo momento y que estos últimos segundos bochornosos sean una gota de tinta roja en un océano transparente.

Hace calor, del tipo que no se puede sofocar. Apago la luz. He dejado abiertas las ventanas, el olor de la noche y los sonidos de los insectos me arrullan. El sueño acude. Mi último pensamiento consciente lo dedico a las arañas. Busco la sábana que dejé a los pies, tiro de ella y me tapo hasta el cuello. Espero captar el mensaje y busquen un lugar donde dormir alejado de mi cuerpo. Soy buena anfitriona: las ventanas abiertas, mucho espacio donde cobijarse... ¡Solo me he pedido la cama!

El sonido de una puerta al cerrarse me despierta. ¡Álex se marcha! Miro la hora nerviosa y las cinco y veinte me demuestran que los pasos que se alejan son los suyos. A las siete me levanto sintiendo que no he descansado bien. No quiero llegar antes de que abran la fábrica. Álex me

repitió varias veces el camino que tenía que seguir para llegar a Lagunafría, lo vimos en su móvil antes y después de cenar. Si a las doce la carretera estaba casi desierta, a las ocho menos cuarto me parecerá que estoy atravesando una región asolada por algún tipo de virus mortal.

Consulto la previsión del tiempo para siete días. Los meteorólogos no la han cambiado. El sol y los treinta y seis grados al mediodía parecen ser una constante en esta zona en verano. «Regresaré del trabajo con la ropa sudada», pienso mientras escojo lo más fresco que tengo en mi maleta y que puede ser apropiado para estar dentro de una nave con el techo de uralita, sin aire acondicionado, desprotegida de los implacables rayos del sol de Zamora y rodeada de sostenes a medio confeccionar.

Blusa de manga corta y falda por encima de la rodilla. Es un tejido muy vaporoso, una especie de gasa en tono verde aguamarina con dibujos de diminutas piruletas amarillas. Busco las sandalias negras que combinan con todo y una ropa interior diminuta para que no me de calor.

Entro en la ducha con calma. Solo voy a tomar un café con leche en la cafetería del hotel. Tengo veinticinco minutos para arreglarme y voy a refrescarme todo lo que sea posible debajo del chorro del agua. Sé que el frescor que sienta ahora no lo podré guardar para extendérmelo cual capa protectora cuando me encuentre dentro del almacén buscando razones para el mal funcionamiento de la empresa. Sudaré, aunque me aplique desodorante por todo el cuerpo, pero eso sucederá dentro de un rato; ahora estoy en el paraíso dejando que el agua templada me acaricie como ningún hombre sabe. ¡Yo, al menos, no lo he encontrado!

Mis escasas experiencias sexuales no tenían manos, tenían puños de acero por el modo en que me estrujaban los pechos. ¿Nadie les dijo que esa zona es delicada, que para estimular hay que ser sutil el noventa y nueve por ciento del tiempo dejando el cinco por ciento restante a esos toques de rudeza controlada que tanto gustan? Ese contraste es el que provoca las mejores reacciones. Agarrar los pechos como si estuvieran estrujando la masa de una *pizza* provoca reacciones. En primer lugar, un dolor intenso y después ganas de darle a él un poco de su propia medicina apretando el centro del universo masculino hasta dejarlo tan fino como un espagueti.

Las manos de un hombre tienen que rozar la piel, recorrer delicadamente los bordes, presionar suavemente... ¿Pero qué co... me pasa? ¿A mis veintiocho años y cinco meses voy a estrenarme en esto de fantasear debajo de la ducha? ¿Y en Toro? El día va a ser muy largo y no necesito recrearme en estas imágenes tan sugerentes. ¿Pero qué me ha hecho este hombre? Me he vuelto idiota en un tiempo récord. ¿Será el vino, que todavía me está haciendo efecto?

Salgo antes de lo previsto de bastante mal genio. Me seco con demasiada rudeza. ¡Aquí he venido a trabajar, o a hacer algo parecido, por lo que me pagarán muy bien! Fuera tonterías, que estoy en mi segunda semana de libertad y me he comprometido a mantenerme así al menos durante un año. Mi móvil parpadea. El tono rojo es el de los *wassaps*. Mensajes de dos conversaciones. Las siete y doce minutos. Necesitaré diez para arreglarme. Mi pelo es liso y una vez que lo

desenrede se secará al aire en el camino a Lagunafría, donde lo ataré con una coleta para que no me dé calor.

Mi madre y Álex. La primera me pregunta qué tal estoy, qué me ha parecido mi trabajo. Le contesto ayudándome con un emoticono sonriente.

Marina: «Estoy muy bien, mamá. Ahora tengo el tiempo justo. Al mediodía te llamo. Un beso».

No leo el mensaje de Álex. Me vestiré, me prepararé y, cuando vaya a salir, entonces lo haré. Arrastro todavía la confusión que las horas pasadas con él han causado en mi cerebro.

Fantaseo con frases románticas, palabras que guarden promesas, emoticonos que me sonrían y me lancen besos... Tengo que esforzarme por mantener los labios relajados para poder pintarlos. La sonrisa no se me quita de boca mientras me cepillo la melena.

Me resisto a coger nuevamente el teléfono. Algo me dice que no me ilusione, que todo es una nube de humo que estoy avivando desde que ayer me cogió del brazo para ayudarme a caminar por el casco antiguo de la ciudad. Lo hizo porque su sentido común es mejor que el mío. Yo debería haber sabido que los tacones de aguja no deben usarse en lugares como este. Ya había paseado por esas calles la tarde anterior.

Siete y media. No tengo más tiempo. Meto el cepillo de dientes y la pasta en el bolso y me acerco a la ventana. Es muy relajante observar el río. Podría quedarme horas quieta, algún día lo haré. Aspiro profundamente, presiono sobre el icono de WhatsApp y leo:

Álex: «Buenos días, Marina. Espero que hayas descansado bien. Aunque tengo una agenda complicada, voy a estar pendiente del móvil para ayudarte si lo necesitas».

¡Ummm, qué majo, se preocupa por mí! Siento como si me estuvieran creciendo alas en los pies y mi cuerpo comenzara a elevarse. Continúo leyendo:

Álex: «Recuerda que debes ponerte en contacto hoy mismo con mi secretaria para formalizar tu contratación. El día de ayer también te será remunerado, ya que considero que fue tu primer día de trabajo. Espero recibir noticias de tu parte».

¡Este tío es idiota! No, ¡yo sí que soy idiota! Así que fue mi primer día de trabajo, ¿no? ¡Claro que lo fue! Y el resto también lo serán, solo trabajo. No esperes, Álex, que a tu regreso haya más paseos ni más confianzas. Tenemos una relación estrictamente laboral y no lo olvidaré. ¡Muchas gracias, jefe, has deshecho mi esponjosa nube rosa con tu aire polar!

Se me ha quitado el hambre. Debería aprovechar esta situación para eliminar algo de peso. El desayuno es una de mis tres comidas favoritas y este tonto disgusto me acaba de dar la oportunidad de hacer dieta sin sufrir por ello. Pensándolo bien, no tener ganas de meter a la boca nada también tiene su precio: el dolorcillo sordo que se ha instalado en mi pecho. Es una sensación de irascibilidad que tardaré un rato en eliminar. De todos modos, pienso mientras reviso mi bolso antes de salir de la habitación, prefiero estar un pelín rabiosa antes que notar

cómo las tripas me rugen de necesidad.

Voy a desayunar, aunque no tenga ganas. Quizá no pueda tomar tostada o tortilla de patata, pero me esforzaré por dejar la taza del café con leche vacía. Van a pasar bastantes horas hasta que pueda volver a Toro y el malestar psicológico se diluirá. Entonces, el hambre regresará y no quiero dar un concierto de tripas en Do menor delante de los tíos de Álex. ¿Y si acudo de nuevo a la máquina expendedora? Tenían refrescos, chokolatinas... Esta va a ser sin duda una mañana muy larga y me merezco un desayuno exótico. ¿Quién va a decidir por mí mejor que yo misma?

La imagen del guarrete de ayer aparece avisándome. ¡Es imposible que esté de nuevo allí! Son las siete y media. No va a quedarse esperando en la entrada del pasillo a que entre una mujer a esas horas de la mañana para hacer uso de la máquina expendedora. Por si acaso miraré muy bien antes de entrar y me mantendré alerta. ¡No tengo monedas!

—Buenos días. ¿Me podrías cambiar este billete en monedas de euro? Las necesito para meterlas en la máquina de refrescos.

—Lo siento. La puerta que comunica el *hall* con los baños de la piscina se cierra de once de la noche a nueve de la mañana.

—¡Ah! Gracias.

Menos mal que he dicho para qué necesitaba las monedas. Me he ahorrado el viaje. Tendré que recurrir a la cafetería.

—Hola.

—Buenos días. —Este camarero tiene las mismas ganas de estar detrás de la barra del bar que yo tengo de ir al taller de Lagunafría.

—¿Qué le pongo?

¡Un poco de alegría no estaría nada mal! Me están dando ganas de entrar a la barra, prepararle una taza de cacao calentito y sentarme con él en una de las mesas de la cafetería a consolarlo.

—Café con leche en taza grande, por favor.

Me enseña dos modelos de taza. ¡Ya sé por qué está tan abatido! De pequeño no lo dejaron ver Barrio Sésamo. Si lo hubiera hecho, ahora mismo no estaría enseñándome dos tazas, una de ellas con un ridículo tamaño. ¡Eso no es grande por mucha gafa para verlo todo gris que llesves puesta!

—La de la derecha, por favor. —Le señalo la que deseo porque me temo que se haría un lío pensando si es mi derecha o la suya.

—Muy bien.

Me da la espalda para colocar la taza en la cafetera. Es lo mejor, así no puedo verle sus tristes ojillos, aunque la visión de su espalda encorvada como si estuviera sosteniendo una mochila de

cien kilogramos tampoco es muy positiva. Una mujer entrada en carnes sale de la cocina con una humeante tortilla de patatas. Me guiña un ojo y le respondo con una sonrisa espontánea. Ese es el tipo de personas que me gusta tener cerca, gente que cada mañana se levanta con energía, empezando de cero, tratando de ver el lado positivo de las cosas.

Yo misma estoy esforzándome para encontrarle los puntos fuertes a esta nueva experiencia por tierras zamoranas; de hecho, podrían ser unas magníficas clases de interpretación. Ayer mentí, hoy también lo haré y así serán todos los días hasta que acabe mi trabajo en la fábrica. Si sustituyese el verbo «mentir» por «interpretar», estaría dando un nuevo enfoque a mi trabajo. Siempre es bueno tener conocimientos y el de mentir de un modo natural podría ser muy útil en alguna ocasión.

¿Y este hombre por qué me está sonriendo como si nos conociéramos de toda la vida? Le devuelvo la sonrisa por cortesía, que no por ganas.

—Buenos días. —¡Otro de algún país de Europa del Este tratando de ligar!

—Hola.

El saludo no se le niega a nadie, aunque ya me esté arrepintiéndome de haber pronunciado esa palabra.

—¡Bonito día!

—Sí.

Mi café llega en el momento justo. Revuelvo con mucha calma el azúcar. No levanto la vista, no me hace falta tener ojos entre el pelo para saber que continúa mirándome. Así no puedo estar eternamente. En algún momento tendré que tomarme el café para irme a trabajar.

A este hombre no lo conozco de nada. ¡No tengo por qué aguantar a todos aquellos que se levantan con ganas de dar conversación! Ese es un buen argumento, lo voy a poner en práctica. Elevo mi cabeza y me preparo para ignorar sus palabras. Vuelve a sonreírme y tengo que morderme los labios para no corresponder. Parece que se da por aludido y saca su teléfono móvil, con un gesto de pena que podría competir con el que obstinadamente mantiene el camarero.

¡Tanto sacrificio para nada! El café es puro veneno, un brebaje que el abatido de la barra ha preparado para que todos terminemos encontrándonos igual de mal que él.

—¿Me dices cuánto es?

—Está invitada. El señor del polo azul marino ha abonado su consumición.

—Muchas gracias.

¡Lo que me faltaba! Salgo de la cafetería como si me estuvieran persiguiendo. Efectivamente, el moldavo, rumano, búlgaro, ruso... me sigue. Me dan ganas de volver a entrar para buscar un

poco de seguridad. El *parking* está desierto y mi bolso no contiene nada dentro que le dé la consistencia necesaria para convertirlo en un arma improvisada.

Entro en el coche llevándome un golpe en la rodilla derecha que me va a dejar un bonito recuerdo de esta mañana tan ajetreada. Cierro la puerta pulsando casi al tiempo el botón de cierre centralizado. En las películas donde el malo persigue a la chica indefensa esta protección no suele resultar. Podría tener una pistola y golpear con su culata el cristal. Este es un utilitario. Seguramente, se rompería en mil pedazos, el hombre metería su brazo, me agarraría por el cuello y me zarandearía hasta desencajarme la mandíbula.

Meto la llave en el contacto tratando de mantener la serenidad. ¿Y ahora qué ocurre? El motor no hace ruido, es posible que mi corazón, que late desbocado, esté anulando su sonido o que me haya quedado sorda repentinamente. No siento la vibración del motor de gasoil. Presiento que voy a llegar tarde mi primer día de trabajo y odio causar este tipo de impresión.

—¿Problemas?

El sonido de los nudillos del simpático del polo azul no consigue ocultar su perturbador acento. ¿Y ahora qué hago? Me ha seguido hasta el coche. Estoy dentro y lo tengo al lado de mi puerta. ¿Por qué me tiene que suceder esto a mí? ¿He sido demasiado amable con el rubiales? Al próximo hombre que intente cortearme le voy a soltar un «veta a la porra» tan clarito que se le van a quitar las ganas de volver a acercarse a otra mujer en cinco años.

Al coche que está aparcado a mi lado se le iluminan las luces. Ahí podría estar mi salvación. En efecto, un hombre alto y fuerte se acerca al maletero. Sin dejar pasar ni un segundo abro la puerta para salir, aunque se cierra antes de darme tiempo a sacar la pierna izquierda.

—¡Perdón!

—¡Mi culpa!

¡Por supuesto que ha sido tu culpa! ¿Para qué te quedas tan cerca de la puerta, rubiales? Salgo aprovechando este momento vergonzoso. Por la postura y por el color amoratado de su cara parece bastante evidente que lo he golpeado en cierta zona bastante dolorosa.

—Disculpe, mi coche no arranca. ¿Sabe usted si hay cerca una parada de taxi?

Podría haberlo solucionado con una llamada, pero lo que realmente quiero es disuadir al hombre del polo azul acercándome al propietario del coche contiguo.

—Si me permite, podría echar un vistazo. Siempre me ha gustado el mundo del motor.

—Todo suyo. —Le doy las llaves encantada.

Abre el capó y fija su mirada en el motor. Yo me acerco porque tengo sincero interés en prestar atención a sus movimientos. Me da rabia que mis conocimientos se limiten a echar

combustible cuando el indicador rojo del depósito se enciende. No he tenido necesidad de aprender para qué sirve cada manguito porque nunca antes había tenido un coche del que preocuparme.

—Pruebe ahora, por favor.

Tomo la llave, entro y arranco mi cochecito. Aunque se queja, se pone en funcionamiento.

—¡Muchísimas gracias! —Agradezco a mi doble salvador. Ya no hay rastro del moldavo y mi coche funciona—. ¿Qué le sucedía?

—Se había soltado el cable de la batería.

—¡Ah! Me tocará llevarlo al taller.

—No tendría por qué volver a suceder.

—Entendido. Gracias de nuevo. Me tengo que ir para no llegar tarde al trabajo.

—Claro, yo también tengo que irme. Que tengas buen día.

¡Menos mal que hay buenas personas en el mundo! Un hombre muy interesante... ¿Hubiera sabido Álex cómo arreglarlo? ¡Alto ahí! ¡No me lo puedo creer! ¡Los estoy comparando! Busco una explicación para lo que le está sucediendo a mi mente. Encuentro una con la que me quedo, la más lógica y la que me deja más tranquila: hasta hace unos días tenía una vida que aparentemente estaba organizada (trabajo, pareja, un lugar donde parecía haber echado el ancla...); ahora no tengo pareja, este estrambótico trabajo se acabará en pocos días y desconozco cuál será mi siguiente lugar de residencia.

Voy a tener que organizar cada tarde para que no me quede tiempo libre que pueda dedicarlo a seguir fantaseando con Álex. Tengo la piscina, necesitaré acudir a la tintorería y al supermercado, también tendré que cenar, lo cual ocupará parte de ese tiempo. Por último, y lo más importante, tengo un portátil. Debería sentarme con una libreta y un bolígrafo a un lado y mi ordenador al otro, y empezar a anotar posibles empresas con sede en España a las cuales ofrecer mis servicios. El hotel dispone de *wifi* para sus clientes, pero la señal es tan débil que tardaré horas en hacer algo que en otras condiciones serían minutos. ¡Me desespera!

Anoche Álex me enseñó, cuando caminábamos, qué calles debería recorrer desde el aparcamiento hasta la carretera que conduce a Lagunafría. Durante la cena me lo volvió a recordar enseñándome el mapa de Toro en su teléfono móvil. Yo, que soy una chica lista, memoricé el recorrido y aquí estoy, en una de las calles, observando cómo los operarios del servicio de basura hacen su trabajo. El camión ocupa el ancho de la vía y no hay modo de adelantarlo.

Son las ocho menos diez. Voy a llegar tarde y eso me pone nerviosa. ¡Odio la impuntualidad! El camión reanuda su marcha y yo respiro aliviada. No hemos recorrido ni diez metros cuando vuelve a pararse. Hay una furgoneta mal aparcada y no queda espacio suficiente para que pueda

pasar. ¡A saber cuánto tiempo tendremos que esperar!

Doy marcha atrás hasta llegar al cruce y giro a la derecha, porque a la izquierda hay una señal de prohibido y porque me da igual un lado que otro, ya que no conozco por dónde se llegará más rápidamente a la carretera. Avanzo bastantes metros. Me estoy alejando demasiado de las calles por las que debería ahora mismo estar conduciendo. Saco mi móvil y busco la aplicación Google Maps. Casualidades de la vida, tengo un problema en esos instantes con mi operadora de telefonía móvil y no tengo tráfico de datos. ¡Genial! Tendré que preguntarle a alguien y no están las calles de Toro precisamente abarrotadas a estas horas de la mañana.

¡Un hombre! Voy a parar a su lado.

—Buenos días. Tengo que llegar a Lagunafría. ¿Podría indicarme el camino?

—*Buno día. Caro que zí. Po aquí va ma.*

¡Jod...! ¿Qué le pasa a este hombre en la boca? Me ha costado un montón entenderlo.

—Lo imaginaba. —Por eso he preguntado, listillo.

—*Gia iquieda, zigue hata feteria, toma gotonda y zegunda deecha y hata llegá.*

¡Le faltan todos los dientes! No tiene ni arriba ni abajo. No parece tan mayor. Quizá haya padecido alguna enfermedad o se haya dado a la mala vida, como algunos de mi barrio, que con veinte años ya llevaban dos enganchados al caballo y ahora con cuarenta aparentan ochenta.

—Entonces, tomo la primera a la izquierda, sigo hasta donde encuentre una ferretería, ahí me meto en la rotonda, tomo la segunda a la derecha y todo recto. —A ver si le he interpretado bien.

—*Zi, azí ez.*

—Muchas gracias.

Me sonrío con la boca cerrada. ¡Pobrecillo! Debe ser horrible no tener dientes y desear comer un bocadillo de chorizo. Me está entrando hambre y por eso empiezo a pensar en comida. Espero que la música de la radio y el sonido de las máquinas de coser sepulten los rugidos de mi tripa.

¡La rotonda! La recuerdo, voy por buen camino. Las ocho y cinco y todavía no he salido de Toro. Llegaré tarde mi primer día. Menuda impresión voy a causarles. ¿Se lo contarán a Álex? Ya no puedo hacer nada por evitarlo. Mañana me levantaré una hora antes y esperaré a que abran aparcada frente al taller.

Nadie en la carretera. Es relajante mirar los campos dorados, el sol, que se eleva a mi derecha, y las aves que revolotean pasando peligrosamente cerca de mi luna delantera. Voy a respirar profundamente para serenarme y llegar con mente positiva a la fábrica. Va a suponer un reto permanecer con esas personas durante cinco horas. Me he comprometido a hacerlo, pero me he visto antes en situaciones laborales incómodas y siempre he salido airosa.

¡Qué bonito! Un rebaño de ovejas se acerca por uno de los caminos. Disminuyo la velocidad y paro el coche para que pasen. Tienen el pelo corto, ¡menos mal! No quiero imaginarme lo que debe ser tener que llevar constantemente un abrigo de lana cuando hay más de treinta grados.

Se paran y algunas aprovechan para mirarme con esos ojos impenetrables. Pasa un minuto y no se mueven. Me dan ganas de salir para animarlas a ponerse de nuevo en marcha. Dos mastines con cara de pocos amigos me hacen cambiar de idea. Estos perros cuidan al rebaño ante cualquier extraño y a mí estas muchachas de cuatro patas no me han visto en su vida. Esperaré un poquito más. Un hombre se acerca, será el pastor. Las moverá y podré por fin llegar a mi trabajo.

—Perdona, no sé por qué se han parado.

—No tienen prisa —respondo elevando la voz para que me pueda escuchar. He bajado la ventanilla un poco. No quiero darles facilidades a los dos perros, que se acercan al coche para olisquearle las ruedas.

—Algo sucede.

¡Qué raro que suceda algo! Lo extraño hubiera sido que no pasase nada. Parece que me han echado hoy un mal de ojo para que no consiga llegar al trabajo. Lo conseguiré tarde o temprano y lo haré con la rueda delantera izquierda perfumada por las dos enormes meadas que los perros acaban de regalarme.

—Una oveja está pariendo. Nunca había visto hacerlo en la carretera. Habrá que esperar un poquito. ¿Quieres verlo?

—Debe ser muy bonito, pero tus perros me están mirando.

—Si estás a mi lado, no te harán nada.

Será como tú dices, pero yo no me fío. No voy vestida para meterme dentro de un rebaño. Quisiera llegar a mi trabajo con la ropa limpia y oliendo a perfume del tarro de cristal que compré en una perfumería, y no llena de pelos e impregnada del aroma de las ovejas de Zamora.

—Tengo bastante prisa. Necesito llegar a Lagunafría. ¿Hay algún otro camino para hacerlo?

—¿A Lagunafría? —Incluso él se sorprende de mi destino—. Sí. Métete por este camino de la derecha, continúa hasta la colina y allí toma el desvío a la izquierda. Ve despacio, porque hay algunos baches, a dos kilómetros aproximadamente verás un nuevo desvío a la izquierda. Te darás cuenta de que es el que tienes que coger porque desde allí se puede ver parte de la iglesia. Lo tomas y a unos trescientos metros habrás llegado a Lagunafría.

—Muchas gracias.

—A ti, y ya lo siento —me aclara el hombre algo nervioso—. Se le ha adelantado el parto y las demás ovejas la deben estar protegiendo. La verdad es que nunca había visto algo así, pero

siempre hay una primera vez para todo.

Yo también estoy teniendo muchas primeras veces y todas en muy corto espacio de tiempo. Conducir un coche entre dos campos por un camino de tierra polvoriento está siendo uno de esos momentos que nunca hubiera sospechado que tendría que vivir para llegar hasta mi puesto de trabajo.

El coche va a quedar hecho una pena, como el del vecino del quinto derecha de casa de mi abuela, que compró una pequeña furgoneta para trabajar hace once años y nunca la ha limpiado. Las pintadas que dicen «límpiame, guarro» conviven con frases reivindicativas y declaraciones de amor que son efímeras. Su vida depende de las lluvias. Si durante una semana luce el sol, todo el barrio se enterará de que Luis está por Sara. Si entra una borrasca por Galicia, la grosería que algún salido escribió sobre comerle lo suyo a una tal Iratxe se borrará y librárá a quien pase por delante de tan poco sutil comentario.

En resumen: voy a llegar tarde, con el coche lleno de polvo, sofocada por los nervios que estoy pasando y con el estómago vacío. ¡Bonita manera de comenzar el día! De repente, el coche se convierte en una atracción de feria. Estoy dentro del «saltamontes». Todo mi cuerpo se mueve mientras atravieso una zona de baches tan profundos que parecen cráteres lunares.

Un insecto del tamaño de un gorrión impacta contra la luna y me deja una desagradable mancha de color sanguinolento. Una avispa se queda atrapada en los limpiaparabrisas. Si la imagen de la carne del bicho me ha causado repelús, la de la avispa que agita frenéticamente sus alas para liberar alguna de sus patas de la goma del limpiaparabrisas me está poniendo la piel de punta. Busco la palanca para que el mecanismo se mueva y suelte a este insecto tan poco popular. Después de cuatro pasadas por delante de mis ojos por fin queda libre y huye disparada de la que ha sido su trampa. Un toque más de mi dedo y el cristal recibe dos chorros de agua para limpiar el polvo y los restos de las entrañas de abejorro gigante. La mancha rojiza se extiende y pulso varias veces para que desaparezca. El polvo seco se convierte en barro, y me obliga a seguir con el agua porque todo lo que veo está borroso.

¡Por favor! ¿Qué es lo que estoy haciendo aquí? Si se lo contase a alguien, no se lo creería. ¡Y no tengo ni un mísero botellín de agua en el coche!

Me bajo pensando que hablar sola y en alto a veces es necesario. Decirnos lo que estamos pensando nos da, al menos a mí, una nueva perspectiva de la situación. La mía es bastante rocambolesca, se mire por donde se mire. Podría conducir el resto del trayecto con la cabeza por fuera de la ventanilla, pero el recuerdo de los peligrosos insectos que también circulan por la zona me disuade al instante. Si uno de ellos no ha sabido esquivar mi cochecito, otro podría ser igual de torpe y quedar reventado en medio de mi frente.

¡Las toallitas! Abro mi bolso y ahí están mis salvadoras, las toallitas desodorantes que metí por si me encontraba en un apuro. Esta situación lo es: o limpio el cristal o es muy probable que

acabe metida dentro de un trigal a las ocho y veintidós. Son diminutas, están pensadas para limpiar las axilas, las manos, o cualquier otra pequeña porción del cuerpo que lo requiera, no para dar visibilidad a la luna de un coche que ha circulado por un camino de cabras en un paisaje donde no debe haber caído ni una gota desde hace semanas.

Las saco todas y dejo una para limpiarme cuando haya terminado. Hago una bola con ellas y las paso con fuerza por la luna, teniendo cuidado para no tocar con los dedos los restos del suicida. El resultado es bastante aceptable. Las empujo dentro del plástico que las contenía y me limpio con fuerza para eliminar el polvo de mis manos.

Arranco de nuevo el coche y me encomiendo al patrón del primer día de trabajo, para que no me ponga más obstáculos y me permita llegar de una vez por todas a mi destino. El campanario de la iglesia está cada vez más cerca. Giro a la izquierda y descendo aliviada. Ya veo la nave. Llegaré, aunque sea arrastrándome cual heroína atormentada.

Capítulo 9

Marina: «Resumen de mi primer día de trabajo».

Escribo las siete palabras, las borro, las vuelvo a escribir y las releo meditativa. Me gustaría arrojar el móvil, hacer imposible nuestra comunicación, cualquier cosa para que, aunque Álex quisiera, no pudiese contactar conmigo. Esa sería mi pequeña venganza por un daño que probablemente yo solita me he causado.

Aunque he dedicado la tarde a pensar en el día de ayer, todavía no he conseguido decidir si su amabilidad, su modo de mirarme y sus gestos me enviaron mensajes de atracción o fueron solo imaginaciones mías. Debí ser el calor combinado con el vino. Estaba en un momento delicado en lo emocional y me dejé llevar. Pulso enviar para obligarme. Ahora tendré que escribir, aunque no quiera.

Marina: «Esta mañana he llegado a la fábrica tarde. Lo siento mucho y no volverá a suceder.

Es imposible que vuelvan a darse tantas coincidencias para que llegue tarde de nuevo. Solo me ha faltado tener un encuentro con extraterrestres a las ocho de la mañana entre los trigales zamoranos. Nada de lo que me está sucediendo es normal. Estoy segura de que hubiera reaccionado hasta con curiosidad si hubiera visto aterrizar una nave plateada. Me habría acercado a saludar a los hombrecillos verdes para preguntarles si en el espacio exterior no hay sexo femenino, porque cada vez que alguien afirma haber visto un extraterrestre habla de él como masculino, y eso a mí no me cuadra.

En el almacén había una mesa guardada y la hemos llevado a la oficina. Ahora tengo un sitio donde trabajar. Me gustaría poder contar que he investigado, que he revisado las facturas y que he pasado horas examinando costes de producción y beneficios, pero no ha sido así. Tus tíos han sido muy educados. Aunque han tratado de disimular, no quieren que esté allí. Se han dedicado a esquivar mis preguntas, a distraerme haciéndome salir para conocer al frutero que ha llegado con su camión y enseñándome el interior de la iglesia. Tu tío se ha empeñado en que diéramos un paseo por los campos de trigo. Allí me ha explicado todo el proceso del cultivo del cereal».

Me río yo sola recordando los esfuerzos que ha hecho el pobre hombre para que no volviésemos al taller. Me ha contado cómo lo plantaban cuando era un niño, ha cogido una espiga y la ha desgranado, grano a grano. De vez en cuando lo he pillado mirando hacia el pueblo, nervioso, frotándose el cuello con un pañuelo una y otra vez para retirar el sudor que le caía abundantemente hasta empapar su camisa.

Se ha quedado callado un momento y he aprovechado para sugerirle que volviésemos, que ya tendríamos tiempo para otra visita guiada cuando el sol no estuviera friéndonos cual churros que

flotan dentro de una gran cazuela llena de aceite hirviendo.

Podía oír su mente buscando qué más contarme. Cuando he intentado regresar al taller me ha cortado el paso y me ha señalado unas florecillas que crecían al borde del camino. Ha cogido aire y me ha contado desde el principio hasta el fin la ofrenda de flores que se hace el 10 de agosto a la Virgen. Ahí ha debido de encontrar un filón y ha desgranado todas las festividades locales, que por cierto son muchas para un pueblo con una docena de casas.

Yo notaba el sudor entre mis pechos, algo realmente desagradable porque las gotitas me hacían cosquillas al recorrer mi piel. Me hubiera encantado rascarme, meter mi mano por debajo de mi blusa y darme el gusto de frotar mi piel con un pañuelo de papel, pero ni eso podía hacer con el bueno de Paco parado hablándome hasta por los codos. Desconecté pasada la fiesta de San Juan. Solo deseaba que se agotasen sus temas de conversación antes de morir por una insolación.

Lógicamente, cuestiones como mi sudor corporal o la verborrea incontrolada del tío Paco no puedo escribirlas como dato de interés en mi trabajo. No hay mucho más que contar. Me despediré de Álex y dejaré el móvil en silencio para no escuchar su respuesta.

Marina: «No me han dejado estar ni cinco minutos seguidos dentro de la fábrica. Mañana volveré a intentarlo. Espero tener ocasión para comenzar a revisar la documentación. Ya no creo que les quede nada por enseñarme».

Quito el sonido de mi teléfono y lo dejo sobre la mesilla. Son las diez y media, no tengo sueño. A la una me he marchado de Lagunafría con un sabor muy agrídulce en la boca. Amparo, Paco y las empleadas me han despedido en la puerta del taller como si yo fuese una amiga del alma de todos ellos y les diese pena que me marchase.

¿Qué diantres estoy haciendo en ese sitio? ¿Y si renunciase? Sería lo mejor. Hoy han sido considerados, pero esta situación no puede prolongarse por mucho tiempo. Se les terminarán las disculpas para mantenerme lejos y entonces, ¿qué sucederá? No le han contado nada a Álex. ¿Quién soy yo para fisgar en sus papeles?

Busco en la televisión una distracción, los programas no ayudan. Arrugo la nariz cuando, sin darme tiempo a cerrar los ojos, aparece un hombre desnudo. No es muy agradable ver cómo le cuelga la piel en los brazos, piernas, pechos y tripa. Este hombre tiene todo el derecho del mundo a lucir sus pieles sueltas. Todos tenemos un cuerpo que no hemos elegido. Si fuera posible hacerlo como si estuviéramos pidiendo una hamburguesa en una cadena de comida rápida, cada persona lo confeccionaría siguiendo sus propios gustos. ¡Y quién soy yo para opinar!

Dejando a un lado estas divagaciones tan poco productivas, me centro en escuchar al hombre, que resulta tener solo treinta y ocho años (yo le había calculado cincuenta). No me extraña que se lamente ante tanta carne temblorosa. Las ropas que lleva habitualmente puestas para ocultar lo que tanto le preocupa lo hacen parecer mayor.

Estoy tan absorta mirando sus enormes pechos que tardo en comprender que, aun cuando está desnudo, no he echado en falta un pequeño detalle. Tiene que ser el propio protagonista de esta historia quien provoque que me percate cuando lo señala con su mano derecha. ¡No tiene pene! Pobrecillo, cuántas desgracias juntas en un solo cuerpo.

Toma con ambas manos la piel de su tripa y la sube hasta que el secreto queda al descubierto: tiene pene y testículos, que deben pasarlo realmente mal viviendo aplastados por el peso de esa manta carnosa permanente. Escucho más atentamente la explicación del doctor que ha estudiado su caso y ha aceptado operar a esta persona para eliminarle la piel sobrante. Podrá tener una vida nueva, ir a la playa, acudir a un gimnasio sin que todos se queden mirando como si fuera un extraterrestre y, lo más importante, volver a tener una vida sexual.

¿Desde cuándo habrá tenido ese problema? ¿Llevará mucho tiempo sin mantener relaciones sexuales con una mujer? La respuesta llega de la mano de una delicada fémica pelirroja que aparece en cámara. Explica con voz dulce que Dave y ella se conocieron en el trabajo hace tres años. Por aquel entonces él pesaba doscientos diez kilogramos. Se gustaron desde el principio. Ella mide un metro y cincuenta centímetros y pesa cuarenta y dos kilogramos. Conocerla le dio a Dave la fuerza necesaria para acudir a un médico, ponerse a régimen y comenzar a hacer ejercicio. Año y medio después había perdido ciento tres kilogramos. El exceso de peso ya no era un problema para sentirse seguro a la hora de pedirle a Lisa que saliesen juntos. Lamentablemente, su piel estaba tan cedida que no había podido volver a su sitio. Seguía sin atreverse a exponerle sus sentimientos. Tuvo que ser ella quien le pidiera la primera cita y ahora vivían en una permanente luna de miel. A ella no le importaba su cuerpo y quería más, algo que era realmente difícil con un pene sepultado por varios kilos de carne sin sentido.

Se despiden en el pasillo que conduce al quirófano. Lis lo besa llorando y Dave la tranquiliza asegurándole que todo va a salir bien. Apaga la tele en el momento en que el bisturí se acerca a uno de los grandes pechos de Dave. No me gusta ver cómo operan a una persona; en realidad, me causa bastante malestar en el estómago ver sangre. Me había olvidado de Álex. Ahora no tengo distracción. Sin poder contenerme, tomo mi teléfono, que parpadea avisándome de que alguien me ha escrito. ¿Será quien yo creo?

Álex: «Gracias por hablarme de tu jornada laboral. Imaginaba que sucedería algo así, que intentarían distraerte, pero la ocurrencia de presentarte al frutero nunca la hubiera imaginado, ¡ja, ja, ja!».

Me gustaría escribir a Álex que a mí no me pareció gracioso. No sabía qué decirle y compré un melón enorme y un kilo de cerezas. Estas últimas las he merendado mientras ojeaba mis correos electrónicos y hablaba con mi madre. El melón caliente no me gusta y meterlo en la mini nevera ha sido imposible. He tenido que comprar un cuchillo y papel de aluminio. He cortado el melón en cuatro pedazos, los he envuelto y ahora están enfriándose al lado de los botellines de agua. ¿Conoceré mañana al pescadero? En la nevera no entra ni un alfiler y, aunque así fuera, ¿qué haría yo con una merluza de anzuelo? No tengo dónde cocinarla. Podría envolverla en papel de

aluminio y dejarla sobre el alfeizar de la ventana. Un par de horas al sol y tendría una rica merlucita al vapor. Veamos qué más me cuenta:

Álex: «Ten paciencia. No te conocen y les parecerá muy extraño que yo esté decidido a convertir la empresa en un referente dentro del mundo de la ropa interior femenina. Seguro que mañana todo resulta más fácil que hoy. ¿Qué tal en el restaurante? ¿Te atendieron bien?».

¡Demasiado bien, Álex! Me comprometí, después de que me lo suplicase, a acudir a comer y a cenar todos los días en el restaurante de su amigo Gerardo. Eran gastos que yo no debía asumir y en ningún sitio me atenderían mejor. Al mediodía pedí una ensalada. Había pasado tanto calor escuchando a Paco entre los trigales que solo me apetecía tomar algo fresco para luego meterme en la piscina del hotel y ahogar la frustración de un día de trabajo improductivo dentro del agua clorada.

Había tres versiones de ensalada. Directamente, le solicité a una camarera muy simpática que trajera la más ligera.

—La ensalada de la casa —me contestó y se marchó con mi comanda tarareando una pegadiza canción.

¡Ensalada de la casa! ¡Ensalada con todo lo que teníamos en casa! deberían haberle puesto a esta enorme bandeja donde habían juntado sin remordimientos un montón de verduras con jamón, *foie*, taquitos de dos tipos de quesos y huevos cocidos. Había tres platos en uno. ¡A la porra el helado de mi postre!

Necesité media hora más nadando para sentirme libre de remordimientos por haber ingerido en una sola comida las calorías de todo el día. En la cena, cuando Gerardo se abocó a sugerirme las exquisiteces de la carta, le menté diciéndole que me había puesto tibia a merendar pastas especialidad del pueblo y que necesitaba muy poca cena. Pareció entenderme y me ofreció un filete a la plancha con ensalada. Puntalicé que solo quería lechuga y tomate, ya he aprendido lo que esta gente considera «ensalada». Menos mal que se acercó un perro callejero para ayudarme a vaciar el plato; yo me comí la ensalada y dos pedacitos de carne y él devoró el resto moviendo el rabo como un poseso.

Me gustaría contárselo, escribirle que he caminado por las calles que él y yo recorrimos ayer, y que lo he hecho con unas sandalias planas por mi seguridad. Pero solo es una relación laboral y no tiene sentido teclear algo que no es trascendente, así que resumo la experiencia de mi comida y mi cena:

Marina: «Tu amigo Gerardo me atendió muy bien. Gracias».

Me quedo esperando una respuesta, una confirmación de que se mantiene atento a nuestra conversación. Después de cinco minutos continúa sin leer mi último mensaje. Como consecuencia, no habrá más conversación por esta noche y me deja una sensación de vacío desagradable. Me

duermo recordando la canción que tarareaba la camarera, un éxito del verano en que cumplí mis dieciocho primaveras, cuando la vida todavía parecía fácil y nada hacía presagiar que dentro de unos años estaría en un diminuto pueblo de Zamora investigando entre sostenes y bragas-faja.

Marina: «Resumen de mi segundo día de trabajo».

«¡Oh, qué placer!», pienso ronroneando. Si alguien me viese en este momento pensaría que estoy dándole rienda suelta a alguna fantasía mientras ojeo algún video guarrillo de Internet. Me restriego contra la cama para aliviar la picazón que algún insecto con muy mala leche me ha dejado como recuerdo. Decido parar porque cuanto más me contorsiono, más me pica. Tomo de nuevo el móvil que había dejado sobre mi estómago y pienso qué voy a teclear.

Otro día igual de improductivo. Esta frase resumiría a la perfección mi segunda jornada laborar. Estoy segura al noventa y nueve por ciento de que no se ha debido a mi falta de insistencia. Los tíos de Álex y sus trabajadores han estado sacándome del taller con las excusas más descaradas que se pueda alguien imaginar.

Marina: «Hoy he salido antes del hotel para llegar antes de las ocho a Lagunafría. A las menos cuarto estaba aparcando el coche cuando una puerta roja que tiene una casa de dos plantas que está situada frente a la fábrica se ha abierto. Tus tíos y los empleados salían de ella y cuando me han visto se han mirado con cara de alarma».

Álex: «Buenas noches, Marina. En esa casa no vive nadie desde hace muchos años. El marido es primo de mi tía. El matrimonio se marchó hace cuarenta años a trabajar a Francia y allí se establecieron. Cuando vienen de visita se quedan a dormir en la casa de la hermana de ella, que está a doce kilómetros de Lagunafría. De vez en cuando encargan alguna reparación para que la casa no se deteriore».

Álex está al otro lado. Me pone nerviosa saberlo y trato de ser racional explicando a mis emociones que ahora estoy trabajando, poniéndolo al día sobre todo aquello que debería saber sobre mi trabajo. Lamentablemente, no hay nada que contar y lo que voy a hacer es rellenar este informe con cuestiones banales.

Marina: «Sin darme tiempo para preguntarles por qué habían comenzado antes de las ocho a trabajar y qué hacían todos en esa casa, tu tía me dijo que estaban revisando en qué condiciones estaba el almacén».

Álex: «Siempre se ha utilizado la parte trasera de la nave, donde está la oficina».

Marina: «Ayer lo vi. A la izquierda se almacenan los tejidos, hilos, piezas metálicas... y a la derecha se guardan las cajas con la ropa confeccionada. Había espacio libre para cientos de cajas».

Álex: «Si tienen más productos en *stock* en esa casa, ahí podría estar la razón de su falta de liquidez: están produciendo más de lo que venden. ¿Pudiste ver qué volumen de mercancías tienen almacenado ahí dentro?».

Marina: «No, antes de que pudiera estar suficientemente cerca cerraron la puerta con llave y me llevaron casi en volandas a la oficina, donde me dejaron unos minutos a solas. Cuando acababa de sentarme con el libro donde tu tía anota todos los gastos de la empresa, dos de las mujeres entraron y me sacaron de allí con un «corre, corre, que llegas a tiempo para verlo» y a la calle fuimos las tres».

Álex: «¿Qué te enseñaron?».

Marina: «La cigüeña del campanario, que estaba haciendo ruidos».

Álex: «¡Ja, ja, ja! No me lo puedo creer. Menuda cara más dura tienen».

Marina: «¡Y que lo digas! Me siento ridícula».

Un emoticono sorprendido viene seguido de otro al que se le caen las lágrimas del cachondeo que lleva. Sonríe y acto seguido me reprocho por olvidar que estoy trabajando.

Álex: «Siento haberte metido en este embolado. Te ruego que tengas paciencia. Acabarán bajando la guardia. Son muy buenas personas y no podrán aguantar muchos días».

Marina: «Eso espero. Además de la cigüeña que cantaba, hoy me han enseñado el traje típico de la zona, cómo conservan el grano para que no se pierda y el cementerio del pueblo. Ya no pueden quedar muchos lugares por visitar. Menos mal que Lagunafría es diminuto».

Álex: «¿Y no te han acercado a la laguna?».

Marina: «No, debe ser peligroso, porque se oyen disparos de vez en cuando».

Álex: «No entiendo para qué lo hacen. En cuanto regrese nos acercaremos tú y yo. El agua sale muy fría. Dicen que lleva siglos manando y por eso el pueblo tiene ese nombre».

Marina: «Tu tío comentó que deben ahuyentar a las aves para que no se coman el trigo».

Álex: «¡Si el otro día todos los campos del pueblo ya tenían recogido el cereal! Tengo que atender una llamada de trabajo. Que descanses, Marina».

Marina: «Hasta mañana».

«Que descanses, Álex» queda escrito en el aire. Tengo que acostumbrarme al modo en que se dirige a mí. Mis anteriores jefes fueron personas distantes, me recordaban constantemente con su modo de hablarme el puesto que ocupaban dentro de la empresa. Álex tiene un trato más relajado, me tutea, yo también lo hago y eso hace que las conversaciones fluyan y que yo olvide que en mi nómina aparecerá el nombre de su empresa.

Marina: «Resumen de mi tercer día de trabajo».

¡He conseguido revisar los ingresos procedentes de las ventas de la ropa interior!».

Estoy encantada de poder escribir a Álex que he dedicado dos horas de la jornada del lunes a estar entre papeles. Después de ponerme a coser tirantes reforzados para una mayor seguridad de los sujetadores, de doblar fajas marrones, de rodearlas con papel de seda, de meter cada una en su cajita.... Después de hacer lo imposible para tenerme distraída, han sucumbido: se han sentado en sus asientos y se han concentrado en sus máquinas de coser.

Álex no me está leyendo y toda mi ilusión se evapora. Sin nadie a quien contarle estas alegrías, las buenas sensaciones se difuminan hasta quedar en una mueca de payaso.

Marina: «Mañana revisaré las facturas de gastos y entonces podré descubrir dónde radica el problema de liquidez de la empresa».

Espero unos minutos, mantengo la esperanza de que Álex me conteste. Un cuarto de hora después tengo que decidir si me despido con una frase correcta o apago directamente mi móvil

para dormir. Mis dedos deciden teclear sin mi consentimiento:

Marina: «En cuanto tenga los datos te informaré. Hasta mañana».

Me despierto una hora después con la televisión encendida y el móvil en mi mano derecha. ¿Me habrá escrito mientras dormía? Reviso y confirmo que nadie me ha escrito. Debería comenzar a buscar un trabajo serio, un lugar donde los empleados lleven ropas de colores, no oculten sus moños debajo de pañoletas grises y no canten canciones populares mientras trabajan. Una empresa que no esté anclada en el pasado y donde pueda utilizar todos mis conocimientos.

Cada empresa ha supuesto un ascenso en mi carrera y me ha ayudado a la hora de pasar de un trabajo a otro. ¿Cómo podría añadir que estoy trabajando en Lagunafría, donde se hacen de modo bastante artesanal los sujetadores más feos del mundo? Está decidido: este tiempo quedará como unas peculiares vacaciones...

Marina: «Resumen de mi cuarto día de trabajo. Buenas noches. Hoy he conocido a Rosa, la mujer de tu amigo Gerardo. Todas las empleadas han salido corriendo en cuanto han escuchado la bocina de su Mini. Yo he aprovechado el revuelo para sacar la carpeta de las facturas. Las primeras que he buscado son las de la luz. Hay dos contratos a nombre de la empresa, uno muy antiguo y otro de fecha 5 de abril. Hay dos recibos impagados: el alta del nuevo contrato y la primera factura con un consumo eléctrico enorme. Me hubiera gustado profundizar más, pero las mujeres han entrado y me han sacado de la oficina para presentarme a Rosa. Hasta mañana».

Álex está escribiendo. Podría simular que he dejado el teléfono sin fijarme si leía mi mensaje, pero no quiero hacerlo. Esperaré a que termine, leeré lo que me escriba y entonces decidiré.

Álex: «Buenas noches. ¿Te fijaste en la dirección?». Marina: «Sí, es la misma en ambos contratos».

Álex: «Desconozco para qué necesitarán tanta energía. Las máquinas de coser son más viejas que yo. ¿Hay alguna otra máquina que requiera de mucha potencia?».

Marina: «No que yo sepa: luz de la sala de confección, las máquinas de coser, el ordenador de la oficina y la luz del almacén. No recuerdo ningún otro aparato».

Álex: «No te preocupes. En cuanto regrese le diré a Gerardo que se acerque conmigo y busque qué provoca esos consumos tan altos. Trabajó en el servicio de mantenimiento del hospital comarcal y aprendió mucho sobre electricidad. De él no van a sospechar porque ha estado con mis tíos muchísimas veces».

Marina: «Espero poder revisar el resto de facturas mañana para darte los datos a tu regreso».

Me gustaría saber cuándo volverá Álex. En cuanto ponga un pie en Toro o en Lagunafría, renunciaré a este trabajo. Cada día que pasa siento más remordimientos por mantener esta farsa. Entiendo que es importante ayudar a Álex mientras trabaja en su negocio. Cuando esté aquí ya no tendrá sentido que finja ser su empleada, que mienta diciéndoles que lo he escuchado en tantas ocasiones hablar de esta tierra que estaba deseando conocer todas las costumbres locales, que trabajo codo con codo con su sobrino... He procurado ser una persona honesta toda mi vida y en seis días estoy acumulando tantas mentiras que las noto sobre mi espalda como si llevase la mochila con la que recorrí hace años el Camino de Santiago.

Álex: «Sobre esa cuestión quería hablarte. Los compradores son alemanes y desean realizar todos los trámites en su tierra. Mañana volaré a Frankfurt. Si todo saliese según parece, el viernes podría tomar un vuelo a Madrid por la tarde».

¡Dos días más! Aguantaré, qué remedio me queda. Me dan ganas de volver a vestirme, sentarme de nuevo en el restaurante de Gerardo y pedir una botella de su vino.

Marina: «El viernes nos veremos entonces. Buenas noches».

Álex: «Que descanses, Marina».

¡Que descanses, Marina! Si hacerlo fuera tan fácil como decirlo no estaría todas las noches dando vueltas en la cama hasta dejarla completamente deshecha. Debo tener el cerebro atascado con tanta experiencia paranormal, lo mezcla todo y me ofrece una especie de pesadillas, que transcurren entre trigales donde me encuentro con unos alienígenas de enormes cabezas cubiertas con pañoletas de cuadros grises.

Marina: «Resumen de mi quinto día de trabajo».

¡Me quiero ir a mi casa! Esta gente está pirada. Tanto sol en la cabeza no puede ser bueno y a los de este taller les ha pasado factura. La mayor preocupación de todos, desde que llegué a trabajar a esta pintoresca fábrica de sujetadores, ha sido mantenerme fuera de la nave, aunque sea con el pretexto de enseñarme una colonia de hormigas que transporta en fila suministro para el invierno. Que me hayan ofrecido un trocito de pan para que lo dejase caer en medio de su camino y comprobase cómo se lo llevaban y lo fuertes que son prefiero olvidarlo.

La imagen de dos mujeres agachadas en el camino contándome lo que saben del mundo de las hormigas fue onírico. Y la mía mientras aguantaba el tipo para no levantarme gritando: «A ver, ya está bien de guasa. Dejadme trabajar de una puñetera vez» también debió de tener su punto, sobre todo porque yo llevaba puesta una minifalda y a Licinio le debió salir tortícolis de tanto como giró la cabeza intentando ver mi ropa interior.

La tensión con la que acudo al trabajo cada día y el respeto que tengo a las personas mayores me impide disfrutar libremente de las ocurrencias de Licinio. A este hombre deberían hacerle un programa de televisión, seguro que triunfaba porque es original. Todas las noches repaso la programación de todos los canales que me ofrece la televisión del hotel y siempre confirmo que la mayoría es una auténtica basura con la cual rellenan las horas. Un *reality* de este pueblo engancharía, sería algo diferente, con personas espontáneas y sin prótesis de silicona, para variar.

Licinio daría mucho juego. Es imposible no sonreír cuando se acerca con su metro sesenta; sus cuatro pelillos, que se tiñe de rubio dorado; su pantalón desgastado, que sujeta a la altura del pecho con un cinturón que tiene más años que él... Cada vez que paso a su lado sonrío de oreja a oreja. En cuanto tiene ocasión se acerca a mí y me suelta frases que ha debido escuchar en los culebrones. Imita el acento de los actores y el resultado es desconcertante porque los sonidos se le escapan por los huecos de los dientes que le faltan. Resulta muy difícil entender qué dice, pero él

pone tanta pasión al pronunciarlo que no puedo reírme delante suyo, así que me muerdo la lengua para contenerme y asiento con la cabeza a modo de agradecimiento.

Que yo haya aparecido ha sido una bendición para las mujeres de la fábrica. Las debía tener a todas hartas con tanto intento de seducción. Ninguna quiere ponerse cerca de él en el taller. Desde que llegué las ha dejado tranquilas. Estoy segura de que este hombre no tiene ningún tipo de preferencias sobre el tipo de mujer que le gusta. Tan solo tener anotada la palabra «mujer» en el carnet de identidad le sirve para comenzar a soltar todas las frases empalagosas que dicen esos actores mientras agarran por los brazos a las protagonistas de dramas imposibles.

Marina: «El día de hoy ha sido el más raro de todos los que llevo en la fábrica. Hasta ahora siempre habían intentado sacarme al exterior para que no pudiera revisar la documentación, pero hoy han intentado que no saliese de la oficina. Tu tío Paco me ha acompañado hasta mi mesa y me ha puesto delante todas las carpetas de las facturas».

Álex no está conectado. Ya me estoy acostumbrando a escribir sin esperar respuesta, así que prosigo porque me parece importante narrar lo que ha sucedido.

Marina: «No había pasado ni media hora cuando ha entrado Amparo con un botellín frío de agua y una caja de pastas de té. He aprovechado este inesperado cambio de rumbo, me he enfrascado en los papeles y no he levantado la cabeza en dos horas. Cuando lo he hecho me ha parecido ver que me estaban vigilando. He probado intentar salir y una de las hermanas se ha acercado a preguntarme si necesitaba algo. He dado una vuelta por el taller con la disculpa de estirar las piernas. Todos estaban muy nerviosos. Ahí pasa algo, Álex. Para salir al exterior casi he tenido que arrollar a dos mujeres que me cortaban el paso disimuladamente. Había un coche delante de la puerta roja. Un hombre estaba sentado al volante. Esa puerta se ha abierto, otro hombre ha salido y los dos se han ido del pueblo apresuradamente en el coche. No parecían compradores. Los dos llevaban ropa oscura, gafas de sol y visera. He preguntado a tu tía si eran representantes y me ha contestado que sí. He querido entrar para hacer un inventario y no me han dejado. La excusa está vez han sido los ratones que habitan en esa casa».

Espero que Álex venga pronto, no sé si haberle contado mis temores habrá sido lo más apropiado. Estoy convencida de que todos los intentos por sacarme y meterme en el taller no se producen para ocultar una deuda. Las dos facturas de la compañía eléctrica impagadas estaban guardadas junto al resto de gastos de la empresa. ¡Hoy en día nadie se escandaliza tanto por una deuda!

Pasado mañana regresará. Si ahora le transmitiese mis temores, perjudicaría el buen término de sus negociaciones. Dos días más no pueden ser tan trascendentales, aunque sí hay algo que debe saber.

Marina: «La empresa tiene beneficios. He revisado muy bien las cifras. Tienen pedidos regulares y, lo que es más importante, sus clientes son buenos pagadores. Deberían poder afrontar el pago de las facturas eléctricas sin problemas. Hasta mañana».

Marina: «Resumen de mi sexto día de trabajo. Buenas noches, Álex. Hoy ha sido un día tranquilo. Nadie me ha puesto obstáculos para entrar y salir a mi antojo. He comprobado nuevamente la contabilidad y continúo sin

encontrar nada extraño. Curiosamente, los sujetadores se venden muy bien y las fajas deben tener fama a nivel nacional, porque he buscado en Internet y hay bastantes entradas comentando la calidad del producto».

A mí me siguen pareciendo horribles, pero esa es una opinión que no voy a escribir a Álex porque no me ha contratado para que le cuente que me acabo de probar un sujetador con su correspondiente braga-faja y me he sentido fea y poco deseable.

Hoy se respiraba tranquilidad en el taller. Las mujeres se han puesto a cantar mientras cosían. Cuando yo estaba en la oficina, la voz de una de ellas, la que es más bajita, ha empezado a oírse. Las demás se han unido rápidamente. La curiosidad me ha empujado a levantarme y me he asomado a la sala de máquinas. Ahí estaban todos, las trabajadoras con la pañoleta bien sujeta, la cabeza agachada y la mirada fija en la pieza que estaban cosiendo. Sus tíos se encargaban de cortar las piezas. La canción parecía popular y hablaba sobre una mujer que iba a una romería y un hombre la sacaba a bailar. Hasta Licinio estaba tarareándola y entonaba realmente bien.

Marina: «He salido al coche para coger algo...»

No le voy a contar que me encantan las gominolas; ayer compré una bolsa para comerlas mientras trabajo y las había dejado olvidadas en el asiento del copiloto.

Marina: «... y he vuelto a escuchar disparos. Como no había nadie que se pusiera delante para impedírmelo, he tomado el camino a la laguna».

Álex: «Hola, Marina. Estoy en el hotel, hoy he terminado pronto y estaba dándome una ducha».

¿Se estaba duchando? No creo que su higiene personal tenga relevancia en la cuestión de falta de liquidez de sus tíos. Resulta un poco difícil tratar a un jefe que te cuenta que estaba frotándose desnudo hace unos segundos, muy difícil...

Marina: «Hola, Álex. Espero que todo siga según tus planes».

Álex: «Sí, estoy muy contento. Mañana se firmarán los documentos. Si no hay imprevistos, tomaré el avión a las seis y cuarto. Hay una comida de negocios a la que me interesa mucho acudir. La empresa que compra mi edificio es muy importante y me ha propuesto que le busque más inmuebles singulares porque está en plena expansión».

Marina: «Eso es estupendo. Enhorabuena».

Álex: «Muchas gracias, Marina. Estoy deseando firmar, coger ese avión y sentarme a tu lado para tomar algo en la terraza de Gerardo».

¡Ohhh! ¿He leído bien? Debe ser la braga-faja. Me la quité enseguida, pero apretaba tanto que me ha debido cortar la circulación. La sangre no puede llegar al cerebro y estoy empezando a tener alucinaciones.

Marina: «Podré contarte con más detalle lo que está pasando en la fábrica de tus tíos».

(El silencio al otro lado me hace dudar. ¿Ha sido mi frase demasiado distante? Me ha escrito que estaba deseando sentarse a mi lado y yo le he respondido que así hablaríamos de la fábrica de

su familia. Si yo estuviera tratando de intimar con un hombre y recibiera la respuesta que yo le he escrito, a mí se me caería el alma a los pies).

Álex: «Perdona, era el servicio de habitaciones. He pedido un sándwich para cenar porque no me apetecía volver a vestirme para bajar al restaurante. Estos alemanes cenan tan pronto que otra vez tengo hambre. A eso me refería, a que puedas explicarme con detalles todo lo que estos días me estás resumiendo. Estoy preocupado porque no imagino qué razones están causando que mis tíos se comporten de esa manera y que hayan hecho partícipes a sus trabajadores para que te vigilen y distraigan».

Marina: «Eso hicieron cuando me acerqué a la laguna».

Álex: «¿Distraerte?». Marina: «Sí, salieron dos hombres de entre los arbustos que rodean el agua. Llevaban escopetas; de hecho, sonó un disparo segundos antes de que apareciesen».

Álex: «¿Y qué te dijeron?». Marina: «Que era muy peligroso que me acercase. Habían llegado muchos pájaros y no querían que se instalasen en la laguna porque entonces perjudicarían los cultivos».

Álex: «¿Qué raza de pájaros?».

Marina: «No conseguí que me lo dijeran. Cuando lo pregunté empezaron a hablar entre dientes. Estaba claro que la laguna es zona prohibida para mí, así que me di media vuelta. Cuando estaba ya cerca de la nave, me giré y todavía estaban observándome».

Álex: «Definitivamente, en cuanto regrese iremos a echar un vistazo. Llamé al amigo que trabaja en la compañía eléctrica, el que me contó que mis tíos habían pedido poder pagar a plazos los recibos de luz atrasados. Le pregunté si habían explicado para qué necesitaban un nuevo contrato con potencia alta. Me contestó que mi tía había dicho que necesitaban aire acondicionado y que quería separar costes».

Marina: «¡Allí no hay más frío que el que sale del frigorífico de casa de tus tíos!».

Álex: «Ya lo vi. No le hice más preguntas para no levantar sospechas. Tengo que dejarte. ¡Qué coincidencia! Estamos hablando de mi tía y está llamándome. Voy a ver qué quiere. Luego te contaré».

Marina: «Bien. Adiós».

Abro la nevera y saco el melón. Está buenísimo. Parto en rodajas el último pedazo. Álex quería que fuera a comer y a cenar al restaurante de Gerardo. «Cuando regreses me pasas la cuenta, amigo», le dijo al despedirse para volver al hotel el miércoles pasado. «No digas tonterías», le contestó Gerardo dándole una fuerte palmada en el hombro a Álex.

Después de realizar varios intentos, he conseguido convencer a Gerardo para que no se sintiese molesto si no acudía a cenar. Las comidas fuertes puedo tolerarlas porque desde el desayuno han pasado varias horas y llego a la mesa con el estómago vacío. Por la tarde suelo callejear para pasar el tiempo y lo hago con un cucurucho de helado en la mano.

Por la noche prefiero tomar algo de fruta y eso es lo que estoy haciendo. Tiro a la basura los restos de mi cena y entro al baño a lavarme los dientes. Me sorprende ver que tengo el sujetador puesto. Es realmente cómodo: levanto los brazos, los muevo, me agacho, salto... No se mueve y, lo más importante, mis pechos no se resienten. No me extraña que tengan buenas ventas, es muy buen producto. Es posible que la faja también lo sea y se hayan equivocado dándome una talla que

me está pequeña. Amparo me regaló el conjunto porque ha debido verme la cara de escéptica que se me escapa cada vez que paso entre las mesas y observo estas deprimentes prendas.

Me lo quito, me siento en la cama y lo poso sobre mis rodillas. Si cambiasen de colores y pusieran un detallito en los tirantes tendría un aspecto más sensual. Si en la parte superior de las copas, donde ya no es necesario que la tela sujete tan firmemente, colocasen una fina tira de encaje de florecitas, el sujetador parecería más delicado, más ligero, y tendría un público más amplio.

Me despierto desorientada. He dormido tan mal estos días que mi cerebro ha decidido resarcirse desconectándose cuando estaba pensando cómo modernizar el sostén sin que pierda sus innegables cualidades. La alarma del móvil me confirma que son las siete y que he dormido de un tirón toda la noche. ¡Álex! El móvil está debajo de mi brazo. Lo conecto antes de que se quede sin batería y reviso nuestra conversación:

Álex: «Mi tía quería saber hasta cuándo vas a quedarte, qué me habías contado, si estás bien atendida o te has quejado... Yo he dicho que todo estaba bien y que estabas muy contenta. Me parece que no se lo ha creído, pero tendrá que aguantarse hasta que descubramos las repuestas. Mañana nos veremos, así que no será necesario que me escribas el resumen del séptimo día de trabajo, me lo darás mientras cenamos. Hasta mañana».

Marina: «Perdona, anoche me quedé dormida y acabo de ver tu mensaje. Yo estaré toda la tarde en Toro. Nos vemos cuando quieras para hablar más detalladamente de lo que he descubierto en la fábrica de tus tíos. ¡Que tengas un buen día!».

Yo también lo intentaré, trataré de tener un buen día. Ya me estoy comenzando a acostumbrar a que cada momento en Lagunafría sea una sorpresa.

Capítulo 10

— ¡La una menos cuarto!

¿Qué ocurre a la una menos cuarto? ¿Me he perdido algo importante?

—¿Sucede algo? —pregunto a Amparo, que se encuentra a mi lado revisando unos albaranes —. ¿Esperamos visita?

—Rosa llegará a la una. Es la peluquera que te presentamos el otro día. Vino para saber quiénes queríamos servicio de peluquería. Dependiendo del número de clientas que tenga, organiza la hora de llegada a cada pueblo.

—¿Y trabaja a la una?

—¡Claro, hija! El viernes es el día de la semana que más trabajo tiene. Cuando termine de peinarnos marchará a otro pueblo y así hasta las ocho o las nueve. A Lagunafría siempre acude al mediodía. Gerardo y Álex son como hermanos. Gerardo nos presentó a Rosa el primer día que visitó Toro. Cuando viene, preparo alguna de sus comidas favoritas porque suele quedarse a comer, y descansa un ratito antes de seguir trabajando. Hoy he hecho pisto. Le encanta cómo lo hago.

—¡Pisto! Mi abuela lo hace riquísimo. —De repente, siento añoranza de mi gente.

—Quédate a comer con nosotros.

Su cara me lo dice todo; me ha invitado porque es su costumbre y ahora se arrepiente. Ningún día lo ha hecho. Cuando el reloj marca la una todos me despiden sonrientes desde la puerta del taller, satisfechos por haber dejado a salvo su secreto un día más. Ahora ya no puede hacer nada para echarme sin resultar grosera, solo tengo que aprovechar el momento diciendo que sí.

—Encantada, muchas gracias. Espero que me dejes corresponder invitándoos a Paco y a ti a comer otro día.

—No hay nada que agradecer. Estamos encantados de tenerte en nuestra empresa.

Si Amparo fuese Pinocho, su nariz habría crecido tanto que me habría traspasado el cuerpo como si yo fuese un pincho moruno. Encantada estará cuando vea mi coche marchar. Ahora necesito ser fuerte, contener las palabras que luchan por salir de mi boca: «Perdona, tengo un compromiso. No puedo quedarme a comer. Muchas gracias por invitarme». Quiero hablar con Rosa. No sé qué preguntas podré hacerle, lo veré sobre la marcha. Es una oportunidad y no la voy

a dejar escapar. Descubrir este secreto se ha convertido en algo personal.

—Gracias, Amparo.

El sonido del claxon del coche de Rosa hace que todas las mesas queden recogidas y que las mujeres salgan presurosas, con Licinio a la cola de esta peculiar carrera popular.

—¡Muchachas! ¿Quién va a ser la primera en pasar por chapa y pintura?

—¡Yo, yo! —vocifera una de las tres hermanas solteras. Dudo entre Amelia y Josefina. A Marisol la tengo controlada porque tiene una verruga en el labio superior. Si no fuera por ese detalle, las tres serían idénticas. Parecen trillizas.

—¿Y qué quieres hacerte? —le pregunta Rosa mientras va sacando de su Mini todo lo que puede necesitar una peluquera.

—Quiero teñírmelo.

—Por fin un poco de color en este pueblo. Solo Amparo se ha atrevido hasta ahora —me susurra para que la aludida no pueda escuchar sus palabras—. El castaño más anodino que tengo, pero es un comienzo. El resto no me ha dejado acercarme ni un solo tubo de tinte a sus cabezas. ¿Has pensado en algún color determinado?

—Sí —responde Amelia, o Josefina, entusiasmada—, quiero teñírmelo de ese gris que lleva Antoñita.

—¿Quién es Antoñita?

—La mujer del campanero de Toro.

—¿La que lo lleva violeta?

—Sí. —La hermana que sea sonrío dejando claro que le hicieron una dentadura postiza demasiado grande para su boca. Voy a fijarme en la otra hermana, si la tiene diferente, ahí tendré el modo de distinguirlas una vez que pregunte a cada una su nombre.

—¡Yo no tengo ese color! —Me parece a mí que Rosa se está poniendo morada—. Ya os dije cuando comencé a peinar a domicilio que podía haceros lo que quisierais, hasta permanentes de esas que parecéis negritas de Uganda. Solo hay una cosa que es superior a mis fuerzas y es el color ese gris perla con destellos violetas. ¡Ese me niego a darlo!

—Tranquila, mujer —interviene Amparo conciliadora antes de que a Rosa le dé un patatús por el berrinche que está cogiendo—. Josefina, ya te dije hace un par de días que no le pidieras a Rosa ese color. Si lo quieres, tendrás que buscar otra peluquera. ¿Por qué no pruebas con un castaño claro? Seguro que te favorece mucho más que ese color que parece que encanta a todas las mujeres que cumplen ochenta años. Tú eres mucho más joven.

Josefina, porque ya no se me va a olvidar su nombre, se queda pensativa. Rosa mira su reloj

soltando todo el aire que ha retenido en sus pulmones y espera. Parece un duelo de titanes: «La peluquera contra la zamorana (no sé cuál será el gentilicio de la gente de Lagunafría)».

—¡Uf, cómo sois los de campo! —bufa Rosa rebuscando en una de sus bolsas el muestrario de tonos—. Este tono te iría muy bien. Es discreto y elegante.

—No sé.... —Josefina acerca el cartón de muestra de los diferentes tonos de tintes.

—Te propongo un trato.

—¿Cuál? —pregunta Josefina devolviéndole el muestrario con los mechones.

—Yo elijo hoy el color y te lo aplico. Dejamos pasar unos días y el viernes próximo me pasaré para preguntarte si estás cómoda con tu nuevo aspecto. Si no te gusta, prometo comprar el tono ese violeta y dártelo gratis. Si por el contrario estás contenta y no quieres cambiar, tú me pagas el servicio de hoy. ¿Qué te parece?

—¡Acepta! —le dicen al unísono sus dos hermanas—. ¿Podemos hacer lo mismo nosotras?

—¡Por supuesto!

Las cuatro mujeres restantes se acercan. Rosa sonríe porque ha ganado esta batalla. Les pasa la carta de colores para que la vayan mirando mientras subimos a casa de Amparo las bolsas que convertirán la cocina en una improvisada peluquería.

—En todos los sitios a donde acudo a peinar he dicho lo mismo: «Corto, hago permanentes, tiño de cualquier color. Lo que me pidáis excepto ese tono». Me niego, es mi último reducto de libertad. Espero que les guste el resultado. Si tuviera que aplicar ese tono de la abuela del hada madrina, me saldría sarpullido.

—Todavía están mirando los colores —apunta Amparo entrando por la puerta—. ¿Por qué no aprovechas y comes por una vez sentada? Marina te hará compañía.

—Me vendrá muy bien descansar un poco las piernas. Llevo una mañana muy ajetreada y todavía tengo tres pueblos además de este.

—Entonces, siéntate ya y tómate una cervecita mientras sirvo el pisto.

—¡Ummm! Hay momentos como este que compensan todos los sinsabores de tener una peluquería ambulante.

—¿Y cómo se te ocurrió la idea? Álex me contó que eres asturiana, que Gerardo y tú os conocisteis en Londres.

—Así fue —me responde Rosa bebiendo directamente del botellín—. Allí nos presentaron amigos comunes. Si llego a saber que solo estaba de paso, que quería volver a Toro para montar una bodega, quizá lo hubiera dejado con la palabra en la boca cuando se acercó con su falsa pinta de bohemio, ¡ja, ja, ja!

—Yo solo lo he visto en el restaurante. Allí todos visten camisa blanca y pantalón negro.

—Espera a verlo cuando no está trabajando en el negocio de sus padres. ¡Yo creía que era un tipo de esos que viven en un ático, pintor, escultor, poeta..., con esas ropas tan originales y ese pelo tan largo que llevaba!

—¿Ah, sí?

—Me engañó y ni siquiera lo hizo a propósito. Resulta que es un dejado con la ropa y se pone lo primero que pillá. Las tres o cuatro primeras veces que nos vimos me encantó cómo iba vestido. Recuerdo la quinta vez, habíamos quedado en una taberna para tomar una cerveza antes de ir a cenar con unos amigos comunes. Cuando entré Gerardo ya estaba en la barra esperándome. Me dieron ganas de darme media vuelta y salir corriendo. ¡Menudas pintas llevaba! Fíjate cómo sería que pensé que me estaba gastando una broma.

—¿Y qué hiciste?

—Tomar aire, sonreír y entrar pensando que yo no conocía a toda la gente con la que nos íbamos a cruzar esa noche, que en Londres todo vale. Me tomé dos cervezas acompañadas de sendos chupitos de *whisky* para poder aguantar su horrible chaqueta de cuadros escoceses rojos y verdes, su camiseta azul clara con el dibujo de una calavera y aquel espantoso pantalón de pana ancha color caca de vaca que le quedaba corto y dejaba ver sus calcetines de deporte blancos.

—¿Eso es amor! Yo también viví un año en Londres para perfeccionar mi inglés.

—Yo fui allí a vivir la vida loca. Siempre me había gustado peinar a mis amigas, hacerle cosas «raras» en la cabeza a quien se dejase. En Londres puedes ver todas las tendencias, lo que va a llevarse en España meses después, y a la aventura me fui. Me encantaba vivir allí, nadie se queda mirando, aunque lleves un orinal en la cabeza.

—Cierto, es genial poder salir a la calle sin ser observada, sin que murmuren si no llevas los zapatos a juego con el bolso.

—Si no llega a ser por Gerardo, ahora estaría en algún lugar de Londres atendiendo a mis clientas en mi peluquería. Y llevaría una ropa manchada de tintes rojos, azules, verdes... Pero el amor es así, te atrapa y te lleva a vivir la experiencia de Toro y su comarca.

—Renunciaste por amor, eso es bonito. —Soy una romántica, no lo puedo evitar.

—Sí y se lo recuerdo siempre que discutimos por algo. Dejé mi sueño para que él realizase el suyo.

—¿Te arrepientes?

—¡No! Estoy loquita por Gerardo y él siempre está atento. Reconozco que muchas veces me lo paso bien entre las viejillas. Parezco la hija o la nieta de muchas de ellas y es muy agradable

sentir su cariño. Quizá tú también te quedes. Sería genial tener una amiga con quien hablar de Londres. ¡Quién sabe! Podríamos hacer una escapada las dos en otoño y hacer una visita a Camden Town.

—Me encantaría, pero no creo que me quede tanto tiempo. Álex regresará esta noche y me indicará qué debo hacer. —En realidad, yo le diré que me voy, pero esa conversación será algo entre Álex y yo.

—Gerardo trabajará esta noche en el restaurante. En verano acuden muchos turistas y hay que echar una mano a la familia. ¿Qué te parece si cenamos juntas? Dile a Álex dónde estamos para que venga...

—Me parece bien. —Me gusta Rosa. Es fresca, directa y dicharachera. Estoy cansada de estar sola todas las tardes.

—¡Estupendo! ¿A las nueve? No creo que pueda llegar antes, tengo la tarde completita.

—Allí estaré.

—Yo ya he terminado. Buenísimo como siempre, Amparo. Muchas gracias. —Rosa le planta un sonoro beso en la mejilla—. Termina tranquila, Marina. Voy a ir sacando todo para poner a estas mujeres bellas.

Vacíó mi plato y lo friego, aunque Amparo me pide que lo deje dentro del fregadero. Ahí lavará la cabeza y no voy a dejar un plato grasiento, así que lo seco y lo meto en su armario.

—Yo me marchó, quiero dejar unas ropas en la lavandería y nadar un rato antes de salir a por mi helado diario. A la noche nos vemos. Muchas gracias, Amparo. Estaba delicioso.

La tarde es perezosa. Nubes cargadas de agua ocultan el sol. Es el primer día, desde que llegué a Toro, que no puedo ver el astro y me gusta. Soy del Norte, añoro oler la lluvia, sentir el aire fresco después de una tormenta. Floto en la piscina siempre desierta a esta española hora de la siesta. De niña jugaba a encontrar animales en las nubes. Ahora soy mayor y la magia ha desaparecido. Trato de volver a los diez años, que mis ojos miren con la inocencia de la infancia. No encuentro ni una triste paloma. ¡Ser mayor es un asco!

Salgo pensando que hacerse grande, además de la aparición de tetas y un culo en ocasiones demasiado grande para entrar en una talla treinta y ocho, también hace posible disfrutar de algunos momentos realmente buenos. Fantasear con Álex, por ejemplo. Esta noche lo veré de nuevo. Me siento nerviosa. Me gustaría sentir otra vez que estoy viva, que mi cuerpo aceptaría gustoso tener intimidad con un hombre. También me disgusta notar ese cosquilleo porque es Álex quien lo provoca. Es el protagonista absoluto de mis imaginarias escenas en el baño, en la cama, en la piscina, en el suelo, en el sofá individual de mi habitación, entre los trigales, dentro del inmenso Hummer con el que se presentó el otro día... Este calor se cuele por todos los recovecos de mi cuerpo y mi sexo lo sufre, pero no en silencio. Se queja de un modo muy poco agradable del

abandono al que lo tengo sometido: «Marina, que alguien me visite. ¿Qué sentido tiene vivir así, solito? Preséntame a algún hombre. Te diré cómo me gustan: que sean muy altos, morenos, delgados, manos grandes, dedos largos, uñas cuidadas. Que se llame Álex es imprescindible».

Me voy a la cama. Hablaré con mi madre, con mis abuelos, intercambiaré *wasaps* con mis amigas y dejaré que el tiempo pase hasta que llegue el momento de elegir modelito para la noche. No va a suceder nada, Rosa y yo charlaremos, nos reuniremos con Álex y con Gerardo y tomaremos algo disfrutando de la noche si las nubes nos lo permiten.

Cuando estemos a solas le contaré a Álex todos los detalles de mi estancia en el taller de sus tíos. Le confirmaré mis sospechas y le rogaré que se haga cargo personalmente del asunto porque yo no soy la más indicada para hurgar en los misterios de la familia Guzmán.

El lunes tendré que dejar el hotel porque todas las habitaciones están reservadas hasta dentro de dos semanas. Estoy cerca de Madrid, podría ser la ocasión perfecta para visitar a algunas amistades y dejar algunos currículos antes de regresar al Norte. En mi tierra podré pasear sin preocuparme de asuntos tan importantes en Toro como encontrar sombra por donde hacerlo, o que el aire acondicionado mantenga la estancia a una temperatura tolerable para poder dormir sin despertar pegajosa por el sudor.

Dentro de la habitación el calor es sofocante. Me acerco al monitor, marca veintinueve grados. Establezco como temperatura deseada dieciocho grados y me tumbo esperando que, si me quedo quieta, la sensación de ahogo desaparezca. Tengo tanto calor que hasta los brazos me molestan y los alejo de mi cuerpo. ¡Menuda postura para dormir! Parezco una virgen ofrecida al señor del castillo, un hombre muy alto, *sexy*, con manos grandes...

—Rosa, soy Marina. —Se lo digo porque no sé si memorizó mi número en su teléfono—. ¿Terminaste de trabajar?

—Sí, he llegado a casa hace media hora. ¿Sucede algo?

—No quisiera molestarte, pero tengo un problema.

—¿Qué pasa?

—Me pediste que me pusiera *sexy*, que estabas harta de llevar calzado deportivo y pantalones cortos todos los días.

—Ahora mismo estaba eligiendo el modelito. Es de hace un par de años, cuando pesaba menos de sesenta kilogramos. Si entro en él y no se rompen las costuras, uno que yo me sé lo va a pasar muy mal esta noche.

—Yo también tengo un vestido muy *sexy*, tanto que suelo llevar una chaqueta puesta.

—¿Y cuál es problema?

—Solo tengo ese vestido y no sé si me atreveré a llevarlo sin la chaqueta.

—¿Tiene transparencias la tela?

—No.

—¿Demasiado escote? ¿Se te ven los pechos?

—¡No!

—Entonces, no entiendo por qué necesitas la chaqueta. ¿Qué te parece si meto mi vestido, mis tacones y mis pinturas de guerra en una bolsa y voy hasta tu hotel a las nueve? Hace años que no quedo con ninguna amiga para vestirnos juntas y me apetece recordar viejos tiempos. Yo vivo a las afueras y tú estás a un paso del restaurante.

—¡Uf! Yo no he vuelto a hacerlo desde que terminé la universidad. Habitación 211, aquí estaré.

Mi vestido *sexy* solo puede llevarse con tacones altos y eso me lleva a las sandalias que me puse hace una semana, cuando Álex tuvo que salir en mi socorro. Si volviese a ponérmelas, pensaría que soy muy tonta o que quiero que me agarre. Tiene que haber otro calzado que pueda llevar. Podría salir de compras, en Toro habrá zapaterías donde encontrar un calzado apropiado. Son las nueve menos cuarto, las tiendas estarán cerradas. ¿Qué hago?

—Pruébate, déjame ver cómo te queda.

—Demasiado descarado, Rosa.

—Eso tendré que verlo. Venga, no te hagas la remolona y pónitelo.

Me quito la camiseta con algo de pudor. Tengo puesta la ropa interior, sujetador sin tirantes rojo y braguita a juego.

—¡Por favor! Si yo tuviera tu cuerpo llevaría poca ropa hasta en invierno para lucirlo.

—A mí me gustaría tener menos carne aquí y aquí. —Señalo mis pechos y mi culo.

—Y a mí un poco de lo que tú no quieres aquí. —Rosa me enseña su sujetador con relleno—. De culo voy sobrada. Me gustaría regalar un par de kilogramos de cada cachete.

—Pues ese vestido te queda de maravilla.

—La falda tiene vuelo y oculta mi panderero. El sujetador tiene mucho relleno. Cuando me lo quito me siento desnuda.

—¡Ja, ja, ja! ¡Serás exagerada!

Mi vestido es sencillo, ahí radica su gracia. Tiene escote palabra de honor y se ajusta desde mi pecho hasta la cadera, donde una tela más vaporosa y con transparencias se extiende hasta encima de mis rodillas. Me enamoró su tono, una mezcla de rojo y naranja que resalta el tono

claro de mi piel.

—Ponte los tacones.

—Tengo estos o las sandalias. —Le enseño los dos pares de zapatos y espero.

—Las sandalias, los otros no quedarían bien.

—Tienen demasiado tacón para caminar por las calles empedradas.

—Solo vamos a ir hasta el restaurante. Iremos despacio.

Me siento en el borde de la cama, me ajusto el cierre de las sandalias y me incorporo colocándome bien el escote.

—¡Espectacular! Voy a parecer enanita a tu lado. Te faltan dos detalles: pintarte los labios de color rojo y recogerte el pelo. Ese vestido está pidiendo a gritos que dejes tu cuello y hombros libres.

—Sigo pensando que llevarlo puesto sin una chaqueta es ir pidiendo guerra a todos los hombres y eso no me gusta.

—¿Tú has visto lo que suelen ponerse la mayoría de las mujeres cuando salen por la noche a tomar algo? Ese vestido ni enseña los pechos ni es demasiado corto.

Rosa me acerca al espejo para que me mire. Me recoge el pelo con una mano para demostrarme cómo sería mi aspecto si lo llevase en una especie de moño. Sonríe de satisfacción mirándome. Intento subir el escote más arriba, me da vergüenza enseñar tanto canalillo.

—¡Vas a romper el vestido! Déjalo en su sitio. Olvídate de esas increíbles tetas y disfruta de tu cuerpo, Marina. Los años pasarán, tengas buen cuerpo o seas un botijo. ¿Qué hay de malo en llevar durante unas horas algo tan *sexy*? Yo me siento divinamente con mi ropa y mis tacones. Además, vamos a ir al restaurante de la familia de Gerardo. Álex vendrá después. Cuando entremos en un bar lo haremos con ellos y créeme cuando te digo que no va a acercarse nadie si tenemos al lado a esos dos.

—Está bien —le contesto no muy convencida. Una parte de mí ya está sintiendo pudor imaginando qué pensará Álex cuando me vea vestida con estas pintas. La otra está deseando que llegue ese momento para poder ver su cara.

—¡Bien! —Rosa aplaude cómicamente—. ¿Hay silla en el baño?

—Creo que no. —No me he fijado. ¿Quién necesita una silla en el baño?

—Es igual, vamos dentro. Siéntate en la taza del baño. Levantada es imposible que pueda hacerte nada, no llego. ¿Tienes horquillas? En el fondo de mi bolso suele haber siempre alguna.

—Tengo. Te advierto que necesito muchas horquillas para que no se desmorone el recogido.

—¡Muchacha, que estás hablando con una profesional! No te preocupes que, aunque parezca que está a punto de deshacerse, no se va a mover ni un pelo de su sitio.

Me dejo hacer. Desde mi real asiento no puedo verme en el espejo. Las manos de Rosa en mi cabeza tienen un efecto relajante y mi mente se fuga en un descuido para reincidir en el delito por el cual la metí presa: Álex. Necesito verlo para acabar de golpe con estas fantasías que me vuelven loca.

El día en que nos conocimos, el único que hemos estado juntos, fue tan inesperado que no fui capaz de asimilar correctamente la información que Álex enviaba a mi cerebro. Su momento de debilidad antes de llegar a casa de sus tíos, las demostraciones de cariño con su familia, la galantería con la que me trató por la tarde y la guinda del pastel que pusieron sus manos sujetándome para evitar que me cayera al suelo... Demasiadas situaciones emotivas para mi convaleciente corazón.

Aunque se marchó de viaje, las conversaciones de WhatsApp no han sido un remedio eficaz. He sacado a mi antojo ciertas conclusiones con las que he alimentado mi ilusión hasta convertirla en el pensamiento que ha dominado a los otros durante todos estos días. Necesito verlo, tenerlo delante será la medicina que me cure esta tontería. Hablaremos, nos miraremos a los ojos y se confirmará que nuestra atracción solo existe en mi mente.

—Date la vuelta sin levantarte.

Lo hago todavía concentrada en mis razonamientos.

—¡Qué buena soy! —Rosa se muestra más inflada que un pavo que corteja a toda pava que se le ponga a tiro—. Estás espectacular. Otro día te enseñaré cómo hacerte este tipo de recogidos. Tengo buenas manos, aunque he de admitir que tu melena me lo ha puesto fácil. ¿Tienes barra de labios del tono de tu vestido?

—No, solo tengo lo que ves en ese neceser.

—Veamos... —Rebusca entre mis escasos productos de maquillaje—. ¡Qué tristeza, Marina! Vamos a tener que ir de compras una tarde. No te muevas, que vuelvo.

¿Será verdad lo que opina Rosa? Veo a muchas chicas llevar esos pantalones tan ajustados que se marcan hasta los poros de los pelos. Culos y piernas hay para todos los gustos, y me parece muy bien que los luzcan con independencia del tamaño que tengan. ¿Por qué soy tan estricta conmigo misma?

—Abre la boca. Voy a aplicar la barra de labios roja que tengo. Después la aclararemos mezclándola con la rosa deslavada que tú tienes. —Observo la cara de concentración de Rosa—. Ni mandándola hacer de encargo hubiera quedado un color mejor. Voy a darle un poco más de fuerza a tus ojos. Te has maquillado como si fueras al supermercado. Puedes levantarte. Espero que hayas disfrutado con los servicios de *madame* Rosa.

—Espero un resultado satisfactorio —le respondo utilizando el mismo tono pomposo y pijo que ella acaba de utilizar—. ¡Oh, me encanta!

—¡Madre mía! Con el pelo recogido todavía pareces más alta. Me dan ganas de ir a casa a por los *walkies-talkies* para que podamos comunicarnos.

—No sé si voy a atreverme a salir así a la calle.

—Pues a mí me están entrando ganas de ir a bailar. Hace meses que no salgo. Desde que Gerardo decidió hacerse vinicultor, si quiero verlo, tengo que ir al restaurante o a los viñedos. Mírate en el espejo de la habitación.

Rosa me mira con ojitos picarones. La mujer del espejo me gusta. Los altísimos tacones de las sandalias hacen que sus piernas parezcan interminables. El escote del vestido recoge el pecho insinuando. El largo cuello es acariciado por los mechones de pelo que a propósito han quedado libres. ¡Soy yo! Nunca me había sentido tan femenina ni tan *sexy*.

—No me reconozco.

—Cuando nos presentaron el otro día, volví a Toro pensando en ti, en lo mal repartido que está el mundo. Yo intento potenciar todos los rasgos de mi cuerpo que pueden hacerme más hermosa y tú te dedicas a tapar tu cuerpo y a ocultar tus labios debajo de esos horribles tonos rosa palo.

—Me siento más segura si los hombres no se fijan en mi físico.

—¿Por qué?

Me quedo callada, no tengo confianza con Rosa. Acabamos de conocernos y lo que ahora mismo estoy pensando no lo sabe nadie, ni siquiera mis mejores amigas. Los chismorreos que de niña escuchaba sobre mi madre, las murmuraciones de algunas vecinas sobre lo ingenua que había sido para caer ante la palabrería de un hombre que solo deseaba tener su hermoso rostro y sensual cuerpo durante unos días... Yo era una niña pequeña, pero no estaba sorda, ni era tan tonta como para no entender algunos conceptos básicos que se me grabaron en la mente y que han gobernado mi destino.

A mí me tienen que valorar como persona. Hay un cerebro lleno de buenas ideas detrás de estos ojos verdes que me miran esperanzados. Oculto detrás de estos pechos, que a duras penas puede contener el vestido, hay un corazón cálido que dejará su puerta abierta a quien me quiera por como soy, llevando este vestido o vistiendo un traje de lagarterana.

—No lo sé. Tonterías mías.

—Ya interrogaré al espejo en otro momento. No tengo dotes para la adivinación, aunque en este caso no son necesarias. Soy peluquera hace siete años. Cuando le lavas el pelo a alguien, le

pasas el cepillo y la peinas, habitualmente esa persona se relaja, y muchas mujeres terminan hablando de temas que nunca antes se habían atrevido a tratar. No soy sicóloga, solo una observadora del sexo femenino, y te voy a decir algo: Álex es la persona más lista que yo conozco, es capaz de hacerse rico vendiendo humo. Si confía en ti, y es obvio porque te ha encargado cuidar a los que más quiere en el mundo, es porque dentro de ese cuerpazo *sexy* tienes mucho y muy bueno. Cuando vas a una librería buscando una buena novela, ¿rechazas aquellas en las que la escritora es guapa?

—No —contesto reprimiendo las lágrimas.

—Si acudes a un médico y está buenísimo, ¿piensas que le han regalado la carrera por su cara bonita?

—¡Uf! No —respondo poniéndome recta—. Tienes razón.

—¡Así te quiero ver! Ahora vamos a salir y a pasarlo muy bien. Te vas a olvidar de tus ojazos, esos labios con los que más de uno va a soñar esta noche y esos pechos que le voy a pedir al cirujano plástico como regalo de Reyes. No te olvides de tu altura y háblame alto cuando vayamos caminando, para que el sonido llegue nítido y pueda entenderte.

—Muchas gracias. Como me caiga todos van a saber de qué color llevo la ropa interior.

El momento confesión terminó. Lo que hemos hablado es algo que quedará entre nosotras dos y el espejo.

—Peor sería si no llevases nada debajo del vestido, ¡ja, ja, ja! ¿Nos vamos?

Capítulo 11

—Buenas noches, bellas damas. ¿Qué desean tomar en esta hermosa noche?

—He escuchado grandes alabanzas sobre un vino que usted elabora siguiendo una antigua receta. Pónganos dos copas para que pueda susurrarle al oído mi opinión. —Rosa le lanza un beso travieso a Gerardo.

—Y algo para acompañar, por favor. Yo necesito comer algo cuando bebo.

Gerardo se marcha haciendo una reverencia. El sonido lejano de un trueno hace que las dos miremos al cielo al unísono.

—A veces la tormenta se anuncia durante horas. Unas veces llueve y otras se marcha y nos deja a todos con las ganas.

—Yo no tengo ninguna gana de mojarme esta noche.

—A mí me encanta que llueva cuando estoy en la cama. Las gotas golpean los cristales y los relámpagos iluminan el cielo.

—¿Sí? —«Para gustos, los colores», pienso sonriendo.

—Cuando Gerardo está a mi lado y se escucha el primer trueno, los dos sabemos muy bien cómo vamos a terminar.

—Me imagino. Yo te puedo contar cómo acabaré esta noche caiga el diluvio universal o se aleje: sola en la habitación del hotel con el mando de la televisión en una mano y la mirada perdida. Si vais a formar vuestra propia tormenta, daré por buena la lluvia de esta noche, pero, por favor, que empiece a jarrear cuando tenga los dos pies dentro de la recepción del hotel.

Nos reímos al escuchar el siguiente trueno. Gerardo llega con una bandeja que contiene dos copas de vino y un plato de finas lonchas de queso curado.

—Miedo me estáis dando esta noche. Vosotras dos habéis venido guerreras. Voy a empezar a tomar bebidas energéticas para estar bien hidratado por si acaso.

—Mejor tómate un café cargado cada hora, amorcito.

Un tercer trueno hace que Gerardo comprenda las indirectas de Rosa. Me tengo que reír ante el gesto de malvada que pone Rosa y la sonrisa picarona de Gerardo al frotarse las manos. Mi teléfono suena. Cuando lo abro todavía riéndome, el nombre de Álex en la pantalla hace que mi

garganta se seque de repente.

Ayer me dijo que regresaría hoy a España. No he tenido noticias suyas en todo el día. He estado pendiente del teléfono y he tratado en vano de apartar su recuerdo de mi mente. Han sido pequeños destellos con su imagen, que aparecieron en mi cerebro, que se han hecho más continuos según avanzaba el día. Mientras Rosa me peinaba pensaba si a Álex le gustaría mi aspecto. Cuando hemos caminado hacia el restaurante, mi corazón se ha desbocado por si acaso ya había llegado y estaba esperando sentado tomando un refresco. Me he llamado gilipollas cien veces al recordar que no le he dicho que pensaba cenar con Rosa en el restaurante de su marido. Me he calmado cinco segundos y me he llamado idiota por no tener en cuenta que quizá Rosa haya hablado con Gerardo, quien a su vez le puede haber contado a Álex nuestros planes. Me he llamado boba de remate cuando este ir y venir de nervios se ha esfumado al no encontrarlo en la terraza. Ahora está esperando a que le conteste y no sé si quiero escuchar su voz.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Marina. He vuelto a llegar más tarde de lo que esperaba.

—Como no me has llamado para confirmarme tu hora de llegada, he pensado que quizá tendrías que quedarte más tiempo en Alemania. —Estoy tan nerviosa que no tengo idea de si estoy diciendo algo con sentido.

—¿Es Álex? —pregunta Rosa acercándose al teléfono—. Hola, guapo.

—¿Estás con Rosa? —Su voz suena indagatoria.

—Sí, vamos a cenar juntas.

—¿Dónde está?

—En el aeropuerto —le contesto a Rosa.

—¿Dónde estáis? Estoy dentro del taxi. Llegaré dentro de una hora aproximadamente.

—En el restaurante de Gerardo. Acabamos de llegar.

—Empezad a cenar y yo me uniré a los postres. ¿Me podrías pasar un momento con Rosa, por favor?

—Claro.

Le doy el teléfono a Rosa fingiendo indiferencia. Intento no mirar, fijarme en la gente que camina, en un niño que está comiendo un helado y tiene manchas de chocolate incluso en las sandalias. Es muy pequeño y seguramente este momento no podrá recordarlo cuando sea mayor, pero, si pudiera, pensaría que fue completamente feliz en esos instantes.

—Nos vemos dentro de un rato. *Ciao*. Toma.

—¿Qué quería? —No debería haber preguntado, yo no soy así.

—Que le dijera a Gerardo que le guarde una porción de tarta de queso.

El camarero está sirviendo a la mesa contigua y aprovecha el viaje para preguntarnos si queremos pedir la cena.

—Yo estoy famélica —matiza Rosa mordisqueando el último trocito de queso.

—Yo no puedo tomar más vino sin meter más alimento al cuerpo.

—¿Qué te apetece cenar?

—Una ensalada de la casa.

—Muy bien. ¿Y qué más? No vamos a cenar solo lechuga y aceitunas.

—Esa lleva de todo y quiero volver al hotel con el vestido en su sitio. Me da miedo estallar la cremallera.

—¡Mira que sois exageradas las de Bilbao!

Rosa me ha dicho algo de Bilbao. No la he entendido muy bien porque estoy distraída. El motivo lo tengo a varios metros detrás de su cuerpo, sentado en una mesa de otro restaurante de la plaza. Es el hombre que me sobó descaradamente el trasero en la máquina de los botellines de agua.

Ahora no levanta la cabeza, está comiendo mirando fijamente su plato. Eso no me parece muy normal y confirma lo que me pareció ver hace un segundo: me estaba mirando fijamente.

—Rosa...

—¿Qué ocurre? ¿A quién has visto? Te has quedado como traspuesta.

—A un baboso. El otro día se arrimó a mí cuando me agachaba para retirar un botellín de agua de una máquina. Tanto se pegó que le rocé lo que tú ya sabes con mi culo. Alguien muy desagradable, ni se disculpó.

—¡Claro! Lo haría a propósito.

—Eso ya lo sé, pero lo normal es hacerse el tonto, fingir que está distraído, poner cara de tonto, ¡yo que sé! Se quedó callado mirándome fijamente, no se movía y me cortaba el paso. Me dio bastante miedo y ahora también lo está haciendo.

—A ver...

—¡No te gires! —Demasiado tarde. Rosa ya le ha echado un rápido vistazo—. Me lo encontré en el hotel. Luego tengo que volver y no quiero darle motivos para que se vuelva a acercar.

—No parece de aquí. ¡Menuda cara de matón! Te acompañaremos hasta la puerta de tu

habitación, tú no te preocupes por ese tío.

—Acaba de pedir la cuenta.

—Mejor, que se marche a mirar como si le debieran dinero a otra parte.

—Ensalada para las dos mujeres más bellas de Toro. —Gerardo llega con nuestra cena y a mí se me hace la boca agua porque el pisto de este mediodía es un recuerdo lejano.

—Gracias, cariño. ¿Te podrás sentar a cenar con nosotras?

—Si no te molesta, iré picando mientras entro y salgo de la cocina. Estamos sirviendo los platos lo más rápido que podemos, ya que en cualquier momento podría comenzar a llover.

—No te preocupes, hoy estoy acompañada. Y Álex llegará dentro de un rato. Me ha dicho que le guardes una porción de tarta de queso.

—¿Tú también la vas a tomar?

—¡Por supuesto! Hoy voy a quemar todas las calorías bailando. ¿Te gusta la tarta de queso, Marina?

—¿Horneada?

—Sí, la mejor que podrás comer en tu vida.

—Yo también voy a tener que bailar, ¡ja, ja, ja! No vais a comer los tres la tarta mientras yo miro.

—Voy volando a la cocina para guardar cuatro pedazos. Hay tres tartas en la nevera, no creo que a todos los clientes les apetezca como postre, pero ¡nunca se sabe! Hoy es el día de los rollitos rellenos de rabo de buey, ya se han agotado. ¿Os traigo algo más? ¿Vais a cenar con vino?

—Por mí, perfecto. —Rosa toma su copa y le da un sorbo al oscuro caldo.

—Yo necesito agua.

—Agua para los peces.

—A mí se me sube muy rápido a la cabeza.

—Este vino es muy suave, es una botella de tres cuartos de litro para las dos. Créeme, es imposible que te emborraches con dos vasitos.

Gerardo se queda esperando mi respuesta. Que pase lo que tenga que pasar. Ha sido una semana dura, he aguantado como una campeona y, al ritmo que bebe Rosa, no me va a tocar ni medio vaso.

—Está bien. De momento, vino.

—De acuerdo. Si necesitas agua o un refresco, me avisas.

Un relámpago enciende el cielo. El sonido del trueno llega varios segundos después.

—Aquí siempre se agradece la lluvia. Los veranos suelen ser muy secos y los campos sufren mucho. Yo también necesito que de vez en cuando el aire se limpie con un par de horas de agua, pero espero que empiece a hacerlo cuando estemos en nuestras camas. Correr sobre las calles empedradas es un peligro, el suelo es muy resbaladizo.

—Yo no tendré ese problema, Rosa. No puedo correr con estas sandalias. Me las tendría que quitar y no me apetece mucho pisar descalza.

—Vamos a brindar por esta noche, porque la tormenta nos conceda unas horas y nos deje lucir nuestros modelitos.

—Y nuestros peinados. —Rosa tiene el pelo negro cortado como Cleopatra. Tanto las puntas de su flequillo como las del resto de su melena lucen un suave tono rojizo que resalta la blancura de su piel—. ¿Y a ti quién te corta el pelo? ¿Lo haces tú?

—¡No! Cuando vine a Toro a vivir busqué trabajo en todas las peluquerías de la provincia. Llegué en febrero. Te puedes imaginar el impacto que supuso cambiar las calles de Trafalgar Square por esta plaza en pleno invierno. Necesitaba ocupar mi tiempo y encontré una peluquería en Zamora donde necesitaban personal.

—Menos mal.

—¡Uf! Eso fue mi salvación. Estuve dos años. El ambiente era muy bueno, pero salía de casa por la mañana y llegaba a Toro a las nueve de la noche. Los sábados también tenía que trabajar hasta las tres de la tarde. Apenas nos veíamos. En el campo se madruga mucho y a las diez de la noche Gerardo se quedaba dormido en el sofá. Los sábados por la tarde y los domingos por la mañana acudía al restaurante a trabajar. Solo nos quedaba libre el domingo por la tarde. Una vez al mes acudo por la tarde a la peluquería. Me cortan, probamos nuevos peinados y cuando cierran la peluquería nos vamos a tomar algo todas juntas. Hemos quedado el próximo jueves. ¿Por qué no vienes?

—Gracias por la invitación, no sé si todavía estaré aquí. —No quiero contarle mis planes, pero tampoco mentirle.

—¿Ya te vas a marchar, si acabas de llegar?

—No lo sé, tengo que hablar con Álex sobre mi función en la empresa.

—¡Es verdad! Ya me lo habías contado antes. Espero que te quedes mucho tiempo. Vamos a brindar por ello.

Chocamos nuestras copas, paso el líquido confiada. Cuando llega a mi estómago el calor que me produce me recuerda que tomar alcohol faltando ya menos de media hora para la llegada de Álex no es un gesto muy inteligente. Quiero hablar con él serenamente sobre el taller de sus tíos,

necesito liberarme de este puesto de trabajo que ya no tiene sentido. La empresa tiene beneficios. Si no pueden pagar los recibos de luz, hay un problema que yo nunca podré averiguar porque es algo ajeno al negocio. Álex debería hablar con ellos. Hay bastantes cosas extrañas que debería aclarar: para qué firmaron un nuevo contrato de luz, por qué guardan las cajas de la ropa interior dentro del local que tiene la puerta roja cuando en el almacén del taller hay sitio de sobra...

Todas estas preguntas se van alejando de mi mente. El vino está tomando el control y su primera decisión ha sido obligarme a relajarme. ¿Para qué sirven tantas preguntas que martirizan mi mente si no tengo respuestas que las calmen?

—Yo tengo otro brindis.

—¡Estupendo! —exclama Rosa rellenando nuestras copas.

Estoy achispada y eso me ha soltado la lengua. Rosa está esperándome y a mí no se me ocurre nada original por lo que brindar. Un nuevo relámpago hace que se escuchen algunos suspiros en las mesas contiguas.

—Por las noches de tormenta.

—Sí, brindemos por esta noche.

Vuelvo a beber sabiendo que he perdido el timón. Me prometo no volver a tomar ni una gota más durante la cena. En cuando vea a Gerardo le pediré una botella grande de agua. De momento, me centraré en alimentarme bien para minimizar el efecto del alcohol.

—¡Llegas justo a tiempo! Acaban de retirarnos los platos y Gerardo va a sentarse con nosotras para comer la tarta. —Las palabras de Rosa me pillan desprevenida, Álex está detrás de mí.

—Buenas noches.

Rosa se ha levantado, se acerca a Álex y le da un fuerte abrazo. Yo no sé qué debo hacer, aunque no he tomado más vino, todavía siento sus efectos. Me intento levantar, pero Álex es más rápido que yo y acerca su cara. Me da dos besos en las mejillas que terminan por atontarme.

Toma una silla de la mesa contigua, que ha quedado vacía, y se sienta a mi lado sonriéndome. Trato de buscar una buena frase, quizá un «¿Qué tal el viaje?», o un «¿Todo salió según tus planes en Alemania?». Le preguntaré por el viaje. Es la típica frase de cortesía que no compromete a quien la enuncia ni a quien responde.

—Aprovecho que me he levantado para ir al baño y de paso decirle a Gerardo que venga ya y que traiga también tu ración de tarta.

La frase de Rosa hace que olvide lo que iba a decirle. La mirada de Álex me descoloca. Con mis capacidades mermadas por el vino de Gerardo, temo pronunciar mal las palabras y descubrir que he bebido más de lo aconsejable.

—Estaba deseando llegar.

—Parece que va a llover.

¡Menuda frase le acabo de soltar! Me he recordado a la vecina del segundo centro de casa de mi madre, siempre tenía una frasecita sobre el tiempo preparada cuando subíamos juntas en el ascensor. Tanto estudiar para terminar diciendo esa tontería.

—Si eso sucede, tendremos que buscar donde cobijarnos.

—Sí... —Reacciona, Marina, que pareces idiota—. ¿Qué tal el viaje? —¡Por favor, otra frase de relleno! ¡Arréglalo!—. ¿Pudiste dejar todo solucionado en Alemania?

—Firmamos la venta, así que no tendré que regresar.

—¡Genial! —Me he quedado sin palabras. Ya sabía yo que no tenía que probar el vino.

—Esta noche habrá que celebrarlo.

—Claro.

Su voz es mejor que mi recuerdo, sus ojos son más brillantes y sus labios más provocativos.

—¡Amigo!

—¡Gerardo, qué elegante estás! Desde que Rosa te corta el pelo hasta la ropa te sienta mejor.

—A ti también te vendría bien un corte de pelo —le sugiere Rosa revolviéndoselo con una mano.

—Cuando quieras. Me voy a quedar una temporada en Toro. ¿El domingo trabajarás por la noche, Gerardo?

—No, solemos dar pocas cenas y no hace falta que los ayude.

—Entonces, podríamos celebrar una pequeña fiesta en mi casa, ya han terminado las obras. Mañana llenaré la nevera y compraré las bebidas.

—¿Y prepararás esos cócteles tan buenos que hiciste la última vez?

—Los que tú quieras, Rosa.

—Recuérdame que te corte el pelo antes de tomar el primero. Son deliciosos, parece que no llevan alcohol, Marina. Son refrescantes y se dejan tomar tan bien que la última vez me quedé dormida en el sofá de mi casa con ellos sentados a mi lado. ¡Dos celebraciones la misma semana! No tengo nada *sexy* que ponerme, tengo que ir de compras. ¿Me acompañas mañana, Marina?

—¿Yo?

—Conozco una tienda que te va a encantar. La abrieron hace un par de meses una pareja de chicas. Tienen cosas chulísimas y muy originales. Ellas son súper simpáticas. Cuando entras te

ofrecen una infusión, por todas partes tienen cuencos llenos de gominolas... Quizá tú también encuentres algo para la fiesta del domingo. No pensarías quedarte en el hotel viendo la televisión, ¿verdad? Nosotros iremos a las siete. Gerardo necesita su siesta, ¡ja, ja, ja!

—Muy gracioso. Marina, no le hagas caso. Yo me levanto a las cinco y media y no paro ni un segundo hasta que llega la noche. ¿No te parece normal que quiera relajarme un rato la tarde del domingo? ¡Es el único día que puedo hacerlo!

—Vendrás, ¿no? —Álex está riéndose y es tan agradable observarlo...

Ha puesto su mano sobre la mía y me gustaría cerrar los ojos, dejar que el sentido del tacto les cuente a los otros lo que siente: que su piel es suave y a la vez fuerte, que su latido se ha conectado al mío, que nada me gustaría más que girar la mía para entrelazar nuestros dedos...

—Iré.

—Luego te enseñaré dónde está la vivienda.

Álex parte la tarta y mete un generoso pedazo en la boca. Su cara de satisfacción y el suave ronroneo de su garganta son una incitación que no puedo evitar. Yo también quiero saber si es tan buena como parece.

—¡Está buenísima! —Es delicada y al mismo tiempo intensa.

—Como sigáis haciendo los dos esos ruiditos voy a tener que levantarme, golpearme el pecho con los puños y cargar a mi mujer al hombro para salir corriendo hacia casa.

Levanto la vista hacia Gerardo. Rosa también nos está mirando. Es entonces cuando me doy cuenta de que ese sonido parecido al de un gato al que le estuvieran frotando detrás de las orejas es mío. ¡Qué vergüenza!

—¡Perdón! No me he dado cuenta.

—Ni tú ni Álex. Me voy a callar porque lo que se me está viniendo a la cabeza es mejor que no lo diga.

—No lo digas, cariño. —Rosa le tapa la boca simbólicamente—. Álex y yo no nos asustaríamos, pero Marina no te conoce y cuando te sueltas eres muy bruto.

—Marina no creo que se asuste. Es una mujer de mundo y hablar de sexo es algo natural.

Venzo a la tentación de girar mi cabeza para mirar a Álex. Noto sus ojos clavados en mi rostro y sin poder hacer nada para evitarlo el rubor aparece. Menos mal que es de noche y la tenue luz amarilla de las farolas crea sombras en nuestros rostros y oculta probablemente mi sonrojo.

Como el resto de mi tarta atenta a cualquier sonido que pudiera brotar de mi garganta. Escucho la conversación de Gerardo y Álex sobre su estancia en Londres y en Alemania. Gerardo lo felicita con una fuerte palmada en el hombro. Álex está feliz, incluso comiendo mantiene la

sonrisa.

Poco a poco me voy relajando. De vez en cuando el sonido lejano de un trueno me recuerda que en alguna parte hay una tormenta dispuesta a soltar toda su furia sobre la tierra. Meto el último bocado lamentándome ya por mi glotonería. El vestido es tan ceñido que noto cómo mi estómago intenta ganar espacio empujando a la tela que lo tiene aprisionado.

—¿Vamos a hacer una visita a Mario? Prepara unos *gin-tonics* perfectos para hacer la digestión. —Gerardo se levanta y se afloja el cinturón del pantalón.

Yo no voy a tomar *gin- tonic*. Ahora empiezo a tener las ideas claras y, si volviese a beber ginebra, el resultado podría ser fatal. No voy a decir nada, estoy aprendiendo que con esta gente no sirve negarse. Es mejor decir a todo que sí para luego intentar hacer lo que yo realmente desee.

—Por mí, perfecto —dice Rosa agarrando a su pareja de la mano.

Me levanto con cuidado, quiero asegurarme de que mi vestido continúa cubriendo la parte de mi cuerpo para la que fue diseñado. Un brazo aparece delante de mis ojos, el de Álex, que me ofrece su ayuda como ya hizo el día en que nos conocimos.

—Gerardo y Rosa caminarán cogidos de la mano. Imagino que para ti será más cómodo agarrar mi brazo.

—Iré con cuidado. Gracias de todos modos.

—Y yo iré más tranquilo. —Álex me toma del brazo mirándome retador.

—Está bien, tienes razón. Si me sujetas, estaré más segura. —Si me cayese con este vestido, las costuras estallarían.

—Eso está mejor —me dice caminando detrás de Rosa y Gerardo—. Estás espectacular.

Me lo susurra al oído y su aliento provoca un pequeño terremoto cuya onda se extiende desde mi nuca hasta las puntas de mis pies.

—Tú también. —Es lo que tiene el alcohol: solo permite decir verdades.

—Me encantan esas sandalias.

—Gracias. No debería habérmelas puesto.

—Yo opino que son perfectas y cumplen una doble función: hacen que tus piernas luzcan aún más bellas y me dan la excusa perfecta para agarrarte y mantenerte cerca. Te he echado de menos.

—Tenemos que hablar sobre la fábrica de tus tíos. —Al menos que uno de los dos mantenga la cordura.

—Y lo haremos. Estoy deseando que me pongas al día con todos los detalles. Como ahora no podemos solucionar nada, ¿qué te parece si desayunamos juntos?

—Está bien.

He aceptado acompañar a Rosa a Zamora para que se compre ropa mañana por la tarde. También me he comprometido a acudir a la fiesta que Álex dará en su recién estrenada vivienda el domingo por la tarde. ¿Cómo voy a decirle que me marcho el lunes? Ir con Rosa no será ningún problema, ya le adelanté que no sabía cuánto tiempo estaría en Toro. Tendré que hablar con Álex sobre el domingo. No tiene sentido que acuda para irme el lunes a primera hora de la mañana y no volver a aparecer nunca.

—¿En qué piensas? Cuando llegué estabas riéndote con Rosa. Desde entonces has pronunciado tres o cuatro frases.

—Lo siento, no me he dado cuenta.

—Sí te has dado cuenta. —Álex se para y, como me tiene sujeta por el brazo, yo también lo hago—. ¿Podrías hacerme un favor?

—¿Qué? —Su mirada se mantiene entre mis ojos y mi boca.

—Olvidarte durante unas horas de que soy tu jefe. Noto tu tensión y no es así como quiero celebrar que he tenido éxito. Desde que compré esa propiedad en Inglaterra he estado muy preocupado, nunca había arriesgado tanto. La última semana ha sido la peor: mis tíos en un apuro, tú aquí sola y un montón de reuniones por medio. La venta está firmada y por fin puedo relajarme. Mañana hablaremos de la fábrica. Tendrá una explicación y cuando la sepamos solucionaremos ese problema. Ahora estoy con mi mejor amigo y su mujer, a la que también adoro. Habéis congeniado muy bien por lo que he visto hace un rato. Quiero disfrutar estas horas y no podré hacerlo si tú estás a disgusto.

—Álex, os esperamos en el bar.

Gerardo y Rosa se alejan. No son tontos y saben que es necesario que Álex y yo aclaremos algunas cuestiones que solo podremos tratar si estamos solos.

—Ahora vamos.

Vuelve a mirarme y lo hace como ningún hombre lo ha hecho nunca, levantando un escudo entre nosotros dos y el resto del mundo. Los sonidos se vuelven lejanos, la gente que pasa cerca está difuminada, el aire queda contenido entre nuestros cuerpos y siento el impulso de posar mi mano en su pecho para hacer aún más íntima esta conexión.

—Tienes razón. —Mi voz tiembla ligeramente—. Nunca había salido a tomar algo con mi jefe y me cuesta olvidar que tú me has contratado, que no nos conocíamos antes y que este momento se está produciendo porque necesitabas a alguien que solucionase el problema del taller de tus tíos.

—Hay dos datos correctos: soy tu jefe y sí, nos hemos conocido porque yo buscaba una persona de confianza que me ayudase a encontrar la causa del problema de liquidez de la fábrica

de mis tíos mientras negociaba la venta del inmueble. Hay un dato incorrecto: este momento se está produciendo porque Rosa y tú habéis conectado, a Gerardo también le gustas y a mí me apetece mucho disfrutar de tu compañía.

—Pero...

—¿Tanto te cuesta pensar en mí simplemente como hombre?

Quisiera decirle que lo que me resulta difícil es recordar que es él quien me ha contratado, que estos días he mantenido la esperanza de recibir una llamada suya para poder escuchar su voz y que he tenido unos sueños muy placenteros en los que su cara estaba muy cerca de la mía y sus manos me descubrían placeres que nunca antes había experimentado.

Las explicaciones se agolpan en mi boca. Las retengo porque las palabras de Álex podría haberlas interpretado erróneamente. Yo disfruto de la compañía de Gerardo y no por eso busco una noche tórrida con él. Hago un trato conmigo misma: voy a aflojar la cuerda y a mantenerla sujeta.

—A mí también me apetece olvidar durante un rato todos los problemas. Vamos a por ese *gin-tonic*.

Desconozco si he resultado suficientemente convincente. Álex me mantiene dentro de nuestra burbuja y no voy a ser yo quien la rompa. Su pulgar acaricia lentamente mi piel. Es un contacto pequeño y, sin embargo, muy íntimo. Le sonrío porque mis labios así lo deciden. Quiero este recuerdo. Mañana volveremos a ser jefe y empleada, ahora somos dos personas conociéndose.

—¿Sabes qué me gustaría hacer ahora?

—No. —Y no sé si quiero saberlo. Agarro firmemente la cuerda.

—Buscar las horquillas que están sujetando tu pelo. —Atrapa un mechón que Rosa dejó suelto para crear un efecto de moño casual y lo desliza entre sus dedos—. Algún día, Marina... Movámonos antes de que Gerardo avise a la policía local.

A mí también me gustaría, Álex. Todavía hay rastros del vino en mi sangre y eso hace que afloren mis deseos. ¿Qué tomó Álex? ¡Vino! Gerardo trajo otra botella de vino. Recuerdo cómo brindábamos por su éxito. ¿Cuántas copas tomaría? Si no había cenado, sería normal que ahora se sintiese desinhibido.

«No pierdas el Norte, Marina. De noche todos los gatos son pardos y tú ya tuviste tu ración de desengaños con Lorenzo», mi subconsciente me avisa. Le debería hacer caso, a fin de cuentas, nadie mejor que yo para darme consejos. Podría dejarme llevar. La electricidad flota en el aire y mi cuerpo se manifiesta, quiere saber cómo sería hacer realidad todas las fantasías que he imaginado. ¿Qué pasaría si me tomase esa copa, abriese la mano y dejase que la cuerda se escapase entre mis dedos? Dentro de unos días Toro será un recuerdo en mi vida y no quiero que

sea uno que desee borrar. Debo ser fiel a mí misma, aunque todas mis terminaciones nerviosas estén aullando en este momento.

—Son las dos y media. Mañana tengo que acudir al viñedo antes de meterme en el restaurante. No quisiera achicharrarme al sol, así que, lamentándolo mucho, os voy a dejar. Quédate con ellos si quieres, Rosa.

—Me gustaría seguir bailando, pero prefiero hacer otra cosa. —Rosa tiene la sonrisa pícaro y todos sabemos la razón. —¿A qué hora te paso a recoger mañana? ¿A las cinco te parece bien?

—Vale. Te esperaré a la entrada del *parking*.

Nos despedimos después de pasar dos horas, que han sido como dos suspiros, dentro del bar de Mario, un amigo de la infancia de ambos, que se ha dividido para atender a los clientes y buscar las canciones que Rosa le iba pidiendo. Los pies se me escapaban y hemos bailado los cuatro al principio con cierto pudor. Después de dos sorbos a unos exóticos *gin-tonics*, la canción de Raphael *Mi gran noche* nos ha liberado de la vergüenza y ya no hemos parado de cantar y bailar.

—¿Qué tal estás?

La música está alta. Una cuadrilla de mujeres está cantando a grito pelado una canción de Queen. Se esfuerzan tanto para elevar sus voces por encima de los decibelios de los altavoces que temo quedarme temporalmente sorda. Álex tiene que acercarse su cabeza a la mía para que podamos entendernos.

—Me duelen un poco los pies —le respondo sintiendo cómo han comenzado a latirme en cuanto me he quedado quieta.

—Voy a despedirme de Mario y te acompañaré al hotel.

Asiento con la cabeza. Dejo la copa en la barra y espero observando a Álex. Unos toquecitos en el hombro me distraen. Me giro. Un muchacho está sonriéndome con cara de bobalicón. Le sonrío educadamente. Tiene todo el aspecto de haber tomado demasiadas copas y un olor a sudor muy desagradable. Insiste de nuevo tocándome el hombro con más fuerza. Álex aparece sin darme tiempo a defenderme.

—Vuelve con tus amigos. Diles que te lleven a casa antes de que te caigas al suelo y te abras la cabeza.

—¡Estoy perfectamente! —responde el chaval arrastrando la letra erre.

—Deja en paz a la señorita.

Un amigo lo aleja de nosotros. Lo recuerdo, es el muchacho que se hizo las fotos con el Hummer el otro día. Nos sonrío tirando de su achispado compañero y llevándose su olor a

gimnasio saturado. Álex me sujeta delicadamente del brazo. Lo hace siempre y me estoy acostumbrando.

—Te he dejado sola cinco segundos y ya han intentado cortejarte.

—Yo no llamaría cortejo a un muchacho borracho.

—Es un hombre y todos buscan lo mismo.

—¿Y tú también? —Me lamento, pero demasiado tarde. La pregunta ya está hecha.

—¿Realmente quieres saberlo?

Su mirada me descoloca. Quiero interpretarla, pero no sé por dónde empezar. Álex empuja la puerta del bar en el momento en que un trueno ensordecedor hace que tiemblen las ventanas de las viviendas situadas sobre el local.

—¡Ah, qué susto!

—¿Te dan miedo las tormentas?

—No, me ha cogido desprevenida.

—Podemos esperar a que pase dentro del bar o arriesgarnos a salir.

—El hotel está muy cerca. Llegaré en medio minuto.

—Llegaremos en un minuto. Voy a acompañarte.

—No es necesario.

—A mí me parece que sí. Recuerda tus tacones.

¡Mierda, lo había olvidado! Podría quitármelos y caminar de puntillas. Sería más fácil despedirnos en la puerta del bar. ¿Y su vivienda? Es probable que esté en otra dirección. Probaré con esa excusa. Intuyo que, si no consigo llegar sola al hotel, algo va a suceder, y eso me asusta.

—Si me acompañas y comienza a llover, te calarás de vuelta hacia tu casa.

—Mi casa está al lado del hotel. Desde mi habitación también puedo ver a lo lejos el río. Están empezando a caer gotas, vámonos.

Me resigno. Álex está decidido y busco conversación para recorrer los metros que nos separan de nuestras camas.

—Así que vives en la parte vieja de la ciudad.

—Esta será la primera noche que pasaré en el ático.

—Escuché que habías hecho obras.

—Exacto. Compré el bajo cubierta de un edificio muy antiguo hace cinco años. El tejado

estaba lleno de agujeros. Uno de los propietarios se negaba a realizar las obras de rehabilitación que necesitaba el inmueble y mi proyecto de tener un *loft* en Toro quedó atascado. Hace un año el dueño vendió su piso y el nuevo propietario abonó su cuota de derrama al día siguiente de firmar la escritura.

—¡Ese también tenía ganas de obras!

—Es un arquitecto joven; de hecho, ha sido quien ha realizado el seguimiento de los trabajos del tejado, la fachada y el portal. Yo también le encargué la obra de mi casa. Le enseñé cuatro fotos del estilo que pretendía que tuviera el espacio y me desentendí porque no tenía mucho tiempo para visitar las obras. Me gustaron tanto sus ideas que le encargué también la decoración de los interiores. Le debo una cena. Esta semana le he dejado numerosos mensajes, para que se asegurase de que los muebles llegaran a tiempo.

—¿Y has dejado las vigas vistas?

—Sí. ¿Te gusta ese estilo?

—Mucho. La madera aporta calidez y hace que resalte la pintura de las paredes.

—Si quieres, puedes verlo mañana.

—Yo...

—Es una propuesta inocente, Marina.

Su sonrisa parece pura, le creo. Hasta ahora no me ha dado motivos para dudar. Dejaré la respuesta en el aire. Mañana tendremos que hablar de trabajo y uno de los puntos será mi renuncia en el supuesto de que Álex quisiera que continuase trabajando. Me despediré de Rosa y Gerardo el sábado y el domingo madrugaré. Conduciré hasta Madrid, donde me alojaré. Dedicaré el resto del día a preparar las visitas que intentaré realizar el lunes ofreciéndome para trabajar.

Las gotas, que hasta ahora las nubes habían soltado con cuentagotas, deciden saltar al vacío cuando nos encontramos cruzando la plaza donde horas antes hemos estado cenando.

—Dame la mano. Agárrame con fuerza.

Echamos a correr, me río sin control. El agua cae con tanta fuerza que cuando llegamos a la entrada del hotel estoy como si hubiera salido de la ducha. Regatillos de agua caen por mi cara hasta concentrarse en mi barbilla y precipitarse hacia mi escote. Me suelto para retirar los mechones que han quedado enganchados en mi rostro y me impiden ver.

—¿Por qué te reías?

—No lo sé, siempre me ha sucedido. Si llueve y tengo que correr, me entra una risa tonta que no soy capaz de parar. Habrás pensado que estaba loca. —¡Qué vergüenza!

—Nunca lo había visto, me ha gustado. Deberías reírte más a menudo. Igual tengo que

perseguirte con una manguera.

Álex mete los dedos de su mano derecha entre su cabello para despejarlo de la frente. ¿Por qué siento este deseo de hacerlo yo? El espejo de la recepción me confirma lo que me temía: el recogido se ha venido abajo como si se tratase de un suflé abandonado.

—Gracias por acompañarme. ¿A qué hora quieres que nos veamos mañana para hablar de trabajo?

—¿Te parece bien a las diez o será demasiado pronto?

—Esa hora es buena. ¿Dónde nos encontramos?

—Recuerda que voy a estar muy cerca de ti. Vendré a buscarte a esa hora. Conozco un lugar estupendo para desayunar tranquilamente mientras hablamos del taller.

—Muy bien. Entonces, hasta mañana.

—Te acompaño hasta la puerta. Rosa me ha dicho que hay un personaje extraño que podría aún estar alojado en el hotel y me quedaré más tranquilo viendo cómo entras y cierras la puerta.

Comienza a andar posando su mano en mi espalda. De nada servirían mis intentos para disuadirlo, ya ha demostrado que es un hombre con ideas firmes. Cuanto antes lleguemos más corto será este momento y antes me podré meter en el baño para secarme. Tengo húmeda hasta la ropa interior.

—Dudo mucho que esté deambulando por los pasillos del hotel a estas horas.

—Nunca se sabe. —Nos detenemos en la puerta—. Asegúrate de cerrar por dentro. Si algo te asusta, no dudes en llamarme. Tardaría un minuto en llegar.

—Muchas gracias. Hasta mañana.

Álex se queda mirándome. Yo tampoco me atrevo a darme media vuelta para entrar. El momento que me temía ha llegado. La piel fría de mis brazos reacciona ante el contacto de sus manos. Se acerca y, aproximando sus labios a mi mejilla, deja un beso cerca de mi boca.

Hay silencios llenos de susurros. Solo hay que relajarse para escuchar las promesas que unos ojos pueden contener. Los segundos se deslizan lentamente. Nuestras respiraciones son densas. Mi corazón late fuerte, confirmándome que no es indiferente a sus ojos.

—Hasta mañana, Marina. Que tengas felices sueños.

Para soñar primero hay que quedarse dormida y me parece a mí que me va a costar mucho conciliar el sueño esta noche.

Capítulo 12

—¿Tienes mucha hambre?

—La verdad es que sí. A estas horas suelo estar ya picoteando el tentempié de media mañana y hoy ni siquiera he desayunado.

—Yo también suelo madrugar bastante. Me gustan mucho las mañanas. Cuando estoy en Nueva York suelo salir a correr si no llueve.

—Yo lo intenté durante un tiempo, pero lo dejé por imposible.

El camarero se acerca con dos desayunos especiales de la casa y mi estómago comienza a dar palmas de alegría. Dentro de la cafetería huele que alimenta, lo que aumenta las ganas que tengo de darle el primer bocado al pan de pueblo que, según me ha contado Álex, está recién horneado en horno de leña.

Los platos son grandes, parecen ensaladeras. Se necesita espacio para dejar la enorme tostada de pan caliente, las dos lonchas de panceta crujiente y los dos huevos fritos. El café con leche y el zumo de naranja completan este desayuno para campeones.

—Si prefieres un bollo o tostada de pan de molde... Quizá no te guste este tipo de desayunos.
—Álex se muestra indeciso. Todavía no conoce mis preferencias.

—¡Me encantan! El desayuno es la comida del día que más me gusta y este tiene una pinta estupenda.

Álex toma su vaso de zumo y yo lo imito. Aunque esta noche he apurado dos botellines de agua, no he aliviado la sed y las gotitas de agua que el contenido frío está generando en el exterior del vaso me atrae como polilla a la luz.

—¡Chinchín! No sé si será muy ortodoxo brindar con zumo de naranja.

—Las normas se hicieron para romperlas. —Bebo con deleite. Le he pedido al camarero si era posible añadir el zumo de un limón al de las naranjas. En esta época del año son muy dulces para mi gusto.

—¡Que ácido! Me gusta, resulta más estimulante.

La cara de Álex al dejar el vaso vacío sobre la mesa me hace reír. Cuando he pedido que añadiesen limón a mi zumo me ha preguntado si siempre lo tomaba así. Le he explicado que me

gusta tomarlo muy ácido y de un solo trago. Si tomo el zumo a sorbitos no me sacio, aunque me beba litro y medio. Me ha querido imitar y ahora tiene una cara muy graciosa, porque no está acostumbrado a sentir tanta acidez.

—¡Ja, ja, ja! Deberías haberlo tomado como tienes costumbre.

—¿Y parecer un hombrecillo apocado a tu lado? Los de Zamora somos igual de duros que los de Bilbao. Personalmente, preferiría demostrarlo a través de otro sistema. Si todavía estaba algo adormilado, acabo de despertar de golpe. Me has dicho que saliste a correr durante un tiempo. ¿Por qué lo dejaste?

—Me ahogaba. Los primeros días me pareció normal que me sintiese sin aliento a los pocos minutos. Cuando ya llevaba un mes la sensación de quemazón en los pulmones continuaba, apenas había progresado. Empezó a llover y no paró de hacerlo en ocho días. Al noveno me había olvidado del *running* y de todo el esfuerzo que tenía que hacer para completar cada mañana el recorrido que me había impuesto. Volví al gimnasio y retomé mi tabla de ejercicios.

—¿Corrías en ayunas?

—Claro, nada más levantarme.

—Deberías haber probado a tomar tu zumo de naranja, seguro que hubieras corrido como una profesional.

—Lo que me hubiera hecho falta es una bombona de oxígeno. Por el modo en que jadeaba la gente debía pensar que llevaba horas corriendo en vez de cinco minutos.

—¿No seguías algún tipo de programa?

—Uno que miré en Internet. —Uno que resultó un fiasco.

—Yo podría ayudarte. Podríamos empezar mañana. Hace días que no hago deporte y lo necesito. Habría que madrugar para hacerlo antes de que el calor agobie. Hay una pista muy bonita que discurre al lado del río. Los árboles dan sombra y es muy agradable seguir el curso del agua.

Se acerca el momento, Marina. Debes decirle que te vas a marchar, que no vas a poder correr con él en ese lugar que debe ser muy hermoso. No quiero decírselo, me gusta demasiado estar a su lado.

—No he traído ropa de deporte. —Es cierto—. Busqué las temperaturas medias en Toro en esta época del año, vi que el hotel tenía piscina y metí bikinis para hacer algo de ejercicio.

—En el río también hay zonas donde nos podríamos bañar. El agua está fresca incluso en verano. Conozco un sitio perfecto y no suele haber gente.

Disimulo cortando la panceta en cuadraditos. Álex se da cuenta de que me está poniendo nerviosa con sus planes y opta por imitarme sumergiendo un trozo de pan en la yema de un huevo.

No quiero que piense que estoy intentando evitar su compañía. En realidad, sí que lo estoy haciendo. Lo que no quisiera es que malinterpretara mis razones. Ya no tiene sentido que continúe en el taller y no voy a tratar de alargar mi estancia por mucho que desee estar al lado de Álex.

—Como el agua de Lagunafría. —Quiero que hablemos del taller sin resultar cortante.

—Esa está bastante más fría —me contesta revolviendo el azúcar.

—No pude comprobarlo. Ya te conté que me echaron amablemente.

—Es muy extraño —me responde Álex. Parece, por fin, haber comprendido que debemos hablar de lo que está sucediendo en Lagunafría—. Nunca vi a nadie acercarse a la laguna con una escopeta. Tendremos que hacerlo nosotros, a ver si a mí también me invitan a abandonar el lugar.

—Opino que, si quieres saber lo que está sucediendo, deberías hablar con tus tíos a solas. No tiene sentido que yo continúe acudiendo al taller. He revisado los gastos y los ingresos, y las ventas no han sufrido alteraciones significativas en los últimos cinco años. Tienen beneficios y no deberían tener problemas de liquidez.

—Pero tenemos que buscar la causa.

—Eso es algo muy personal, Álex. Yo soy una extraña, tú eres su familia.

—Les dijimos que queríamos modernizar la empresa, aumentar las ventas para dar trabajo a más personas.

—Fue una excusa para justificar mi entrada en la fábrica.

—Mientras la venta del hotel estaba en el aire me concentré en el negocio que tenía entre manos. Ayer en el aeropuerto comencé a pensar en lo que hablamos. Cuando yo era niño había gente joven, poca, pero vivían varias familias con hijos. Yo me fui al extranjero, otros se trasladaron a Toro, a Zamora o a Madrid por motivos laborales.

—Como está sucediendo en otras partes de España.

—Y han buscado soluciones para que los pueblos no mueran. La persona más joven de Lagunafría tiene sesenta años. Cuando todos fallezcan el pueblo desaparecerá, el cura no acudirá a dar misa, no volverán a parar los camiones ofreciendo fruta, no habrá quien cuide las casas y se acabarán cayendo como ya ha pasado en otras partes de la comarca.

—Es una pena.

—Podemos impedirlo, Marina.

¡Uf! Estoy viendo su vena de salvador y no voy a ser capaz de negarle mi ayuda.

—Tú has trabajado siempre en ese sector. ¿Por qué no aceptas el reto? —Álex comienza el ataque, intentaré levantar defensas.

—¿Aumentar las ventas?

—Sí, tienen un buen producto, y podrían llegar a muchas más personas si se introdujeran algunos cambios.

—Eso no es tan fácil, Álex. Yo he trabajado en ventas, nunca en un departamento de publicidad. Un producto puede ser estupendo, pero sin una buena campaña tardaríamos años en despegar.

—El primo de Gerardo trabaja en una de las mejores agencias de publicidad de España. Si no le entendí mal, es uno de los socios. Podríamos hablar con él. De pequeños solíamos jugar los tres en el pueblo. Siempre que nos vemos habla de los buenos recuerdos que tiene de aquellos momentos en Lagunafría. Con su ayuda solucionaríamos el asunto de la publicidad. Tú eres mujer y tienes un gusto excelente vistiendo, seguro que se te han ocurrido ideas para hacer más *sexy* la ropa interior.

—Alguna... ¡pero no sé si es posible llevarlas a la práctica ni qué coste tendrían!

—Mis tíos lo pueden calcular.

—Me parece muy lógico que intentes darle vida al pueblo. Entiendo que para que la gente acuda a vivir hay que ofrecerles un empleo y te agradezco la confianza que tienes en mis habilidades, pero...

—No tengas miedo, por favor. —Álex agarra mi mano por sorpresa y la aprieta mirándome fijamente a los ojos—. Asumo toda la responsabilidad. Te lo pido como un favor personal, otro más. Si es cuestión económica, doblaré cualquier oferta que tengas.

—No tengo ninguna oferta, y mi sueldo es muy bueno. Me contrataste para que revisase la contabilidad de la empresa y lo he hecho porque es un trabajo para el cual estoy preparada. Esto que propones es diferente, haría falta invertir y, si tus tíos no pueden pagar las facturas de la luz, está claro que tampoco podrán comprar nuevos tejidos ni pagar otras máquinas.

—Yo correré con los gastos.

—Es una locura.

—Eso pensaron algunos cuando compré el primer edificio. Cuando invertí todo lo que tenía en adquirir el hotel de Inglaterra, hasta yo mismo lo pensé. Sin riesgo no hay éxito. Yo estoy dispuesto, ¿y tú?

Me lo pide tan dulcemente, la idea es tan atrayente que mi estómago empieza a sentir los pinchazos de la emoción que supondría ser parte de ese proyecto, colaborar en el lanzamiento de una nueva gama de productos, saber que mi opinión ha sido tenida en cuenta y que ese detalle de poner florecitas de tela en cada tirante ha sido idea mía.

—Está bien —respondo sin querer pensar más profundamente—, pero primero habrá que solucionar el asunto de los recibos impagados.

—Sí. —Álex parece un chiquillo con zapatos nuevos.

Acerco la taza para tomar mi café. Se ha quedado frío y así no me gusta. ¿Cómo se me ha ocurrido decirle que sí, si ni siquiera sé por dónde empezar? Sería bonito. Soñar algo hermoso siempre lo es.

¿Me ha convencido, me he dejado convencer o me he convencido yo solita? Ahora ya no importa, he dicho que sí. Tendré que esforzarme, pensar en todo lo que puedo aportar gracias a mi experiencia laboral. Me pondré con ello en cuanto regrese al hotel.

—¿Saben tus tíos que has vuelto?

—Sí, los he llamado antes de ir a buscarte al hotel. Están viajando hacia Barcelona. Van a visitar a una amiga de mi tía. Me ha extrañado. A mi tío no le gusta conducir y mi tía no tiene carnet, nunca los he visto ir más lejos de Toro o Zamora. En mi vida había oído hablar de esa mujer. Regresarán mañana por la noche.

—¿Los verás el lunes?

—Sí. Me gustaría ir por la mañana, dar un paseo con mi tío, acercarnos a la laguna, comer juntos y por la tarde regresar a Toro.

—¿Podría ausentarme el lunes y el martes?

Álex no sabe qué decir. Me quiere preguntar, pero es un caballero y opta por asentir con la cabeza. No me gusta crear malos entendidos. Mi petición está justificada.

—Creo que será mejor que no me acerque el lunes al taller. Si no estoy, tus tíos y tú tendréis intimidad para poder hablar y será más fácil que te confíen su problema. Además, necesito ir a Bilbao. Podría salir el lunes, dormir allí y regresar el martes.

—Claro.

—Si voy a quedarme una temporada, necesitaré más ropa y las zapatillas de deporte.

—¡Sí! —La carcajada de Álex hace que el resto de clientes del bar se giren hacia nosotros.

—El lunes tendré que dejar el hotel. No tendrá habitaciones libres hasta dentro de dos semanas. ¿Me recomiendas algún sitio?

—Déjalo a mi cuenta. El martes tendrás preparado un lugar donde dormir. Ahora ponme al corriente de todo lo que has hecho y dicho cuando has estado con mis tíos.

—La verdad es que hemos hablado muy poco sobre ti y sobre mí. Ha habido algún intento de interrogatorio, sobre todo por parte de tu tía, por el tipo de relación que mantenemos. Me pareció

que quería saber si éramos o habíamos tenido algún tipo de relación íntima.

—¿Ah, sí? —Álex se carcajea—. ¿Y qué le contestaste?

—Que no, que tú eres el jefe y yo tu empleada. Nuestra relación comenzó siendo estrictamente laboral y con el tiempo hemos forjado una buena amistad.

—Eso es cierto. Nos conocimos por cuestiones laborales y ahora estamos desayunando un sábado por la mañana.

Mueve, como muestra de lo que está diciendo, un pedazo de panceta que ha quedado pinchada en su tenedor. El camarero acude con dos nuevos cafés con leche calientes. ¡Ni me había dado cuenta de que Álex los había pedido! Hoy tendré que batir mi propio récord en la piscina. Voy a tener que organizarme para hacer mucho ejercicio físico mientras esté en Toro. A esta gente le encanta comer y que yo también lo haga. En mi defensa solo puedo argumentar que me encanta la comida. ¡Qué le vamos a hacer, nací con ganas!

—En el taller no he visto nada extraño. Cuando pude revisar las carpetas con las facturas y los ingresos de las ventas, confirmé lo que ya había contado tu tía: que la empresa mantenía el mismo volumen de ventas desde hacía años. El precio de los sujetadores no ha variado en los últimos diez años. Imagino que han intentado adaptarse al nuevo mercado. Ahora hay cadenas de ropa a muy bajo coste y es difícil competir con ellas. No tienen grandes beneficios, pero tampoco deudores, y eso hoy en día es algo muy difícil de encontrar.

—¿Y qué me cuentas de los recibos de luz impagados?

—Saqué una foto con el móvil a las facturas y revisé en el hotel los consumos. Tu amigo te contó que iban a instalar aire acondicionado. Ya viste que dentro hacía un calor horrible. En el techo hay dos ventiladores de aspas que mueven el aire, pero no hay rastro de ningún aparato. Intenté buscar los contadores. No tengo muchos conocimientos de electricidad, pensaba seguir el cable para averiguar a qué máquina estaba dando corriente. ¡Seguramente, era una tontería!

—Yo también hubiera hecho lo mismo.

—Hay una pequeña puerta metálica en el exterior. Está cerrada con llave y no pude ver nada.

—De eso se encargará Gerardo. Aprovecharé que mis tíos se han marchado para fisgonear.

—Tendrás que contarle lo que sucede a tu amigo.

—Solo la parte que debe saber, que estoy preocupado por la deuda. Es de confianza, sé que nunca dirá nada. ¿Qué más puedes decirme?

—Sobre el taller, nada más. Lo extraño ha sido el comportamiento de todos.

—Explícate.

—Todos los días intentaron que no estuviese en el taller.

—¡Ah, sí! Lo de la fruta, ¡ja, ja, ja!

—Por teléfono no podía contártelo todo. Me hubiera quedado sin dedos de tanto escribir.

—Deberíamos haber hablado por teléfono, pero casi siempre estaba rodeado de gente. Cuando regresaba al hotel era demasiado tarde para llamarte. Lo siento.

—¡No! Está bien. —Mentira. Me hubiera gustado escuchar tu voz, Álex.

—Si no recuerdo mal, además del frutero, conociste al panadero, visitaste los cultivos...

—Me hicieron una visita guiada por la iglesia incluyendo el campanario, escuché el sonido de las cigüeñas, vi cómo transportaban palitos para construir su nido, cómo alimentaban a sus polluelos, di de comer a una colonia de hormigas...

—¿En serio?

—¡Como lo oyes! Me tuvieron a pleno sol durante cuarenta minutos enseñándome cómo salían del hormiguero, cómo cruzaban el camino y se adentraban en el cultivo y cómo regresaban cargadas con comida para el grupo. Me hicieron una demostración en vivo de la fuerza que tienen, posaron en su camino un pedazo de corteza de pan del tamaño de una moneda de euro.

—¿Y se lo llevaron?

—Una sola pudo con ello. Acudieron otras en su ayuda. En otras circunstancias hubiera sido muy entretenido mirarlas, pero yo no estaba ahí para hacer un programa sobre la naturaleza; además, hacía un calor horrible para estar a pleno sol.

—No me imagino a Paco haciendo de guía de la fauna local.

—Todos colaboraron. Las tres hermanas me sacaron del taller para enseñarme su colección de trajes regionales, sacaron las mantelerías de hilo que habían bordado, me llevaron a la cocina para explicarme cómo se guisaba hace años. ¡Solo les faltó enseñarme el baño! Cuando ya parecía que no tenían nada más con lo que entretenerme dentro de la casa, a otra se le ocurrió que hiciéramos migas. Me plantaron un delantal y ahí me tuvieron media hora cortando la hogaza dura de pan en pedacitos con un cuchillo sacado de un capítulo de Curro Jiménez. Me corté dos veces.

—¿A ver?

Álex atrapa mis manos y las revisa con detenimiento. Pasa sus dedos por cada uno de los míos, como si fuera un artesano buscando irregularidades en su obra. Es delicioso mirar, puedo observar sin ruborizarme porque no me está viendo, su negro pelo y esa incipiente barba que oscurece sus mejillas y le confiere un aire de misterio que tanto me gustaría descubrir.

—¿Aquí?

—Sí.

—Fue un buen corte.

—Parece más aparatoso por el cloro de la piscina. Se infectó y tuvieron que recetarme una pomada con antibiótico.

—¡Pobrecilla! ¿Y qué tal quedaron las migas?

—Eran las diez de la mañana, no tuve el valor de probarlas. Aquello tenía un montón de grasa.

—¿Y qué más se les ocurrió para alejarte del taller?

—Licinio me dedicó una canción que él había compuesto.

—¡Ja, ja, ja! ¡Increíble!

—Eso mismo pensé yo. Otra de las mujeres, la que es más bajita...

—Clara.

—¡Eso, Clara! Fue el día que visité la iglesia. Me estaban esperando los dos a la salida. Me llevaron a casa de Licinio. Es un museo del culebrón. Tiene pósteres de actrices que nunca había visto y una colección de series de telenovelas ocupa todas las estanterías del salón.

—Cuando yo era pequeño me gustaba mirar esas fotos de mujeres tan maquilladas. Recuerdo una serie que emitían todas las tardes a las cuatro. Licinio aprendió a grabar de la televisión para poder ver por las noches la telenovela. Se le estropeó el vídeo y tuvo que llevarlo a Zamora para que lo reparasen. Por las tardes se trabajaba de tres a siete y Licinio les pidió a mis tíos vacaciones para no perderse ni un solo capítulo.

—Todavía los tiene y guarda como oro en paño esos DVD. Vimos juntos un capítulo de *Esmeralda*. Lo escuché en estéreo, porque Licinio se sabía todos los diálogos y los pronunciaba exagerando el acento de los protagonistas.

—¡Menuda experiencia!

—Licinio hacía de galán, Clara lloraba a moco tendido cuando a Esmeralda le despreciaba su amor, yo no sabía si reírme o llorar de desesperación, eso sí que fue un culebrón a la española.

—Mis tíos son gente normal. Que hayan montado tal despliegue de medios para evitar que vieras las facturas no me cuadra.

—Siempre alejándome del taller y de la casa de la puerta roja. Ese almacén guarda algo que no quieren que vean. ¿Tendrán demasiada ropa interior en *stock* y no quieren que lo sepamos? ¿Habrán sacado una nueva colección y desean mantenerlo en secreto?

—¿Y para que iban a esconder ahí nada?

—¡Yo que sé! No se me ocurren otras explicaciones. ¿Y el día que no me dejaron salir del taller en dos horas? Aquello también fue muy raro, solo les faltó emborracharme. Me hicieron

bailar, me entretuvieron sentándome en una de las máquinas de coser y estropeé dos sujetadores, me trajeron las pastas y media hora después un plato de jamón y queso. Cuando ya había perdido las esperanzas de salir, de repente todos volvieron a ser normales, cada uno empezó a ocuparse de su labor en el taller.

—Intentaremos echar un vistazo.

—Todo está cerrado a cal y canto.

—Algún modo habrá para entrar.

—Y esos hombres tan misteriosos, el que abrió la puerta cuando estábamos dentro del taller y los que montaban en un coche. Me recuerdan a los dos que he visto en el hotel.

—¿Qué tienen en común?

—Parecen mercenarios, como esos que salen en las películas con tatuajes típicos de los ejércitos donde han cometido sus fechorías. Algunos trafican con armas, otros venden sus servicios al mejor postor. Son de antiguas repúblicas soviéticas y no tienen reparos en matar a alguien por estornudar sin poner la mano delante.

—Estarán por aquí buscando trabajo, o disfrutando de unos días de vacaciones. Hasta hace muy poco los únicos extranjeros que acudían a la zona eran algunos senegaleses que se dedicaban a vender artículos de imitación por las calles. Ahora se puede escuchar hablar en ruso, en inglés, francés, árabe... Cada día hay más personas extranjeras trabajando.

—He vivido varios años en Nueva York, también residí un año en Londres. Estoy acostumbrada a convivir con gente de diferentes razas y costumbres. Estos hombres no me han alertado por su nacionalidad. Son sus gestos, cómo miran y se comportan los que me hace sospechar.

—¿Crees que son ladrones?

—Si lo son, no les importa mostrarse en público, son muy descarados.

—Seguro que su presencia tiene una explicación, como lo de mis tíos. Solo falta averiguarlo. ¿Algún dato más que deba saber o podemos cerrar capítulo?

—Me parece que te lo he contado todo.

—Estupendo. ¿A qué hora has quedado con Rosa?

—A las cinco.

—Son las once, tenemos seis horas. ¿Qué te apetece hacer?

—Pensaba ir a nadar un rato, saltarme la hora de la comida y empezar a buscar en Internet todo lo que se me ocurra y esté relacionado con la producción de ropa interior. Los bikinis y los

sujetadores se parecen bastante, pero en realidad hay muchos factores que los separan.

—¿Sí? —A Álex se le escapa la sonrisa.

—Por supuesto —respondo poniendo cara de listilla—. Los bikinis se utilizan algunos días del año, es una prenda que todo el mundo ve y está diseñado para mojarse y secarse sin resultar dañado. Las mujeres se ponen el sujetador al levantarse y no se lo quitan hasta que se acuestan.

—¿Y tú no lo haces? Como hablas de ellas en tercera persona.

—Yo también lo hago. —En este local de repente hace mucho calor.

—Estupendo. Yo no estoy capacitado para dar mi opinión.

—También podríamos producir ropa interior masculina. —¡Mira que le gusta a este hombre bromear! Yo también puedo hacerlo.

—Desconozco si será buena idea. No obstante, como soy hombre te puedo contar cómo me gusta a mí: que sea cómoda, ya sabes, que se ajuste a mis...

—Bueno, en realidad, no creo que debamos meternos en algo que desconocemos. Tus tíos llevan años en el sector de la ropa interior femenina. Opino que es mejor no correr riesgos.

—También hay hombres a los que les gusta llevar ropa interior femenina.

—¡Esos no pueden suponer más del uno por ciento de los compradores! —Ya me he ruborizado. Lo noto y Álex también se ha dado cuenta.

—¿Sabes qué estoy pensando?

—No. —Y me está dando miedo averiguarlo.

—Es sábado, hace un día precioso y sería una pena desperdiciar las horas mirando un ordenador. ¿Metiste en tu maleta pantalón vaquero y botines?

—Sí. —El pantalón vaquero y los botines son dos básicos que nunca faltan entre mi ropa, aunque dudo mucho que vaya a poder ponérmelos en Toro. Hace demasiado calor—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Déjame sorprenderte. Si te cuento por qué lo he preguntado, dejaría de ser una sorpresa. Ponte el bikini, el vaquero, los botines, una camiseta y espérame en la entrada del *parking* a las doce.

Estoy empezando a conocer a Álex. Además de saber que puedo confiar en él, sé que voy a disfrutar estando a su lado, sea cual sea el plan que se le haya ocurrido. Quizá sea el momento de dejar de ser predecible, se me está ocurriendo una idea que Álex no se espera y solo pensarla me contrae el estómago.

—Está bien, no preguntaré. Imagino que estaremos en un lugar con agua, así que meteré un

cepillo, crema de sol y toalla.

—Del resto me ocuparé yo. —El tono de su voz y el brillo de sus ojos me dicen que me aguarda una sorpresa. Lo que Álex no sabe es que probablemente será él el sorprendido.

Las doce menos cinco. Incluso a la sombra siento mis piernas como si estuvieran dentro de una sauna portátil. El pantalón vaquero es un invento maravilloso, una prenda comodín que puede ponerse en casi todas las ocasiones. Toro a finales de julio no es una de ellas, hace demasiado calor para llevar una prenda tan gruesa y ajustada.

Un ruido se acerca, lo produce una moto grande. Un hombre la conduce con soltura. Me gustaría probar, saber lo que se siente recorriendo estas llanuras. Lleva dos maletas de cuero colgadas a ambos lados de la rueda trasera. Un bonito modo de hacer turismo: poco equipaje, facilidad para moverse por cualquier sitio y un motorista con poca destreza al volante. El *parking* tiene muchos sitios por los que circular y se está dirigiendo directamente a mí. Como no frene a tiempo voy a quedar más perjudicada que los bichos que penden del limpiaparabrisas de mi coche.

—¡Eres tú! —Es la moto de su foto de perfil del WhatsApp.

—¿Esperabas a otro?

Se quita el casco y, como siempre, pasa sus dedos por los mechones de pelo que le tapan los ojos. ¡Necesita ese corte de pelo!

—No esperaba una moto.

—¿Te he defraudado? ¿Te dan miedo?

—No, me gustan las motos. Hace años monté varias veces en una, pero no se parecía a esta. Era pequeña, íbamos a la playa con ella. Esta es muy grande.

—He traído un casco y una cazadora de cuero. Seguramente, pasaremos calor con ellas puestas. No queda más remedio que llevarla atada para que nos proteja. Pásame tu mochila, la meteré dentro de la maleta.

Sujeto la cazadora, me sorprende lo que pesa. Me la pongo mientras Álex mete mis cosas en el portaequipajes de la moto. Es de mi talla y eso me hace recelar. ¿Será la prenda de una antigua novia? No parece vieja; al contrario, el olor a piel es intenso. No quiero saberlo. La ignorancia no me dará paz, pero la incertidumbre será siempre mejor que una respuesta no deseada.

—Te queda muy bien.

—Gracias.

—Ponte el casco. Te ayudaré a ajustarlo la primera vez.

Parece que estuviera dentro de una cúpula y los sonidos llegasen amortiguados. Álex levanta

la pantalla y los colores que se habían suavizado a causa del filtro regresan y me recuerdan que el cielo tiene un azul impoluto.

—Gira la cabeza hacia atrás. No quiero hacer daño a este cuello tan bonito. —Sus manos rozan mi piel, me pone nerviosa oler su colonia—. Mueve ahora la cabeza, comprueba si se ajusta bien sin apretar demasiado.

—Estoy bien.

—La pantalla se sube y se baja con la mano. El casco también tiene gafas. Déjame que te enseñe dónde está la patilla que las acciona.

Me coge la mano. Ya estoy acostumbrada a que me toque y a mi piel le encanta sentir la suya. Sitúa sus dedos sobre los míos, su cara está muy cerca de la mía, su mirada está fija y mi cuerpo responde cogiendo aire extra para aliviar el comienzo de una incomodidad que aumenta cada vez que me acaricia accidentalmente.

—¿Este reborde son las gafas?

—Sí, apretando hacia abajo sale. Cuando no las necesites vuelves a presionar hacia arriba y se esconden.

Una pantalla más pequeña y oscura aparece para proteger mis ojos. Álex deja que enrede un poquito sacando y ocultando las gafas mientras se coloca nuevamente su casco. Estoy deseando montar en esta preciosa moto negra. Quiero soñar agarrada a su espalda y, lo más importante ahora mismo, quiero sentir algo de frescor, porque me siento aprisionada dentro de los botines, el pantalón vaquero, la cazadora de cuero y el casco.

—Va a ser un viaje corto, unos veinte minutos, porque vamos a ir despacio para que puedas ver el paisaje. He colocado el respaldo para que estés cómoda. ¿Recuerdas qué tiene que hacer quien va detrás?

—Inclinarse hacia el lado que lo hace la moto.

—¡Muy bien! No oponer resistencia es la clave para que no acabemos los dos en el suelo. Sería difícil porque esta moto es muy estable, pero es muy incómodo conducir con una persona que se pone tensa en cada curva.

—Es muy bonita, una Harley Davidson. Nunca había visto una tan grande. ¿Qué modelo es?

—Road King. Quería una moto grande, estable y de esta marca. Espero que disfrutes del viaje.

Asiento, bajo mi pantalla y espero a que Álex suba a la moto. La arranca y el ruido llena el *parking* del hotel. Varias personas están mirando, debe ser bastante común que la gente se fije en esta moto. Los cromados relucen y las zonas pintadas de negro son un espejo que refleja los colores del resto de los vehículos.

Maniobra girando la moto con la ayuda de sus piernas hasta situarla frente a la puerta de salida. Con un gesto me invita a subir. Espero no hacer el ridículo y levantar mi pierna con gracia. Pongo el pie izquierdo en el taco e intento visualizar la maniobra. Imposible hacerlo sin poner las manos sobre los hombros de Álex. Tenía razón, es tan cómoda como un sillón y resulta agradable sentir la vibración del motor por mi cuerpo. Aunque no puedo caerme porque el respaldo me lo impediría, necesito sujetarme y dejo mis manos sobre la cintura de Álex.

Descendemos hacia el río siguiendo la carretera que se puede ver desde la ventana de la habitación del hotel. Ya había hecho este camino andando. El puente de arcos, los árboles, las aves que describen piruetas sobre el agua, es un paisaje que no me canso de mirar. Nos alejamos de Toro por carreteras que no conozco. Hace calor y el tejido de mi pantalón concentra los rayos del sol. Demasiados grados que no se enfrían con la velocidad, pero en esta ocasión no me incomoda. Estoy absorta mirando hacia ambos lados. Levanto la pantalla protectora unos instantes. Quiero oler la tierra, sentir el aire.

Me gustaría que nuestro destino estuviera lejos, que me llevase a un lugar remoto. Me siento realmente bien. Mis recuerdos de la moto de mi amiga son vagos y muy diferentes. Circular a cincuenta por hora por ciudad para luego hacerlo por una carretera llena de tráfico, respirando el humo que sueltan los camiones y autobuses, era necesario si queríamos llegar a alguna playa, pero no era una experiencia religiosa.

Atravesamos una recta que parece interminable y a ambos lados hay campos de maíz. Nunca lo hubiera adivinado. Mi imagen de Castilla es amarilla y ahora hay verdor por donde mire. Álex gira hacia la izquierda. Nos adentramos en un camino secundario. No hay nadie en las tierras, algo que también empiezo a ver como normal a estas horas del día.

En cuanto nos metemos debajo de los árboles, la temperatura desciende deliciosamente. El camino es de tierra y siento pena por la moto: estaba reluciente y el polvo que levantamos a nuestro paso va a fijarse en el metal y ocultará su brillo.

El motor se apaga. Álex ha aparcado debajo de un gran árbol. El camino se ha terminado y esta moto no es una cabra montesa. En cuanto me bajo, me quito el casco y abro la cremallera de la cazadora. La temperatura debajo de las hojas es perfecta y respiro profundamente el aire impregnado del olor de la naturaleza.

¡Qué rincones tan bonitos! ¿A que ya no echas tanto de menos tu tierra, Marina?

Capítulo 13

—¿Te ha gustado el paseo?

—Mucho.

—Me alegro. Me fascina la sensación de libertad que se siente al conducir una moto en estas carreteras. Casi siempre hay muy poco tráfico y es relajante.

—Sí, la verdad es que me ha encantado.

—¡Qué bueno! Me hubieras dado un disgusto si me dices que no te gusta ir en moto. Otro día haremos una ruta más larga. Podríamos acercarnos hasta Miranda Do Douro. Salir por la mañana, comer allí, dar un paseo por sus calles y regresar por la tarde.

—Me gustaría. —Reprimo las ganas de aplaudir.

—Entonces, la organizaremos para hacerla el próximo fin de semana. Voy a sacar las toallas, espero que te guste el sitio que he elegido.

Cojo mi mochila y Álex saca otra de la maleta. Se quita la cazadora y la mete dentro. Le entrego la mía para que también la guarde.

—Los cascos tendremos que llevarlos en la mano, no entran en las alforjas. Tengo una maleta grande que se coloca detrás del respaldo de tu asiento y que sirve para guardar los cascos. Vamos a quedarnos quietos, así que no la he colocado. Los llevaremos solamente unos pocos metros.

Caminamos entre los árboles. No hemos superado los cincuenta metros cuando el río se deja ver a lo lejos. Su color verde y su apariencia de profundidad me angustian. Si Álex piensa que voy a meter un pie en esas aguas, está muy equivocado, ahí no me baño yo ni borracha. No se ve el fondo y eso me asusta. Mi temor no está relacionado con los animales que pudieran rozarme, es la propia agua la que me da miedo. Tocar el fondo y notar limos o vegetación me da repelús. A mí me gusta bañarme donde se pueda ver el fondo.

De repente, el paraíso se presenta ante mis ojos. No es en el cauce principal donde nos bañaremos. Estamos delante de una pequeña bifurcación. Parte del agua se desvía hacia una especie de piscina natural con fondo de roca para volver a unirse a los pocos metros. Es un remanso perfecto para bañarse, la hierba crece fresca y los árboles reparten claros de sol y otros de sombra.

—¡Qué bonito!

—Este lugar no puede verse si no te acercas, así que poca gente lo conoce. Por suerte, aún nadie lo ha incluido en esas guías de viaje que pueden encontrarse en Internet. El día que aparezca se llenará de turistas de los lugares más insospechados.

—Prometo no contárselo a nadie.

—Te tomo la palabra. Será nuestro secreto.

—¡Ja, ja, ja! No saldrá ni una palabra de mi boca, aunque me torturen.

—¿Necesitas intimidad para ponerte el bañador?

—Lo llevo puesto.

—Iré colocando las toallas mientras te pones cómoda.

—De acuerdo.

Me alejo disimuladamente hasta situarme detrás de un grueso tronco. ¿Habrá sido una tontería? Ahora me lamento. Debería haberme puesto el modelo que estos días he usado en la piscina. He sido impulsiva, me he dejado llevar por un momento de coquetería del que ahora me arrepiento. Me quito la camiseta, no sin antes revisar que las piezas del bikini estén colocadas en su sitio. Bajar los pantalones y no arrastrar la braguita es complicado. Meto una mano y sujeto las cuerdas de un lado al tiempo que tiro hacia abajo con la otra. Repito la operación en la otra cadera. Me quito los botines y los calcetines. La hierba me hace cosquillas. Intento no pensar en los insectos a los que podría estar pisando.

Me siento desnuda. Es un bikini de una colección de la última empresa donde trabajé. Con un tejido parecido al ganchillo, los colores granate, verde y negro se alternan en finas rayas horizontales. A la modelo que lo lució en el desfile le sentaba estupendamente, era una chica de mi altura con un tono de piel y pelo similar al mío. Cuando me lo probé en casa descubrí una pequeña diferencia: aunque ella y yo medíamos lo mismo, quince kilogramos nos alejaban.

La tela es diminuta, apenas tapa lo justo. Mi sorpresa se me ha escapado de las manos. Álex va a pensar que estoy pidiendo guerra. Algo que tampoco está muy alejado de la realidad. Estoy jugando con fuego y tengo miedo a quemarme.

—¿Te ayudo?

Álex ha extendido una gran toalla en el suelo y está arrodillado sacando dos vasos. Hay bolsas de gominolas, patatas fritas y una tortilla de patatas con pimientos verdes está protegida de los insectos dentro de una tartera de cristal.

—Ya está todo. El vino quedará dentro de la nevera hasta que lo tomemos, para que no se caliente. —Me está hablando sin levantar la cabeza. Cuando lo hace su mirada es tan impenetrable que no sé si alegrarme por mi elección o salir corriendo hacia el árbol para volver a vestirme.

—Yo no he traído nada. No me dijiste que íbamos a comer en el río.

—Como hemos desayunado tan tarde, he optado por una tortilla y un par de aperitivos. A mí el río siempre me da hambre.

¡Ya lo veo, Álex! Me está devorando con los ojos. Me gusta que lo haga. Siento los nervios de lo desconocido, la tensión sexual que acentúa los sentidos.

Donde las dan, las toman. Pronuncia la palabra «hambre» como si fuera un felino y yo, una apetitosa presa. Se quita la camiseta sin dejar de mirarme. Ya estaba descalzo y verlo en vaqueros me da nuevos argumentos para volver a fantasear con su cuerpo cerca del mío. Cuando aproxima sus manos a su pantalón opto por retirar la vista. Disimulo echando un vistazo al paisaje, ciertamente muy hermoso, aunque a mí lo único que me importa en estos instantes es enfriar el ambiente. Camino entre los árboles hasta llegar al montoncito de mi ropa.

Pliego mi pantalón y la camiseta, y los dejo sobre mis botines. No debería haberme apartado de Álex, ahora no sé cómo poner cara de normalidad al volver a mirarlo. Miro al cielo esperando una ayuda que no va a llegar. En este embolado me he metido yo solita y nadie va acudir a socorrerme.

—¿Ocurre algo?

—No.

—Me lo había parecido. Como te has alejado he pensado que algo te sucedía.

—Había olvidado doblar la ropa. No quiero que ningún bicho se meta en ella.

—¡Ah, era por eso!

¡Ya sabes tú muy bien que no era por eso! No voy a decirte la verdad, eso ya deberías haberlo intuido.

—Claro, voy a probar el agua. —Espero que tenga profundidad suficiente para que mi cuerpo quede cubierto hasta el cuello.

—Deja que entre yo primero. No hemos traído calzado de goma y las rocas resbalan bastante.

Se mete con una agilidad asombrosa, teniendo en cuenta lo que acaba de decirme. Se gira y me ofrece la mano. En cuanto meto un pie y lo apoyo, patino y doy un pequeño grito involuntario.

—Lo siento, se me ha escapado.

—Tranquila. Vamos a hacer una cosa: trata de sentarte en el borde. Yo te meteré en el agua, agarrándote de la mano no puedo sujetarte bien.

Decirlo no es tan fácil como hacerlo. Estoy en bikini, una prenda minúscula que si se mueve dos centímetros dejará al descubierto lo que no debería verse en estos momentos. Me agacho lo

más dignamente que puedo dadas las circunstancias. Cuando ya no puedo descender más sin que me venza la gravedad, me dejo caer, y siento un dolor que trato de esquivar pensando en que ya he pasado lo peor.

Álex extiende los brazos y posa sus manos en mi cintura. Me eleva como si no pesara. ¡Es mejor que yo disimulando! Tiene un cuerpo definido y es un hombre grande. Seguramente, no tendría problemas para izar sin mucho esfuerzo a una mujer delgadita que midiese un metro y sesenta centímetros. Yo mido y peso mucho más, y que lo haya hecho sin resoplar demuestra que tiene un gran control sobre su cuerpo.

Me hace descender lentamente. La lámina de agua que separa nuestros cuerpos es fina, nuestras caras quedan a escasos milímetros. Si ahora me besase, no sé lo que pasaría, no estoy segura del control que podría ejercer sobre mis deseos. Ellos son la autoridad y mi parte racional se ha atrincherado en la habitación del pánico. Grita para atravesar las paredes, me dice que estoy caminando sobre arenas movedizas. Desconozco cuáles son las intenciones de Álex, podría estar buscando sexo sin compromiso. Es algo que me parece muy bien, cada uno tiene que perseguir aquello que desea. El problema es que yo no deseo ese tipo de relación, y menos con mi jefe.

Agradezco la frialdad del agua del río, hace que vuelva a tener los pies en la tierra. Es una especie de *jacuzzi* gigante. En vez de burbujas es la corriente natural del río la que masajea los músculos.

—Esta tarde vas a ir de compras con Rosa. Te aconsejo calzado cómodo. Vas a recorrer todas las tiendas de Zamora.

—Según tengo entendido es una ciudad pequeña.

—Y Rosa una mujer muy indecisa. Es capaz de entrar varias veces en la misma tienda.

—¿Lo sabes por experiencia propia?

—Sí, el verano pasado fuimos los tres. Se suponía que daríamos un paseo, Rosa miraría unas sandalias y después cenaríamos tranquilos en un local de unos amigos de Gerardo.

—¿Y qué pasó? —Álex se ha tapado la cara como si el recuerdo de aquella tarde fuese demasiado duro.

—Tres horas estuvimos mirando sandalias. Era Zamora, ¿y si hubiéramos estado en París o en Londres? Habríamos muerto de agotamiento.

—Rosa combinó paseo con ir de tiendas. ¿No es eso una modalidad deportiva?

—Cuando mañana me pidas que te dé un masaje, te recordaré esta conversación.

—A mí no me gusta que me anden en los pies.

—Eso es porque nunca has estado en las manos adecuadas. Te encantará y me pedirás que no

pare. Dirás «más, más».

Me río. Álex es un cómico, no tiene vergüenza para mostrarse delante de mí con naturalidad. Tengo que romper esta escayola mental que me limita cuando estoy a su lado. Miro a mi alrededor: el río en apariencia tranquilo, las libélulas sobre el agua, las hojas de los árboles que hacen música al ser mecidas por la brisa, nosotros dos, con el agua hasta el cuello como si fuéramos dos monitos de esos que viven en una zona de Japón donde nieva mucho y que para no pasar frío se meten en aguas termales que son *spas* naturales.

Álex sumerge la cabeza para despejar de modo permanente su cara. Me hace pensar en mañana: estaremos los cuatro en su casa, Rosa le cortará el pelo allí mismo, me llevaré recuerdos de donde duerme... Es una fiesta. Habrá que llevar algo y el vino queda descartado. Llevar una tarta o pasteles dependerá del horario de las pastelerías. En mi mininevera no hay cabida para nada más grande que una caja pequeña de bombones y eso se regala a las mujeres que han dado a luz en el hospital. Ya no tengo excusa para no acudir.

—¿A qué hora nos reuniremos mañana en tu casa?

—Había pensado a las siete. ¿Te parece buena hora?

—Sí, yo no tengo nada que hacer en todo el día, así que cualquier hora me parecerá bien.

—Podrías venir antes y ayudarme con los preparativos.

—Bien. —¿Para qué poner excusas si lo estoy deseando?—. ¿Qué tipo de «picoteo» habías pensado poner? Aprovecharé que estoy en Zamora para comprar algo.

—Ya tengo la lista. Esta tarde se la pasaré al tendero y me lo llevará todo cuando cierre su tienda.

—¿Te lo va a subir a casa? No sabía que eran tan modernos en Toro y que tenían servicio a domicilio.

—Matías tiene la tienda que hay frente al portal. Vende leche, huevos, jamón, pastas típicas de la zona, vino de Toro... Es la tienda donde puedes encontrar de todo. Su hijo y yo estudiamos juntos y le tengo mucho aprecio. No es necesario que traigas nada, todo está controlado.

—Está bien. —Yo haré lo que me venga en gana, y cuando me invitan a una casa tengo por costumbre llevar siempre algo.

—Había pensado preparar la terraza, ya que será una reunión informal. Les pedí a los decoradores que me dejasen algo de ropa de cama, toallas y unos artículos básicos para cocinar. Tendremos que apañarnos con lo que hay. La próxima semana compraré el resto de menaje.

¡Ahí tengo mi regalo! Buscaré algo que use a menudo. Deseo que me recuerde y se me están ocurriendo un par de buenas ideas.

—¿A qué hora me pasaré entonces?

—¿A las cinco?

No puedo evitar poner cara de asombro. ¡Dos horas antes de que lleguen Gerardo y Rosa! Demasiado tiempo a solas en su piso.

—Bueno...

—He buscado un par de recetas en Internet que me gustaría preparar. No parecen muy complicadas para alguien con cierta facilidad para cocinar. El problema es que yo soy bastante torpe.

—Yo tampoco tengo mucha experiencia. —¿A saber qué platos quiere preparar! Si me saca de los macarrones con tomate, las ensaladas y las tortillas, me meterá en un compromiso.

—Seguro que salimos airosos.

—Eso espero.

Nos quedamos en silencio. No es posible nadar: el agua está fría y la sombra de un frondoso árbol comienza a ocultar el sol. Se me está poniendo la piel de gallina y nada me gustaría más que salir, coger la toalla, envolverme en ella y quedarme quieta debajo del sol.

Emerger de esta poza debería ser más fácil que entrar. Si pudiera elevar un pie hasta un saliente, me impulsaría con la ayuda de las manos. Álex ha cerrado momentáneamente los ojos. Su cabeza está apoyada en la hendidura de una roca. Es el momento. Si soy rápida, no le dará tiempo a ver mi culo en pompa mientras estoy trepando por la roca.

La teoría parecía muy fácil, pero salir del agua resulta bastante más difícil. Aunque he elevado mi cuerpo metiendo el pie en el apoyo que he encontrado, todavía estoy a demasiada altura para poder izar me a pulso y me temo que mi culo está ahora a la vista de Álex por la risilla que acabo de escuchar.

—¿Qué haces? ¿Por qué no me has pedido ayuda?

—Pensaba que podía hacerlo sola; además, parecías dormido.

—Solo he cerrado los ojos para intentar relajarme, algo imposible mirándote ahora.

—Yo no he hecho nada. —Encima de que intento no molestarlo, me echa la culpa por no poder relajarse.

—Ya lo hiciste hace un rato al ponerte ese bikini. No soy de piedra, aunque lo esté tratando de disimular. Si esperas un par de minutos, saldré y te ayudaré. Desde dentro no tengo modo de hacerlo sin tocarte y en estos instantes no me parece buena idea.

Álex esquiva mi mirada. Me abrazo para contener los temblores que sacuden mi cuerpo. ¿Son

causados por el frío o por la revelación del deseo que genero en Álex? Busqué el bikini porque quería jugar. Quería saber qué respuesta provocaría en Álex verme con tan poca ropa. Ahora entiendo que fue una chiquillada, no debería haber hecho caso a este impulso irresponsable.

Cuando conocí a Lorenzo las cosas sucedieron poco a poco. Hasta hace unos días hubiera jurado que fui prudente. Desde que conocí a Álex mi visión de aquellos momentos ha cambiado. Lorenzo me cortejó, yo estaba sola y deseosa de sentirme querida. Quería corresponder amando a alguien, sintiendo que tenía un alma gemela con quien recorrer el camino. Y lo quise, con un amor tranquilo porque era lo que mi corazón podía dar.

Al conocer a Álex he descubierto en mí la pasión. Desde que entró por la puerta del hotel, he luchado contra mis instintos, este innegable deseo sexual que se ha instalado en mi pecho. No quiero razonar. Obedecer al corazón es todo lo que deseo hacer, dejarme llevar sin pensar que algún día podría llorar por vivir estos momentos.

La moderación ha gobernado mi vida, ha sido mi cuerda guía. El amor, la pasión, la lujuria... esas sensaciones no pueden aprisionarse y dirigirse porque entonces dejan de ser genuinas y se convierten en títeres de nuestra conciencia. En este momento, acepto las consecuencias que la renuncia al control de mis sentimientos pueda causarme en el futuro.

—Estás helada. Voy a salir.

Mis dientes castañean. Estaba tan absorta desmenuzando mis pensamientos que había olvidado que quería salir del agua por el frío que sentía. Álex se incorpora, pasa delante de mí sin mirarme y emerge como hacen los nadadores olímpicos. Se sitúa en el borde y me tiende las manos.

—Busca con tu pie el saliente que antes usaste y agárrame las manos.

—Lo intentaré. —Mi cuerpo se resiste a obedecer, estoy entumecida.

Elevo los brazos. Álex se inclina, me toma las manos y me iza limpiamente. Me abraza frotándome la espalda. Podría decirle que no es necesaria tanta vehemencia. Es cierto que siento mucho frío, pero no he estado metida en aguas heladas. Secarme y ponerme al sol sería remedio suficiente para volver a entrar en calor. Sus pensamientos deben ser similares a los míos, ya que se separa para regresar con mi toalla y pasármela por encima de los hombros.

—¿Mejor así?

Asiento porque todavía estoy temblando.

—Deberías habérmelo dicho. Tienes los labios morados.

Los recorre con sus dedos. Sus ojos se mantienen fijos en mi boca, como si estuviera haciendo un trabajo de precisión y necesitase estar muy concentrado. Resulta hipnótico mirarlo y, cuando levanta la cabeza y nuestras miradas se cruzan, presiento que ha llegado nuestro momento.

—Quiero besarte, Marina.

—Sí.

—¿Quieres que te bese?

—Sí.

—Pídemelo. —Nos tortura a ambos manteniendo su boca muy cerca de la mía.

—Bésame, Álex.

Como si mis palabras fuesen una orden posa sus labios sobre los míos. Enmarca mi cara con sus cálidas manos y mantiene la presión sobre mi boca. ¿Cuánta ternura puede contener un gesto? ¿Cómo se puede transformar en pasión? Álex roza con su lengua mis comisuras, me incita a que participe, y sin darme apenas cuenta despego mis labios.

Su sabor quedará por siempre grabado en mi memoria. Aunque nunca más nos besásemos, lo recordaría.

—Te deseo —susurra besando mi cuello.

—Y yo a ti. —No son palabras generadas por el momento. La decisión ya estaba tomada antes de que nos besásemos.

—Será mejor que nos separemos y tratemos de serenarnos. No suele pasar gente por esta zona, pero algún caminante podría hacerlo, y no quiero que nos descubran como vinimos al mundo.

—No. —Me río porque nos imagino a los dos tumbados al lado de la tortilla de patatas.

—Podríamos ponernos los cascos. No nos reconocerían, pero sería muy incómodo besarnos.

Ahora sí que rompo en carcajadas. Si yo estuviese dando un paseo y me encontrase a un hombre y una mujer desnudos retozando sobre una toalla con los cascos puestos, pensaría que están pirados. Y si tuviese malas ideas y decidiese grabarles un vídeo, se convertiría en viral.

—Sería imposible, Álex —le respondo retirándome las lágrimas que este ataque de risa me ha sacado.

—¿Todavía tienes frío?

—No, se me ha pasado. —De hecho, ahora mismo siento un delicioso calor que irradia cierta parte de mi cuerpo, que está bastante disgustada porque han suspendido la fiesta a la que la habían invitado.

—Podríamos tumbarnos unos minutos para secarnos los bañadores antes de sentarnos a comer. Todavía es pronto.

—Me parece bien.

Extendemos las toallas en un claro. Los rayos que se cuelan entre las hojas hacen que la mayor parte de mi cuerpo quede expuesta al calor, pero dejan mi cabeza a la sobra. Álex está muy cerca y el deseo no ha disminuido. Lo miro y mi piel reacciona. La tela que cubre mis pechos es fina y deja al descubierto las reacciones de mi cuerpo. Me giro hasta quedar boca abajo.

Nos hemos besado y hubiéramos continuado de habernos encontrado en otro lugar. Hace unos días estaba en un avión esquivando el aliento a cloaca del escocés y hace un minuto estaba en el paraíso saboreando la boca de Álex. ¡La vida da muchas vueltas!, y yo me he montado en un carrusel de luz y color. ¡Ummm, qué bien besa...!

—¡Ah! —Me incorporo dando manotazos.

—Tranquila, que he sido yo.

—¡Uf! —respondo como puedo. Todavía estoy medio dormida—. Pensaba que tenía un bicho en la espalda.

—Le habrías matado de un infarto. Solo quería despertarte suavemente.

¿Qué pensará Álex de mí? En estos momentos no me importa, todavía tengo el corazón acelerado y la sensación de que un enorme bicho negro corre por mi espalda.

—Yo también podría haber muerto. Estaba soñando algo bonito y de repente el bicho ha aparecido, y lo ha convertido en una pesadilla.

—¿Ah, sí? ¿Y qué soñabas?

—Ya no lo recuerdo.

—Otro día buscaré otro método para despertarte.

—No suelo montar este alboroto si estoy en una cama, pero aquí en el campo es normal que algún insecto se pose.

—Si estuviésemos en la cama, las paredes de la habitación nos protegerían y nos darían la oportunidad de darte los buenos días como me gustaría.

El lenguaje visual puede ser muy efectivo en algunas ocasiones. Álex lo domina y sus ojos me adelantan cómo sería ese despertar. Será mejor pasar al lenguaje oral y desviar la conversación hacia temas que no le interesen a mi cuerpo.

—Tengo sed.

—He traído vino y una botella de agua.

—Agua, por favor. No estoy acostumbrada a tomar alcohol y anoche ya bebí bastante.

—Tomaremos agua los dos. Guardaré el vino para otra ocasión.

—¿Hasta qué hora os quedasteis anoche?

La pregunta parecería inocente si no fuera por la obstinada mirada de Rosa a la autovía. El coche más cercano está a doscientos metros de nosotras.

—Nos fuimos enseguida.

—Entonces, os mojaríais.

—Un poco. Comenzaron a caer gotas cuando salíamos del bar y cuando estábamos cerca del hotel arreció. Me acordé de ti, de cómo te gustaban las tormentas.

—La de ayer fue memorable.

—No preguntaré nada.

—Es una virtud que me gustaría tener, para desgracia mía, las ganas de saber me corroen. ¿Qué pasa entre Álex y tú?

—Nada.

Observo los campos que dejamos atrás. Vamos de compras a Zamora, algo que me apetece, aunque tenga que pasar primero por el interrogatorio de Rosa.

—Conozco bastante bien a Álex. Nunca le había visto mirar así a una mujer.

—¿Y cómo me miraba?

—Como si fueras un objeto precioso y delicado, y parecía recíproco.

Lo es. Las palabras «me gusta» no define exactamente cuáles son mis sentimientos hacia Álex. Todo el tiempo pienso en él, está presente en mis sueños: si hablo con mi madre por teléfono y me pregunta si me encuentro cómoda en mi nuevo trabajo, le contesto que sí porque visualizo la cara de Álex; si estoy revisando mi correo electrónico, lo hago recordando sus manos cuando me tocan.

—Es recíproco. Todavía no puedo decirte hacia dónde nos encaminamos. Es posible que se trate de un romance de verano o de una pasión duradera. El tiempo lo dirá.

—Esa incertidumbre sobre el futuro siempre existirá. Yo amo a Gerardo con toda mi alma y él me demuestra cuánto me quiere todos los días. ¿Dónde estaremos dentro de un año? Espero que muy pegaditos mientras una tormenta se descarga sobre el tejado de nuestra casa. A veces suceden cosas que nos alejan de las personas que han sido importantes para nosotros.

—¡Ojalá nada os separe!

—Yo también lo deseo. Ya puestos a pedir, nada me gustaría más que veros a Álex y a ti juntos y felices.

He estado a punto de decir «nos estamos conociendo». Se supone que ya lo conocía, que llevo un tiempo trabajando para él. Podría haberlo arreglado aclarando que solo lo he tratado a nivel profesional. Será mejor que esté atenta para que ninguna frase comprometedoras se me escape.

Será difícil porque me encuentro muy cómoda charlando con Rosa. Estoy segura de que, si nos hubiésemos conocido en un gimnasio, o en otro trabajo, habríamos establecido lazos de amistad rápidamente.

—El tiempo lo dirá. —Yo estoy deseando que el tiempo pase y que lo haga mientras Álex me besa si es posible—. ¿Qué vamos a comprar?

—Ropa viciosa.

—¿Cosas guarras? ¿Vamos a ir a un *sex shop*?

—Si tú quieres, te acompañaré. Quizá me antoje de algún juguetito para darle algo de picante a las noches que no hay tormenta.

—¡Yo sí que no tengo ningún interés en comprarme nada en una de esas tiendas! Como has dicho que íbamos a por ropa viciosa...

—¡Mujer! Ropa viciosa es esa que no te hace falta y que no puedes ponerte todos los días porque resulta incómoda.

—¡Como mis sandalias!

—Exacto, ropa *sexy*, de la que sube la moral, aunque a ti no te haga falta alguna.

—A mí la moral me sube y me baja como a todo el mundo.

—Hoy nos centraremos en la que hace que se suba. Para bajarla no tendríamos que irnos muy lejos a buscar. Bastaría con coger un sujetador y una braga-faja del taller de Amparo.

—De color carne, ¡ja, ja, ja!, y no depilarse en un mes.

—Yo no puedo hacer eso. Tengo el pelo negro y duro como el de un puercoespín. En cuanto termine el verano tendré que volver a pedir cita para una depilación láser. De todos modos, esa ropa interior es tan fea que ella solita se basta para deprimir a la más valiente.

—¿Vamos a ir directamente a la tienda esa de la que me hablaste ayer o quieres que miremos otras antes?

—Me gustaría dar una vuelta. Zamora es una ciudad pequeña y no hay mucha distancia entre las tiendas, es mejor ojear un rato antes de meternos en los probadores.

—Muy bien, tú mandas. Yo no conozco la ciudad.

Parece que va a tener razón Álex, Rosa me va a llevar de *tour*. He venido preparada: ropa fresca y cómoda, sandalias planas y bolso cruzado sobre el pecho. Un conjunto de ropa no viciosa que me permitirá seguir a Rosa en nuestra búsqueda del perfecto atuendo para acudir a una fiesta.

—Las calles que vamos a recorrer son el centro de la ciudad, donde están los edificios más hermosos y las iglesias.

—Me gustaría comprarle un regalo a Álex. No quiero presentarme mañana con las manos vacías.

—A mí también me gusta llevar, siempre que me invitan, un detalle. ¿Has pensado qué va a ser?

—Unas copas de vino. Algo especial.

—Voy a meter el coche en un *parking* que hay donde están las calles peatonales. Justo encima hay una tienda que vende unas cosas monísimas. Tienen muebles auxiliares, bandejas, cojines y un montón de artículos originales. Seguro que ahí encontramos las copas.

—Muy bien. Prefiero comprarlo ahora y dejarlo en el coche.

—Yo también buscaré un regalito. ¡Me encanta ir de compras!

—Yo tomaré una caña.

—Yo una clara.

El camarero regresa con nuestras bebidas y un cuenco lleno de frutos secos para acompañar.

—¡Umm, qué rica!

—Pensaba que pedirías vino.

—A mí me gusta la cerveza.

—Y tienes un marido vinicultor.

—Me gusta el vino, he aprendido a saborearlo, pero cuando no estoy delante de Gerardo pido cerveza, que es lo que realmente me gusta y me quita la sed. Espero que guardes el secreto.

—Mis labios están sellados. Son las nueve menos cuarto. Estoy cansadísima, esto de ir de compras es agotador.

—Ha merecido la pena. Vamos a estar espectaculares.

—Venía decidida a comprar un vestido con el que no tuviera que llevar mucho tacón y he comprado unos botines de rejilla que tienen más tacón que las sandalias que llevé anoche.

—Los necesitabas para completar el *look*.

—El vestido es demasiado corto. Cuando me sienta lo haré sobre mi ropa interior.

—Ponte la faja marrón y te sentirás protegida y segura.

—Prefiero llevar el conjunto de encaje que he comprado. Voy a una fiesta y quiero estar alegre, no echarme a llorar de pena. Tú has sido más lista que yo eligiendo modelito. El pantalón pitillo de raso es una monada.

—En cuanto me lo probé supe que era para mí. El problema es la ropa interior.

—¿Qué problema?

—Que no puedo llevar nada. Hasta la goma del tanga se marcaría.

—¡Menudas compradoras estamos hechas!

—De primera. Brindemos por ello.

Entrechocamos nuestras jarras y nos relajamos contemplando la plaza, que está muy concurrida. Hay un parque que hace posible que las parejas puedan sentarse a tomar algo mientras vigilan a sus niños, que juegan en las casitas de madera de colores. No hace falta ser Sherlock Holmes para deducir que debe haber una heladería cerca. Muchas de las personas que atraviesan la plaza lo hacen con cucuruchos rebosantes de cremoso helado. Me está entrando hambre.

—¿Tienes prisa por regresar a Toro?

—En absoluto. Gerardo ya estará en el restaurante, es sábado y trabajarán hasta tarde. ¿Tienes algún plan?

—Te invito a cenar. Piensa en un sitio relajado, no voy vestida para entrar a un restaurante de diseño.

—¡Ni yo! Podemos cenar de pinchos y rematar con un helado dando un paseo hasta el río.

—Perfecto.

Nos quedamos calladas, a veces es necesario permanecer en silencio. Hemos hablado por los codos, prácticamente nos hemos contado nuestras vidas, y también nuestros cerebros y gargantas deben descansar.

¡No me lo puedo creer! El sinvergüenza que se frotó sus partes contra mi culo está mirándome. Intenta disimular girando la cabeza, pero es imposible equivocarme. Lo he visto en la máquina expendedora, en el *parking* del hotel, en la plaza de Toro y ahora en Zamora. ¡No son coincidencias! ¡Me está siguiendo!

Cuando provocó que nuestros cuerpos se tocasen en el pasillo de los baños de la piscina me asusté, pero no le di demasiada importancia porque hay mucho indeseable suelto por el mundo. Mi impresión comenzó a cambiar al descubrirlo en la plaza mientras cenaba con Rosa. Hay tipos que se obsesionan con las mujeres que desean y les hacen la vida imposible persiguiéndolas.

Que me haya seguido hasta Zamora, que seguramente haya recorrido las calles por donde hemos pasado, que haya esperado a que saliésemos de las tiendas, que probablemente haya escuchado nuestras conversaciones me irrita. ¿Quién se cree que es para invadir mi vida privada de ese modo? Estoy rabiosa. En estos momentos no razono muy bien. No me importa si es un hombre o un rinoceronte, quiero que sepa que voy a llamar a la policía si continúa acosándome.

—¿A dónde vas, Marina?

—Ahora vuelvo. Pídeme otra clara, de aquí no me echa nadie.

Cruzo la plaza con pasos rápidos. No pienso en lo que voy a decirle, ya se me ocurrirá algo cuando lo tenga a mi alcance. Otro hombre aparece. ¿Son gemelos? Se parecen mucho, pero no son idénticos.

¡El tipo que me dio conversación cuando mi coche se estropeó! ¿Qué está pasando? ¿También él me está vigilando? Aminoro los pasos al atravesar un improvisado campo de fútbol que unos niños pequeños han formado en medio de la plaza. Se conocen, no puedo escuchar lo que dicen, solo el serio semblante del que acercó su bragueta a mi retaguardia y la sonrisa del que me habló en la cafetería. Cuando han decidido marcharse y acelero para no perderlos de vista, algo oscuro me aborda.

—Hola. ¿Me recuerdas?

—¿Perdón? —Un hombre se ha puesto en medio de mi camino.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí... —Su cara me suena y respondo automáticamente. Los extranjeros ya no están y no he podido ver hacia dónde se han dirigido.

—Te ayudé con tu coche, no arrancaba. Yo tenía el mío aparcado al lado del tuyo.

Lo miro. Ahora lo reconozco, el castaño guapo. ¡Qué coincidencias!

—Claro. El otro día estaba muy nerviosa porque llegaba tarde y apenas me fijé. Quizá nos hemos cruzado en el hotel y no te he saludado. Si es así, lo siento.

—No nos hemos visto, estoy seguro.

Me sonrío. Quiero ser una persona agradecida y este chico me sacó de un doble apuro: reparó mi coche y me libró del hombre que acaba de irse de la plaza con su amigo. Voy a fijarme bien en lo que me está diciendo. Si él ensució sus manos metiéndolas en mi motor, yo también puedo olvidarme por un rato de los rusos, rumanos, lituanos... o lo que sean. Ahora que lo pienso bien, que haya aparecido ha sido de nuevo muy oportuno. No debo acercarme a ese tipo de personas porque pueden ser agresivas, y es a la policía a quien debo avisar si vuelvo a verlos.

—Estoy con una amiga tomando algo en esa terraza. ¿Quieres acompañarnos?

—Muchas gracias, pero no quiero molestar. Simplemente, estaba dando una vuelta para conocer la ciudad, he visto una cara conocida y me he emocionado.

Mi mecánico salvador se ríe y me contagia. Tiene cara de buena persona, de esas que encantarían a cualquier madre. Un chico sanote, alto, deportista (porque los músculos de sus brazos no se consiguen cogiendo un bolígrafo), educado. Sería mi tipo si no fuera porque Álex apareció en mi vida y ocupó todos los rincones.

—No es molestia. Estamos descansando después de una agotadora tarde de compras.

—Está bien, pero solo unos minutos, yo también estoy cansado. No debe quedar una calle de Zamora que no haya pateado. Estoy deseando darme una ducha y meterme en la cama.

—¿De dónde eres?

—De un pueblecito de Huesca. Allí no hace tanto calor.

—Yo tampoco estoy acostumbrada a ver cómo el termómetro supera todos los días los treinta grados. Te presento a mi amiga Rosa.

—Encantado. Soy Jorge. —Menos mal que se ha presentado. Me ha evitado el bochorno que hubiera supuesto presentar a alguien cuyo nombre no conozco.

—Hola, Jorge.

—Es el chico que me ayudó el primer día de trabajo. Un cable del motor de mi coche se soltó y no arrancaba.

—Eso merece una cerveza, ¿o prefieres tomar otra cosa?

—Una cerveza estará genial. Estoy deshidratado. ¿Una tarde de chicas?

—Sí.

—Estas son mis primeras vacaciones en solitario. Todavía no sé si me gustan o si están resultando una experiencia que no querré repetir.

—A mí me encantaba irme sola a recorrer mundo. —Rosa recuerda con añoranza aquellos tiempos.

—Quizá no estoy hecho para llevar este tipo de vida. Voy a seguir intentándolo. El día que nos vimos —dice mirándose divertido— eran mis primeras horas de vacaciones. Había llegado la noche anterior muy tarde. Solo había tenido tiempo para registrarme, deshacer mi maleta e irme a dormir.

—Yo te aconsejo que no te rindas. Cuando menos te lo esperas conoces a gente maravillosa.

—Como a vosotras.

—Por ejemplo, ¡ja, ja, ja!

Jorge apura su cerveza. ¡Sí que estaba sediento! Busca con la mirada al camarero. No voy a dejar que pague. Ha sido idea mía invitarlo a tomar algo y, además, siempre estaré agradecida a sus providenciales apariciones.

—Hoy invito yo.

—Está bien. La próxima vez me tocará a mí.

—De acuerdo, muchas gracias. Me ha gustado conocerte, Rosa. Voy a seguir tu consejo. Me quedaré por esta zona unos cuantos días más.

—Entonces, quizá nos volvamos a ver.

—Es probable. Adiós, Marina.

Se aleja mezclándose entre los turistas que aprovechan que el calor ya no es tan intenso para salir a descubrir una ciudad muy hermosa. Rosa y yo apuramos nuestras bebidas. Hay algo que me inquieta: no recuerdo en qué momento le he dicho mi nombre a este chico.

—¡Que hombre tan guapo! ¿Y se aloja en tu mismo hotel?

—Eso parece. Yo solo lo he visto el día ese en que mi coche decidió que estaba más cómodo con el manguito suelto.

—Es un bombón. No me habías hablado de él.

Rosa me mira tratando de leer mi mente. Ahí no hay ningún dato que le interese sobre este hombre. A mí me gusta Álex. No se puede elegir de quién te quedas prendado. Es él quien ha derribado las barreras. Ahora que está dentro de mi corazón, no quiero dejarlo salir.

—Sí que lo es. Me había olvidado de él y tampoco hay mucho que contar. Me ayudó con el coche y se lo agradecí. Tengo el estómago tan vacío que noto los cacahuets flotando en la clara. Necesito algo sólido si no quiero comenzar a asustar a todos con los ruidos de mi estómago.

—Yo también estoy famélica. Hemos hecho mucho ejercicio caminando de una tienda a otra.

—Vamos a por esos pinchos entonces. Si veo pasar un solo helado más delante de mis ojos, soy capaz de robárselo a un niño.

—Marina, ya hemos llegado.

—¿Qué?

—Que estamos en el *parking* del hotel. Tienes que bajarte, yo no puedo cargar contigo.

—¿No? —Estoy tan a gusto. No sé por qué me está zarandeando Rosa.

—Que conste que no te estoy llamando gorda ni mucho menos. Sería estupendo tener tanta fuerza como para poder llevarte en brazos hasta tu habitación, pero eres mucho más grande que yo.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Que soy más grande. Ya salgo.

Intento abrir los ojos. Mis párpados son como dos grandes bloques de granito. No deberíamos haber tomado tantas cervezas. En realidad, han sido cuatro. Me han dejado tan achispada que la

bola del helado se me ha caído a la tercera lametada. ¡Con lo rico que estaba! Podríamos haber vuelto a comprar una tarrina para que no me volviese a suceder, pero me apetecía más meterme en el coche de Rosa y cerrar los ojos unos segundos.

—Chica, menuda facilidad para dormirte en el coche. No había metido todavía la llave en el contacto y ya estabas soplando.

—¿Soplo? —¡Qué vergüenza! No sabía qué hiciese ruidos al dormir.

—Es un modo de hablar. No haces ruidos, te quedas tan callada que he llegado a pensar que estabas sufriendo un coma etílico. ¡A ver cómo lo explicaba yo!

—¡Uf! —Me estiro y abro completamente los ojos—. Lo siento. No estoy acostumbrada a tomar tantas cervezas. El alcohol me da sueño y al meterme dentro del coche no he podido resistirme. Ni me he dado cuenta. ¿Qué hora es?

—Las doce y cuarto. ¿Te acompaño hasta tu habitación?

Un par de matrimonios que están alojados en mi misma planta llegan en ese momento al hotel. Son dos parejas de mediana edad que llevan todo el tiempo la sonrisa fija en la cara. Al parecer han dejado a sus hijos en un campamento de verano y están disfrutando de unos días libres de niños, pataletas, ropa sucia y el constante «me aburro».

—No hace falta. Voy a aprovechar que entran esas parejas. Hasta mañana. Me lo he pasado muy bien. Habrá que repetirlo, pero con menos cerveza.

—Para ti pediremos sin alcohol. Parece mentira que aguantes tan poco con lo grande que eres.

—Son cosas de familia. Mañana nos veremos.

Los dos matrimonios se han adelantado y ya están subiendo las escaleras. Estoy confiada. Es uno de los efectos de las cervezas, esa desinhibición que provoca que todo parezca menos áspero, los problemas se suavicen, las ilusiones se inflen y las tontas como yo se confían, hasta que me doy cuenta de que me he quedado sola en la recepción.

Me giro bruscamente, una pierna y un brazo desaparecen por la puerta. ¿De dónde ha salido? Alguien habrá dejado olvidado algún objeto en su coche y ha vuelto a recogerlo. También podría haber salido de la cafetería o del restaurante. No voy a permitir que ese extranjero me convierta en una mujer paranoica. Por si acaso subo las escaleras de dos en dos y disminuyo el paso. Entonces compruebo que los dos matrimonios están charlando en el pasillo. Los saludo más tranquila y, entrando en mi habitación, giro el pestillo hasta que llego al tope. No las tengo todas conmigo y empujo la puerta con el culo para asegurarme de que esté bien cerrada.

Capítulo 14

—Buenos días, Marina.

—Buenos días, Álex. —¡Que no se pierdan nunca los buenos modales!

—¿Qué haces? Si es que no es mucha indiscreción.

—Me estaba preparando para bajar a la piscina. Hoy es el día que más calor hace.

—Buena idea. ¿Has comido ya?

—No, todavía es pronto.

—Podríamos almorzar juntos. En el bar de la piscina trabaja una antigua compañera de instituto que además prepara unos cócteles muy buenos.

—Ayer, al regresar de Zamora, me quedé dormida en el coche de Rosa. Fueron cuatro claras, pero me sentaron como si en lugar de gaseosa tuvieran ginebra. Me niego a tomar nada que contenga alcohol hasta la tarde.

—Le diremos que solo ponga zumos de frutas.

—Pero yo lo quiero con una sombrilla. —¿Estoy coqueteando?

—Tendrá su sombrilla y bengala si te hace ilusión.

—También sirven ensaladas y platos combinados. ¿Dejarás que te invite?

—Por supuesto. No soy de esos hombres que llevan el asunto del machismo como si fuera una bandera. Me voy a poner el bañador y me tendrás ahí dentro de diez minutos. Yo también necesito despejarme.

—Muy bien. Hasta ahora.

Suelto el bañador que estaba a punto de ponerme. Si algo tengo en abundancia es ropa para el baño. El de natación es el único que he comprado desde que empecé a trabajar en empresas que fabricaban bikinis. Metí tres bikinis en mi maleta al saber que el hotel contaba con piscina.

Deshecho el que me puse ayer. Es demasiado escueto y me pasé casi todo el tiempo comprobando que la tela continuaba en su sitio. Escojo el negro, es un clásico. Sigue siendo pequeño, pero, con algunos centímetros más de tela, me dará la seguridad que necesito para nadar.

Cepillo mi pelo hasta que está sedoso y brillante. De repente es importante que me esmere

hasta lograr que mi imagen esté perfecta. No tengo por qué engañarme a mí misma. Lo hago por Álex, quiero que me vea hermosa. Si para conseguirlo tengo que llevar la melena suelta con este calor, lo haré encantada. Solo serán unos minutos. Cuando nos metamos al agua, ya veremos qué haré para seguir estando bella.

Se nota que es domingo. Los huéspedes todavía deben estar durmiendo o tomando un desayuno tardío. Cuento cinco personas en la piscina. Por suerte, mis hamacas favoritas están libres. El terreno de la zona de baño está situado en una ladera que desciende hasta el río Duero. Por razones obvias la piscina debe estar nivelada. Lo solucionaron levantando un muro que rellenaron de material. Es una gran terraza, y para evitar que alguien se precipite ladera abajo hay una balaustrada de hierro bellamente decorada. Las tumbonas que están situadas en esta parte son las mejores. El personal de mantenimiento las coloca mirando hacia la piscina cada mañana. Algunos clientes, entre los que me encuentro, las giramos para quedar tumbados mirando hacia el río. Escojo las que están en la esquina. Ningún niño tendrá que pasar por esa zona si quiere corretear por el jardín. Pongo mi toalla en una y mi bolsa en la otra. Corre una ligera brisa que hace algo más soportable los potentes rayos del sol.

—Buena elección. Esta es la segunda mejor vista del río. —Álex se deja caer en la tumbona.

—¿Y cuál es la primera?

—La terraza de mi apartamento.

—¿Pero no era una buhardilla?

—Lo es.

—¿Y tiene terraza?

—Luego lo verás. Es algo bastante original.

—De acuerdo.

Noto ese cosquilleo que aparece cuando deseamos algo y al mismo tiempo nos pone nerviosos imaginar el momento en el que sucederá lo que anhelamos. Quiero estar a solas con Álex, retomar el momento del río, saborear de nuevo sus labios y sus manos. También siento miedo, los motivos por los que me besó ayer podrían quedar expuestos y no ser los que yo anhelo.

—Te has puesto morena. Tienes marcas.

—Todas las tardes he venido a nadar un rato. Con tanto calor es lo mejor que se puede hacer en Toro: bañarse y secarse al sol para volver a meterse al agua.

—También pueden hacerse otras cosas... —Álex me sonrío picarón—. Pero es cierto que está haciendo mucho calor incluso para esta zona. He dejado el aire acondicionado funcionando. Me gustaría usar la terraza porque es donde mejor estaremos, pero han vuelto a pronosticar tormentas.

No quiero que tengamos que coger todo de repente para meternos porque se pone a llover y que dentro del apartamento tengamos treinta grados.

—Claro, es la última planta y los tejados recogen mucho calor.

—¡Lo sé! Viví dos años en Madrid en una buhardilla del barrio de Malasaña.

—¿Cuando montaste el gimnasio?

—Ya veo que tienes buena memoria, así fue. Necesitaba todo el dinero que ganaba para reinvertirlo en mejorar las instalaciones. El alquiler era baratísimo y estaba en el centro. Cuando entré a vivir era marzo, recuerdo que me chocó que no necesitase manta en la cama. En julio me sobraba la sábana, el colchón y la almohada.

—Lo imagino. Estuve un verano viviendo en casa de una amiga en Brooklyn y tenía que mojarme el pelo para poder dormir.

—Entonces, imagínate Madrid. Aquello era minúsculo, una sola estancia que tenía una minicocina, que solo usaba para prepararme el desayuno, un sofá, que se convertía en cama, y una puerta con el baño más pequeño imaginable. Me tenía que duchar agachado. Solo había una pequeña ventana y una claraboya. Aunque las dejase abiertas todo el tiempo apenas se enfriaba el aire. Pasaba tanto calor que me mareaba. Terminé comprando un aparato portátil de segunda mano. Era un ventilador con un depósito para el hielo. Movía el aire y este se enfriaba al pasar entre los cubitos. Cuando llegaba a casa por la noche sacaba el hielo del congelador, llenaba la cubeta al máximo y rellenaba de agua las cubiteras.

—¿Y era efectivo? —Imaginar ese espacio y el calor que se concentraba dentro está provocándome unas ganas horribles de bañarme.

—Para mí fue mi salvación. Más de una vez tuve que bajar a la tienda de los chinos a por hielo porque se me había olvidado llenar las cubiteras. Una de los aspectos de la obra en el que más insistí con el arquitecto fue la cuestión del aire acondicionado. Si íbamos a hacer una reforma total del espacio, quería tener aire acondicionado en todas las estancias.

—¿Hace mucho frío en invierno?

—Bastante. Hay una chimenea para las tardes frías y lluviosas.

—Pero todavía queda mucho tiempo para que llegue ese momento. ¿Nos bañamos? Yo no aguanto más.

—Ni yo. Estoy ardiendo.

Yo también lo estoy, Álex. No podría decir qué me está dando más calor, si el sol o tener tu cuerpo delante. Necesito enfriarme y de momento me tendré que conformar con un chapuzón en la piscina.

Agradezco a este hotel que no tengan como norma obligatoria el uso de gorro de goma en la piscina. Con lo nerviosa que me acabo de poner al escuchar a Álex decir que está ardiendo, hubiera tardado un buen rato en enroscarme el pelo. Me tiro al agua y recuerdo demasiado tarde para poder hacer nada que un bikini no es la mejor prenda para arrojarse de cabeza a una piscina.

Buceo hasta que los pulmones me arden y me obligan a emerger. Un rápido recorrido con mis manos me relaja. ¡Todo está en su sitio! Álex aparece a mi lado con una sonrisa natural que confirma que está en forma y que yo tengo que comenzar a hacer ejercicios aeróbicos.

La piscina es un rectángulo. Los dos lados más pequeños tienen los accesos al agua. Hay una escalera metálica clásica donde la piscina cubre más. Desde ese punto la profundidad va disminuyendo hasta alcanzar el metro y cuarenta centímetros en el lado contrario. Unas amplias escaleras con una balaustrada metálica en el centro permiten entrar y salir cómodamente.

—Hace demasiado calor para nadar. —Me siento en uno de los peldaños de espaldas al sol.

—En Lagunafría hasta los insectos estaban a la sombra.

—¿Has ido con Gerardo?

—Hemos ido —me responde buscando acomodo al otro lado de la balaustrada.

—¿Qué le has contado a Gerardo? Lo pregunto para no meter la pata esta tarde.

—La verdad.

Lo miro sorprendida, creía que le diría una mentira piadosa. Eso fue al menos lo que me dijo cuando hablamos de ello. Me devuelve la mirada y sus gestos son claros. Inclina la cabeza hacia atrás y la sumerge dentro del agua. Cuando la saca de nuevo su rebelde pelo negro tiene el peinado de un galán de película de los años cincuenta.

—Cuando lo llamé ayer por teléfono solo le dije que necesitaba un favor. —Una mujer entra en el agua y Álex se acerca más bajando el tono para que nuestra conversación no pueda ser escuchada—. Le dije que ya le contaría de qué se trataba y quedé en recogerlo hoy a las diez para tomar un café. Había pensado alguna excusa, pero cuando me saludó las rechacé todas.

—Y le contaste lo de las facturas de luz impagadas.

—Sí, es mi amigo. Sabe guardar los secretos y no quiero que entre nosotros haya ningún malentendido que pueda poner en peligro nuestra amistad.

—Me parece bien. ¿Y qué le has dicho sobre mí?

—Nada —me contesta riéndose—. Bueno, sí, hemos hablado de ti, pero no le he contado cómo nos conocimos. Ese será nuestro secreto.

—Entonces, ¿qué le has dicho?

—Que me gustas mucho. —Su dedo corazón inicia un recorrido por mi nariz, se desliza por mis labios y termina su viaje en mi cuello—. Que anoche me dormí pensando en ti y que esta mañana tu imagen y tu nombre han llenado mis primeros momentos de consciencia.

Atrapa mi mano entrelazando sus dedos con los míos. Sus ojos me interrogan, quiero contestarle. Intuyo que no insistirá. Respetará mi decisión y será un caballero, aunque lo rechace.

—Yo también pienso mucho en ti. —Constantemente.

—¿Y podría saber por qué lo haces?

Su pregunta me acorrala. Respiro profundamente y escojo las palabras.

—No lo sé, sucede y no puedo remediarlo.

—Yo no quiero dejar de pensar en ti, recordar el sonido de tu voz, tu aroma, tus gestos, el sabor de tu boca... Cuando no estoy a tu lado te echo tanto de menos que acudes a mi mente y rellenas la sensación de vacío que dejas.

—Nos hemos conocido hace muy pocos días...

—Pero parece que llevamos juntos toda la vida.

—Sí.

¡Es cierto! ¿Cómo es posible que unas cuantas horas a su lado hayan sido suficientes para generar esa necesidad, esa sensación de que el tiempo que no estamos juntos son minutos de espera, necesarios pero vacíos de contenido?

—Quiero saber dónde estoy.

—Espero que a mi lado. —Podría marcharme mañana y no volver a verlo nunca más. No me moriría, pero mi vida sería gris. Quizá sea una locura, un amor que morirá cuando termine el verano, o también podría vivir la pasión con mayúsculas.

—No te arrepentirás. —Un ligero beso es una pista de los momentos que disfrutaremos cuando estemos en un ambiente más íntimo.

Las ondas de los gritos de dos niños agrietan la campana de cristal que ha contenido nuestras emociones.

—Se terminó la calma. ¿Volvemos a las tumbonas? No has terminado de contarme lo que habéis averiguado Gerardo y tú.

—De acuerdo. —Mirar cómo Álex se ducha dejando que el agua caiga sobre su cara me da fotogramas para soñar durante un mes completo—. Pero hay poco que contar.

Me tumbo sin preocuparme por secarme con la toalla. Este frescor durará solo unos minutos. Tenemos el sol frente a nosotros y los dos buscamos las gafas para protegernos de sus poderosos

rayos.

—¿Habéis mirado el contador de luz?

—Sí, hemos llegado a las once, porque esa es la hora de la misa en Lagunafría y todos suelen acudir a la iglesia. Gerardo tenía llave maestra de la puerta de los contadores y hemos encontrado algo muy curioso. Uno de ellos estaba parado, pero la numeración del otro no paraba de girar. Hay un cable adosado a la pared. Alcanza el tejado del taller y desde allí cuelga sobre la calle hasta llegar al tejado de la casa que tiene los portones rojos.

—La del almacén. ¿Estaban trabajando? —Es domingo.

—Eso pensamos los dos. Nos acercamos y como tú me dijiste tiene todas las ventanas cerradas a cal y canto. Tocamos la puerta y nadie nos abrió. Estaba a punto de forzar una de las contraventanas cuando aparecieron Licinio y Salvador.

—¿Quién es Salvador?

—El marido de Juana, una de las mujeres de la fábrica.

—¡La que canta como si le estuviesen apretando el cuello!

—Esa misma. Siempre me he preguntado cómo era posible hacerlo tan mal. Venían corriendo con las escopetas al hombro.

—Déjame adivinar: ¿os echaron amablemente?

—Solo les faltó encañonarnos para alejarnos de esa casa. Licinio tartamudeaba por lo nervioso que estaba. Salvador se puso tan colorado que creí que le daría un ataque al corazón. Ni recuerdo todas las tonterías que dijeron los dos para apartarnos de esa casa. Las mujeres salieron de la iglesia y se sumaron al boicot. Parecían una marea que nos arrastrara a los dos hacia mi moto. He comido en casa de todos ellos. Me han dado la merienda, me han curado cuando Amparo y Paco no estaban y me hacía daño en alguna de mis trastadas... No he podido enfadarme con ellos y nos hemos marchado de allí con cara de idiotas.

—Lo siento, pero es un consuelo saber que no he sido la única en fracasar, ¡ja, ja, ja!

—¿Qué demonios estarán haciendo dentro? ¿Y por qué mis tíos no tienen dinero para pagar los recibos? El año pasado se fueron en Semana Santa a las islas Canarias de vacaciones y en octubre estuvieron quince días en Benidorm. Si nada ha cambiado en la empresa, no entiendo cómo se han quedado sin dinero.

—¿Y las escopetas? Licinio llora cuando a la empalagosa protagonista de la telenovela se le parte una uña. No creo que sea capaz de disparar a ningún pájaro.

—Yo tampoco. En fin, mañana estaré con mis tíos y ya te contaré si consigo sacar algo en claro. ¿A qué hora saldrás de viaje?

—A las nueve. Quiero darle una sorpresa a mi madre apareciendo en su trabajo sin avisarle.

—¿Volverás muy tarde el martes?

—Antes de que anochezca. Prefiero conducir de día.

—Entonces, cenaremos juntos. —Lo da por hecho y no se equivoca. Querré verlo en cuanto llegue a Toro.

—Vale. Ya no aguanto más tiempo al sol.

—Vamos a tomar algo. Mi amiga ya le ha dado el relevo a su compañero.

Miro hacia el bar de la piscina. Una chica con el pelo muy corto teñido de rubio platino está despidiéndose del camarero que deja la barra. Nos acercamos y en cuanto ve a Álex sale y lo abraza con familiaridad.

—Marina, te presento a Noelia. Estudiamos juntos y somos amigos desde que me liberó del acoso de Mari Sol, la de tercero.

—Hola, Marina. Ya me habían hablado de ti.

—¿Ah, sí? —Espero que haya sido algo bueno. No recuerdo que haya dado motivos con mi comportamiento para generar cotilleos.

—No pasas desapercibida. El viernes estuvisteis tomando algo en el bar de Mario. Ahí acude toda la juventud del pueblo. Ayer vieron a Álex salir del pueblo con la moto. Una rubia muy alta se agarraba a su cintura. Dos citas dos días seguidos, ¡ja, ja, ja!

—Tendrías que haber seguido tu instinto y haber sido policía. Tienes madera de detective.

—Pues sí, me encontraba dividida entre dos pasiones. Me decidí por la Biología y aquí estoy, haciendo mojitos a los turistas.

—¿No ejerces?

—En España hay poco trabajo para los biólogos moleculares. Durante años he subsistido gracias a las becas. Me marché a Suecia en septiembre. Allí me han ofrecido un puesto en una empresa de investigación.

—Las bebidas están compuestas por moléculas.

—¡Muy gracioso, Álex! ¿Confíais en mí?

—Voy a decir que sí. Espero no arrepentirme.

—Entonces, sentaos. Voy a preparar mi nuevo cóctel. He dedicado años de estudio a encontrar la fórmula perfecta, un compuesto estable que provoca una reacción en cadena en el organismo: levanta el ánimo, el espíritu y todas las células del cuerpo de quien lo prueba.

—En resumen, estabas probando y te salió algo rico.

—¡Ahí lo has clavado! En seguida os lo llevo a la mesa.

Buscamos un lugar debajo de una sombrilla, no está el día para arriesgarse a sentarse a comer al sol. Mi pelo todavía está mojado. Lo he sujetado en una coleta y me refresca la espalda, pero la humedad desaparecerá si continuamos al sol.

—Tus tíos van a pensar que estamos turnándonos para agobiarlos. Cuando yo me marchó, apareces tú.

—Solo estaré con ellos mañana y no creo que vean como algo anormal que su hijo acuda a comer con ellos. El martes podrán respirar tranquilos, ya que no pienso acercarme a Lagunafría. Tengo otros planes.

Me quedo pensando si preguntar cuáles será lo correcto. El primer impulso ha sido abrir la boca para saber qué piensa hacer pasado mañana, pero la he cerrado antes de que mis labios se despegasen. No quiero parecer una cotilla interrogándolo sobre su vida privada.

—Pensaba que lo habíamos dejado claro en la piscina hace un momento. Ya no somos dos extraños, y cuando te he dicho que tengo un plan estoy seguro de que has estado a punto de preguntar. ¿Por qué no lo has hecho?

—No me quiero entrometer.

—Yo sí quiero que lo hagas. Estamos juntos y se llama compartir. —Para remarcarlo me da un beso cuando Noelia nos deja las bebidas en la mesa—. Muchas gracias. ¿Podrías prepararnos una ensalada y un par de sándwiches mientras puntuamos tu cóctel?

—¿De qué tipo? ¿Os acerco la carta?

—El mío lo dejo a tu elección. ¿Quieres ver la carta, Marina?

—No, yo también prefiero la sorpresa. Lo único que no quiero es que tenga cebolla.

—Entendido, así da gusto. Ya podrían ser todos los clientes como vosotros. Ayer dos belgas pidieron *sushi*, les respondí que el bar de la piscina solo servía lo que aparecía en la carta. No parecían entender, así que les planté los cartones con la lista de los platos delante de sus ojos. Después de mirarla como si fuera una piedra filosofal volvieron a la carga con el pescado.

—Seguro que pudiste con ellos.

—Abrí dos latas de bonito en aceite de oliva, les hice dos bocadillos y quedaron tan contentos.

—Como para discutirte a ti, ¡ja, ja, ja! Ni los profesores podían contigo.

—Enseguida os traigo la comida. —Noelia pone cara de no haber roto en su vida un plato—.

Toseré antes de llegar para anunciar mi presencia.

Pruebo un sorbito y solo puedo decir que está buenísimo. No sabe a alcohol y tampoco quiero preguntar. Va a ser una copa y me la quiero tomar sin preocuparme por si cuando me levante lo haré con pasos firmes o iré haciendo curvas.

—Está delicioso.

—Muy fresco. Si consiguiese que Noelia me diese la receta, podríamos prepararlo esta noche.

—Estaría bien. Yo creo que lleva zumo de naranja y algo de frambuesa; el resto de los ingredientes no los reconozco. ¿Qué ruta vas a hacer el martes?

—No puedo decírtelo. —Me mira tan seriamente que durante unos instantes creo que he preguntado lo que no debía—. Te ha costado, ¿eh?

—Un poco.

—Tendrás que acostumbrarte. Yo te preguntaré a ti y tú me contarás que has hecho. —Me coge la mano afianzando sus palabras—. Después, yo seré quien te describa cómo ha sido mi día. Quiero que lo nuestro funcione desde el principio, y la sinceridad y la complicidad me parecen dos bases fundamentales. ¿Piensas lo mismo?

—Sí.

—Voy a ver algunos castillos. —Llevándose mi mano a sus labios, la baña de pequeños besos que me dejan atontada—. Desde que lo comentaste cuando conducía hacia Lagunafría con el Hummer, le he dado bastantes vueltas a esa posibilidad.

—¿Te refieres a comprar un castillo y rehabilitarlo para después venderlo a una cadena hotelera?

—Sí. Podría hacerse algo realmente bonito y original: mantener el exterior y por dentro decorarlo con una mezcla de muebles modernos con otros antiguos. Podría encargarlo al mismo equipo que ha reformado mi piso. Me gusta mucho cómo trabajan.

—Un lugar donde descansar.

—Exacto. Piscina en verano y terrazas para cenar al aire libre, con un invernadero con calefacción para disfrutar de las vistas en invierno. Los castillos solían situarse en lugares altos, así que tienen muchas posibilidades. Quiero dar una vuelta en moto y comprobar si hay alguno en venta que me llame la atención. Un primer acercamiento.

—¡Qué bonito! Podrías poner bicicletas con diseño de los años cincuenta para uso de los clientes, incluso motos eléctricas para que pudieran acercarse hasta Toro, habitaciones con grandes cristaleras y una bañera gigante para relajarse mirando a los campos, concertar catas de vino de la comarca...

—¡Para, para, que no me puedo acordar de todo lo que estás diciendo! ¿Podrías repetirlo con la grabadora del móvil activado? ¡Ja, ja, ja! Tienes muy buenas ideas y ya veo que no soy el único al que le gusta soñar.

—¡Perdona! —¿Para qué habré abierto la boca? Seguro que solo he dicho tonterías—. No me hagas caso. Tú eres el profesional y sabes perfectamente cómo adecuarlo para hacerlo atractivo a la hora de venderlo.

—¿Y si no lo vendiese? ¿Y si lo comprase para gestionarlo personalmente? Llevo un par de años dándole vueltas a esta posibilidad. Me he alojado en multitud de hoteles de todos los tipos, así que creo que estoy cualificado para poder hacer bien este trabajo.

—Entonces, imagino que ya te habrás hecho una idea sobre qué tipo de clientela podría tener un hotel de estas características. Yo he viajado poco y casi siempre con escaso presupuesto, por lo que no puedo ser de gran ayuda.

—Sí lo eres, lo de las motos eléctricas ha sido una idea estupenda. No contaminan, no hacen ruido y seguramente las habrá de muy poca cilindrada, con lo cual las podrían conducir personas que no tienen el carné de moto.

—Seguramente, será la única idea decente que se me ocurra.

—¡Quién sabe! ¡Podrías convertirte en mi consejera personal!

—Todo puede suceder en Zamora.

—Estamos en un lugar mágico. Aquí llega nuestro almuerzo. Seguro que Noelia también ha hecho magia con los productos y nos ha preparado algo delicioso.

Las cuatro y cuarto. ¿Cómo es posible que el tiempo pueda pasar muy rápido algunas veces y otras expanda los minutos hasta la desesperación? Nos hemos despedido a las tres y diez. Me he dado un largo baño. He intentado dormir dentro de la bañera, pero no lo he logrado. Me he asegurado de que mi piel quedara brillante y sin vello. Que haya sido tan concienzuda eliminando cualquier pelo de zonas no deseadas solo puede significar una cosa: estoy preparada para lo que pueda suceder en casa de Álex.

Me aplico crema, retoco la pintura de las uñas de mis pies, me aplico brillo en la de las manos y, cuando ya no se me ocurre qué más puedo hacer en mi cuerpo para distraerme, paso a ocuparme del pelo. Hoy quedará suelto porque soy muy torpe y, si me sacan de la coleta tirante, se me acaban las ideas. El vestido que Rosa se empeñó en que comprase es un clásico. En una primera impresión parece una camisa blanca de hombre, como si me hubiese puesto una de alguien más alta que yo y los bajos me llegasen a medio muslo. Dejo suelto los dos primeros botones. Me muevo delante del espejo para confirmar que no se ve nada y me calzo las sandalias, que también fueron compradas siguiendo el momento inspirador de Rosa.

Me observo en el espejo. Me reconozco, pero soy diferente. Mi mirada guarda un secreto y, si Álex lo descubre, habrá conseguido aquello que siempre me he negado: vencer a mis impulsos. Estoy tan nerviosa ante este descubrimiento que el solo hecho de saber que yo misma podría ser quien le propusiese activamente llegar hasta el final me excita y hace que mi corazón comience a galopar cuando todavía quedan treinta minutos para las cinco.

Paso a mi rostro. Este atuendo puede resultar peligroso si me paso de maquillaje. Mis pensamientos están guardados, pero una cara pintada en exceso, unida a esta ropa y a estos tacones, podría hacer obvio que soy una mujer buscando guerra. Rímel y brillo de labios, no necesito aplicarme colorete. Olvidé la crema solar esta mañana y mis mejillas sonrojadas me lo recordarán varios días.

Última prueba: agacharse mirando al espejo para comprobar si me queda el culo al aire. Efectivamente, si algo se me cae al suelo tendré que ponerme en cuclillas para recogerlo. No solamente corre peligro mi parte trasera, el escote también podría quedar comprometido y dejarme muy mal parada ante los ojos de quien estuviera mirándome en ese momento.

Cinco menos cinco. Siento hormigueo en el estómago y las manos pegajosas. Las jabono, las seco a conciencia, tomo el regalo, mi cartera, y salgo exhalando el aire para tratar de serenarme. Camino buscando la sombra. Huelo muy bien para que un sol cabroncete me llene de sudor y estropee mi *look* con sus rayos abrasadores.

El portal no tiene pérdida. Solo hay que cruzar la calle al salir del hotel y caminar hacia la derecha. Un edificio de piedra de tres alturas y con una puerta con una mano dorada. El portero tiene tres botones dorados. Pulso el que indica «ático». El sonido de la cerradura eléctrica me sobresalta. Terminó la espera. Empujo la puerta y agradezco el frescor del interior.

La rehabilitación es realmente acertada. Se ha conservado el aire antiguo del inmueble. El decorador ha incluido algunos toques modernos, como la balaustrada de acero inoxidable mate, que hace que resalte la madera natural de los peldaños.

El pulso se me va acelerando según me acerco a la última planta. Estaremos solos y rodeados de paredes que nos darán intimidad. Dos horas donde no habrá interrupciones y que nos permitirán conocernos si mi corazón decide volver a latir a una velocidad razonable para mi supervivencia.

—Estoy en la cocina.

—Muy bien. —Unos minutos de margen me vendrán genial.

Entro cerrando suavemente la puerta. Me enamoro de la casa de Álex con el primer vistazo. No hay recibidor, desde el descansillo se pasa directamente al salón. Esta habitación tiene una de sus paredes inclinada y en ella hay tres hermosos casetones por donde entra el sol de la tarde. Me acerco. Desde aquí se puede ver alguna de las habitaciones del hotel y a lo lejos el puente y el río.

Dejo mi cartera en una mesa auxiliar y continúo mi búsqueda de Álex. Vigas de madera vistas,

pintura blanca y algún toque de color en los cuadros. El pasillo es ancho. Cuento tres puertas cerradas a mano derecha. Una vidriera abstracta ocupa gran parte de la pared izquierda. La última puerta está abierta, se escuchan ruidos de cacharros y entro convenciéndome de que puedo resultar espontánea si me lo propongo.

—Estoy luchando con el horno.

—¿Y quién va ganando?

—De momento, el horno. Tiene una función para cocer pan, pero no consigo encontrarla. ¿Podrías echar un vistazo a las instrucciones?

—Claro.

Paso las páginas mirando de reojo a Álex. Camiseta blanca, pantalón vaquero y pies descalzos. Encuentro lo que estoy buscando y me acerco para indicarle qué botones debe pulsar.

—¡Umm, qué bien hueles! —exclama sin haberse girado aún para mirarme.

—Gracias. Tú hueles a harina.

—Es la fragancia de moda en Milán. ¡Por fin! Ahora toca esperar. Se supone que dentro de cincuenta minutos la casa olerá a pan recién horneado. Espero que no tengamos que echar mano del pan de molde para cenar. —Se gira y su mirada me deja sin palabras—. ¿Ya has visto el ático?

—No —respondo a la ligera para ayudar a bajar la temperatura de la cocina—. El salón, el pasillo y la cocina.

—Voy a hacerte un *tour*. Será una visita guiada corta porque me he atrasado con esto del pan y no me ha dado tiempo a cambiarme.

—Estaré muy atenta entonces.

—Guardaremos lo que yo creo que es lo mejor de esta vivienda para el final. Está en la cocina, así que empezaremos por el salón.

Camina silencioso. Yo no puedo hacerlo, mis tacones repiquetean en el suelo de madera. Temo rayarlo, por lo que intento caminar de puntillas.

—¡La chimenea! No me había fijado antes.

—Para las frías tardes de invierno. Es algo casi simbólico, porque el depósito para la leña es pequeño. —Me muestra los dos espacios que están a ambos lados de la chimenea y que ahora están vacíos—. Pero para usarla de vez en cuando cumplirá su función y me apetecía mucho tenerla.

—Leyendo una novela cuando llueve.

—Eso pensé yo cuando se la propuse al arquitecto. Ahora se me ocurren otros modos de

disfrutarla cuando haya tormentas.

¡Tocada! Yo también puedo imaginarme rayos que compiten con el fuego por dar luz a los rincones, el olor de la leña que se quema, el calor que emane, nuestros cuerpos en el sofá, o sobre la mullida alfombra...

—Continuemos —dice solemnemente cediéndome el paso al llegar al pasillo—. Mi habitación.

Quiero ver dónde ha dormido y recorro muy bien con los ojos esta estancia. La gran cama está a la derecha, apoyada contra un cabecero de obra que hace las funciones de mesilla. En la pared opuesta hay dos puertas y entre ellas una pantalla proyecta imágenes de playas desiertas. La pared del fondo parece tener el mismo ángulo que la del salón. Nos encontramos en la última planta, por lo que en todas las habitaciones el tejado formará al menos una de las paredes. En este caso no hay casetones y la luz puede entrar a través de dos grandes ventanas abatibles.

—Vestidor. —Me abre la puerta más cercana al pasillo—. Y el baño.

—Es muy bonito.

—La bañera fue un capricho. Habitualmente, me ducho y por eso instalamos esta ducha de obra en la parte más alta del baño. Quería poder levantar los brazos sin golpear la salida del agua. Quedaba mucho espacio libre en esta zona. —Me señala el hueco donde ahora está la sugerente bañera—. Y metimos esta bañera. Hay que entrar y salir con cuidado para no golpearse la cabeza con la viga.

—La ventana coincide encima.

—Anoche se podía ver la luna. Todavía no la he estrenado, no he tenido tiempo. Compré una de dos plazas para poder entrar sin tener que encogerme, parece que fue una premonición hacerlo.

¡Tocada y hundida! Clavo mis uñas en las palmas para que toda la electricidad que parece recorrer mi cuerpo se libere. Estoy a punto de lanzarme a su cuello y dejar esta visita a medio hacer.

Me invita a salir con una sonrisa que lo dice todo. Los dos estamos conteniéndonos y no creo que esto sea bueno para la salud. Parecemos dos ollas a presión y sin válvula de seguridad. El riesgo de explosión se multiplica por momentos.

—Este cuarto —me explica abriendo la siguiente puerta— será mi despacho y también podrá ser utilizado como habitación para las visitas, ya que el sofá se convierte en cama.

—Muy práctico. —No se me ocurre nada libidinoso en este escenario y lo agradezco.

—Funcional, y este es el otro baño. Quería asegurarme de que, aunque haya gente en la casa, el baño de mi habitación se mantenga para uso exclusivo nuestro.

¡Nuestro! Quiero besarlo ya. ¿Cuándo termina esta visita? La cocina ya la he visto antes...

—Y por último la cocina, que esconde lo que me enamoró de esta buhardilla.

¿Qué será? Yo no he visto nada raro, aunque debo reconocer que Álex descalzo y con esa camiseta que realza el tono moreno de su piel es lo único en lo que me he fijado al entrar en ella.

—Tú primero, por favor. —Rodea la mesa que hay a la izquierda y abre la puerta de cristal.

—Pensaba que era una ventana grande.

—No, es el acceso a la terraza.

Unas escaleras de madera están adosadas a la pared del patio de luces. Solo hay tres pisos de altura, pero la sensación inicial de precariedad me invade al mirar entre los tablones y ver el suelo del patio.

—¿Ya has subido más veces?

—Sí. —Sonríe ante mi tonta pregunta—. Y está revisada por el arquitecto. Puedes pisar tranquila. Mi mayor deseo es cuidarte, no va a pasar nada.

Opto por mirar al frente. Los tejados de la parte vieja de Toro relucen por el sol abrasador de julio. Supero el último peldaño y entonces descubro el tesoro de esta casa.

—¡Increíble!

—Eso pensé yo cuando lo construían. —Camina hasta el borde desde donde la vista al río y a los campos por donde circulamos ayer en su moto es una postal.

—¿Lo has mandado hacer tú?

—¡Nooooo! Dudo mucho que el ayuntamiento permitiese actualmente este tipo de obras. Uno de la cuadrilla era monaguillo en la iglesia y de vez en cuando subíamos al campanario. Tendría doce o trece años cuando el anterior dueño hizo esta obra.

Sobre el tejado hay cuatro vigas de madera que se apoyan entre las tejas y sostienen una plataforma de madera de treinta metros cuadrados. Una pérgola blanca protege los sofás y una mesa. En cada esquina un tiesto con bambú da la nota verde a la terraza.

—Nunca había visto una terraza sobre un tejado.

—Entonces tendré que enseñarte Venecia, allí hay bastantes. Subiremos al Campanile de San Marcos. Desde ahí las vistas de la isla son estupendas. Quizá podríamos tomar algo con el anterior dueño de esta propiedad.

—¿Vive en Venecia?

—Sí. —Nos sentamos en los cómodos sofás—. Es pintor, su familia tiene bastantes propiedades en la comarca. Viajó a Venecia buscando nuevos paisajes que pintar y se debió

enamorar de la ciudad y de sus terrazas sobre los tejados. Mandó construir esta sin pedir permiso municipal. Curiosamente, nadie le ordenó que paralizaran las obras y aquí sigue. Durante un tiempo se dedicó a pintar los paisajes que se ven desde aquí. Donó al ayuntamiento su obra y se marchó a vivir de modo permanente a Venecia.

—¿Es tan bonita como aparece en los documentales?

—Lo es. Creo que es una ciudad muy romántica, un lugar perfecto para acudir en pareja.

Se levanta, se arrodilla, me descalza y me frota la piel donde las tiras de piel están dejando su marca. Nunca me habían acariciado los pies, era algo que me parecía un cuento, un mito hasta ahora. Sus manos son cálidas y desliza sus dedos sin perder el contacto visual conmigo.

—Este es un lugar ideado para estar relajado. —Se levanta y suelta los lazos, que mantenían recogidas las paredes de la pérgola en el único lado donde alguien podría vernos: el campanario de la iglesia—. Nadie puede observarnos, Marina, aunque estamos en el centro de la ciudad. —Se sienta muy cerca y con una facilidad asombrosa, teniendo en cuenta lo que yo abulto, me alza para posarme sobre sus piernas—. Llevo horas deseando hacer esto.

Enreda sus manos entre mi pelo, desliza los dedos hasta llegar a mi cuello. Se oye un suspiro, el mío, que se escapa de mis labios ante el placer que esta caricia me provoca. Sus ojos se han vuelto muy oscuros. Perfiló su rostro lentamente, quiero memorizar sus ángulos. Sus labios se despegan, nuestras respiraciones se hacen cortas y se me olvida dónde estoy. Solo importa que Álex está muy cerca y que yo lo necesito como no creía fuera posible.

—Te deseo. —Presiona suavemente mi cuerpo para eliminar el espacio.

—Yo también te deseo. —Acelero la aproximación porque me siento impaciente.

—Marina —susurra contra mi oído cuando ya nos hemos convertido en uno—, me vuelves loco.

Nuestras lenguas danzan simulando jugar al gato y al ratón. Alternamos los personajes hasta que el juego se vuelve insuficiente, los dos queremos más y las manos deciden instaurar nuevas reglas. Se considerará zona de juego nuestros cuerpos y estará permitido todo aquello que nos dé placer. Prohibido el pudor y la moderación.

Su mano en mi pierna me invita a que yo también sea osada. Levanto su camiseta para poder sentirlo mejor. Su estómago es duro y liso. Ascendo hacia el pecho. Intento calmar los latidos de su corazón acariciándolo por encima de su piel. Nos separamos jadeantes para poder observarnos. Tenemos los labios hinchados por los frenéticos besos a los que los hemos expuesto.

Me levanta para poder hacerlo él también. No hace falta hablar, nuestros gestos ya lo han dicho todo. Recojo mis sandalias del suelo y acepto la mano que me ofrece. No tengo que pensar, no quiero hacerlo, la decisión ya está tomada y no es necesario volver a meditar sobre las

consecuencias que podría tener este acto.

Me ha dicho que desea que estemos siempre juntos y creo que es sincero. El tiempo dará consistencia a sus palabras o las deshará como castillo de arena al borde del mar. Le sigo porque lo anhelo, haremos el amor porque lo necesitamos para calmar esta tensión que circula entre nosotros en un circuito cerrado y yo le entregaré mi corazón porque ya no me pertenece.

Entramos directamente a su habitación y cierra la puerta. Todo lo que me importa ahora queda encerrado dentro de estas cuatro paredes. Quiero demostrarle que, aunque él ha dado el primer paso ofreciéndome su mano, yo no soy una actriz secundaria en esta relación. Acepté venir a su casa dos horas antes porque sabía lo que podía pasar y mi ropa interior nueva no ha llegado a mi cuerpo por una cuestión de azar. Me pongo de puntillas y acerco mi cara a su cuello, aspiro su olor, le doy pistas sobre mis intenciones, que parecen gustarle por el modo en que suspira. El inesperado sonido de un aparato me asusta.

—¿El horno? —Hemos dejado pan horneándose. ¿Ya han pasado cincuenta minutos?

—No. —Ahora es él quien juega con mi cuello—. Es el portero automático. Alguien que se habrá equivocado.

—¡Ah! —No es fácil articular palabras largas mientras Álex me mordisquee el hombro.

Pero el sonido no cesa; al contrario, parece aumentar en cada pitido. Nos separamos, hay que solucionar este problemilla para que podamos continuar mimándonos sin interrupciones. ¡No me extraña que sonase tan fuerte! El dichoso aparatito está situado frente a la puerta del dormitorio.

—¿Quién es? —Álex lo pregunta en un tono neutro que enmascara la mirada de deseo que me está dedicando.

De repente siento pudor. Mi vestido tiene varios botones sueltos y mi sujetador blanco de encaje no oculta mis pechos, que han reaccionado a las precisas caricias de Álex. Siento el instinto de taparme, de cruzar mis brazos sobre mi pecho. Me sujeto las manos a los muslos, no tiene sentido que me cubra. Álex contestará a quien parece que se ha dejado el dedo pegado al pulsador y volveremos a donde lo hemos dejado.

—¡Eres terrible! Bajo yo para que no tengas que subir los tres pisos de escaleras.

La cara de Álex se ha transformado. El deseo continúa, pero se ha situado detrás de una sonrisa. Se acerca y abre su vestidor para tomar un par de viejas zapatillas de deporte, que se calza sentado en la cama sin aflojar los cordones.

—Es Noelia. —Mi cara debe transmitir mi sorpresa porque Álex se apresura a aclarar que su amiga esté ahora mismo en el portal esperando a que se reúna con ella—. Trae el cóctel que nos preparó este mediodía. Ahora subo.

Pasa por delante de mí y me da un beso de los que creía que solo existían en las películas.

Comienzo a temblar y me siento en la cama a esperar. El tiempo se vuelve más lento si esperas a alguien. Cuando Álex regresa con las dos botellas de plástico rellenas de líquido rosado, me parece que ha tardado demasiado.

—Voy a dejarlas en la nevera para que se enfríen. No te muevas de la cama, por favor.

Debe hacer el trayecto corriendo, porque, sin que me dé tiempo a pestañear, entra cerrando de nuevo la puerta.

—¡Qué amable! —comento para rellenar el silencio.

—Noelia es un encanto. No quiso darme la receta, pero ha preparado varios litros para nuestra reunión. Tiene turno de seis a diez de la noche y le he propuesto que se una a nosotros al terminar su trabajo.

Noto una punzadita de celos, que aplasto porque no tengo suficientes datos y no quiero que esta anécdota cambie mi ánimo.

—¿Va a venir? —Eso sí que necesito saberlo para arrancar de mi pecho esta desagradable picazón.

—No, su marido llegará de Suecia esta noche. Llevan un mes y medio sin verse y creo que tiene planes para los dos.

—Está casada... —Un considerable alivio se extiende por todo mi cuerpo, y hace que se vuelva ligero y relajado.

—Con Chus. Es un tipo estupendo. Son pareja desde primer curso de carrera. Hemos estado juntos varias veces. Son de esas parejas que deseas que tengan suerte.

—¿Qué les sucede?

—Los dos se han dedicado siempre a la investigación y casi nunca lo han podido hacer en el mismo país. Por esa razón ha declinado mi invitación, porque desea estar con Chus a solas.

—Normal.

—¿Es normal que te desee de este modo? —Se acerca y suelta el resto de los botones de mi vestido—. Eres tan hermosa... Nunca me cansaré de mirarte.

Un nuevo pitido se cuele en la habitación. Es un sonido intermitente muy desagradable, de esos que alimentan los nervios hasta obligar a quien lo escucha a acudir para silenciarlo.

—¿El horno...?

—Imagino. Lo estamos estrenando hoy. —Su lengua provoca la mía.

—Si no sacas el pan se cocerá demasiado y quedará duro y seco.

—Tienes razón —me responde reticente—. Deberíamos ir.

—De acuerdo.

Es necesario tomarse a la ligera tanta interrupción para no desesperarse. Paso delante de él caminando despacio. Soy consciente de los efectos que mi diminuta ropa interior está causando en Álex y aprovecho mi estatus de poder acercándome hasta la cocina sin comprobar si me sigue.

—Eres mala... muy mala...

—¿Yo? No...

—¡Ja, ja, ja! Deja que coja un trapo, no tengo guantes.

Me apoyo en la mesa de la cocina conteniendo la risa. Álex abre y cierra cajones buscando el trapo que finalmente aparece.

—Tiene muy buena pinta y huele muy bien.

—Viví unos meses con un alemán en Londres. Yo aprendí a hacer pan y galletas, y él a distinguir un buen jamón de otro mediocre.

—Yo sé hacer bizcocho. —¡Marina, eso ha sonado poco original, todo el mundo sabe hacer bizcocho!

—Y yo revuelvo muy bien el chocolate en polvo. En una tarde de invierno, escuchando como llueve, el sonido de los truenos... tú y yo sentados en el sofá muy juntitos...

¡Ya no hay duda! A los de Toro los pone que haya tormentas. Primero Gerardo, ahora Álex. ¡Si fuésemos al Norte, no pegaríamos ojo muchas noches! Mi teléfono me avisa, me están llamando.

—Buena elección. Me gusta Queen en general y esa canción en particular.

—Ya volverán a llamar.

—Por supuesto que lo harán. Está claro que los astros se han alineado para hacer imposible este momento. —Me besa suavemente—. Cógelo.

La escena de mujer que camina en ropa interior por la casa de su amante ya no tiene cabida en este guion. Ato los botones que Álex soltó de camino a su habitación.

—Es Rosa. —Álex se ha apoyado en la puerta de entrada a casa—. Quiere saber si necesito ayuda con el peinado.

—A mí me parece que no la necesitas. —Se aproxima aspirando entre mis cabellos—. Además, huele muy bien. Dile que vengan cuando quieran.

—Estoy en casa de Álex, estoy ayudándolo con los preparativos. Dice que os acerquéis cuando os venga bien.

Álex se coloca detrás de mí y me abraza. Me cuesta continuar con la conversación sintiendo su cuerpo pegado al mío. Rosa debe notarlo y se despide comentando algo sobre Gerardo y sus

ronquidos.

—Habrá que preparar la terraza, que vean que es cierto lo que has dicho.

—Te he traído un regalo. Espero que te guste. —Me había olvidado de las copas de vino y el decantador.

—Muchas gracias. —Rompe el envoltorio con cuidado y coloca la caja sobre el sofá—. Son perfectas y mucho más bonitas que las que compré ayer precipitadamente para salir del paso. — Me da un casto beso en la mejilla.

—Voy a lavarlas.

—¿Te quedarás cuando Gerardo y Rosa se marchen? —Me retiene cuando me levanto agarrándome la mano.

—Sí. —Así de sencillo, todo es fácil al lado de Álex.

—Bien. —El profundo beso pone un punto seguido a esta conversación.

—¿No puedes dormir?

—No.

—Yo tampoco. Cada vez que cierro los ojos me da miedo que sea un sueño y me despierte solo.

—No me voy a ir, al menos hasta las ocho y media. —Apoyo mi cabeza sobre su hombro—. ¿Qué hora es?

No recuerdo dónde dejé mi reloj, ni mi ropa interior, ni el bolso... Espero que el vestido no esté arrugándose hecho una bola en una esquina. Tengo que ir al hotel para ducharme, cambiarme de ropa y recoger el resto de mis cosas. Álex busca su reloj en la repisa.

—Las tres y veinte. Tenemos tiempo.

Me abraza enredando sus piernas con las mías. Nos quedamos en silencio y aprovecho este momento de tregua para recordar lo sucedido desde que Rosa se llevó a Gerardo totalmente achispado. No habían bajado ni tres escaleras cuando ya estábamos besándonos con prisa dispuestos a recuperar las horas perdidas.

Si me faltase el trabajo, tendría oportunidades dentro del mundo de la adivinación. Había imaginado que Álex se acercaba, me tocaba los pechos, posaba sus labios en mi cadera. En mis sueños era tierno, delicado, paciente. Preguntaba con la mirada si sus actos me daban placer. Solo se volvía exigente cuando mis ojos le daban permiso.

Estar entre sus brazos ha sido hacer realidad esos sueños. En las manos de Álex me he abandonado para ser solo sentimiento. Hay muchas palabras en la lengua española, tantas que

rellenan libros bien gruesos. Conozco miles de ellas y, sin embargo, no encuentro una que reúna todo lo que he vivido en este cuarto donde ahora descansamos.

Tratar de poner en palabras las sensaciones es como intentar atrapar la niebla con los dedos o el aroma de las flores al pasear por el campo. Esa mezcla única de fragancias quizá no se repita nunca, pero siempre estará en nuestros recuerdos. ¿Podríamos explicárselo a un perfumista? ¿Qué términos elegiríamos para que reprodujera el olor en un laboratorio? He descubierto sentimientos que no conocía, he murmurado palabras que no recuerdo porque estaba demasiado ocupada atesorando en mi memoria las caricias de Álex.

El deseo está satisfecho, pero la mente pide más. Esta gula es la que me tiene inquieta. Necesito saciarme hasta que mis músculos queden exhaustos. Mi mano izquierda toma la iniciativa y comienza a acariciar su pecho. Parece ser la señal que Álex estaba esperando para volver a saborear mi boca. La luna es testigo silencioso de esta noche única.

Me parece escuchar el piar de las aves. Abro los ojos y la claridad del alba se cuela en nuestro paraíso. Todavía hay tiempo. Por fin ha llegado el momento del descanso y busco el cálido cuerpo de Álex para sentirme segura mientras me sumerjo en un sueño donde camino por un campo de flores infinito.

Capítulo 15

—¿A qué hora llegarás?

—Estoy en una gasolinera a las afueras de Palencia. —Fui de compras con mi madre y salí a las ocho menos cuarto de Bilbao cuando el plan era que el motor de mi cochecito estuviera rugiendo a las seis de la tarde.

—Entonces, nos veremos dentro de una hora aproximadamente.

—¿Y a dónde tengo que ir? No me has querido contar nada sobre mi nuevo alojamiento. Yo solo sé llegar en coche a la zona donde está el hotel y tu vivienda.

—La cena está preparada en casa. Ven hasta la puerta del hotel y llámame. Bajaré y aparcaremos el coche en un lugar que está muy cerca.

—Entendido. Hasta luego.

Me incorporo a la autovía meditando. Mi relación con Álex es especial. Nos conocimos hace dos semanas. Es muy poco tiempo y aun así me resulta muy difícil recordar que nuestra historia es muy breve. Me siento tan bien a su lado y todo fluye de un modo tan natural que he olvidado la prudencia que siempre he creído que debe contemplarse a la hora de iniciar una relación.

Ayer desperté en sus brazos y sorprendentemente no sentí ningún tipo de incomodidad. Bueno, sí que tenía una que por suerte ha desaparecido: agujetas. Hacer el amor con Álex fue maravilloso y agotador. Todo nos parecía poco: los besos, las caricias... A su lado descubrí que sí es cierto lo que cuentan algunas novelas, existe esa pasión que te despierta cuando tu cuerpo ha quedado rendido hace una hora. Yo lo hice, busqué el de Álex y le revelé sin pudor que lo necesitaba de nuevo.

Hicimos el amor con más intensidad que la primera vez y el sueño llegó sigilosamente cuando todavía trataba de calmar mi desbocado corazón. Hay despertares muy poco agradables y otros muy placenteros. Tardé varios segundos en comprender que la lengua que recorría mis pezones no formaba parte de mi sueño. Sin darle tiempo a mi cerebro para despejarse, ya estaba arqueando mi cuerpo por la excitación que su boca estaba generando en mi sistema nervioso succionando mi pezón.

¿Fue esa la última vez? ¡No! Ducharnos juntos y no terminar de nuevo en la cama fue imposible. Goteando agua caímos sobre las sábanas y las dejamos como si estuvieran recién

salidas de la lavadora. A las diez conseguimos vencer la tentación de agarrarnos cada vez que uno de los dos intentaba salir de la cama. ¡Menos mal que no le había contado a mi madre que iría a visitarlos! Por suerte, el vestido no había quedado muy arrugado y entramos al hotel para hacer la maleta discretamente.

Álex puede ser un hombre muy romántico y nos despedimos tiernamente con la promesa de que lo llamaría cuando llegase para hacerle saber que el viaje había transcurrido sin incidentes. Hay autovía todo el trayecto y eso facilitó que condujera relajada, tratando de ordenar la multitud de recuerdos que se agolpaban a las puertas de mi memoria.

Ilusionada, contenta, emocionada... Me sentía feliz y con este estado llegué a casa de mi madre. Cuando regresé de Estados Unidos mi madre no me preguntó nada, no nombró a Lorenzo. Recuerdo que me concentré antes de meter la llave en la cerradura para dejar mi rostro limpio de cualquier resto de dolor. No debí hacerlo muy bien, porque durante el resto del día me preguntó varias veces si quería dar un paseo, si me apetecía que saliésemos de compras o a tomar un café.

Ayer volví a intentar camuflar mis sentimientos, pero a una madre no parece escapársele nada y me abrazó para después soltarme y decirme que me veía radiante. Ahora regreso mirando cada poco tiempo el indicador de velocidad del coche. No es un deportivo y dudo mucho que se pueda poner a doscientos por hora por mucho pisotón que le propine al acelerador. Estoy tan nerviosa por volver a ver a Álex que, sin darme cuenta, he llegado a poner este cacharro a ciento cuarenta kilómetros por hora. He levantado el pie asustada, no quiero una multa ni que el motor comience a echar humo.

¿Cómo nos saludaremos? ¿Dos besos en las mejillas, un ligero beso en los labios, un abrazo o un beso de película? Hemos quedado en un lugar público, un roce en los labios será lo más apropiado. Y a lo tonto, pensando en Álex casi todo el tiempo, llego al hotel cuando ya la noche ha cubierto la ciudad.

—Ya estoy en la entrada del hotel.

—Bajo.

Agacho la cabeza para meter mi teléfono dentro de mi bolso. Al levantarla descubro que el sugerente cuerpo de Álex, cruza delante de mi coche. Mi corazón inicia una carrera desbocada y el resto de mi cuerpo se une y me provoca una desazón que hace que me revuelva sobre mi asiento.

—Hola. —Álex abre la puerta del copiloto, entra y se sienta.

—Hola. —El beso de película me desborda y respondo con la misma intensidad—. Te he echado de menos.

¡Ufff, me derrito! Mis músculos se licuan por la emoción que su declaración ha causado en mí.

—Yo también me he acordado mucho de ti.

Otro beso aún más profundo que el anterior nos deja jadeando, con nuestras frentes unidas. El ruido de unas voces nos saca de nuestro mundo. Un grupo de turistas se acerca al hotel. Aunque todavía no puedo saber en qué idioma están hablando, juraría que son españoles, porque todos vociferan como si estuvieran dentro de una discoteca.

—Vamos a aparcar. La cena está lista. ¿Tienes hambre?

—Sí. —De ti. Por mí, la comida podría esperar.

—Gira a la derecha. —Me mira confirmándome que ha entendido toda la magnitud de mi respuesta.

—Vale.

—Es este. —Me señala un portón que imita la madera—. Aquí guardo la moto.

Espero mientras el motor eleva la puerta hasta dejar al descubierto un garaje con capacidad para dos coches y varias motos. Aparco, retiro las llaves del contacto y salgo para sacar mi maleta. Álex me atrapa posando sus manos sobre la luna trasera del coche. El portón ha vuelto a cerrarse, las luces de emergencia son tibias y un frío garaje embaldosado es un refugio improvisado para liberar nuestra pasión.

Me giro despacio. Yo también he visto en las películas cómo se juega y se lo voy a poner difícil. Mi trasero roza su entrepierna en el movimiento. Yo he exagerado mi postura y él no se ha retirado.

—Te tomaría aquí y ahora. Dame una razón para no hacerlo y pararé.

—Seguro que encontramos un lugar más cómodo. —En estos momentos estoy pensando en su habitación, con sus sábanas frescas y su ducha con espacio para los dos.

—¡Ummm, tienes razón! —Álex sonríe—. Salgamos de aquí antes de que vuelvan a poseerme mis pensamientos lascivos.

—¿Dónde voy a quedarme estos días?

—Luego lo hablamos si te parece. ¿Te gusta el queso? —Me parece que esta pregunta intenta esquivar la mía.

—Sí, todos, desde el más suave al más curado.

—Eso me pareció el domingo, así que he preparado una tabla de quesos, mermeladas, cebolla confitada y diferentes panes para acompañar. Ya te dije que mi experiencia cocinando es de supervivencia. También hay jamón, una ensalada de tomate. De postre, dos tarrinas de helado están enfriándose en el congelador.

—¿De chocolate blanco? —La boca se me está llenando de saliva.

—De la heladería que tanto te gusta. Tienes enamorado al chico que atiende por las tardes.

Estamos frente al portal cuando escucho las últimas palabras de Álex. No estaba mirándolo a los ojos mientras las pronunciaba. Estaba concentrada esquivando a una paloma que amenazaba con impactar contra mi frente cuando una alarma comienza a sonar en mi interior. No son las palabras de Álex las que me han alertado. Su tono desenfadado es puro, no muestran rastros de celos porque sabe que no hay razones para sentirlos.

Juraría que uno de los dos rubios acaba de doblar la esquina en dirección a la plaza. Ha sido solo un segundo, pero no se ven a todas horas cuellos de esas dimensiones, tan grandes y con un aspecto tan compacto que, aunque cayesen de cabeza desde un par de pisos de altura, no se fracturarían.

¿Dónde estarán trabajando? Dudo mucho que alguien ocioso quiera permanecer tantos días de vacaciones en Toro. Es una ciudad muy bonita, pero la gente suele buscar otros atractivos en un destino vacacional largo. No hay playa, el río no es practicable en las cercanías del pueblo, no hay bosques ni altas montañas que escalar... Es normal que sienta su presencia como una amenaza.

—¿Qué ocurre?

Álex me mira interrogante. Me he quedado parada en medio de la calle sin darme cuenta. Le parecerá una tontería, pero a mí esos dos hombres me ponen el vello de punta y no precisamente gracias a su magnetismo y sensualidad.

—¿Recuerdas que me acompañaste el viernes hasta la puerta del hotel porque había un hombre allí que me daba miedo?

—Sí, la noche de la tormenta. —Ahora estoy preocupada. La palabra «tormenta» no me transmite excitación—. Rosa me contó que te había molestado.

—En realidad, son dos personas, se parecen bastante: pelo rubio cortado como si fueran militares, ojos azules muy claros, altos, muy musculados...

—Ya me están empezando a caer mal. —Álex bromea. Creo que lo hace para que me relaje. De repente, me noto agarrotada.

—A mí también. Desde que llegué, a donde voy me los encuentro. Incluso en Zamora. Me ha parecido ver a uno de ellos ahora.

—Subamos a casa.

Me duele que Álex no quiera escuchar mis argumentos. El miedo es libre y esas dos personas están en todos los sitios. Podría tratarse por algo que no estuviera relacionado con sus intenciones

sexuales. Hay redes que trafican con órganos humanos, personas tan ricas y con tan pocos escrúpulos que demandan a la carta. No solo necesitan un hígado sano, además, lo quieren de una mujer con una edad determinada, con una fisonomía concreta y con unos hábitos de vida supersaludables.

Es posible que me haya salvado de momento porque siempre que me han visto estaba acompañada o en un lugar de donde era muy difícil sacarme sin ser descubiertos. También podrían buscar mujeres para el comercio sexual. Reconozco que tengo un físico atractivo para ciertos hombres. En Nueva York ya tuve varias ofertas de personas con aspecto de proceder de algún país árabe. Yo no me veo con un velo y moviendo las caderas para hacer tintinear las piezas metálicas que visten las bailarinas de la danza del vientre.

Llegamos al ático en silencio. Me estoy empezando a deprimir, este reencuentro no está siendo tal y como yo lo imaginaba. Alex está serio y repaso mis palabras buscando las que lo hayan podido hacer cambiar de ánimo tan bruscamente.

—Ven. —Deja la maleta en medio del salón y me toma la mano—. Sentémonos en el sofá un momento.

—De acuerdo.

—Rosa me contó cómo trataste de recriminarles cuando los viste en Zamora. Yo sabía que alguien te había molestado en el hotel, así que ayer quedé con Noelia para averiguar quiénes eran esos tipos y si se habían marchado ya.

Así que esto es lo que ha hecho que hayamos subido de este modo a su vivienda. Empiezo a sentir cierto alivio, aunque decidiré si continúo preocupándome o no cuando termine nuestra conversación.

—Fui una inconsciente. Estaba rabiosa y me levanté sin pensar qué podría suceder si se volvían agresivos.

—Se marcharon y fue lo mejor para ti. No debes enfrentarte, hay que llamar a la policía cuando suceden estas cosas.

—Sí, tienes razón, pero llevaba toda la semana cruzándome con uno o con otro en Toro y me pareció el colmo que ni una cerveza pudiera tomarme tranquila. ¿Y quiénes son?

—No se han alojado nunca en el hotel, no tengo sus nombres.

—¡Si yo los vi dentro! —El día de la máquina expendedora de agua y en la cafetería del hotel, justo antes de que mi coche se estropease.

—Noelia y yo entramos en la cafetería. El camarero recordaba muy bien la situación. Como él es rubio y tú también lo eres pensó al principio que era algún pariente tuyo con el que te habías citado. El día siguiente terminó su jornada laboral a la misma hora que el chico de recepción. Al

salir del hotel se cruzaron con él, debía de ir acompañado del otro individuo. El camarero preguntó a su compañero de dónde eran porque tenían acento extranjero. El de recepción le contestó que parecían rusos y que no era normal que dos personas que no estaban registradas estuvieran siempre rondando el hotel. Al parecer, ya había revisado las reservas y hablado con los otros dos empleados del hotel que atendían la recepción. Desde entonces, nadie los ha vuelto a descubrir merodeando por las instalaciones del hotel.

—¡Yo acabo de llegar y ya he visto a uno!

—¿Estás segura?

—Creo que sí. Bueno, no le he visto la cara...

—Probablemente, estarían intentado ligar contigo. Trabajarán en la zona y en su tiempo libre se dedicarán a agobiar a las mujeres guapas como tú. Si vuelves a verlos cuando vayas conmigo, me avisas. Si no estás conmigo, llamas inmediatamente a la policía.

Me lo dice vehementemente. Temo haber sido demasiado asustadiza. He preocupado a Álex y seguramente hayan sido meras coincidencias. También me encontré en Zamora con el chico que reparó el coche... ¿Cómo se llamaba? Y de ese no sospeché.

—Está bien.

—De momento, no vamos a acudir a la policía porque no hay pruebas, ni siquiera tenemos una foto de ellos ni sabemos dónde están alojándose.

—Me parece bien.

—Ponte cómoda, voy a traer la cena al salón. Pensaba subir de nuevo a la terraza, pero no hay luz y no veríamos lo que nos metemos a la boca. Mañana le diré al arquitecto que me envíe al electricista para que instale una toma.

—Y yo compraré algo para ahuyentar a los insectos.

—¡Ja, ja, ja! ¡No había pensado en ello!

—Yo sí. —¿Qué le voy a hacer si los bichos me dan repelús? Yo no quiero hacerles daño, solo pido que haya espacio entre ellos y yo, aunque no parecen entenderlo—. Te ayudo. —Me quito las sandalias para estar más cómoda y cojo dos apetitosos platos llenos de queso y panecillos para untar los más cremosos.

—¿Cenarás con vino?

—Y con agua también. No quiero dormirme en tu sofá. Por cierto, no me has dicho dónde voy a dormir.

—Tengo las llaves de un apartamento que estará vacío hasta septiembre.

—¿Está cerca?

—Sí —me responde sin girarse—, en la calle paralela a esta.

—¡Qué bien!

Un incómodo silencio se extiende por el aire. ¿Cuál es la respuesta que debería haber pronunciado? ¿Esperaba Álex que yo me invitase a su casa? El domingo dormimos juntos, en realidad, estuvimos despiertos la mayor parte de la noche. Esas horas fueron un sueño hecho realidad y nada me gustaría más que instaurarlas de modo permanente en mi rutina. No se deben forzar las situaciones porque acaban volviéndose en contra. Intento arrojar estos pensamientos a la papelera de reciclaje. Estará cansado, los dos lo estamos. Quizá tenía una visión equivocada de cómo iba a ser nuestro reencuentro y ahora está desilusionado.

—Marina. —Se gira y su voz contenida hace que empiece nuevamente a preocuparme—. Es posible que te parezca una locura lo que voy a decirte. Para mí también lo hubiera sido hace unos meses, pero apareciste en mi vida y todo cambió.

Trago saliva disimuladamente. No hay suficiente oxígeno en la cocina y lo tomo a bocanadas. Mi corazón bombea fuerte y rápido. El sonido de sus latidos tiene eco en mis oídos y tengo que esforzarme para entender sus palabras.

—No quiero llevar tu maleta al apartamento. —¿Ah, no?—. Quiero ver tu cepillo de dientes al lado del mío, ducharme contigo y que tomemos el café en la terraza, que decidamos juntos qué vamos a cenar, poder abrazarte al despertar y darte los buenos días.

—Es pronto. —Me resisto al impulso de arrojarme a sus brazos—. Nos acabamos de conocer.

—Hay gente que espera durante años y que, cuando por fin se decide, descubre que no conoce a su pareja. No exijo un compromiso eterno. Soy consciente de que podría salir mal, pero es lo que deseo y por eso te lo pido.

¿Para qué engañarse, Marina? Tú también lo quieres. ¿Dónde está escrito que las personas que se atraen deben esperar un tiempo antes de plantearse ir a vivir juntos? ¿Cuántos días serían recomendables? ¿Cien, quinientos? Si lo trasladásemos a momentos juntos, ¿serían suficientes doscientas comidas, cien salidas nocturnas, tres fines de semana románticos en un hotelito con encanto y un viaje de una semana al Caribe para considerar que hay opciones para que la vida en común sea un éxito?

Si muchas parejas rompen a los meses de irse a vivir juntos, y ahí estoy yo como ejemplo, es porque en el amor no hay nada escrito. Una redacción puede comenzar con buena letra e ir empeorando según el escritor avanza, hasta desembocar en su desenlace con unos garabatos que ni el propio autor entienda.

—Sí. —Ya está dicho. Voy a seguir mis instintos y estar a su lado es todo cuanto deseo.

—¡Ohhhh! —Giro entre los brazos de Álex, que ríe feliz—. Cariño, no te arrepentirás.

—Lo sé.

No conozco el futuro y no puedo predecir si lo nuestro terminará bien o si con el tiempo recordaremos estos momentos como un capítulo más de nuestras vidas. No me arrepentiré nunca de haber dicho que sí porque estoy haciendo caso a mis sentimientos.

—Voy a hacer un cambio en el menú. —Retira la botella de vino de la bandeja—. Tenía el cava enfriándose en la nevera. Vamos a brindar por nosotros dos.

—Tú quieres emborracharme para aprovecharte de mí.

—Por supuesto que me aprovecharé, y pienso hacerlo siempre que tenga oportunidad.

—Cuéntame qué has hecho estos dos días.

—Ayer comí con mis tíos.

—¿Qué tal les fue en el viaje a Barcelona?

—Me dijeron que muy bien. Todavía estoy alucinando por la cantidad de kilómetros que condujo Paco.

—Más cava no, por favor. No quiero que me continúes hablando, yo no respondo, me mires para saber por qué estoy tan callada y me encuentres dormida con la boca abierta. ¿Fuisteis a la laguna?

—Sí.

—¿Y estaban con las escopetas?

—No.

—¡Menuda coincidencia!

—Le pregunté a mi tío. Me dijo que sí habían estado haciendo turnos durante el día para ahuyentar a los pájaros. Esta zona debe ser paso de aves migratorias. Se quedan en verano y cuando llega el invierno se marchan buscando el calor. El año pasado se establecieron de modo permanente porque el otoño fue muy benigno. Criaron entre la maleza que rodea la laguna y han estado intentado disuadirlos porque se comen los tallos del cereal y estropean toda la cosecha.

—He visto más pájaros en Toro que en Lagunafría, aunque, si llevaban tiempo disuadiéndolos a base de disparos, quizá quedaban solo las aves más valientes.

—¿Helado?

—Sí.

—No te muevas, ahora regreso.

—Gracias.

Me besa tiernamente. Sigo su figura hasta que desaparece camino de la cocina. Estoy en el paraíso y es mejor de lo que cuentan. Cenar juntos, acurrucados en el sofá es al mismo tiempo relajante y excitante. No hay prisa, estamos solos charlando y disfrutando de una cena muy agradable. Al mismo tiempo, se mantiene la tensión porque cuando nos saciemos nos besaremos para no separarnos en toda la noche. Sé lo que voy a sentir, cómo Álex me va a tocar y eso hace todavía más electrizante la espera.

—Hace un rato me llamó mi amigo, el que trabaja en las oficinas de la compañía eléctrica. Mis tíos han saldado la deuda.

—¡Qué bien!

—¡Ya te digo! Me he quitado un peso de encima. Ayer se mostraron encantadores. No pararon de hablar durante la comida y no encontré modo de preguntar por el nuevo contador eléctrico sin resultar demasiado descarado.

—Si el problema se ha resuelto, olvidémoslo. Son mayores y toman sus propias decisiones. Tienen derecho a tener sus secretos. Nosotros también lo hicimos al decirles que trabajaba para ti desde hacía años. —Pongamos un punto final al asunto de la deuda—. ¿Visitaste algún castillo?

—Tienes razón, como siempre. —Álex arrastra sus dedos por mi brazo y mi piel le dice a su manera que le encanta que la mimen—. He estado de ruta por la comarca.

—¿Y has encontrado algo interesante?

—Podría ser. Hay una propiedad a unos treinta kilómetros de Lagunafría. La finca es grande, unos cincuenta mil metros cuadrados, aunque la superficie exacta no la conoce nadie. Son escrituras muy antiguas y hablan de lindes, de mojones que hay que buscar.

—¿Y cómo está el castillo?

—En ruinas, pero muchas de las piedras que se han caído están en el suelo, así que sería como montar una construcción con piezas de Lego. La situación es perfecta, el castillo tiene una buena parcela para montar un hotel pequeño y exclusivo. El terreno a su alrededor le conferiría intimidad y me permitiría construir *parking*, piscina, jardines y otras zonas de ocio. El problema son los dueños.

—¿Piden mucho dinero?

—No hay cifra. El castillo ha pertenecido a la familia desde hace generaciones. Son cinco hermanos y cuatro de ellos quieren vender, necesitan dinero y estoy seguro de que podría llegar a un acuerdo rápidamente. El quinto es el poeta de la familia, vive en una caravana dentro de la finca. Según comentó uno de sus hermanos es capaz de sobrevivir con muy poco dinero al día y no quiere irse de esa tierra.

—Podría comprar un terrenito con su parte y continuar viviendo de la misma manera.

—Es un tipo realmente raro. Cuando llegué acompañado de dos de sus hermanos, no los saludó a ellos ni a mí. Se acercó, dio dos vueltas a mi alrededor y después empezó a soltar a grito pelado una especie de versos sin sentido, moviendo los brazos como si fueran aspas de molino. Después se metió de nuevo en su destartalada caravana. Es muy difícil tratar con personas extravagantes, nunca sabes cómo acertar.

—Que lo convenzan sus hermanos.

—Van a intentarlo. Se reunirán esta semana y estipularán un precio final. Mañana por la tarde podríamos ir en moto.

—Mañana ya es hoy.

—Es verdad. —Álex confirma mirando su reloj de pulsera que son las doce y media.

—Me va a dar un poco de vergüenza aparecer de nuevo por la fábrica. Si continúan con esa actitud, no voy a poder hacer mucho para modernizarla.

—Vamos a intentarlo esta semana, solo quedan tres días de trabajo.

—Está bien, probaremos. —No sé ni por dónde empezar. Debería haber pensado en sujetadores de colores, en campañas de publicidad, en costes de producción y no en Álex descalzo, en Álex con pantalón vaquero, en Álex, que me besa, en Álex, que entra en la ducha conmigo...

—También quiero que me ayudes con el castillo. Hay otros a la venta que también podrían tener muchas posibilidades, quiero que me des tu opinión. ¡Quién sabe! A lo mejor eres tú la responsable de la gestión de un castillo convertido en hotel dentro de un año.

—Eso no va a suceder. —Me pongo seria porque sus intenciones son obvias y yo tengo que aclarar esta cuestión antes de que Álex continúe haciendo castillos (nunca mejor dicho) en el aire —. He aceptado trabajar en la fábrica de tus tíos porque tengo conocimientos del sector, he trabajado durante cuatro años en empresas que fabricaban ropa de baño. Siempre he estado en oficinas y en puestos que me han permitido conocer casi todos los detalles del negocio exceptuando el proceso de producción. En ese campo tus tíos son los expertos, así que ellos tendrán que darme esos datos.

—Seguro que en cuanto les presentes algunas de tus ideas colaborarán contigo. A mi tía le encanta su negocio y estoy seguro de que nada la haría más feliz que ampliar horizontes.

—¡Eso espero! Lo que quiero dejar claro es que lo intentaré, pero no me quedaré eternamente a trabajar allí si no puedo hacer nada. No voy a aceptar que me pagues por pasar unas horas al día en ese taller. —Álex no dice nada; mejor, porque quiero acabar antes de desinflarme—. Si tu idea no se puede desarrollar, comenzaré a buscar trabajo en empresas del sector. No voy a embarcarme

en la gestión de un hotel porque no tengo ni la más remota idea.

Me muerdo la lengua para no continuar hablando. Ahora estoy segura al noventa y nueve por ciento de las razones por las que Álex intenta a toda costa buscarme un puesto de trabajo en la comarca: que estemos juntos. Yo también tengo ese sueño, en el que los dos trabajamos en la zona, vivimos juntos, compartimos nuestras vidas y somos felices. Lucharé para que se haga realidad, pero con los pies en el suelo. Ya resulta rocambolesco tratar de aplicar mis conocimientos a la fábrica de fajas marrones de sus tíos cuando ellos no se muestran muy dispuestos. Imaginar que yo gestione un hotel es una tontería por mucha buena intención que le pusiera.

—Me parece bien. —¡Uff, menos mal que me comprende!—. Entiendo que quieras sentirte segura en tu trabajo, pero me podrás acompañar para darme tu opinión como posible clienta.

—Claro, aunque mis gustos pueden no coincidir con los de la mayoría de la gente. —Me parece a mí que le va a costar aceptar lo que acabo de decirle.

—Un castillo reconvertido en hotel no sería nunca un alojamiento para todos los públicos.

—¡Está bien! Iremos.

—Y daremos una vuelta en moto. ¿O prefieres ir en coche? Tendría que ser el tuyo. Yo no tengo y es algo que también tendré que mirar si voy a quedarme en Toro de modo estable. En Nueva York no hacía falta, pero aquí el asunto de los taxis no funciona igual.

—¡Ja, ja, ja! No creo que pudieras salir a la carretera de Lagunafría y parar un taxi levantando la mano. Quizá algún tractor podría llevarte hasta algún campo y allí tomar otro.

—Y tardaría cinco horas en llegar a Toro. Añádelo a tu lista de posibles cosas que hacer en el hotel castillo.

—No he traído mi bloc y mi lapicero para apuntar, y tampoco tengo puesto el traje y los tacones de secretaria.

—Ummm... Y con gafas, moño tirante, medias... Serías una secretaria ejemplar.

—Lo pondré en la lista de cosas ridículas que se pueden hacer si alguien se aloja en un castillo en la provincia de Zamora. Iremos en moto. —Hay algo que me ronda la cabeza y no desaparecerá hasta que pregunte—. ¿La cazadora vaquera servirá para ese paseo?

—Tienes chaqueta de moto. Está en el vestidor. Te la quitaste cuando volvimos del río. Yo estaba tan atontado despidiéndome de ti que no me di cuenta hasta que entré en el garaje y la vi posada sobre el asiento trasero.

—Podría ensuciarla. Mejor será que compre una. —No me atrevo a decirle directamente que esa chaqueta perteneció a otra persona. No quiero empezar una relación vistiendo algo que me recuerde que Álex paseó a otra chica en la moto, por muy normal que sea que todos tengamos un

pasado sentimental.

—La compré para ti. Yo no tengo costumbre de vestir ropa de mujer.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—En Alemania.

—Acertaste con la talla. —Lucho para que la emoción no me haga llorar.

—Cuando volvía de una de las reuniones vi la tienda y le mandé al taxista parar. Era un comercio muy grande y había bastante gente comprando. Enseguida encontré la chaqueta que buscaba para ti. La dependienta me preguntó la talla. Cuando estaba sacando el móvil para preguntársela a Rosa, entró una pareja. La chica tenía un tamaño y una constitución muy parecida a la tuya. Acompañaba a su chico, que ya había comprado varias cosas en la tienda, por lo que la conocían y no tuvo inconveniente en probarse la chaqueta.

—Acertasteis los dos. —Me quito un peso de encima y me salen dos alitas al saber que Álex pensaba en mí cuando estaba en medio de una negociación.

—Y tiene doble capa. Ahora no está colocada porque hace mucho calor. Cuando llegue el otoño la pondremos y no pasarás frío. Habrá que ir a Madrid un día para que te pruebes pantalón y botas de moto. El pantalón vaquero y tus botines te dejarían las piernas y pies helados, y como no había prisa no me atreví a decirle a la alemana que se probase pantalones.

—De acuerdo. —Me gusta que imagine su próximo invierno conmigo a su lado. Cojo su mano para que entienda lo bien que me hace sentir—. ¿La moto que tienes ahora es la que aparece en la foto del WhatsApp?

—Sí, parece algo diferente porque ahora tiene una pantalla.

—¿Te refieres al cristal delantero?

—Sí, lo coloqué porque protege del viento. Cuando hace frío se nota mucho la diferencia.

—¿Y el perrito?

—Scooby Doo.

—Ese nombre no se corresponde con su tamaño.

—Es del hermano pequeño de Gerardo. Eran sus dibujos favoritos. Siempre decía que cuando tuviera un perro le pondría ese nombre. Un cliente del restaurante que vive en un pueblo cercano cría schnauzers miniatura y le regaló uno cuando cumplió dieciocho años. No tiene el cuerpo de Scooby Doo, pero es igual de simpático que el de los dibujos. En cuanto escucha el ruido de la moto, viene corriendo para que lo suba.

—Querrá que le des un paseo.

—Eso mismo le he dicho yo al dueño, que ahorre y se compre una moto para que pueda salir con su perro.

Ya no queda helado en nuestras copas. Nos miramos, estamos creando un lenguaje secreto con nuestros cuerpos. De momento hay pocas palabras: «te deseo», «bésame», «más»... Estoy segura de que tendremos ocasión para añadir otras, aunque el nuestro es un idioma de sentimientos y hace falta hablar muy poco cuando se trata de ceder las riendas al corazón.

Presiento que esta noche será muy corta y que mañana la ducha y el café se harán más necesarios que nunca. Nos haremos los remolones cuando el despertador ponga punto aparte a nuestra pasión. Intentaremos rascar minutos haciéndonos la promesa de que cuando llegue la noche volveremos a aislarnos en nuestro paraíso particular.

Capítulo 16

—¿Qué tal están mis dos chicas favoritas?

—Álex, voy a tener que ponerte un cascabel para que me avise cuando te acercas. Otro susto como este y no lo cuento.

—No he entrado silenciosamente. He saludado a todos y bien alto, pero estabas absorta hablando con Marina y no me has oído.

—Marina ha regresado de Bilbao con las pilas cargadas. Me está contando todo lo que va a hacer en la empresa.

—Te estoy pidiendo permiso, Amparo —matizo—. Quiero llamar a todos los proveedores para que envíen muestras de los tejidos que producen y los precios.

—Ya te dije esta mañana que me parecía bien.

—Antes hemos hablado de mirar nuevos diseños. Para saber si pueden venderse a precio competitivo, necesitaremos esa información. También precisaré hacer un viaje a Madrid para comprar ropa interior en varias cadenas de ropa de bajo coste y algún modelo de diseñadores reconocidos para estudiar donde podemos encontrar nuestro propio espacio.

—Yo te acompañaré. —Álex se ofrece y sorprende a su tía con su ofrecimiento.

—Está bien, podríamos salir un día al cerrar el taller.

—Buena idea. Luego me cuentas a dónde quieres ir. Ahora vamos a avisar a Paco. ¿Tú ya estás lista o tienes que subir a casa, tía?

—¡Id vosotros dos! Otro día comeremos juntos.

—Por supuesto que otro día comeremos juntos, pero hoy también. He reservado mesa en un restaurante japonés que han abierto en Zamora.

—¡A nosotros no nos gustan esas cosas, hijo!

—¿Qué cosas? —Paco entra secándose el sudor de la frente con un pañuelo de cuadros azules y blancos.

—La comida japonesa.

—Esa gente come pescado crudo. A mí me gusta que todo esté muerto y rematado en una sartén

o en un horno.

—Los japoneses se alimentan de algo más que pescado crudo. Tenéis quince minutos para arreglarlos. Marina y yo os esperaremos en el coche.

—Está bien, hijo. Enseguida bajamos.

—Álex.

—¿Qué, cariño?

¡Cariño! Esa palabra la estarán usando millones de parejas en este instante, pero a mí me parece que solo él y yo sabemos pronunciarla.

—Ese coche no tiene aire acondicionado y lo has dejado al sol. Cuando entremos vamos a derretirnos.

—Definitivamente, tenemos que ir a comprar un coche. ¿Lo miramos luego?

—Pero estaremos con tus tíos.

—Mientras toman un café vamos al concesionario y elegimos.

—¡Que fácil parece!

—Lo es. Quiero un modelo con tracción en las cuatro ruedas. Si voy a comprar un castillo, necesitaré un vehículo con el que pueda entrar y salir al terreno sin quedarme atrapado cuando llueva y el suelo se convierta en un barrizal. Adquirir un edificio y hacerle un lavado de cara retirando los muebles viejos, pintándolo o decorando una de las habitaciones para que sirvan de muestra requiere pocas visitas. Levantar un edificio medio derruido, dotarlo de todos los servicios, decorarlo y hacer un entorno acogedor es una obra mucho más compleja y a mí me gusta supervisar todo el proceso. Voy a colocar tu coche a la sombra y vuelvo.

—Te esperaré aquí. —Yo también busco frescor y una de las paredes del taller es el lugar elegido.

Trato de componer una imagen de mi vida en Toro en invierno. Es sencillo pensar que Álex me rodea con sus brazos mientras la leña libera sus aromas, la lluvia golpea contra las tejas y contemplamos cómo los relámpagos rasgan la noche. ¿Pero cómo será caminar por las calles cuando los turistas se hayan marchado? Estoy acostumbrada a ver mucha gente, tiendas abiertas a cualquier hora, a escuchar los cláxones de los coches. Álex se acerca y todas esas infantiles dudas se consumen para dejar al descubierto el amor que crece fuerte.

—¿Qué tal hoy?

—Una mañana casi normal, así que bastante bien.

—¿Qué ha faltado para ser normal?

—Los cuchicheos, los gestos entre ellos. He estado casi todo el tiempo sentada mirando el ordenador. Estoy tomando datos sobre los proveedores y apenas he separado la cabeza de la pantalla. En el taller han estado hablando sobre las apuestas que hizo Rosa sobre los tintes de pelo. La radio se ha muerto de vieja. Las conversaciones se escuchaban perfectamente hasta que, de repente, han bajado el nivel de voz hasta convertirlo en murmullos ininteligibles.

—¿Estarían criticando a Rosa? Lo dudo.

—Cuando me han descubierto mirándolos se han puesto a hablar del tiempo. Después se han callado y así han estado un buen rato. He mirado de vez en cuando y un par de veces los he pillado haciéndose señas.

—Llevan juntos mucho tiempo, les costará abrirse a ti completamente.

—Eso será. ¿Y cómo se te ha ocurrido que comamos en un japonés? —Prefiero no darle importancia a esta permanente sensación de que algo no está bien en el taller de ropa interior—. Los dos han puesto cara de espanto.

—La misma que me encontré cuando los llevé por primera vez a comer en una pizzería, y hemos acudido unas cuantas veces desde entonces.

—Me encanta la *pizza*. Bueno, me encanta toda la comida. Voy a tener que apuntarme a un gimnasio, ahora que no podré nadar en la piscina.

—A mí se me ocurre un modo estupendo para sudar y lo haríamos juntos.

—¿Y cuantas sesiones me recomendarías? —Rozo su brazo disimuladamente.

—Lo ideal sería todos los días de la semana. No es un tipo de entrenamiento que requiera descanso, cuando más se practica mejores resultados produce.

—Entonces, deberíamos empezar hoy mismo.

—Yo opino igual, no hay que dejar pasar ni un solo día. —Se acerca y aspira mi cuello.

—¡Álex!

—Tú pones la hora. —Salimos de nuestro refugio para descubrir a Paco y Amparo vestidos muy elegantemente—. Vamos a comer, no a una boda.

—Lo sé —responde Amparo alisándose la falda plisada—. Me paso casi todo el tiempo vestida con batas de cuadros. ¡Me gusta verme diferente para variar!

—A mí me ha obligado —matiza Paco separando el cuello de su camisa azul celeste de la piel—. Esta camisa me pica.

—Eso es porque nunca te la pones y la tela está dura. ¡Y deja de tirar del cuello, que lo vas a manchar!

—¿Por qué no vas al baño y echas un vistazo a tu tío? Se ha marchado hace rato y me estoy empezando a preocupar.

—Estará rascándose el cuello —le responde levantándose de la mesa sonriendo.

—No ha parado quieto desde que se la ha puesto. A estas alturas tendrá más suciedad que el buzo de un mecánico.

—Es posible que esté cosida con algún tipo de hilo que le dé alergia. Yo tengo que quitarle la etiqueta a casi todo lo que me compro. A veces las cosen con hilo que parece pita de una caña de pescar y no hay quién lo resista.

—A Álex le he quitado yo unas cuantas y casi necesito una lupa para hacerlo. Las cosen a conciencia, y como el hilo es del mismo color que el tejido, muchas veces he cortado a la aventura.

—Yo me he cargado dos camisetas con esa aventura y ahora lucen dos remiendos donde antes estaba la etiqueta. Me he fijado que vuestros sujetadores la tienen muy suave y pequeña, y no molestan al llevarlo puesto.

—¿Te lo has probado?

—Lo llevo puesto. —Y le enseño el tirante de color carne para confirmarlo—. Es comodísimo.

—Sí que lo es. —Amparo se muestra orgullosa—. Aunque reconozco que no es una prenda *sexy*.

—Pero eso va a cambiar, solo necesitamos unos pocos retoques. Para comenzar podríamos hacer un par de modelos de prueba, sacar unas pocas unidades y dárselas a las tiendas de la comarca para que las clientas prueben...

—Me parece buena idea. Reconozco que empiezo a estar ilusionada. Hace tantos años que no hay ningún cambio en mi vida que me había acostumbrado a la monotonía. ¿Y ahora tampoco regresa Álex? ¿Habrá sucedido algo?

—Voy a ver.

Me acerco a los baños. Este local tiene una decoración tan minimalista que hasta las luces son minúsculas. El pasillo está en penumbra y hay música ambiental. Parece el ruido del agua al pasar entre las piedras de un río. Una buena ocurrencia para tapar el desagradable sonido que algunas personas producen cuando entran a un baño a orinar. No entiendo cómo es posible que suene como si abriesen un grifo a tope y se pusieran a llenar una cazuela metálica. ¿Qué hacen, posan sus pies sobre la taza del baño y lo hacen desde las alturas? ¿Cómo es posible hacer tanto ruido? Prefiero no saberlo, me conformo con no escucharlo. Me parece bien el sonido del río o el de la banda de música municipal.

Llamo a Álex y espero. No me responde y no me extraña. Si la puerta es tan maciza como la del baño de las mujeres y también hay música dentro, no se escuchará mi voz a menos que pronuncie su nombre a grito pelado. Empujo la puerta unos centímetros y lo llamo de nuevo.

—Marina, espera un momento, hay un hombre usando el baño. Cuando salga, pasas, por favor.

—Ahora se me pasa, hijo. Vuelve con ellas a la mesa —percibo entre sofocos.

—Probablemente, pero quiero que Marina entre y me ayude.

¿Estará Paco en peligro? Por el tono de Álex la cuestión no parece grave, pero una voz relajada no es garantía de que todo está bien. Me quedo quieta, atenta a cualquier palabra que me dé pistas sobre lo que está sucediendo en el cuarto de baño. Matilde Zorita acude a mi mente como si no hubieran transcurrido dieciséis años.

El colegio de monjas donde estudié tenía pupitres muy antiguos en algunas de sus aulas. Eran de madera. Una parte se levantaba para dejar al descubierto el cajón donde se guardaban los libros que no estábamos usando. En el ángulo superior izquierdo había un agujero del diámetro de una lata de refresco. Se podían dejar caer dentro los bolígrafos o la goma. Como éramos niñas y nuestros huesos eran pequeños, bastaba con meter la mano para sacar el lapicero, y así nos ahorramos el trabajo de retirar el cuaderno para poder levantar la tapa.

Matilde era lo que solíamos decir «cortita». Con aquellas gafas de culo de vaso y las horquillas a punto de caérsele, andaba siempre pensando en cuentos de príncipes y princesas, y dibujaba corazones rosas en todas partes. Su tema favorito eran las bodas. Imaginaba la suya vestida de rosa. Su marido le pondría la alianza y ella nunca se la quitaría.

En la clase las mesas se colocaban en filas de dos y un trimestre me tocó estar a su lado. Era una niña buena, de esas que no dan problemas en clase, pero tampoco alegrías, porque las tenía guardadas para regalárnoslas todas juntas aquella memorable tarde de primavera.

Estábamos en clase de Dibujo. La profesora había dejado el tema libre. Podíamos pintar lo que se nos ocurriese, disponiendo de toda la hora para hacerlo. La monja era «de hueso ancho» y lo mantenía a base de buenos platos de cocido. Si tenía que dar clase de tres a cuatro, dedicaba esa hora a dar cabezadas, la mayor parte del tiempo bombardeándonos pedorretas que intentaba ocultar entre toses y carraspeos. No tenía remedio para el olor que se extendía por la clase. Las niñas que estaban cerca de las ventanas las abrían disimuladamente para que el aire fresco se llevase el cargado de aromas a alubias rojas con chorizo y morcilla.

Como siempre, Matilde comenzó dibujando un gran corazón con el lapicero. No debía estar muy satisfecha con la forma así que metió la mano para sacar la goma. Yo, que estaba a su derecha, me devanaba los sesos tratando de encontrar un tema original con el que rellenar mi folio. Entonces comencé a ver por el rabillo del ojo izquierdo los extraños movimientos de mi compañera de estudios.

Me giré y me entró la risa. Matilde tenía el brazo derecho dentro del pupitre hasta el hombro. La mesa era pequeña. Yo no hubiera tenido espacio, pero Matilde era una niña bajita y gordita. La monja estaba en uno de esos momentos de «meditación» que solía tener y que eran sueños de cinco o diez minutos. La cabeza se le iba cayendo según se acomodaba en los brazos de Morfeo. Si lo hacía hacia atrás, la boca se le abría y sus ronquidos la despertaban sobresaltada. Estaba en ese instante en que la cabeza todavía no había decidido hacia qué lado se iba a dejar caer y cambiaba constantemente de decisión. Le quedaban tres o cuatro minutos para despertarse, así que podíamos hablar bajito sin riesgo a que nos castigase.

—¿Qué buscas? Tardas menos levantando la tapa. —Me llamó la atención que tenía la cara más colorada que de costumbre.

—No puedo sacar el brazo.

—¿Cómo que no puedes? —Según mi infantil razonamiento, si lo había metido, debería salir del mismo modo.

—No puedo, ayúdame.

De repente, vi miedo detrás de sus cristales de aumento. Sus ojos parecían enormes, como los del chicharro que habíamos comido el fin de semana anterior en el cumpleaños de mi abuelo. Me levanté con sigilo, me coloqué detrás de ella y agarré el trocito de brazo que sobresalía del agujero.

—¿Qué has hecho? —le susurré al comprobar que aquello no se movía de su sitio.

—Buscaba la goma.

—¡Habérmela pedido! Vamos a intentarlo otra vez las dos juntas. Una, dos y tres.

Tiré con tanta fuerza que levanté el pupitre. El golpe de las patas al tocar de nuevo el suelo provocó que la cabeza de la monja volviese a su posición original. Soltó un suspiro. Algunas niñas que se habían levantado para ver qué le pasaba a Matilde se quedaron quietas como estatuas de sal y no se movieron hasta que la monja retomó su respiración pausada.

—¡No sale! —lloriqueó Matilde muy bajito. Estaba asustada, pero todavía le preocupaba más despertar a la monja, que lo hiciera de malhumor y que la dejara sin recreo durante el resto de la semana.

—Es la ropa. Vamos a subir la manga para dejar espacio libre.

Carolina, una niña que siempre parecía estar dispuesta a ayudar, agarró por un lado y yo por el otro. El primer chasquido del tejido al romperse provocó que soltásemos al unísono la chaqueta gris del uniforme.

—Me duele mucho.

—Igual tienen que cortarte el brazo. A un amigo de mi primo se le cayó una uña por pillarse el dedo con la puerta del coche de sus padres.

—¡Cállate, Patricia! —le contesté furiosa. La cotorra de la clase siempre tan poco oportuna.

—¿Por qué estáis todas levantadas? —Lo peor había sucedido. La monja se había despertado y no parecía haberle sentado muy bien hacerlo por nuestra causa.

Todas las niñas volvimos rápidamente a nuestros asientos. Matilde intentó disimular, pero resultaba muy difícil ocultar que su brazo izquierdo estaba dentro del pupitre. Cuando la monja se paró delante, se derrumbó y comenzó a llorar oficialmente.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? Saca el brazo y enséñame lo que escondes en esa mano.

—Nada, hermana.

—Se le ha quedado el brazo trabado. Igual tienen que cortárselo. —Patricia no parecía dispuesta a cerrar su boca, llena de piezas de ortodoncia.

Un aullido de dolor nos puso a todas los pelos de punta. La monja trataba de hacer lo que ya habíamos intentado las niñas segundos antes. Su bigote se llenó de gotitas de sudor y dos pedos salieron estrangulados por el esfuerzo.

—Voy a buscar a la directora. No os levantéis.

No le hicimos caso. En cuanto cerró la puerta todas nos arremolinamos alrededor de Matilde. Algunas le dábamos ánimos y otras le ofrecían un caramelo o un vasito de agua del baño, como habíamos visto en las películas.

La directora acudió, examinó el pupitre, tiró del brazo de Matilde, porque no debía de tener mucha fe en la capacidad física de la monja que había interrumpido su clase de Religión, y lo soltó como si quemase. Entonces mi compañera lanzó un alarido.

—Llama a Arangoiti, está en el gimnasio. Dile que venga con la caja de herramientas.

Paula Zubeldía salió encantada por tener una responsabilidad. Matilde había parado de llorar porque la directora intimidaba a cualquiera. Todas mantuvimos la mirada en nuestros pupitres, ya que los ojos de aquella mujer no eran humanos. Cuando nos miraba podía leer nuestras mentes y la única forma de mantenerse a salvo era impedir el contacto visual.

Arangoiti entró arrastrando sus botas por el suelo de madera. Era un hombre de edad indeterminada que hacía los trabajos de reparación del viejo colegio a cambio de un cuarto donde dormir y tres comidas calientes al día. No saludaba a nadie, pero conocía cada uno de nuestros nombres y el curso que estudiábamos.

Dejó su caja de herramientas sobre una silla despreocupadamente, lo cual provocó un gesto de rechazo de la directora, y fijó su mirada en el agujero donde desaparecía el brazo de Matilde. Se

rascó la oreja izquierda, se agachó para mirar debajo, abrió y cerró varias veces el pupitre de otra niña y carraspeó aparatosamente.

—No me atrevo. La madera es muy antigua y está muy seca. Podría saltar alguna astilla al romperla y clavársele a la chiquilla en el brazo.

Se marchó con su maletín sin decir hasta luego y a la directora no le quedó otro remedio que ir a su despacho para buscar el teléfono de los bomberos, para que Matilde pudiera irse a su casa sin llevar auestas el decimonónico pupitre.

—He visto en la televisión la máquina que usan los bomberos para cortar a quienes se quedan atrapados en los accidentes de coche. —Patricia nunca se cansaba de ser inoportuna—. Esa tijera podría arrancarte el brazo.

Matilde la miró aterrada y Patricia puso cara de «te va a doler muchísimo, es como si ahora mismo lo estuviera sintiendo en mis propias carnes». Los berridos de mi compañera eran tan altos que una vez más tuvo que intervenir la monja, que amenazó con llamar a los padres de Patricia si se le ocurría decir una tontería más.

Los minutos pasaban y no entraban ni la directora ni los bomberos, así que nos dejó solas para preguntar por qué tanta tardanza. Matilde, que ya no tenía fuerzas para llorar, se dedicaba a lanzar pequeños suspiros mirándonos a todas con cara de resignación.

—¿En qué mano se coloca el anillo de boda, en la izquierda o en la derecha? —Patricia volvió a la carga con fuerzas renovadas. Era un bicho malo y así le fue la vida, pero esa es otra historia.

—En la derecha. —Creo que ninguna de las niñas de clase sabía en qué mano se debía llevar la alianza excepto nuestra experta local: Matilde.

—Bueno, si te pasa algo, siempre podrás llevarlo en la mano izquierda, al lado del de compromiso.

—Eres una idiota.

Me hubiera gustado decirle algo más fuerte. Se lo merecía por haber puesto a Matilde al borde de un ataque de nervios. Casarse y hacerlo como Dios manda era su único sueño y las descaradas insinuaciones de Patricia habían hecho desaparecer su futuro de un plumazo. Yo me contuve, pero otras no lo hicieron. Allí se escuchó de todo antes de que entrase la directora y nos mandase salir porque por fin habían llegado los bomberos.

—Matilde, ¿te duele mucho el brazo? —oímos a un chico que para nosotras era guapísimo por el simple hecho de ser bombero, ya que realmente solo lo pudimos mirar un segundo, al cruzar la puerta donde estaba esperando a que saliésemos para entrar a atender la urgencia.

—No —le contestó Matilde entre sollozos.

—Entonces, no llores. Vas a poner nervioso al bombero y no va a poder hacer bien su trabajo —le recriminó la directora. La puerta había quedado arrimada y se escuchaba todo como si de una radio se tratase.

—No me corte el brazo, por favor —suplicó Matilde a la desesperada.

—No voy a hacerte daño, cariño. —En ese momento se convirtió en el amor platónico de todas. No se dice cariño a la ligera.

—Si no lo tengo, mi marido no podrá ponerme la alianza.

—¡Ahhh! —fue todo lo que salió de la boca del bombero. Matilde lo había dejado momentáneamente sin palabras.

Pidió refuerzos a un compañero y otro chico todavía más musculoso entró portando una gran caja de metal como si estuviera hecha de cartón.

—Es mi compañero. Se llama Mikel y entre los dos vamos a liberar ese brazo para que puedas ponerte el anillo cuando te cases.

Los dos se pusieron a hablar sobre los anillos: dónde se llevaba el de compromiso, si era verdad que había que cambiarlo de lugar cuando uno se casaba, que ellos nunca podrían llevarlo mientras trabajaban porque sería peligroso... Todas esperábamos fuera en silencio absoluto para poder seguir las voces de quienes se habían convertido de repente en nuestros amores platónicos.

Patricia se mordía las uñas desesperada. Ella siempre quería ser el ombligo de todos los saraos y en esa ocasión era la romántica de Matilde de quien se hablaría durante meses.

La puerta se abrió. Los dos fornidos muchachos salieron con Matilde y nos saludaron a todas. La directora les dio las gracias efusivamente y ellos le propusieron que solicitase al responsable del puesto de bomberos una visita de colegio, donde todas pudiéramos aprender las normas básicas que deben respetarse en caso de incendio.

Matilde recibió cientos de preguntas las semanas posteriores. Repetíamos constantemente la escena, la ropa que llevaban, sus voces, lo grandes que eran, sus sonrisas. Llegó el día de nuestra visita a la estación de bomberos. La monja preguntó por los dos bomberos que habían salvado a Matilde su brazo. Habíamos hecho una caja en clase de manualidades para que guardasen sus anillos al llegar al trabajo.

Estaban fuera. Habían acudido a una llamada, pero, si llegaban antes de que terminase nuestra visita, pasarían a saludarnos. Nos fuimos sin poder verlos y dejamos la caja, con Matilde al borde de las lágrimas. La pobre llevaba semanas haciendo corazones hasta en el papel higiénico del baño y no ver a su «futuro marido» la dejó hundida. Al día siguiente la monja dijo que habían llamado para agradecer el regalo. Poco a poco dejamos de hablar de ellos porque abrieron un gimnasio cerca del colegio y los chicos que entraban y salían cuando terminaban las clases se

convirtieron en nuestro tema de conversación favorito.

¿Y por qué me he puesto a recordar nuestras anécdotas en el colegio cuando estaba a punto de entrar al baño de hombres? ¡Ah, ya me acuerdo! Ha sido la voz calmada de Álex la que me ha recordado que el primer bombero que acudió al rescate de Matilde también hablaba así. Yo era una niña. Sus palabras, pronunciadas en tono bajo y con notas de dulzura, tuvieron un efecto inmediato en mi compañera de clase, y le hicieron creer a ella y a las demás que aquello iba a ser pan comido.

Por fin se abre la puerta del baño. El hombre ha tenido tiempo de sobra para hacer hasta un autodefinido y aun así sale colocándose su bien máspreciado por encima de su pantalón vaquero. Opto por hacer como si no lo hubiera visto.

Compruebo que la miserable luz que ilumina el cuarto de baño de los hombres es igual de deprimente que la de las mujeres. Los azulejos son muy oscuros. Las puertas de madera de los dos baños y la que cierra la zona de lavabos están pintadas en color negro y las luces amarillas hacen que sea difícil ver los rasgos. ¡Imposible retocarse la barra de labios! Una amiga mía los llama baños comunistas: nos igualan a todas. no importa si tienes una nariz de la que podrían sacar hueso para hacer caldo para doce personas, o restos de lechuga entre los dientes. Cuando te miras solo ves un borrón que gesticula. Sales deslumbrada acordándote de toda la familia del que tuvo esta brillante idea.

Las puertas de los baños están abiertas. Los dos están dentro, Paco, sentado sobre la tapa del inodoro y Álex, a su lado. Fuerzo la vista para asegurarme de que tiene el pantalón en su sitio. Una vez que confirmo que está correctamente vestido, trato de encontrar gestos en ambos que me den pistas sobre lo que está pasando. En cuanto mis ojos se acostumbran a esta penumbra distingo la cara de dolor de Paco.

—¿Qué le pasa?

—Nada, hija, ya se me está pasando.

—No es cierto, tío. Estás sudando como un pollo.

—Porque aquí dentro hace mucho calor.

¡Si tienen aire acondicionado dentro de los baños! He estado a punto de pedir un caldito caliente para soportar las ráfagas de aire polar que ha lanzado sin piedad el puñetero aparato sobre nuestras cabezas desde que nos hemos sentado a la mesa. ¡Seguro que es un electrodoméstico japonés!

—Marina, acércate a mi tío, que voy a llamar a Gerardo.

—Sí —respondo sin saber si tengo que sujetarlo o si con estar a su lado será suficiente.

—Dentro no hay cobertura.

Salí del baño y me quedo al lado del pobre Paco. ¿Será indiscreción preguntarle qué le sucede? Apenas tenemos confianza, pero tampoco sabré qué tipo de ayuda podría necesitar si no averiguo lo que ha provocado que tenga ese gesto constante de dolor.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has mareado? —Marearse es algo que a todos nos sucede alguna vez en la vida. Resulta una dolencia muy poco escabrosa, de la cual nadie tiene reparos en hablar.

—Un poco —me contesta con voz estrangulada. Un mareo te puede dejar sin fuerzas, pero la voz de Paco tiene otro matiz.

—¿Te duele algo? —Continúo con el interrogatorio porque me he quedado como estaba. Mientras Álex regresa, prefiero no quedarme en silencio.

—El estómago. He tomado una pastilla y enseguida hará efecto. Sal con Amparo y continúa comiendo, yo ahora volveré.

—No te preocupes, no tenemos prisa.

Álex entra cuando ya estaba empezando a sentirme un pelín angustiada. Paco se ha llevado las manos al estómago y se lo aprieta como si fuera un globo que quisiera explotar.

—Gracias, cariño. Vamos a ir al hospital. —Álex agarra el brazo de su tío y lo ayuda a levantarse—. Está de guardia la hija de Teo, el carnicero. He hablado con ella y tiene que verte.

—Vamos a asustar a tu tía para nada. —Está claro que a Paco no le agrada la idea de acudir al hospital.

—Tía ya está preocupada. Llevas veinte minutos en el baño. Le he contado lo que te ha pasado y está ya en el coche esperándonos.

—Lo siento, Marina, os he estropeado la comida.

Salimos del local. Corro hasta el coche y abro la puerta para que Amparo entre. Se acerca a Paco y le coge la mano con gesto de preocupación. Álex ayuda a su tío a meterse en la parte trasera con Amparo como enfermera accidental. Yo lo hago en el asiento del copiloto para dejarles espacio y Álex se incorpora a la circulación con gesto serio.

—En cuanto te medique te vas a empezar a encontrar mejor.

—Dice que le duele el estómago —hablo bajito porque Paco ha cerrado los ojos—. ¿Le ha sentado algo mal?

—El *wasabi*.

—¿Es alérgico? —Si nunca lo había probado, no podía saberlo.

—A la cucharada sopera que se ha comido, sí.

—¡Si pica un montón!

—Ese es el problema. Mientras tú estabas en el baño les he explicado que podían levantarse y coger el *sushi* que quisieran. Cuando has salido los hemos dejado solos para acercarnos a la barra a pedir que el cocinero nos preparase la carne en la plancha. A mi tío el pescado crudo no le gusta. Ha visto el cuenco del *wasabi* y lo ha llevado a la mesa creyendo que era puré de verduras. Se ha metido una cucharada bien colmadita sin probar antes. Tiene una úlcera gástrica y, como él dice, se le ha puesto rabiosa.

—Un vaso de leche y se me hubiera pasado sin tanto alboroto.

—Prefiero escuchar a la doctora. Si es como dices, pararemos en un supermercado y compraremos una docena de tetrabriks.

—¡Ay, Paco, ni a golpes aprendes! Con el ruso te pasó lo mismo.

—¿Qué pasó, tía?

—El día de tu comunión, ¿no lo recuerdas?

—Yo solo me acuerdo de mi bicicleta. Estaba dentro de una caja de cartón y tenía un lazo azul.

—No te volvimos a ver en todo el banquete. Te montaste en ella y no te bajaste en horas. Fue en el restaurante donde celebramos la comida. Paco tenía un primo que había vivido varios años en Rusia. Había regresado pocos días antes de la comunión y se presentó con un regalo para ti y una botella de vodka de una destilería famosa de aquellas tierras.

—¿El reloj?

—Sí, ese hombre.

¡A mí también me regalaron un reloj! Era de esos japoneses que tenía numeritos en lugar de agujas. Si era normalito, tenía dos botones: uno para dar luz y otro para cambiar la pantalla y poder ver el día y el mes del año. El tercer botón que traían algunos era el cronómetro y le daba otro nivel al reloj. Quien conseguía uno con cuatro botones chuleaba a los demás, aunque la mayoría de las veces no supiera para qué servía.

—Me acuerdo que era muy cariñoso. Estuvo abrazando a todo el mundo.

—¡Lo que estaba era como una cuba! Tu tío se había tomado un escocés de postre y estaba contentillo. Al otro le pasaría algo similar. Dejaron la botella de más de setenta grados de graduación más limpia que salida de la fábrica de vidrio. Al ruso le dio por repartir amor entre todos los que se le ponían a tiro y a Paco le salió la vena artística e intentó hacernos un *striptease*.

No puedo imaginarlo. Será cierto, pero yo solo he visto a este hombre hablar formalmente o encogido por el dolor. No tengo en mi almacén imágenes de Paco pasado de copas para hacerme una idea de lo que pudo ser aquello.

—¿Ya tenía la úlcera?

—Fue cuando se la diagnosticaron. Hasta el viernes estuvo arrastrando los efectos de la borrachera.

—Todo el mundo bebe demasiado alguna vez en su vida. —Paco intenta defenderse. ¡Pobrecillo! Por si no fuera suficiente con el dolor que debe estar sintiendo después de meterse la cucharada de *wasabi*, su mujer le da una ración de recuerdos bochornosos.

—¡Ni lo sé ni me importa, Paco! Te quitaste los zapatos y la camisa, y te dedicaste a saludar a todos los invitados fumando aquelapestoso puro. ¡Quemaste el vestido de Encarnita!

—De la camisa no me acuerdo. Los zapatos me estaban haciendo ampollas y a Encarnita la quemaría el vestido porque no paraba de arrimarse. ¡Menuda sobona! Parecía una burra en celo.

—¡Tú sí que eres un animal! ¡Si la pobre no se movió de su asiento!

Paco me recuerda a mi abuelo. Sabe, porque lleva muchos años compartiendo cama y café con Amparo, cuándo es mejor callarse y fijar la vista en un punto imaginario.

—Ya hemos llegado. Espera que te ayude a salir, tío.

—Me duele el estómago —refunfuña Paco—. No me han aplastado las piernas.

—A ver si le duele tanto como para recordar que no puede meterse las cosas en la boca como si no hubiera comido en doscientos años. —Amparo se lo dice a Álex mirando a su marido de reojo.

—Ya continuaréis debatiendo cuando lleguéis a casa. Ha salido un celador con una silla de ruedas, así que pórtate bien y deja que los médicos te curen. —Álex zanja esta discusión saliendo del coche para abrir la puerta y ayudar a Paco.

Me siento en familia, una que estoy conociendo. Las similitudes con la mía me hacen sentir esa cercanía. Mis abuelos también discuten constantemente, pero en realidad no son peleas. Llevan muchos años juntos y es una parte de su lenguaje. Mi abuela cada mañana abre las ventanas de todas las habitaciones para que se ventilen y mi abuelo las va cerrando detrás de ella. «Si deseara vivir en plena naturaleza, me habría ido a los montes de mi pueblo. En esta casa hay más corriente que en la iglesia, cuando don Martiniano dejaba abierta la puerta de la sacristía mientras celebraba misa».

«Hay que abrir, tiene que renovarse el aire —le contesta siempre mi abuela condescendiente—. Renovarse está bien, que entre el que está al lado para que se marche el que tenemos dentro. Lo que tú haces es esperar durante horas, y acaba entrando el que salió del Polo Norte con tanta ventana abierta». Mi abuela lo escucha, no dice nada y a la mañana siguiente vuelve a abrir las ventanas como si no hubiera existido la conversación.

—¿Qué tal estás, tío?

—Bien, hijo.

—Tenemos que buscar una farmacia. En Urgencias le han dado algunos medicamentos y dos recetas que tiene que empezar a tomar esta noche.

—Sin problema. Son las siete, así que todas están abiertas. Pararé en la primera que encuentre abierta.

—Preferiría hacerlo en la farmacia de siempre. Todo lo compramos allí y como tenemos tiempo...

—¿Sabes su teléfono? —pregunta Álex abriendo la puerta del asiento trasero para que Paco y Amparo se acomoden.

—Lo tengo en la agenda del móvil.

—Entonces, lo mejor será que llames antes de ir hacia Toro. Si los tienen, les pides que te los guarden. No quiero marcharme para tener que volver.

—Claro.

—Ya conoces algo más de Zamora: el servicio de Urgencias del hospital. —Álex me ofrece su mano. Me acaricia mientras Amparo realiza la llamada.

—Y la cafetería, no te olvides.

—¡Cierto! Un buen ejemplo de diseño moderno y funcional.

—Nos quedamos sin ver los concesionarios.

—Dejaremos esa visita cultural para otra ocasión. Ya compraré el coche cuando se pueda.

—Tenemos este. —Es un utilitario y tiene más años que las carabelas de Colón, pero de momento nos lleva y nos trae a donde necesitamos.

—Los tienen —confirma Amparo.

—Muy bien. Vámonos entonces.

—¿Y qué te han dicho, Paco?

—Me han puesto una dieta horrible. Es mejor quedarse sin comer. —El pobre hombre está totalmente abatido.

—¡Mejor! Así bajas la barriga que te ha salido. Yo también voy a hacerla. No pienso cocinar dos menús diferentes siendo dos pelagatos en la mesa.

—Ahora me riñes tú, mañana lo hará Gloria. ¿Tú sabías que eso picaba tanto? ¡Si tenía el mismo color que el puré de judías verdes que preparas!

—¡Si te quejas cada vez que te lo pongo para comer! ¿Por qué lo elegiste?

—¿Quién es Gloria? —Álex me mira como diciendo: «Menudo viaje que nos espera. Vamos a intentar cambiar de tema de conversación».

—La doctora de familia. Es un encanto, se preocupa mucho por cada paciente.

—¿Ya no está don Anselmo?

—¡Por fin se jubiló! Ahora vive en Benidorm. Se casó con una belga y se ha vuelto un poco *hippy*.

—No me lo imagino con colgantes y pantalones de pata de campana.

—A tanto no llega, pero se ha dejado coleta y se ha tatuado el pecho.

—¿Queréis que os acompañe?

—No hace falta, hijo.

—También podría acercaros yo. —Seguramente Paco todavía sentirá molestias y Amparo no sabe conducir. El centro médico estará en un lugar céntrico, no puede ser muy difícil llegar.

—¿Por qué no os tomáis unos días de vacaciones? Ahora que Álex ha vuelto podríais dedicaros a hacer un viajecito. Portugal está muy cerca. ¿Has estado alguna vez en Lisboa?

—No. —¿Vuelta a las andadas? ¿De nuevo intentando alejarme del taller? Creía que todo eso había terminado—. Prefiero trabajar. Quiero pedir esta semana datos a todos los proveedores y a otros que podrían interesarnos.

—No busques aparcamiento. Regreso en dos minutos.

Amparo sale con una agilidad envidiable para una mujer de su edad. Tendré que hablar muy seriamente con Álex un día de estos. Estos cambios de actitud de Amparo no los termino de encontrar yo muy normales.

Capítulo 17

—¡Mierda!

Golpeo el volante porque siempre había deseado poder desahogarme de este modo, como en las películas, y el momento ha llegado.

—¡Marina, Marina, lo que mal empieza...!

Un hombre está sentado en un banco. Tiene un bastón entre las manos y un palillo cuelga de su boca. Estará pensando que estoy loca, hablando sola y dándole mamporros al coche mientras espero detrás del camión de patatas. El transportista está sudando copiosamente. Va cargando sacos al hombro para dejarlos en una tienda de barrio. Afortunadamente, no me está mirando. Podría pensar que estoy echando pestes por no poder pasar, pero mi cabreo no tiene relación con su aparcamiento libre, me lo he buscado yo solita.

No he levantado la cabeza en toda la mañana: llamadas, correos electrónicos, esperas interminables delante de la prehistórica impresora y vuelta a mi asiento para fingir que todo iba bien. ¿Cómo iba a ir bien, si se han vuelto a empeñar en que no me moviera de mi cuarto? El día de más calor y la puerta y las ventanas cerradas a cal y canto.

En esta ocasión he salido la primera. Con una despedida precipitada he abandonado Lagunafría buscando aire fresco. Me he dejado olvidado el móvil en el puesto de trabajo.

Lo saqué del bolso para atender el mensaje de Álex:

Álex: «Estoy tomando algo con Gerardo. Llámame cuando llegues para acercarme al garaje y aparcar tu coche».

Envié un «vale» acompañándolo de un emoticono con la forma de unos labios rojos. No habían pasado ni tres segundos cuando mi móvil me volvió a avisar. Un corazón lanzaba destellos y otro texto.

Álex: «He encargado copia del mando para que puedas entrar y salir libremente.»

Te llamaría encantada, pero no tengo móvil y no sé en qué bar estarás. Podría empezar a dar vueltas por el pueblo. Sería una pérdida de tiempo, porque el casco viejo tiene varias calles peatonales muy estrechas. ¡No me atrevo a meter el coche por donde no sé si hay salida! Yo soy muy torpe dando marcha atrás.

Necesito el móvil, así que resoplo resignada. He dado media vuelta para deshacer el camino

que acabo de recorrer. El taller estará cerrado. Voy a llamar a Amparo para asegurarme de que me pueden abrir la puerta. ¡Mierda, que no tengo el móvil! Antes no existían estos aparatos. ¿Cómo haría la gente para quedar?

La tentación de pisar el acelerador es fuerte. No hay nadie en la carretera, algo a lo que me estoy acostumbrando. No tengo tiempo para ceder al estímulo. Una especie de petardo estalla dentro del coche, acompañado de un temblor incontrolado del vehículo. Sujeto firmemente el volante intentando recordar aquella clase de la academia de conducir donde insistían en que se debían evitar los giros bruscos del coche.

Vuelvo a tomar aire porque, mientras estaba dominando a la máquina, me había olvidado de hacerlo, y espero a que mis piernas dejen de temblar. Miro antes de salir. ¿Para qué, para ver la carretera desierta? Tengo más posibilidades de recibir el impacto de un meteorito que de que alguien esté atravesando la carretera a estas horas y que sea tan ciego o despistado como para arrollarme en medio de una recta de cinco kilómetros, con la mitad de mi coche sobre los secos hierbajos y la otra mitad en el arcén. Y si eso no fuera suficiente, mi coche luce un bonito tono rojo fuego.

¡Lo que me temía! Un pinchazo y yo continuo sin móvil. Estoy a mitad del camino, demasiados kilómetros para hacerlos caminando. Pobrecilla llanta. Luce arrugada, como la barriga del hombre que adelgazó drásticamente y se convirtió en una manta permanente para sus genitales.

¿Dónde tendrá la rueda de repuesto este coche? Podría llamar a Armando para preguntar, pero ¡no tengo el puñetero teléfono! No está dentro del maletero, así que no me queda otra que agacharme. Cuando me dispongo a hacerlo, se oye el sonido de un coche, que me suena a música celestial.

—¿Problemas?

—Sí, un pinchazo.

—Deje que la ayude.

—Muchas gracias. —No soy de esas que rechazan ayuda cuando la necesitan.

«¡Encantada!», me guardo muy bien de decir a este orondo señor. A primera vista me ha dado la impresión de ser alguien mayor cuando probablemente no habrá superado los cuarenta. Tiene las mejillas sonrosadas como si acabara de bajarse del coche de los Picapiedra después de mover las piernas como un poseso para hacer avanzar el descapotable de piedra.

—Voy a llamar primero a la parienta. Siempre me espera con la comida caliente y me gusta que sepa si voy a llegar tarde.

—Claro. —¡Qué detallista! ¿O es que piensa que va a tardar mucho en cambiar la rueda?

—Ya está. Me gusta comer la chuleta y las patatas fritas recién hechas. Cuando la comida se

queda fría pierde toda la gracia.

—Es verdad. —No estás así de hermoso por comer verdurita al vapor.

—Voy a sacar una manta vieja que tengo en el maletero para no mancharme los pantalones.

¡Yo no he mirado lo que hay en mi maletero! ¿Dónde estará el gato? Me tengo que poner al día, soy propietaria de un coche y solo sé echarle gasolina. ¡Y encima soy rubia! Menos mal que este muchachote parece estar encantado con el sucio trabajo al que se enfrenta. La rueda tiene una capa de mugre considerable y ahí es donde yo podré aportar mi pequeño granito de arena: mi nuevo paquete de toallitas húmedas perfumadas que guardé en mi bolso y que le ofreceré en cuanto termine.

Me mantengo a una distancia prudencial vigilando la carretera, más por decoro que por seguridad. Mi salvador está agachado soltando los tornillos para liberar la rueda dañada y el pantalón se le ha bajado y ha dejado al aire medio culo y la cinturilla multicolor de su calzoncillo. La moda de llevar los pantalones a punto de caerse ha propiciado que las mujeres volvamos a experimentar visiones de la época de nuestras madres. Es un arte colocar los pantalones en el punto: todo lo abajo que se pueda. Esa cuerda floja donde parece sentirse cómodo el vaquero en ocasiones desafía demasiado a las leyes físicas. Ahí es donde entra en juego la pericia del usuario: si está atento a las sensaciones de sus caderas, agarrará la prenda a tiempo para volver a dejarla más o menos donde quería. Si es confiado, nos regalará una panorámica de su culo que, por ser moda entre adolescentes y modernillos, suele aparecer depilado, lo cual suaviza bastante el impacto.

Este buen hombre no se preocupa de las tendencias en moda masculina. Su camisa de cuadros rojos y azules y su pantalón vaquero de pinzas ya existían cuando yo estaba aprendiendo a caminar. Si en algún momento probó la depilación, fue hace tiempo, porque los pelos que por ahí sobresalen son negros y fuertes, como los de su cabeza. Curiosamente, son mucho más rizados que los que luce en la testa. ¿Será por el calor constante que mantiene esa zona?

—¡Estaban duros como rayos! —resopla levantándose para coger la rueda de repuesto—. He encontrado un clavo roñoso. No olvides llevarla a un taller para que la reparen.

—Hoy mismo lo haré. ¡Menuda mala suerte! ¿Cómo es posible que un clavo quede vertical en esta carretera llena de baches?

—Coincidencias, como que te toque la lotería dos veces.

—Habrá que empezar a jugar.

Vuelve a darme la espalda para atornillar la que hasta ahora había sido la rueda de repuesto. Si no se forma un charco de sudor en el suelo, será porque el calor del asfalto evaporará las gotas. Su camisa está empapada y su cara brillante como si acabara de pulverizarla con un aerosol. Llegará tarde, con la ropa sucia y un par de kilogramos menos.

Estas divagaciones, que nunca podré confesar porque son ridículas, han hecho que me distrajera y olvidara temporalmente mi móvil y a Álex. Son las dos menos cuarto, no llegaré a Toro antes de las dos y media. Mi estómago también opina que será demasiado tarde para darle algo de alimento. Esta mañana me he mantenido firme, nada de gominolas ni chokolatinas. Una triste barrita energética cuyas pepitas me han rascado la garganta y me han dejado con ganas de morder un bocadillo de chorizo.

—¡Ya está!

—¡Qué bien! Me has salvado la vida. —He exagerado un poquito, pero su aparición ha sido providencial—. Muchísimas gracias.

—¡No hay que darlas! Tú me has hecho un favor.

—¿Ah, sí? —Le paso todas las toallitas, que parecen hacerse diminutas entre sus grandes manos—. ¿Cuál?

—Recordarme que tengo que ponerme a dieta y comenzar a hacer ejercicio. ¡Casi me desmayo intentando soltar las tuercas!

—¿Y por qué no me lo has dicho? Yo no podía llamar a la grúa. Me dejé mi móvil en el taller e iba a buscarlo cuando he pinchado.

—Me está bien empleado por abandonarme. Que tengas un buen día.

—Y tú también. Gracias de nuevo.

Se despide moviendo la mano como los niños pequeños. Mi cochecito parece un cocedero de gambas. Bajo las dos ventanillas y pongo el aire frío a potencia máxima. Este será mi único verano en Zamora sin aire acondicionado. No podría decir qué es mejor, si esta corriente de aire caliente por donde se han colado dos polizontes de la familia de los bichos asquerosos que vuelan y podrían picarme, o subir de nuevo las ventanas y correr el riesgo de morir asfixiada.

Toco la puerta de la casa de Paco y Amparo. El silencio es absoluto. ¿Estarán echándose la siesta? No ha sido buena idea venir a estas horas. Espero atenta a cualquier prueba de vida, pero ni las moscas tienen ganas de manifestarse a las dos y cinco. Me doy media vuelta meditando. No me queda otro remedio que volver a Toro, aparcar donde encuentre un sitio y caminar hasta el restaurante de Gerardo. Si no están allí, alguien sabrá el número de su amigo y lo podrá llamar para preguntarle el de Álex. Abandonarse en los brazos de la tecnología me ha vuelto vaga: solo sé mi número y el del teléfono fijo de mi madre.

Parece un pueblo fantasma: calles desiertas, casas cerradas. No hay sonidos que den vida a un pueblo que desaparecerá si no triunfamos con los nuevos sujetadores. Continúa pareciéndome algo casi imposible. Hay tanta competencia y tenemos tan pocos medios que sería un milagro.

—Esmeralda, huyamos a mi isla del Caribe.

—Carlos Augusto, sabes que te amo más que a mi vida, pero no puedo.

¿De dónde han salido estos dos?

—Tengo mi avión privado preparado en el aeropuerto. Podríamos estar en la playa dentro de dos horas.

—Pero mi papá no te acepta.

—Le demostraré que yo no robé sus tierras. Eran de mis antepasados y me correspondían como único heredero.

—Yo te creo, mi amor. Eres un hombre íntegro.

—Cuando te tengo entre mis brazos soy el hombre más feliz del mundo. No quiero renunciar a ti.

—Ni yo a ti. Siento que muero de amor cuando no estás cerca.

¡No me lo puedo creer! No está nada mal la actuación de Licinio y Clara. Si no se tiene en cuenta que él tiene muchos años y pocos dientes, una boina calada hasta las cejas y calza alpargatas, podría pasar por un sudamericano ricachón. Habría que cerrar los ojos para imaginarlo mejor, pero reconozco que le pone pasión a cada palabra.

Ella también ha memorizado su texto. Lo recita abriendo y cerrando exageradamente la boca. Están muy simpáticos los dos. El abrazo que Licinio le da hace que se me salten las lágrimas y que se me escape alguna carcajada. Lamento por enésima vez no tener mi teléfono. Si los grabase y lo colgase de Youtube, este vídeo tendría millones de reproducciones, y estoy segura de que a Licinio le encantaría.

Ella se aleja, dejando la mirada perdida en los trigales. Se abraza a sí misma con cara de dolor. ¡Lástima que se termine la función! Hacía tiempo que no me reía tanto. Si me quedaba algo de rímel, se estará ahora mismo esparciendo por mi cara. Licinio simula sentirse impotente, aunque también podría estar haciendo ver que le concede su espacio para meditar. Este momento es tan surrealista y me ha pillado tan desprevenida que estoy pasmada.

Parece ser que los segundos para pensar se han terminado. Licinio se acerca y posa su mano derecha sobre el hombro de Clara. Ella, muy metida en su papel, se gira muy despacio y lo mira como si alguien le estuviera pisando el callo y hubiera decidido aguantar el dolor en silencio. Se acerca. ¡No van a hacerlo! ¡Van a parar a tiempo! ¡Nooo! El beso con lengua es auténtico, no es como en las películas antiguas, cuando se apachurraban los labios apretando las cabezas como si quisieran traspasarse. ¡Lo he visto y no voy a poder borrarlo de mi mente fácilmente! Licinio se está poniendo las botas, le está metiendo el apéndice hasta la campanilla. Parece que no quiere dejar las cosas a medias y con ambas manos masajea el culo de Clara, quien parece disfrutar de lo

lindo de las atenciones de Licinio. Quisiera mirar hacia otro lado, pero no puedo. Mi cerebro se ha quedado trabado pensando en que algún detalle se le debe de estar escapando. Cuando lo encuentre cobrará sentido lo que mis ojos acaban de presenciar.

¡Me han visto! Clara me mira, cierra sus manos, clava sus ojillos en los míos cinco segundos y después su mirada recorre mi cuerpo como si de repente yo me hubiera convertido en su peor enemiga. ¿Le habrá parecido mal que me riera?

—¿Qué haces aquí? —me increpa acercándose amenazadora—. ¿No has hecho ya suficiente daño?

—¿Yo? —Me señalo con la mano, aunque en la calle solo estamos los tres, porque todavía no me puedo creer lo que estas dos personas de edad considerable acaban de hacer delante de mis narices.

—Me engañaste. Cuando mi papá se casó con tu mamá, pensé que ya no estaría sola, que seríamos hermanas y lo compartiríamos todo.

—No sufras más. —Licinio se coloca al lado de Clara mirándome como si yo tuviera la peste. ¡Joder, qué bien lo hace!—. Tu hermana ya no puede hacernos más daño.

—¡Zoraida Luz ya no es mi hermana!

¿Me llamo Zoraida Luz? ¡Pues sí que se lo han tomado en serio! ¡Menudo nombre me han puesto! ¡Mira si será extraño todo esto que me gustaría participar! Levantar las cejas con cara de malvada, contonearme alrededor de Licinio como hacen las malas de los culebrones. A mí eso no me sale, siempre fui de las que en los teatros del colegio aparecía de figurante: árbol, sol y oveja.

La puerta roja se abre y Amparo y otra de las mujeres salen y la cierran a su paso. ¡Así que ahí dentro están todos! Las dos llevan mascarillas que cubren su nariz y boca, y guantes de látex. ¿Qué estarán haciendo? Me muero de curiosidad.

—Marina, ¿cómo es que has vuelto? —Amparo me sonrío mecánicamente.

—Olvidé mi teléfono móvil en el taller.

—No me di cuenta. —Saca del bolsillo de su delantal el manajo de llaves.

—Llévate a tu hija y asegúrate de que no vuelve a cruzarse nunca en nuestro camino. —Licinio parece haber decidido que también Amparo debe incorporarse a este culebrón.

—¿Por qué no vais los dos a vuestras casas y os acostáis un rato?

¡Amparo! No les digas eso, que estos dos acaban retozando delante de nosotras. Tú no los has visto, de esa fricción han salido chispas.

—No voy a renunciar nunca al amor de Esmeralda. Y, si es necesario, lucharé con todas mis fuerzas.

El momento se hace tenso. Licinio está tan metido en el personaje que parece que fuera a saltarle a la yugular de un momento a otro. Clara se coloca a su lado y le da la mano como muestra de apoyo.

—Podéis marchad tranquilos, yo os protegeré. He comprendido que vuestro amor es verdadero. Mi persona de confianza os acompañará a vuestras casas. La boda se celebrará mañana y los dos tenéis que descansar.

¡Otra que también se ha vuelto majareta! Licinio y Clara se abrazan felices. Él la hace girar y ella ríe como hacía Heidi entre las cabras. La hermana de la verruga se los lleva calle abajo. La función ha terminado.

—¿Qué les pasaba?

—¡Nada! —Amparo mueve la mano quitándole importancia a lo que acabamos de ver—. Estaban actuando.

—Nunca los había visto hacerlo. Parecían muy convencidos.

—Los ha debido atontar el producto.

—¿Qué producto?

—¡El matarratas! —suelta Amparo caminando hacia el taller.

—¿Se lo han comido? Habrá que llevarlos al hospital. —La gente de esta comarca será resistente al frío y al calor, pero no creo que sean inmunes al veneno.

—¡No, mujer! Se han quitado la mascarilla y al olerlo se ha mareado un poco y han salido a la calle para despejarse.

¿Por eso Licinio le ha practicado la respiración boca a boca a Clara? ¿Y es necesario que todos estén dentro? Si es peligroso, debería haberlo manipulado un profesional cualificado. No deberían vender el producto a cualquiera. Este tipo de accidentes podría evitarse.

—¿Tan tóxico es? Yo he visto cepos y bolitas que ellas tragan porque creen que es comida, pero no sabía que estando cerca te podías intoxicar.

—Es un *spray*. No hay modo de echarlas de ahí y queremos dejar el almacén limpio porque ya no vamos a necesitarlo más.

—¿Se llevaron todas las existencias?

—¿Eh? —Amparo titubea—. Sí. ¡Mira, ahí tienes tu teléfono!

—Sí. —Donde yo lo dejé, ¿dónde iba a estar sino!

—Bueno, mañana nos vemos, Marina, que tengas buena tarde.

—Gracias, hasta mañana.

En la carretera comarcal, cruzando el primer pueblo que encuentro después de Lagunafría, me sobresalto. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí. Todavía estoy en estado de *shock* por la escena de pasión entre Licinio y Clara. No se lo voy a contar a Álex, aquí nada tiene mucho sentido e ir con chismorreos sobre su familia no es mi estilo. Que hagan lo que quieran con su almacén, las ratas, los insecticidas y los culebrones.

¡Álex! Ahora puedo contactar con él. Paro y saco mi teléfono del bolso. Hay cinco llamadas tuyas y varios mensajes. Debe estar preocupado, así que marco llamada al tiempo que intento memorizar su número para futuras ocasiones.

—Marina, ¿estás bien?

—Sí. —Un suspiro de alivio se escucha a través de la línea—. Olvidé mi móvil en el taller, pinché al regresar a por él, un conductor paró y me cambió la rueda.

—Empezaba a preocuparme. Mis tíos tampoco atendían mis llamadas. Ahora mismo estaba entrando en el garaje para ir a Lagunafría en moto.

—Llegaré en cinco minutos.

—Entonces no me muevo de aquí. Voy a llamar a Gerardo para decirle que estás bien. ¿Quieres que nos prepare algo de comida?

—Yo no tengo mucha hambre, pero si a ti te apetece...

—Hemos estado picando en dos o tres bares. A mí solo me falta el postre y queda helado en el congelador.

—Entonces, prefiero ir a casa. Necesito una ducha.

—O un baño relajante. El pinchazo te habrá asustado.

—Un poco. —Y lo que he visto en tu pueblo me ha dejado anonadada.

—Yo te cuidaré.

¡Me conformo con algo de normalidad, Álex!

—¿No íbamos a Zamora a ver concesionarios de coches?

—Íbamos, pero me ha llamado el poeta. Quiere hablar conmigo.

—Habrá cambiado de idea.

—O querrá convencerme para que desista de insistir. ¡Vete tú a saber!

—¿No sería mejor que acudieras solo a esa reunión?

—Quiere que vayas.

—¿Yo? ¡Si no nos conocemos!

—Le conté que tenía pareja, que estaba enamorado y que me gustaría que me hiciese un poema. Se mostró encantado, sacó una libreta y empezó a tomar apuntes. Querrá recitártelo personalmente. ¿Por qué no recoges el mando de apertura del portón del garaje? No puedo abrir la puerta del coche con los bolardos. Ya está pagado.

—¿A tu nombre?

—Sí, cariño.

¡Ha dicho que está enamorado de mí! Soy de reacciones lentas, pero nunca es tarde. Rodeo el coche y me acerco haciéndole señas para que baje la ventanilla. Sin miedo de agacharme, porque mi vestido es largo, me inclino. Ato mi pelo con mi mano izquierda y lo beso con descaro. Los silbidos de una cuadrilla de muchachos nos devuelven a la realidad.

—Vas a conseguir que nos detengan por escándalo público y a mí nunca me han puesto ni una multa.

—Nos tomaremos un descanso —le digo retadora—, pero luego continuaremos.

Entro sonriendo como una tonta. Estoy enamorada y me siento tan feliz en estos momentos que casi me olvido por completo de lo que ha sucedido hace unas horas. Los dos dependientes visten batas blancas, parecen médicos. Están atendiendo a un hombre y a una mujer, y me entretengo mirando la multitud de objetos que hay a la venta: semillas, tijeras, comida para perros, aspersores, sartenes, colgadores de ropa... No tendrán la carrera de Medicina, pero a la vista de los abarrotados pasillos llenos de artículos hay que tener muchos conocimientos para poder localizar y saber qué función tiene cada cosa.

—Inés, ¿necesitas algo más?

—Dame algo contra los roedores. El otro día encontré rastros en las patatas.

—¿Dónde las guardas?

—En la despensa. Es un cuarto pequeñito que hay al lado de la cocina.

—Si tus perros no entran ahí, lo mejor es la comida. Estas bolitas les encantan. Las comen y mueren a las pocas horas.

¡Otra que tiene problemas con los roedores! Escucho la conversación cada vez con más interés.

—Entran en la cocina para pedir comida. La bóxer de mi hijo es una tragona y le gusta hasta la cebolla. ¿No hay otra cosa que acabe con ellas?

—Podrías llevarte unos cepos. No matarán a la perra, pero podrían causarle daños en el hocico. Tendrás que mantenerlos alejados hasta que desaparezcan.

—¿Y el *spray*?

—¿Perdone, señorita?

—Perdón por entrometerme. —Estaba pensándolo, al menos eso creía, pero he debido formular la pregunta en alto sin ser consciente.

—¿Hay *spray* para matar ratones? —Inés me mira. Pensará que soy una comercial que anda de tienda en tienda.

—Eso he oído. —El tendero me mira extrañado y me veo en la necesidad de arreglar el lío en el que me estoy metiendo antes de que termine pensando que soy tonta de remate—. Hace un rato he escuchado hablar de ello y me pareció muy raro que vendiesen un gas capaz de matar a una rata.

—Sería algo muy peligroso, nunca he oído hablar de ello. Es posible que exista, pero aquí no lo vendemos. Hace tiempo se podían comprar multitud de productos para el campo que hoy en día no se pueden adquirir sin tener el carné correspondiente. En esta tienda nunca hemos tenido *spray* matarroedores.

—Debo de haber entendido mal. —Me alejo unos metros simulando tener interés en los cepillos para perros.

—Atiende a la chica, yo no tengo prisa.

—Muchas gracias —le respondo a esta mujer tan educada—. Solo quería recoger un mando a distancia.

—¿El de Álex?

—Sí. —Inés me sonrío y yo le devuelvo el gesto.

—Así que tú eres la novia de Álex. —¿Cómo le gusta saber a doña Inés!

—Sí.

—Yo fui su profesora. Es un muchacho estupendo. Era muy travieso, pero sacaba muy buenas notas. Dale recuerdos de mi parte.

—Se los daré. Hasta luego.

—¿Había mucha gente? —Álex arranca el coche.

—Sí. Inés me ha dado recuerdos para ti.

—¿Inés?

—Tu profesora.

—¡Uf! Te habrá hecho una radiografía. Siempre que me ve me pregunta si tengo novia.

—¡Pues ahora ya lo sabe!

—Es amiga de la madre de Gerardo. Tienen montada una red de espionaje muy eficiente.

¡Te creo, Álex! De hecho, permanecer aquí va a ser un acto de fe. El amor todo lo puede. Siempre quise ser anónima, desde la adolescencia tuve claro cuál sería mi meta: vivir en un lugar donde solo mis amigos me reconociesen. Las opciones eran pocas. Una isla desierta era demasiado radical. Yo no tengo madera de Robinson Crusoe y necesito la cercanía de algún humano para no deprimirme o ir a una gran ciudad. Londres me encantó y Nueva York me fascinó. Ahora estoy en un pueblo donde todos parecen conocerse y las rubias altas escasean. Espero que mi amor sea suficientemente grande para poder con todo.

—No has dicho ni una palabra desde que te montaste en el coche. ¿Tienes sueño?

—Algo. Estamos durmiendo pocas horas. —Aunque me han mantenido callada mis pensamientos, no estoy mintiendo. Las horas que dejamos al sueño son pocas y el calor que se concentra en el coche me atonta.

—Hoy nos iremos pronto a la cama —afirma Álex convencido.

—Hacerlo no garantizará que durmamos más. —Meternos en la misma cama y mantener la distancia es muy difícil.

—Mañana es viernes. Tendremos el fin de semana para descansar.

Su sonrisa me habla, me dice que tiene planes y todos muy placenteros. Yo también lo deseo en todo momento. Cuando no me busca por debajo de las sábanas, lo hago yo. Me figuro que con el tiempo este anhelo se calmará, pero de momento no hay modo de apagar este fuego que nos consume y alimenta al mismo tiempo.

—¿Es ese?

—Sí, ¿qué te parece? Me refiero a su situación. Ya ves que solo son dos paredes y media.

—Tiene unas vistas inmejorables.

—Paz absoluta. El pueblo más cercano está a cuatro kilómetros.

—No se ve la caravana.

—Está dentro del castillo.

—¿Y no tiene miedo de que alguna piedra lo aplaste cuando esté dentro?

—¿Eso mismo le dije yo! Me contestó que las piedras concentran su poder y que lo hacen más fuerte. No te asustes por lo que pueda decirte. Tanto aislamiento le ha debido trastornar las neuronas.

—Yo no me pienso poner cerca de esos muros. Desde que estoy aquí me están pasando cosas muy raras.

—¿Yo soy una cosa rara?

—Rarísima, tanto que estoy viviendo contigo y todavía no sé cuándo es tu cumpleaños.

—El 24 de agosto. El tuyo es el 18 de octubre.

—¿Cómo lo sabes? —Al terminar la pregunta encuentro la respuesta—. Lo viste en mi carné de identidad.

—Sí. —Este hombre me tiene loquita. Si no fuera porque un espantapájaros está acercándose a nuestro coche, le demostraría ahora mismo cuánto me gusta—. ¿Es él?

—Imagino. El otro día estaba medio desnudo, ahora va tapado hasta las orejas.

La vista es magnífica. Estamos en una especie de promontorio, el terreno cae en suave pendiente a ambos lados. La carretera por donde hemos conducido para llegar se pierde en el horizonte y al otro lado se ven las casas de un pueblo muy parecido a Lagunafría.

—Buenas tardes, bella dama.

—Hola. —De poder hacerlo escaparía corriendo, pero me contengo y dejo que acerque mi mano a su boca, donde para mi suerte se detiene rozando los pelos de su barba.

—Hermosa Marina, tus ojos reflejan la luz divina. Eres un ángel nadando en mi piscina. Te adoro en la cama y en la cocina. Te regalaría mil palacios y una cantina.

—¡Qué bonito! —Me cuesta fingir sinceridad. Hasta un niño de primaria sería capaz de hacerlo mejor.

—Ahora que te he visto será fácil dejarse llevar por la inspiración. Voy a quitarme este chaquetón.

—¿Estás enfermo?

—¡Estoy más fuerte que un toro! —Parece que no le ha gustado la pregunta de Álex.

—Se nota, pero como estás tan abrigado...

—Estaba probando la técnica de los beduinos. Funcionará en el desierto, pero abrigarse en Zamora en verano no quita el calor.

No hace falta que le caiga una piedra en la cabeza, ya está como una cabra. Debajo del abrigo de lana roído lleva un jersey de cuello alto y un pantalón de pana. También le sobran. Sin pudor alguno, los deja caer al suelo y se queda en calzoncillos. En su día fueron blancos, pero lucen amarillentos. Es difícil desviar la vista de la visión de su cuerpo de sarmiento recubierto de un encrespado vello canoso.

—Amigo Álex... —Intenta pasar el brazo sobre el cuello, pero como no llega lo deja en su cintura—. He cambiado de idea. Las piedras me han hablado esta noche.

—¿Vas a vender? —Un hombrecillo en ropa interior que agarra a Álex paseando por los alrededores de un castillo no se puede ver todos los días.

—Sí. Aquí estoy perdiendo el tiempo. Voy a irme al Sur una temporada. Mi madrina me dejó un terrenillo. Voy a dejar la caravana aparcada y me voy a ir a Málaga a vivir de mi cuerpo. Las piedras me han transmitido conocimientos sobre el control de mi polla y voy a dar placer a todas esas extranjeras que lo deseen.

Botellas de ginebra en el suelo dan pistas sobre el origen de las revelaciones de este personaje.

—¡Estupendo! Tendrás que esperar unos días, hasta que el ayuntamiento me confirme que me concederán los permisos para hacer un hotel.

—Está bien, guardaré mi poder para hacerlo más fuerte. Hay algo que quiero pedirte.

—Tú dirás.

—Quiero una placa con uno de mis poemas en tu hotel.

—Te lo prometo.

Nos despedimos con otro verso igual de horrible que al anterior. Saco una toallita y me froto la mano enérgicamente. Álex me pide otra. Se ha despedido con un fuerte apretón de manos y las del poeta hace años que no ven el jabón.

—Son buenas noticias. Espero que no cambie de opinión con la siguiente borrachera. —Álex está entusiasmado. Su proyecto avanza.

—¿Colocarás la placa?

—¡Qué remedio! He dado mi palabra. Habrá que buscar un lugar discreto.

—La bodega del restaurante, grabado en una de las piedras.

—No es mala idea. Un lugar donde nadie tenga el disgusto de leer esas rimas tan absurdas.

—¿Qué dices? Finalizar la rima con la palabra cantina es sublime.

—También a ti te ha salido un pareado.

—No me había dado cuenta.

—Son las piedras, cariño. Me han inspirado.

—Yo no las he escuchado. Debo estar sorda.

—Luego te lo contaré al oído.

—De repente acabo de tener una revelación: sé dónde vas a contármelo. ¿En tu cama?

—¡Ves como tú también puedes oírlas!

Capítulo 18

El sol es abrasador y mi piel se reseca al contacto con sus rayos. No soporto el pelo suelto en mi espalda y busco en mis muñecas una goma para sujetarlo. No tengo y sin parar de caminar me hago una trenza que enrolla sobre sí misma, creando una especie de rodete que sujeto entremetiéndolo la punta.

Aunque levanto las piernas en cada paso como si fuera un robot, las piedrecillas del camino de tierra entran en mis sandalias. Algunas salen rápidamente, pero otras buscan refugio entre mis dedos o en la planta de mis pies, y tengo que dar patadas al aire constantemente para liberarlas.

Siento sed, de esa que no se calma con un vaso de agua. Quiero una botella de litro y medio fría, y quiero beberla a grandes tragos sintiendo que el líquido entra en mi garganta como si fuera una cascada, dejar que se derrame de mi boca, que recorra mi barbilla y que se precipite hasta mi pecho y moje la camiseta.

Paso la lengua por los labios, que están secos y agrietados. Sé que si los humedezco se pondrán peor, pero no puedo evitarlo. Intento curarme de esta especie de adicción tapándolos con mi mano. Aguanto unos metros y, sucumbiendo, paso ligeramente la lengua solo por las comisuras. Vuelvo a intentarlo. Necesito alicientes y me invento una meta, un premio que llegará si consigo dar cien pasos sin mojarlos. Estoy tan cansada que pospongo idear cuál será mi premio hasta alcanzar el número cien. Nunca sabré la recompensa. Al llegar al setenta y ocho tengo una recaída. Los mojo concienzudamente ablandando la piel reseca con los dientes hasta sentir un alivio momentáneo que se volverá en mi contra a los pocos segundos y hará que piense que podría vender mi alma por una barra de cacao.

El camino es recto. Atraviesa los campos de trigo que, calentados por el sol del mediodía, impregnan el aire de un olor que nunca podré olvidar. De repente, una ráfaga de viento hace música con los tallos. Las semillas maduras vibran y anulan mis pisadas. El viento caliente reseca mis ojos y los cierro para protegerlos del polvo en suspensión. Se puede seguir la dirección del viento por la ola que forma en los trigales.

Continúo caminando. No puedo parar porque, si lo hiciera, ya no tendría fuerzas para reanudar la marcha. Detrás de alguna loma estará el final, solo necesito ser paciente y dosificar mis fuerzas. Una nueva ráfaga, más fuerte que la anterior, me sorprende. El aire ha rebajado sus grados. En otras circunstancias pensaría que tiene la temperatura de un secador de manos, pero después de la abrasadora experiencia anterior ahora me parece incluso refrescante.

Espero a que pase, pero no lo hace. Es un flujo constante cada vez más fresco y virulento. La luz desaparece gradualmente hasta volver el cielo gris. Las nubes pasan veloces, compactándose como si alguien estuviera jugando al Tetris con ellas y rellenas los huecos que todavía permanecen azules.

Acelero la marcha mirando obstinadamente al suelo para no ver mi entorno. Ya no hace calor y, aunque durante horas lo he considerado mi peor enemigo, ahora lo añoro porque el sol ahuyentaba mis temores. Esta negrura resulta opresiva. No quiero verla y me aísla en mis pisadas.

Mis piernas tienen que esforzarse más para mantener el ritmo. El viento cada vez más fuerte me despista, pero al final tengo que elevar la cabeza porque mis tobillos también me han dicho que hay algo más que provoca que tenga que tomar aire para que mis zancadas no se acorten. Estoy ascendiendo. Los restos de un castillo, cuya silueta se asoma amenazadora en lo alto de la loma, no son el mejor lugar donde estar cuando el viento se ha transformado en huracán.

Pensar en grandes piedras que caen ladera abajo parece ser el detonador. La primera de ellas rueda varios metros a mi izquierda hasta quedar oculta entre el trigo. Otra de mayor tamaño viene directa hacia mí. La esquivo y me preparo para la siguiente. Es demasiado tarde para volver, no puedo dejar de mirar si quiero sobrevivir. Llega un momento en que hay tantas piedras desprendidas que chocan entre ellas y forman montones. Me agoto, pero no puedo parar...

—Buenos y lluviosos días, dormilona.

—¿Llueve?

—Sí.

Necesito unos minutos para separar pesadilla y realidad. Álex me habla, me abraza y me besa el cuello y, sin embargo, continúo escuchando el sonido de las rocas.

—Ha llovido con tanta fuerza que parecía que el granizo golpeaba el cristal.

¡Las piedras! El sonido eran las gotas. Quiero recordar el sueño, pero se deshace antes de poder darle forma. Me acurruco en los brazos de Álex y aspiro su olor. Mi mente ha debido estar haciendo limpieza general esta noche y al vaciar el armario de las experiencias del día para colocar cada una en su sitio se han debido hacer un lío que ha generado este extraño sueño.

—¿Qué hora es? —Estoy tan a gusto que no quiero sacar el brazo para mirar mi reloj.

—Las siete y cuarto.

—Me voy a la ducha.

—¿Te froto la espalda? —Álex es incansable.

—Me encantaría, pero entonces llegaría tarde.

—Tienes razón. —Álex pone cara de resignación—. Voy a preparar café.

—Vale —le digo dentro del baño—. Dentro de cinco minutos estoy fuera.

Me lo tomo como algo personal. Son las siete y diecisiete. Entro en la ducha contando los segundos: dos minutos para ducharme, dos para secarme y uno para desenredarme el pelo. ¡Me falta tiempo para vestirme! He dicho que estaría en la cocina dentro de cinco minutos. No he concretado cómo entraría y hay un albornoz colgado en la puerta.

—Eres una provocadora.

—Solo quiero un café y saldré corriendo a vestirme.

—Tómame el día libre: asuntos propios.

—Primero tu tía y ahora tú. Queréis pervertirme en el trabajo. —El primer sorbo es como carburante para el motor—. Es viernes, tendremos el fin de semana para nuestros «asuntos propios». —Apuro la taza y me despido con un casto beso en la barbilla—. Voy a vestirme.

Pantalón de seda holgado color crema, blusa negra de manga corta, cinturón de diamantes de pega y sandalias a juego. Con el conjunto en mi mente vestirse es algo muy rápido. Entro de nuevo en el baño. En tres minutos debería conseguir un rostro decente. Extiendo la crema hidratante y espero a que la piel la absorba. Cepillo de nuevo la melena para que al separar las hebras la humedad desaparezca antes. Colorete, rímel y una barra de labios de un tono discreto. Ya en la puerta me acerco de nuevo a mi neceser. Encuentro una goma negra y la dejo en mi muñeca. Todavía recuerdo esa parte del sueño.

Álex está apoyado en la encimera con su teléfono en la mano. Está escribiendo a alguien. No me gusta ser una cotilla, aunque reconozco que tengo interés por saber con quién está hablando.

—Un segundo —me pide sin levantar la cabeza de la pantalla.

La lluvia regresa y las gotas que golpean los tragaluces del tejado amplifican su sonido. Miro los dedos de mis pies: debería cambiarme de calzado y ponerme unos mocasines. Dentro del taller hace tanto calor que la idea me parece exagerada. Si entra el agua, ya se secará.

—Estaba hablando con Gerardo. Le preguntaba si conoce a alguien en la capital con quien pudiera hablar sobre la construcción del hotel. Un conocido trabaja en el departamento correspondiente y vamos a ir los dos en su coche.

—Muy bien —le respondo revisando que mi teléfono, las llaves del coche y de la puerta del garaje estén dentro de mi bolso.

—Toma.

—¿Qué? —pregunto antes de fijarme en el manojo de llaves que Álex me ofrece.

—Las llaves de casa.

—Gracias. —Todo está sucediendo tan rápidamente que me desborda.

Salgo del coche sujetando la puerta para que no la arranque el viento. El trayecto hasta el taller ha sido incómodo. El viento racheado movía mi coche y he terminado agarrando el volante con tanta fuerza que ahora siento las manos doloridas. El aire mantiene las nubes a raya, revuelve mi pelo y lo eleva en todas las direcciones.

—Parece que estamos destinados a cruzarnos en los lugares más insospechados.

—Hola. —El susto inicial desaparece. Esa voz me suena y me giro para enfocar a quien me está hablando.

—Ya ves que seguí el consejo de tu amiga y me he quedado.

—Sí.

¡El chico que me arregló el coche! ¡El que también estaba en Toledo cuando Rosa y yo fuimos de compras! ¿Cómo se llamaba...? Estaba haciendo turismo por la provincia.

—¿Y qué haces aquí? —A las ocho menos diez de la mañana. ¿Y de dónde has salido?

—Visitando el pueblo. —Me enseña su cámara de fotos.

¡Alto ahí! Eso sí que no me lo creo. En Lagunafría no hay nada que ver y menos que fotografiar, a menos que trabajes para National Geographic y estés haciendo un reportaje sobre las hormigas y su búsqueda incansable de alimento.

—¿Aparece Lagunafría en alguna guía de la comarca? —Su sonrisa parece sincera, demasiado espontánea a las ocho de la mañana.

—La iglesia tiene un retablo muy bien conservado.

—Está cerrada. ¿No lo ponía tu guía?

—Sí. —Creo encontrar un rastro de desconcierto que oculta rápidamente detrás de una nueva sonrisa de anuncio de clínica dental—. Imagino que esperaba un milagro.

—¿Me has estado siguiendo? —La pregunta se me escapa y ahora no me queda otro remedio que mantener el tipo.

—¿Para qué iba a seguirte? Solo son coincidencias.

—Demasiadas.

Los dos rubios que parecían haberse esfumado de Toro aparecen calle abajo. Mi señal interna de peligro comienza a gritar, algo malo va a sucederme. Busco en mi bolso mi teléfono móvil al tiempo que comienzo a dar pequeños pasos hacia atrás. De nada servirá intentar llamar a la policía si estoy delante de estos desalmados. Sujeto la llave del coche preparada para meterla en la cerradura.

El que se sobó contra mi culo mete la mano en su chaqueta y saca una pistola. Nunca había

visto una tan pequeña. Por un momento quiero creer que es una broma, que va a sacar un cigarro, colocárselo en los labios, apretar el gatillo y acercar la llama para encenderlo. Nuevamente, el sentido de alarma me dice que no piense necedades. Esa pistola es de verdad y que el turista esté aquí agrava la situación. ¿Es quien dice ser? ¿Es su amigo o tengo tan mala suerte que hombres que no se conocen han coincidido en el tiempo para perseguirme hasta Lagunafría y hacer conmigo alguna inmoralidad?

Mis gestos deben de ser un libro abierto. El turista gira la cabeza para comprobar quién puede haber aparecido detrás de él que haya producido este cambio en mi cara y vuelve a mirarme. Se terminaron las risas. Su semblante serio me transmite más miedo que la pistola que apunta a mi pecho y comienzo a temblar.

—No hagas nada. —Las pronuncia tan bajo que tengo que ayudarme leyendo sus labios—. Son muy peligrosos.

Asiento aterrada. Si era parte de su grupo, ha dejado de serlo y, si no lo era, los dos rubiales no van a permitir que participe en el botín. Acosada por tres hombres, mis posibilidades hubieran estado en signo negativo. Con dos hombres el resultado no se mueve de la tabla de valores: un turista y una mujer no nivelan la balanza en una lucha contra dos hombres fornidos con ideas sucias y un arma. ¿Qué se puede hacer en estos casos?

Cuando estuve en Londres me costó conciliar el sueño durante las primeras semanas. Estaba nerviosa. Me había marchado de casa y había encontrado un precario trabajo de cuyo sueldo dependía mi supervivencia. No conocía a nadie con quien poder compartir mis temores. La pequeña televisión de mi cuarto permanecía encendida toda la noche: documentales sobre animales, ruinas que hace miles de años fueron capitales de reinos que se extinguieron y muchos programas sobre crímenes.

Había uno que solía buscar porque el narrador hablaba pausadamente. Lo hacía con una pronunciación que facilitaba que pudiera entender la mayoría de sus palabras. Necesita perfeccionar mi inglés. Mi puesto como cajera en una cadena de comida rápida peligraba porque yo no entendía a la mitad de los clientes y la otra mitad no me entendía a mí.

Las personas que habían salido con vida de experiencias aterradoras recordaban qué se les había pasado por la cabeza cuando los habían intentado robar, violar o asesinar. Muchas de las víctimas afirmaban que esos momentos habían transcurrido de un modo especial, como si el tiempo se hubiera deformado y aletargado, teniendo simultáneamente la certeza de que se trataba solo de unos segundos.

¡Era verdad lo que contaban! No tenía dudas porque, si tanta gente decía lo mismo, sería porque así lo habían sentido. Yo lo recordaré de la misma manera. Los dos rubios se acercan. Sé que cuando me toquen ya no podré escapar, y no vienen para invitarme a tomar un helado. Pienso en correr, en arrojarle mi bolso al que porta el arma, en empezar a gritar a pleno pulmón para que

vengan los del taller a ayudarme, en hacer una llamada rápida para pedir auxilio..., pero me quedo quieta porque ya están aquí.

—¡Buenos días, amigos! ¿Intentando ver la iglesia? He preguntado a esta chica y me ha contado que tendremos que volver en otro momento porque está cerrada y no está en el pueblo quien tiene las llaves.

Se ha colocado delante de mí. ¿Qué busca, protegerme o decirles que el botín ya tiene dueño? El Musculitos se aproxima, levanta el brazo y sin cambiar ni un ápice su expresión golpea al turista en la cabeza con la culata de la pistola, con ese gesto tan suyo que usa para su día a día: sobarse contra mi culo, observarme mientras cenaba, empuñar un arma... Se aleja lo justo para dejar espacio a la caída del turista.

Podría haber elevado los brazos para sujetarlo. ¡He tenido tiempo! Pero de repente me pesan demasiado. Estoy paralizada. Mi rígido cuerpo frena su descenso y queda tendido a mis pies es una postura bastante peculiar.

La pistola se dirige ahora hacia mi cabeza. Cierro los ojos porque en estos momentos soy como un avestruz y mi único deseo es no ver cómo se acerca a mí. Las palabras del Sonrisas que intentó ligar conmigo en el bar hacen que los abra ligeramente. No entiendo este idioma, pero su mano, que está paralizando la trayectoria del brazo de su amigo, no necesita traductor. No quiere que me golpee y me debato entre el alivio y el miedo. A veces es mejor no enterarse de lo que va a pasar.

El que tiene la pistola le recrimina al Sonrisas. Una bronca tiene similitudes en latín, en finlandés o en cualquier otro idioma. Podría haber sido este el momento idóneo para tratar de escapar si no fuera porque estos dos hablan tan rápido que lo que tenían que contarse ya lo han hecho.

El que tenía la pistola la guarda. El otro saca la suya y me apunta como quien no quiere la cosa. Yo tenía razón sobre la musculatura del serio, ya que carga al turista al hombro como si fuera un cojín de plumas. Pasa a mi lado gruñéndome y yo lo sigo porque los movimientos de la pistola son universales y esta me está diciendo «Camina y no se te ocurra echar a correr, que te estoy apuntando y tengo unas cuantas balas nerviosas que aguardan un movimiento tuyo».

Espero que no entren en el taller, todavía conservo algo de la esperanza que almaceno para emergencias. Soy joven y alta y, si pudiera hacerme de un palo o de una pieza metálica, podría golpear a uno de ellos o incluso a los dos, o también podría ser yo la apaleada. Soy una mujer sin experiencia en lucha y que en cuanto corre más de doscientos metros seguidos se queda sin aire.

El teléfono móvil podría ser mi única salvación. Las ráfagas de viento frío mueven mi chaqueta. Es larga, una especie de guardapolvo sin forro que el aire agita hacia todas direcciones. Simulo buscar la dirección del viento para poder atar la prenda. Espero que mis exagerados

movimientos de brazos oculten que he metido la mano en el bolso para coger mi teléfono móvil. Le dejo caer dentro de mi ropa interior. El pantalón es amplio y es el único lugar que se me ha ocurrido. Ruego que nadie tenga ganas de hablar conmigo esta mañana porque el sonido me delataría y que un aparato me vibre entre las piernas sería algo inapropiado cuando estás secuestrada.

—¿Qué queréis? ¿A dónde nos lleváis? No tengo joyas, pero tengo algo de dinero en la cartera. Si vamos a un cajero, podría sacar seiscientos euros.

—¡Ja, ja, ja! —El Sonrisas se burla de mí. En mi situación no me importa nada que se descojone a mi costa. Continuaré dándole motivos para reírse si eso hace que no se fije en que estoy caminando con las piernas abiertas porque el teléfono se ha deslizado hasta mi entrepierna y no me atrevo a hacer presión. La braguita que llevo es muy fea. Está diseñada para ser invisible si se lleva un vestido ceñido, una ropa con transparencias o una prenda cuyo tejido delata hasta los lunares de la piel. La tela color carne se extiende hasta la cintura, pero los bordes son finos y no aprietan para no marcar. El móvil podría salirse fácilmente y caerse al suelo.

El Musculitos presiona la manilla de la puerta roja. ¿Qué hacemos aquí? Esa puerta siempre ha estado cerrada, ¿cómo sabía que estaría abierta?

Unas palabras en su idioma y el portón derecho se abre unos centímetros para dejar asomar una pistola. Tres nuevas palabras y la cabeza de un hombre con profundas cicatrices de acné aparece escrutadora. Nos inspecciona antes de bajar su arma y permitirnos el paso.

—Entra, *presiosa*. —La palabra mal pronunciada del Sonrisas me asquea.

—Va a darnos problemas. Dale un golpe —le dice en castellano el Musculitos para que me quede claro qué haría él.

—¡No! —contesta precipitadamente el Sonrisas—. Me gusta mucho y se va a portar muy bien, ¿verdad que sí? —Ya sabemos quién de los dos manda y no es quien está echándome el aliento a la nuca.

—Si sucede algo y K se entera, no voy a ayudarte esta vez.

—Nada va salir mal. Marina va a portarse muy bien.

—Lo haré, lo prometo. —Me arrimo al sol que más calienta. Prefiero mil veces tener al Sonrisas contento antes que el Musculitos piense qué puede hacer conmigo para que deje de ser un estorbo.

El hombre del acné saca una cajetilla de tabaco y se la enseña al Musculitos. Unas palabras que parecen escupitajos salen de su boca. El fumador se marcha encendiendo su cigarro. Tres matones eran demasiados, dos continúan siendo un obstáculo insalvable.

La iluminación roja del interior me confunde y por un momento me parece estar dentro de una

película del destape español, en un club donde las chicas con botas de charol blanco y bikini a juego bailaban sobre pequeños escenarios. Cuando mis pupilas se adaptan veo unos ojos conocidos y una sonrisilla inimitable: Licinio está mirándome. Todos lo hacen y algunas, como Amparo, muestran su pesadumbre al ver que yo también soy ahora una prisionera.

—K me prometió que no ibas a hacerle nada a mi sobrino ni a su pareja. —Paco golpea la mesa enfurecido.

—Tú tenías que mantenerlos alejados del taller hasta el lunes —le responde el Sonrisas, que parece guardarlas todas para mí por el tono hostil con el que responde a Paco.

—¡Y lo intentamos! Si hubiéramos insistido más, habrían sospechado.

Me gustaría poder aclararle a Amparo que no soy tan tonta. ¡Por supuesto que sospechaba! Era evidente que no me querían cerca de Lagunafría. Lo que no podía intuir eran las causas, que deben ser realmente difíciles de encontrar porque todavía no entiendo qué es lo que está pasando.

—Si hubierais sido más rápidos, no estaríamos aquí. —El Musculitos se está poniendo del color de las moras cuando están madurando. Todavía carga al turista y sus ochenta kilos no se los quita nadie.

—Teníamos que entregar el pedido el sábado, pero lo adelantasteis y hemos dedicado toda la tarde y la noche a trabajar para secarlas.

—Tienes todo el invierno para descansar —pronuncia el Musculitos arrojando al turista al suelo sin ningún tipo de delicadeza. Los montones de sacos que cubren el suelo amortiguan el impacto.

Continúo sin aclararme. En el centro de la estancia hay un tablón de madera apoyado sobre caballetes. Alrededor todos se afanan en manipular algo que no puedo identificar. No son bragas ni sujetadores. ¿Qué tratan con tanta delicadeza?

—¡Átala! —El Musculitos se acerca a uno de los extremos de la mesa y le lanza al Sonrisas un rollo de cuerda de cáñamo y unas tijeras de punta roma que mi protector temporal atrapa al vuelo limpiamente.

—No te voy a atar muy fuerte para no dañar tu hermosa piel. No intentes quitártelas porque te harás daño, enfadarás a mi hermano y no podré protegerte.

Asiento con la cabeza mientras me obliga a sentarme al lado del turista.

—Separa la espalda, voy a poner uno de estos sacos detrás.

Es innegable que mi bienestar inmediato le preocupa y eso multiplica mi temor porque es más probable que quiera mantenerme sin un rasguño para darse conmigo un atracón sexual. Para poder hacerlo tendría que matarme, ya que no voy a dejar que me toque ni un pelo si puedo

evitarlo.

Junto mis manos ante mi vientre y trato de componer una sonrisa creíble. Tenerlas delante será la única forma de llegar a mi teléfono. Mi bolso y mi chaqueta han sido revisados y posados sobre una caja de cartón. Buscaban mi móvil. Los bolsillos de mi blusa son pequeños y simbólicos, y cualquier contenido en los del pantalón habría sido detectado. ¿Quién pensaría que lo llevo bien calentito dentro de mis braguitas sin costuras de color carne?

—Junta las piernas.

Acerco los tobillos esperanzada. Las cuerdas de las muñecas tienen suficiente holgura para permitirme manejar las teclas del teléfono si en algún momento me dejan sola.

—Me gustan las mujeres que saben obedecer a los hombres. —Levanta la cabeza y su sonrisa libidinosa me provoca un doloroso espasmo en la boca del estómago.

¡A mí me gustaría utilizar la sartén de freír huevos para darte el primer sartenazo, después pasar a la que mi abuela usa para freír pescado y terminar con la que tamaño XXL y que solo se saca para hacer tortillas de patatas en las reuniones familiares! Pero no puedo hacerlo de momento y me limito a sonreír de nuevo para que piense que me agradan sus gustos sobre el carácter de las mujeres.

—Ata también al otro.

Al Sonrisas no le gusta cómo lo trata su hermano el Musculitos, pero asiente levemente y guiñándome un ojo me deja para arrodillarse delante del cuerpo inerte del turista desconocido, con quien no tiene tantos miramientos a la hora de ajustar los nudos.

—Voy a acercar la furgoneta. Vigila.

La planta baja donde estamos solo tiene una puerta. Las ventanas están cerradas y las contraventas echadas. El viento vuelve a arreciar y al moverlas deja entrar pequeños instantes de luz natural. El Sonrisas se apoya contra el portón rojo pistola en mano y mirada alerta. Una tregua para pensar, para tratar de organizar los datos de que dispongo:

* Dato número uno: el turista parecía ser consciente de la gravedad de nuestra situación. A ver la iglesia no ha venido y el resto de los encuentros seguramente hayan sido también amañados, teniendo en cuenta que los del Sonrisas también lo fueron. ¿Quién es realmente? ¿Estaba intentando protegerme cuando ha dicho: «No hagas nada» o es también un malote que está buscando su propio beneficio?

* Dato número dos: mis tíos ya conocían a los hermanos y al tal señor K.

* Dato número tres: los hermanos y K conocían mi existencia y la de Álex.

* Dato número cuatro: hace días que estas puertas rojas han estado sirviendo para ocultar lo

que están manipulando en la mesa.

* Dato número cinco: mis compañeros de trabajo no se han asombrado ante las pistolas, así que no es la primera vez que las ven. Parecen estar muy acostumbrados al peligro que estamos corriendo en estos momentos.

* Dato número seis: podría escribir lo que sé en una pizarra y llenarla de flechas, manchar mis dedos de tiza y garabatear hasta cansarme. ¿Y qué solución obtendría? Que continúo sin la más remota idea de qué hacen en Lagunafría estos sinvergüenzas, y que no acierto a adivinar qué «producto» tiene que estar preparado para que el misterioso señor K se lo lleve y nos deje a todos tranquilos.

* Dato número siete: tengo un teléfono y ellos no lo sabrán a menos que alguien decida enviarme un mensaje o me llame.

Es muy pronto. Espero que a nadie se le ocurra llamarme antes de las nueve de la mañana, lo cual me deja poco tiempo para usarlo y para que el Sonrisas deje de mirarme confiadamente.

El portón se abre y el polvo en suspensión entra, empujado por el fuerte viento que parece haberse hecho dueño de las calles. El Musculitos cierra y desliza el pasador que hay en la parte superior y camina hacia su hermano. Cuchichean en su idioma. No hay ni una sola palabra que se parezca al castellano. Es inútil prestar atención a lo que no puedo entender, por mucho que me esfuerce.

—Tenéis media hora.

—No va a darnos tiempo. ¡Es imposible! —Amparo habla sin levantar la mirada del tablero. Licinio y una de las viudas asienten con la cabeza, confirmando que la sentencia de muerte que ha verbalizado su jefa está en la mente de todos.

—¡Dentro de media hora todas las cajas deben estar preparadas y dentro de la furgoneta! —brama el Musculitos.

—Nos faltan manos —se queja Paco.

—Suelta a la chica, que ayude.

—Sí —sisea el Sonrisas, que parece feliz por poder acercarse de nuevo a mí.

El cuchillo que saca de su bota izquierda parece tan peligroso como el arma que acaba de guardar en la parte trasera del cinturón de su pantalón vaquero. El filo dentado en una zona reluce bajo la luz rojiza. El contacto con mi piel me recuerda, por si acaso no lo había pensado bien, que nuestro futuro inmediato pende de un hilo.

Frota la zona donde la cuerda ha estado en contacto con mi cuerpo con mimo. Han sido diez minutos o quince y no estaba prieta, no hay nada que rascar. No me ha dejado marcas, pero parece

que ese acto le produce algún tipo de placer en el que prefiero no profundizar. Me ayuda a levantarme y le correspondo concentrando en mi mirada agradecimiento, devoción y admiración. Espero que capte mis sugerencias y esté de mi lado si la situación se torna más complicada. Siempre me he negado a usar mi belleza con los hombres, pero en este caso de necesidad todas las estrategias serán válidas.

Sin soltarme el brazo me coloca al lado de Amparo, quien parece ser la portavoz del grupo. Me hacen un hueco para que pueda acercarme a la mesa. Licinio, que está enfrente, intenta sonreírme, pero es una mueca que me hiela el alma.

—Explícale qué tiene que hacer —ordena el Sonrisas secamente. No tendrá piedad con ellos, de nada servirán mis halagos para ayudarlos.

—Sí —contesta Amparo sin mirarlo.

Sobre la mesa hay varias máquinas del tamaño de pequeñas fotocopiadoras, esparcidas para que todos tengan acceso a ellas. En el centro, una pila de pequeños paquetes de plástico va aumentando de altura según arrojan nuevas unidades.

Todos tienen una bandeja metálica delante y un montón de bolsitas vacías a un lado que utilizan para meter algo diminuto que identifico como ¿flores?

—Coges con cuidado una flor y la metes en la bolsita. Debes asegurarte de que queda en el fondo porque tienes que sellarla con calor y, si queda cerca de la entrada de la bolsa, se quemará y quedará inservible.

Amparo sigue trabajando. El tiempo apremia y hay muchas florecitas en las bandejas. Me hace una demostración levantando la tapa de la máquina y colocando la bolsita en una marca. El proceso es muy rápido y una luz verde indica que ya se puede retirar la bolsa, cuyo contenido queda perfectamente aislado: una florecilla del tamaño de una margarita de las que cubren los parques en primavera.

Un teléfono comienza a sonar, no es el mío. El Musculitos atiende la llamada contestando con monosílabos. Farfulla algo al Sonrisas y saliendo nos deja al cuidado de su compañero, que se apoya en la puerta roja en cuanto queda de nuevo cerrada. Parece tranquilo, como si estuvieran viendo un documental sobre el cortejo del escarabajo pelotero macho en las llanuras africanas.

Tomo la primera florecilla. Las hojas son amarillas. El centro tiene una especie de diminuto capullo y unos estigmas naranjas sobresalen como antenas de saltamontes.

—¿Es azafrán? —No he visto nunca la flor de la que se extrae, pero recuerdo muy bien la cajita que mi abuela guarda como oro en paño y cuyo precio marcado en la parte inferior me pareció un error porque dentro solo había media docena de hebras.

—No. —Amparo me mira como si hubiera dicho algo que en otra circunstancia podría haber

resultado gracioso.

Vigilo de reojo a nuestro carcelero. Parece estar en muy buena forma física y tiene un arma que nos ha metido el miedo en el cuerpo. ¿Qué podría hacer por ejemplo Licinio? ¿Lanzarle la boina al cuello? El turista continúa inmóvil. Cuando estaba a su lado me pareció escuchar su respiración, pero podría haber sido una ilusión creada por el viento.

—Es droga, niña —suelta Clara, moviendo la cabeza a ambos lados como si debiese haber sido algo evidente para alguien como yo, que ha recorrido más mundo que todos ellos juntos.

—¿Como los hongos que se comen las cabras? —le pregunto sin dejar de meter florecitas en bolsas.

Asiente levemente. ¿En Zamora hay flores alucinógenas? El Sonrisas se acerca caminando detrás de nosotros para revisar que no nos entretenemos y que las flores son tratadas con cuidado.

—¿Hay más flores dentro de los hornos?

—En dos de ellos.

—Trabajad más rápido.

—¡Bandeja vacía! —dice en alta voz una hermana, sincronizando perfectamente sus palabras con el sonido de entrada de un WhatsApp de mi móvil.

Mi corazón se dispara. Me pongo tan nerviosa que la flor desaparece entre mis dedos. Noto su contacto, pero no puedo verla. Todo se vuelve borroso y temo desmayarme. Cuento mentalmente: uno, dos, tres, cuatro... No puedo dejar que suceda. Me muerdo los labios con fuerza hasta que el dolor me distrae y mis ojos pueden enfocar nuevamente.

—Yo también necesito otra.

—Sácalas todas y colócalas sobre la mesa. Quedan quince minutos.

—Ayúdame, Marina.

El Sonrisas me da permiso con el característico movimiento de arma. Sigo a Amparo hasta el fondo del almacén. Las miradas furtivas hablan y cuentan que todos estamos aterrados.

Media docena de electrodomésticos están conectados. Tienen el tamaño de pequeñas neveras. Los cables serpentean como culebrillas hasta unos enchufes múltiples. Dos grandes aparatos de aire acondicionado son los que mantienen esta estancia a veinte grados de modo permanente.

—¿Por eso teníais esos consumos tan altos de luz?

—Sí —responde apesadumbrada—. Estas máquinas están encendidas día y noche. Lleva esas dos bandejas y vuelve a por más.

Lo hago obedientemente. El Sonrisas me lanza un beso y mis labios se curvan para darle gusto.

Poso las dos bandejas donde veo que han quedado otras vacías. Llevo estas últimas a una pila donde descansan docenas de ellas apiladas y regreso al lado de Amparo.

—¿Licinio y Clara las probaron?

—Sí, están convencidos de que nos van a matar cuando se lleven la última cosecha y querían saber lo que se siente. Se comieron una y les duró todo el día el efecto. Por la tarde hicieron de Romeo y Julieta, pero le dieron un final feliz.

—¿Lo hicieron?

—¿Qué? —Amparo va revisando las bandejas metálicas y sacando las que contienen flores que han alcanzado el punto de sequedad precisa.

—¿Si se acostaron juntos?

—¡Noooo! Y no porque no quisieran, pero no hubiera estado bien dejar que lo hicieran bajo los efectos de las flores. Nosotros nos llevamos a Licinio a nuestra casa y Clara durmió en casa de las hermanas.

—¡Dejad de hablar y terminad de sacar las flores de una vez!

El Sonrisas se ha acercado y nos ofrece una cucharada sopera de su realidad: estamos prisioneros, con un arma que nos apunta y con la sensación de que estos minutos podrían ser los últimos. Generalmente, quien trafica con droga no tiene escrúpulos y quien lleva un arma es porque contempla la idea de usarla. Si fuera un mero adorno, se habrían puesto de moda y ahora se llevarían colgando del pecho llenas de piedras preciosas, y yo no tengo ninguna en mi joyero.

También es posible que no quieran añadir condenas. Traficar con drogas conlleva la imposición de unas penas que no tienen por qué agravarse cometiendo homicidios. Yo al menos lo intentaría, me llevaría la droga y no mataría a nadie. Pero yo no soy el Sonrisas, ni su hermano, que ha dejado inconsciente al turista. Yo soy un rehén que tiene un teléfono dentro de las bragas y no encuentra el momento de sacarlo y marcar. Mira por dónde ahora sería muy oportuno tener control sobre los músculos de ahí abajo. Hay mujeres que lanzan pelotas de pimpón a considerable distancia. ¿Podrían marcar el número de emergencias?

—¿Hay más?

—No, he sacado las últimas.

—Tú. —Señala el Sonrisas a otra mujer—. Llena las cajas y las dejas aquí.

Miles de sobrecitos rellenan seis cajas de buen tamaño. Con destreza precinta las tapas con cinta marrón. No pesan porque las bolsitas no se han comprimido, han caído hasta ocupar todo el espacio. Apila las cajas donde le han dicho y vuelve a su sitio para sellar nuevas bolsas.

Cada vez hay menos flores en las bandejas. El tiempo se acaba y sin planear qué voy a decir

me acerco al Sonrisas. Lo hago contoneándome, disimulando la forzosa separación de mis piernas. Recuerdo las películas de mujeres seductoras. Poner cara de diosa pecadora no me va a salir. Ya lo intenté años atrás y solo conseguí parecer una mujer estreñida y amargada. Opto por cara de niña buena y angelical. He visto a demasiadas modelos hacerlo y, por lo que recuerdo, con mi ex daba buen resultado.

Miro hacia el suelo, me muerdo el labio inferior, elevo la vista y humedezco mi boca lentamente. Abro mucho los ojos y pongo cara de gatita pícaro. El brazo del Sonrisas desciende unos grados. La pistola apunta ahora al suelo y lo tomo como una aceptación a mi intento de seducción.

—Me gustaría irme contigo. —Es lo primero que se me ocurre. Paso mi mano por su brazo libre para demostrarle cuánto me atrae.

—¿Sí? —Al Sonrisas también se le abren mucho los ojos. Ahora sí que parecemos el lobo y Caperucita Roja.

—Sí, tú y yo solos, una habitación con vistas a una playa desierta, las ventanas abiertas, las cortinas movidas por la brisa marina... —Se me acaban las descripciones y no sé hacia dónde me conduce este párrafo, que mi interlocutor devora como si fuera música celestial—. Una gran cama con sábanas blancas de raso, dos copas de *champagne*...

—¿Y qué más? —Se le está acelerando la respiración y temo que me salte al cuello para chuparme la sangre, pero ya no hay marcha atrás. Su hermano entrará en cualquier momento y enfriará este momento con dos de sus bramidos.

—Tú y yo... —¡Ups!, me repito—. Desnudos... —En menudo lío me estoy metiendo, yo no soy Danielle Stelle—. Nuestros cuerpos abrazados.

El Sonrisas ya se imagina el guion y quiere escenificarlo. Si pudiera alejarlo de la puerta, alguien podría salir y pedir ayuda. Comienzo a dar pequeños pasos hacia atrás. Me sigue como un perrito faldero hasta que se da cuenta.

—¿A dónde vas?

Miro a mi alrededor: una columna de madera al fondo es toda la intimidad que me ofrece esta planta baja.

—Me da vergüenza. —Le señalo la mesa, aunque nadie parece estar prestando atención.

—Tienes novio. —No es tan tonto como parecía.

—No lo es, pero necesitaba el trabajo y es el sobrino de los dueños. No he dejado que me toque aún.

—Mejor. —Ya me está saboreando. Solo pensar en su lengua dentro de mi boca o su mano

sobre mi pecho, y siento sudores fríos. Ya encontraré a un hipnotizador que me borre esos recuerdos si consigo salir de aquí con vida.

Reinicio la marcha atrás envalentonada por su aparente aprobación ante esta descabellada explicación. El golpe que recibe en la cabeza llega a sus piernas antes que a su cara, que continúa sonriendo mientras cae al suelo. Las tres hermanas están en perfecta sincronización: la primera y más alta lo ha arreado con una de las máquinas de sellar con calor las bolsas de plástico; la de la verruga toma el relevo lanzándole patadas donde cuadra con sus zapatos ortopédicos de farmacia para pies con juanetes; y la tercera, que está recién operada de la misma dolencia, utiliza un arma de mujer que ha perdurado fiel a su esencia desde que cazábamos con arco y flecha: cogerlo del pelo y golpearlo contra las losas de piedra.

—¡Es suficiente! Vais a matarlo.

—Eso mismo quería hacer él con nosotros —le responde a Paco soltando pesarosa el pelo del Sonrisas, que ha quedado cuanto menos inconsciente.

—Ahora ya no podrá hacerlo. Buena idea, Marina.

—Gracias, Amparo.

—Muchacha, deberías hacer telenovelas.

—Quizá algún día... —Cualquier cosa puede pasar—. Corta un trozo de cuerda, tenemos que atarlo antes de que se despierte.

—Ayudadme, vamos a poner todo contra la puerta para que no puedan entrar.

—De nada servirá si decide embestir con su coche o rompe los cristales de las ventanas y fuerza la madera de las contraventanas. —Me imagino lo peor porque es lo que suele suceder—. Hay que llamar a la policía.

—Yo soy policía.

El turista ha abierto los ojos y trata de incorporarse. Atado de pies y manos le resulta bastante difícil. Después de revisar que los nudos de sus cuerdas continúan firmes, Paco y yo lo cogemos de los brazos y lo sentamos contra la pared.

—Tendrás documentación que lo demuestre.

—No tengo. —La cabeza le debe doler horrorosamente. Al escuchar el golpe me dolió incluso a mí.

—Ahora me dirás que estás de vacaciones y que no la llevas encima.

—No estoy de vacaciones. Estaba siguiendo el rastro de la banda de traficantes de droga. Nunca sabes cuándo te van a registrar el equipaje, así que no viajamos con la placa identificativa.

—Si eres quien dices ser, la policía lo sabrá.

Me tapo con la viga de madera. Saco mi móvil, lo froto contra mi pantalón y marco el número de emergencias. Les cuento brevemente lo que sé y nuestra situación. Sobre el turista convertido en policía dicen no saber nada.

—¿Cuál es tu número de placa?

—Diles que contacten con el comisario Riñones Riñones.

—¿Riñones y qué más?

—Riñones y otro Riñones. Sus padres son primos carnales. —Me suelta con cara de enfado por tanta charla como estamos teniendo—. Que le pregunten por el caso «Dulces sueños». Les hará una descripción de mí.

Hablo de nuevo con la persona que ha atendido mi urgencia y le recalco que se apellida Riñones por partida doble. No soy la única a la que le choca la duplicación y tengo que repetirle que sí, que se apellida Riñones tanto por parte de madre como por parte de padre.

—Van a confirmarlo y me llamarán. Hasta que lo hagan te quedarás atado. Aunque seas policía, no estás en condiciones de salir a liberarnos a todos como si fueras Rambo. Si no lo eres, la policía te pondrá unas lindas esposas.

—¿Alguien sabe usar una pistola? —Licinio sujeta el arma del Sonrisas como si quemase.

—Yo sí. —El turista no se resigna a permanecer atado.

—¡Claro! Para que nos ataques con ella. Pepe, cógela tú. Has estado disparando a todos los pájaros de la laguna, no puede ser tan diferente.

—Vais a terminar haciéndoos daño.

—Mira, hijo... —Paulina se acerca señalándolo con el dedo—. Estos meses me han amenazado, empujado y apuntado con una pistola un montón de veces. Si voy a recibir un tiro, elijo a mi Pepe para que me lo de él.

El turista desvía la vista resignado. ¡Menos mal que parece haber entendido que hasta que se demuestren sus palabras se va a quedar donde está!

No veo la bala, pero el sonido al incrustarse en la columna de madera donde segundos antes me he ocultado para sacar mi móvil es inequívoco. Un segundo agujero en el portón rojo no deja dudas. Todos nos tiramos al suelo y rodamos en busca de protección hasta quedar debajo de la mesa.

Se escucha un tercer disparo, que parece algo más lejano. Nos mantenemos debajo del tablón de madera aglomerada como si fuera un escudo antimisiles y pudiera frenar cualquier tipo de arma.

¿Cuántos minutos pasan? ¿Dos, cinco? Los cristales de una de las ventanas de la fachada delantera se hacen añicos y la contraventana explota en mil astillas que caen por el suelo y dejan olor a serrería.

—Esa arma era mayor. —Paco ha levantado la cabeza y me mira preocupado.

—Habrá sido el Musculitos. Tendrá un arsenal en su coche para reventar la puerta.

—Si esa hubiera sido su intención, la puerta no continuaría en su sitio —apostilla quien me empieza a parecer un policía porque la fe es lo último que se pierde.

—Será la policía, que ha llegado y está tratando de reducirlo.

Tres o cuatro ráfagas hacen esta situación aún más confusa. Perdemos otro cristal, aunque en esta ocasión su contraventana aguanta estoicamente.

—Están luchando entre ellos. Si no me liberáis, vamos a morir antes de que llegue la policía.

—¿Quiénes son ellos? ¿El Musculitos y ese tal K?

—Musculitos y K están en el mismo bando. El arma que ha arrancado la ventana no la usamos nosotros.

—Te refieres a la policía.

—Sí. —Nuestro turista se enfada—. ¡Yo soy policía!

—Entonces, ¿quién la está utilizando?

—¡Suéltame!

—De eso nada. —A Paco tanta tensión se le debe estar acumulando en el estómago. Se lleva la mano ahí, apretando como si eso fuera a calmarlo.

—Si está sucediendo lo que creo, la policía no va a liberarnos rápidamente. Ahí fuera podría haber mucha gente que se lo impida y tenemos al alcance de la mano la razón de su lucha.

—¿Las flores?

—Plantas similares se venden a mil euros la unidad. En Rusia hay muchos ricos que las demandan y aquí hay muchas flores.

Amparo rebusca entre las cajas de cartón blancas que han quedado esparcidas debajo de la mesa de madera.

—Cada caja tenía mil sobres de plástico. Hay dieciséis cajas vacías.

—Encima de la mesa hay siete cajas abiertas y están medio vacías. —Apunta Clara haciendo cuentas mentalmente.

—Son muchos millones de euros y no van a renunciar a ellos. Quítame, aunque sea, la cuerda

de los pies. Tengo que mirar por la ventana.

—¿Acaba de volar por los aires y quieres poner ahí tu cabeza?

—¿Y a ti que más te da? Todavía piensas que puedo ser uno de ellos.

—Marina, deja que lo haga.

—Está bien, pero como intentes jugárnosla ya sabes cómo vas a terminar.

—Hoy ya me han golpeado una vez en la cabeza. No haré ninguna tontería, miraré y volveré a sentarme.

Las tres hermanas se preparan de nuevo. Nadie ha dicho nada. Es como si todos supieran que les corresponde a ellas la tarea de atizar al turista con la máquina selladora en caso de que haga algún movimiento sospechoso. La tercera va a tener que buscar otro método de ataque, porque este chico lleva el pelo tan corto que dudo que pueda agarrárselo.

Corto la atadura y me separo varios metros. Se incorpora torpemente. Lleva un rato quieto y se le habrán quedado dormidas las piernas. Se acerca en el momento en que una tromba de agua comienza a caer sobre Lagunafría. No se puede oír disparos. La lluvia actúa como silenciador.

La agilidad del turista lo salva de recibir una bala, que deja su marca en la ya dañada contraventana, que se había librado de recibir anteriores impactos.

—Apenas hay visibilidad, pero hay tres coches aparcados en la calle. Pertenecen a la banda y tienen cortada la salida a la carretera comarcal. Una furgoneta blanca y un todoterreno están colocados a nuestra derecha, así que estamos en medio del fuego cruzado.

—¿Todos son rusos?

—Sí.

—¿Están peleando para ver quién se lleva las flores?

—¿Qué otra razón podrían tener?

—¿Por qué no nos cuentas lo que sabes? —No va a servir de mucho si nos matan, pero necesito saberlo.

—El jefe de la banda vive en Gerona, uno de tantos rusos que se marchó de su país buscando un lugar más cómodo para continuar delinquiendo. Tenemos contabilizados a veintiocho individuos. Los seguíamos porque teníamos sospechas de que se dedicaban a la falsificación de tarjetas de crédito. Actuaban en la costa mediterránea.

»A comienzos de marzo, cuando comenzábamos a tener pruebas de sus delitos, de repente dejaron de hacerlo. Vinieron a Zamora y alquilaron una antigua finca ganadera que tiene una casa. Allí se establecieron la mayoría de ellos.

»Durante semanas se movieron por toda la provincia. Salían por la mañana seis coches, cada uno con dos ocupantes, y se dedicaban a recorrer kilómetros. Se bajaban constantemente, entraban en los pueblos, caminaban por los caminos. Todo era tan extraño que descolocó a nuestro equipo.

—¿Qué buscaban?

—La laguna —dice pasándose la mano con cuidado por donde recibió el golpe.

—Cuando el trigo está alto no se puede ver desde la carretera.

—Pero hay una aplicación que se llama Google Maps —le explico a uno de los maridos que solía cuidar la laguna escopeta en hombro—, que saca fotos desde el cielo de cada pueblo. Puedes mirar toda la provincia hasta encontrar todos los puntos donde aparece agua.

—No se puede distinguir —rebate el turista—, ya lo miramos. La foto se tomó hace dos años en verano y solo se aprecia una diferencia de color. Parecen zarzas. Hace cuatro días un helicóptero de nuestro equipo sacó fotos. Anocheceía y algunos de vosotros estabais en la orilla con linternas. —Lo ha encontrado por la cara de dolor que pone.

—Recogíamos las últimas flores.

—Sabíamos que miembros de la banda acudían a diario al pueblo. El trigo ya estaba segado, ahí tenía que estar lo que buscaban.

—Hace dos años la laguna se secó —recuerda Paco—. Es algo habitual. Lo extraño es que este tenga tanta cantidad de agua en el mes de julio.

—Al final la encontraron.

—Y las flores, ¿por qué las buscaban? ¿Cómo sabían que crecían en la laguna? —pienso en voz alta.

—Por el amigo del nieto de mi hermana. —Licinio se muestra avergonzado.

—Explícate.

—Mi hermana emigró a Cataluña de joven. A mediados del verano pasado hablé con ella. Su nieto andaba metiéndose en líos: lo habían sorprendido cuando robaba dinero en una tienda, camisetas en otra... Le dije que viniera, que aquí se recuperaría. Yo pensaba que se negaría, pero mi sobrina llamó diciendo que fuera a recogerlo a Toro porque llegaba con un amigo. Estarían un par de días solos conmigo y luego vendría el resto de la familia a pasar las fiestas.

—¡Aquellos dos muchachos eran dos demonios! —recuerda Clara.

—No paraban quietos, se aburrían en el pueblo. Cuando vieron mi vieja escopeta se empeñaron en cazar pajaritos. Me amenazaron con marcharse si no los dejaba usarla. Tuve que acompañarlos a la laguna porque salieron persiguiéndolos y me dio miedo de que se disparasen un pie.

—¿Y cómo supieron que esas flores son increíblemente poderosas? Son una especie muy rara, tanto que nadie sabía que existían.

—Por las ovejas del Tuerto.

Ya me he acostumbrado a escuchar motes, este es muy sencillito.

—¿Se las comieron?

—A las ovejas no les gusta acercarse al agua. Todas han probado a beber y aquí solemos decir que son tontas para lo que les interesa. Recuerdan muy bien cómo se les hunden las patas en cuanto pisan la orilla y con una vez que lo hagan es suficiente; después se mantienen a varios metros.

—¿Entonces? —Me he perdido. ¿Qué hicieron las ovejas, señalar con la pata balando: «Droooooogggggaaaaaa, droooooogggggaaaaaaa».

—Honorio llevaba días sacando a las ovejas del Tuerto, al que habían operado de la próstata. Era la primera vez que esas ovejas se acercaban a la laguna. Al Tuerto no le gustaba hacerlo porque se le habían ahogado dos y las llevaba a otros lugares a pastar. En cuanto olieron el agua intentaron beber y una de ellas rumió un par de flores que estaban a su alcance. Empezó a dar brincos y a tirarse al suelo para luego levantarse y empezar a correr. No pensé que fuera importante, pero, cuando llegaron los rusos y nos llevaron a rastras hasta la laguna señalándonos las flores, recordé lo sucedido y la llamada de mi hermana en marzo. El amigo de mi nieto había aparecido muerto en una cuneta con un tiro en la cabeza.

El temblor del suelo de madera se desplazó como onda en el agua de un estanque.

Capítulo 19

¡Otra vez en el suelo! ¿Ha sido mi voluntad la que ha puesto mi nariz a oler el polvo o me ha desequilibrado la vibración que ha pasado por mi cuerpo y me ha dejado aturdida?

Los crujidos del techo no dejan mucho tiempo a la elucubración. ¿Qué ha sucedido? ¿Hay algún herido? Si es así, ¿tendré el coraje necesario para no desmayarme y ayudar a quien lo necesite? La mente trabaja a una velocidad de vértigo, los pensamientos se superponen y mi corazón se excita. Puedo notar cómo bombea con fuerza. Estoy, por tanto, viva; todavía tengo oportunidad para decidir mi destino o, al menos, para intentarlo.

El ala derecha de la ventana, esa que había sobrevivido a los impactos de diversas municiones, ha desaparecido. También se han esfumado el portón y la zona de pared que lo rodeaba, y se ha creado un agujero del tamaño de un vagón de tren, que deja ver el metal negro de un coche de alta gama con tracción a las cuatro ruedas. Uno de los bancos de madera se ha desplazado por el impacto y es lo que ha causado que ahora yo esté levantándome del suelo.

Nos miramos incrédulos, nos han embestido. Mantenernos alejados después de comprobar que las balas atravesaban la madera como si fuera queso fresco nos ha salvado. No tenemos que lamentar ni un rasguño y eso ronda lo milagroso, en vista de la edad media de mis compañeros de fatiga. Atiendo la llamada entrante de mi teléfono.

—Voy a soltarte.

—¡Ya era hora! Podría estar muerto a estas alturas.

—Pero estás vivo, así que no te quejes y quédate quieto si no quieres que te corte.

—Me llamo Gonzalo.

—¿El otro no era tu nombre auténtico?

—No. —Hace una rápida revisión de nuestro dañado refugio—. Id todos a aquella esquina. — Es sin duda la parte más segura del local, en la parte trasera y pegados a la casa contigua.

Comprobamos que el Sonrisas continúa soñando con los angelitos. Gonzalo me sonrío condescendiente. Yo he obrado con prudencia y, aunque se haya sentido impotente por mantenerlo atado siendo uno de los buenos, sé que él hubiera hecho lo mismo de estar en mi lugar.

Las parejas se abrazan y quienes no la tienen se consuelan susurrándose palabras de ánimo. Clara me agarra la mano. La suya está fría y la mía llena de polvo, pero no importa: el contacto es

vital.

Gonzalo me hace señales para que me acerque. Quiere contarme algo y me espera en mitad del local para que los demás no lo puedan escuchar.

—Uno de los de la banda está muerto dentro del coche. La fachada delantera está cediendo y si cae podría arrastrar al resto de la casa. Tenemos que salir de aquí.

—¿A dónde? —El relámpago anuncia al trueno que rompe sobre nuestras cabezas con rabia.

—A los campos. La policía rodeará el pueblo si no puede acceder por la carretera. Tarde o temprano encontraremos a alguien.

—¿Con esta lluvia? Pillarán una neumonía.

—La pasarán en el hospital comarcal, pero estarán vivos.

Empieza a caer polvo sobre nuestras cabezas. El balcón de madera se desploma sobre el coche y arrastra grandes piedras y vigas del suelo de la primera planta.

—Me parece bien. —No quiero morir sepultada—. Tú dirás qué debemos hacer.

—Yo saldré primero —explica acercándose a la única ventana que hay en la fachada trasera—. Revisaré el terreno. Si está despejado, podréis salir.

Libera las contraventanas, parece que se hubiera hecho de noche. Los rayos están por todas partes. Las ráfagas de viento empujan los cristales. Cuando Gonzalo abre las ventanas, chocan estrepitosamente contra la piedra y rebotan varias veces.

—Mantente aquí. Si te hago esta señal. —La universal mano con el dedo índice hacia abajo—. Cierras inmediatamente, ¿entendido?

—Entendido. Ten cuidado.

—Siempre, soy policía. —Sonríe y veo al turista que me ayudó cuando mi coche no quiso arrancar.

El golpe que recibe con la bolsa negra en cuanto pone los pies en el exterior lo arroja contra el suelo. Una figura pequeña ha aparecido de la nada. Su ropa chorrea y su flequillo le cubre la cara. Gonzalo se levanta y prepara su puño para bloquear a su oponente.

—¿Rosa! Es Rosa, mi amiga. No la golpees, por favor.

He gritado, pero tenía que hacerlo, Rosa es muy menuda y no soportaría un golpe de Gonzalo. La lluvia también ha mojado su camiseta y deja al descubierto una figura musculosa que lanzaría a Rosa por los aires como si fuera una muñeca de trapo.

—¿Marina? ¿Estáis bien?

—Sí. ¿Qué haces aquí? —le pregunto con medio cuerpo fuera de la lonja para hacerme

entender por encima del ruido del viento.

—Esconderme. ¿Y tú qué haces con el turista simpático?

—Soy policía. —A Gonzalo no le hace gracia el comentario de Rosa y acompaña su respuesta con una mueca.

—¿Sí? —Me mira echándose de nuevo el pelo hacia atrás. La cara le gotea como si estuviera debajo de una ducha.

—Es de los buenos.

—Al otro lado hay muchos malos. —La mano de Rosa abarca la calle principal de Lagunafría; la única que tiene el pueblo.

—¿Cuántos? —pregunta Gonzalo frotándose el hombro donde ha recibido el bolsazo de Rosa.

—Una docena, quince quizá. No te podría asegurar el número.

—¿Que llevas ahí? ¿Piedras?

—Tres botes de laca, cinco tintes de pelo, dos cepillos y una caja de ampollas para evitar la caída. ¿Hay algo más que quieras preguntar?

El tono de Rosa y su postura desafiante dejarían pocas ganas de hacer nuevas preguntas a casi todo el mundo. Gonzalo está funcionando en modo «policía» y no se deja intimidar por la cara de «como me sigas tocando las narices te vuelvo a arrear y con más fuerza» con la que lo está mirando Rosa.

—¿Has visto a la policía? Estarán a punto de llegar si no lo han hecho ya.

—¿Qué crees, que tengo poderes? No hay modo de ver nada con esta tormenta. En cuanto han aparecido esos tíos asaltando el pueblo y disparándose, he echado a correr.

—¿Y tú que haces en Lagunafría? —Rosa aparece siempre al mediodía.

—Había quedado con las *ladies* a las tres, pero tengo una boda y voy a peinar, bueno, iba a peinar a media docena de amigas de la novia. He llegado por allí —dice señalando la ubicación del camino de tierra que lleva, si no se tiene prisa, a un pueblo muy similar a Lagunafría—. Necesitaba adelantar una hora mi visita y he llamado al taller hasta que el dedo se me ha quedado dormido. Como nadie me lo cogía no me ha quedado otro remedio que acercarme con el coche. Quería dejar estos productos para no olvidarlos, son un encargo de mis ladies. He aparcado el coche detrás del tuyo, el taller estaba cerrado y me estaba calando así que me he vuelto a meter en mi coche. Estaba esperando a que parase la lluvia para salir de nuevo y empezar a tocar las puertas de todas las casas, cuando he visto que un hombre salía de aquí.

—¿Y no te ha visto? —Gonzalo recela.

—Pues parece que no —le contesta de mala gana.

—Rosa tiene un coche muy pequeño —aclaro antes de que vuelvan a ponerse agrios.

—Antes trabajaba en el centro de Zamora y encontrar aparcamiento es muy difícil, así que compré el coche más pequeño que encontré de segunda mano. Y ahora que ya ha quedado aclarada esta cuestión, continuaré. Se ha marchado calle abajo y, aunque la lluvia no amainaba, he decidido salir porque en alguna parte tendríais que estar. Yo necesitaba cambiar la hora y, si me quedaba más tiempo esperando, llegaría tarde a mi siguiente cita.

—Y te has encontrado con el tiroteo.

—Sí, Marina. Cuando iba a agarrar la manilla para entrar escuché disparos. Miré y vi hombres que corrían con armas en la mano. Pensé que estaban rodando alguna secuencia de una película de acción en Lagunafría y que por eso no estabais en el taller. Cuando la bala atravesó la puerta me quedé muerta del susto. Aparecieron más hombres, uno cayó al suelo chillando, otro cruzó la calle rodando y se quedó entre tu coche y el mío. Ya no podía marcharme, tampoco llamar pidiendo auxilio porque había dejado mi teléfono dentro del coche. Así que aquí me he quedado hasta que este ha aparecido.

—Podías haber preguntado. —Al poli parece haberle dolido más el sistema de defensa personal de mi amiga que el clásico golpe de culata en la sien.

—¡Es verdad! ¡Mil perdonos! No sé cómo no se me ocurrió preguntarte qué hacías saliendo por la ventana con una pistola en la mano. ¡Te ruego disculpes mi falta de educación!

—¡Qué mala leche tenéis las del Norte!

Alguien me llama. Noto su vibración, que se transmite desde el bolsillo de mi chaqueta hasta mi cadera derecha. El sonido de las gotas en los tejados, el viento, los truenos... ¡Escucho todo menos a la persona que está hablándome! Me tapo el oído izquierdo con la mano para concentrar mi audición.

—Preguntan por ti.

Gonzalo parece no tener dificultades para mantener una conversación con el inspector de policía cuyo nombre he olvidado.

—Dos furgonetas de la policía han tratado de acercarse por esa zona.

—El camino por el que yo he venido.

—Pero no pueden pasar, un arroyo se ha desbordado. Vienen hacia nosotros andando.

—¿Les esperamos aquí?

—La casa se derrumba y la de al lado también podría venirse abajo.

—¿Y qué hacemos? —grito a Gonzalo mientras me hago una coleta con la goma que esta mañana me coloqué en la muñeca. ¿Fue el sueño una premonición?

—De momento, decirles a todos que salgan inmediatamente.

—Yo me ocupo. —Entraré de nuevo en el laboratorio casero de droga.

—Yo te ayudaré desde este lado. —Rosa tiene buenas intenciones, pero poco cuerpo para ayudar a esta gente a bajar al suelo.

—Voy a echar un vistazo. Que nadie se mueva de aquí hasta que regrese.

Sacar a Paco es fácil, todavía mantiene una aceptable forma física. Licinio salta como si fuera una cabra y se encarga de bajar a Clara, que no debe pesar más de cuarenta kilogramos vestida. Paco se encarga de Amparo y de una de las Juanas. Los dos matrimonios se ayudan mutuamente. Sacar a las tres hermanas es harina de otro costal. Yo empujo desde dentro y literalmente las arrojo al otro lado cuando se quedan atascadas. Los quejidos de Rosa me parecen razonables: las tres tienen muchas carnes ocultas debajo de esas faldas negras.

—Ya están todos —le digo a Rosa saliendo de nuevo a la intemperie.

—Lo sé y mis brazos también. A las Kardashian no las pienso peinar de nuevo hasta que se pongan a régimen. La más alta casi me ahoga con sus tetas. Me las ha puesto en la cara cuando la he agarrado para ayudarla a bajar y no podía respirar.

—¿Las tres hermanas? ¡Ja, ja, ja! Pues se parecen muy poco a las de la televisión. Solo coinciden en que también son tres.

—Y en lo coquetas: los botes de laca eran para ellas. Cuando las peino quieren que les dure una semana y se aplican toneladas de laca extrafuerte. Podría haberlas dejado caer de cabeza y habrían rebotado por efecto de la laca.

Delante de nuestros ojos desaparece la ventana, el marco, la pared y el resto de la casa, levantando un gran estruendo. La vivienda contigua queda desnuda. Parece una casita de muñecas, con su cocina en la planta baja, sus escaleras, las habitaciones y el baño con saneamientos amarillos y alicatado a juego.

Toda la estructura empieza a escorarse hacia la pila de piedras y astillas en la que se ha convertido el laboratorio de droga. Cae lentamente, como si le diera pereza. Cuando alcanza el ángulo crítico se desploma y nos deja a todos con el culo al aire. Las gotas de lluvia atrapan el polvo que trataba de escapar al aire fijándolo sobre los restos de lo que hace escasos instantes eran dos casas tradicionales zamoranas. El Sonrisas descansará eternamente sepultado por piedras centenarias.

De repente, hay muchos ojos mirándonos y todos furiosos. Al pensamiento de «sálvese quien pueda» echamos a correr como niños que salen al patio del colegio en la hora del recreo. La

tragedia está servida.

¿Quién va a disparar a quién? Buena pregunta. El suelo se ha convertido en un barrizal. Una masa viscosa marrón captura nuestros pies soltando un lastimero «chof» cada vez que se le escapa uno.

Nos lanzamos cuesta abajo alocadamente. Rosa me persigue a mí y yo a Gonzalo, porque tiene un arma en la mano. Somos como los turistas japoneses que siguen a su guía en la basílica San Pedro y que, para no perderle entre el gentío, siguen el objeto que el profesional ha atado en la punta de una antena. El pueblo es minúsculo y por todas partes parece haber alguien cabreado dispuesto a dispararnos. La casa siguiente es la de Licinio. Nos acercamos a las dos fracciones de la banda que está empeñada en apretar sin tregua los gatillos de sus armas y en dejar las paredes de las casas como un queso Gruyere.

Hay una ligera pendiente. Estamos en la parte más alta del pueblo y nos dirigimos hacia la carretera comarcal. Yo patino, Rosa se cae soltando juramentos al viento, Licinio parece un saltimbanqui corriendo de puntillas y las Kardashian lo hacen unidas de la mano. Es difícil reconocerlas, la laca ha desaparecido de sus cabelleras plateadas. Ya no hay ondas ni pelos ahuecados. La ropa floja, que había ocultado su excesiva afición por las migas con chorizo y el chocolate a la taza con churros para la merienda, marca sus díscolas curvas. La de la verruga ha perdido una zapatilla, la más alta tiene unos cuantos tomates en las medias y a la que queda se le ha reventado la cremallera de la falda. Toda la presión recae ahora sobre el botón que en cualquier momento podría salir despedido como un cohete y que causaría daños de consideración a quien encontrase en su trayectoria.

Nos pegamos contra la pared del gallinero de Licinio. Las pobres gallinas están tan asustadas que no dicen ni pío. Nos miran desde una esquina donde se han agrupado para pasar el trago solidariamente.

Me siento desnuda. Gonzalo tiene una pistola, yo también necesito llevar algo en las manos. En sus días de gloria el gallinero tuvo otro edificio adosado, quizá un lugar donde guardar los aperos de labranza o los animales de mayor tamaño. Ahora una puerta cuelga de dos roñosas bisagras y las paredes, que han comenzado a desmoronarse, han liberado las piedras de la masa donde las aprisionaron los albañiles.

En este autoservicio cada uno escoge la piedra que mejor se ajusta a sus necesidades, en mi caso, dos cantos redondeados del tamaño de naranjas de zumo. Amparo se decanta por las mandarinas y mete varias piedras de esas dimensiones en el bolsillo de su delantal. Paco apuesta por la madera y arranca un trozo del marco que había quedado casi liberado al desaparecer el tramo de pared donde se anclaba.

Rosa rebusca en su bolsa. Tiene dos mecheros morados de propaganda y ofrece uno a uno de los maridos, junto con un bote de laca. De nada servirá su idea si la lluvia apaga la llama. Ese

mismo pensamiento es el de mi amiga por cómo se coloca mirando hacia los campos. Ha hecho muy bien siendo tan precavida. La laca está comprimida a tanta presión que el poder de la llama nos deja a todos con un «ohh» de niño en el día de Reyes.

—Vamos a intentar llegar a la carretera rodeando las casas por su parte trasera.

Gonzalo se prepara. A mí me parece buena idea; es la única. Si vamos hacia allí, tarde o temprano encontraremos alguna patrulla de la policía.

—¿No será mejor quedarnos quietos y esperar hasta que los reduzcan a todos? Están luchando entre ellos por la droga, nosotros ya no somos importantes.

—¿Cómo te llamas?

—Paco.

—Encantado, Paco. Soy policía y te puedo asegurar que para esta gente nuestras vidas son insignificantes. Lucharán entre ellos, contra la policía... No tienen escrúpulos y, si para matar a su enemigo la bala tiene que atravesarte, no van a cambiar la trayectoria. Aquí corremos peligro.

Como si hubiera escuchado nuestras palabras, K aparece con una amenazante arma en la mano. Ya no tiene puestas sus gafas de aviador y sus pequeños ojos azules nos miran convencidos de que nosotros somos los culpables de la lluvia, del barro que mancha su cara y del enfrentamiento entre los que defienden a su antiguo jefe y los que han decidido seguirlo bajo la promesa de un reparto del botín más justo.

Imagino que para K sí tiene sentido pensar que somos los culpables de su desgracia. Si el trabajo se hubiera terminado un par de horas antes, ahora estarían a muchos kilómetros de distancia y se habrían ahorrado el tiroteo.

La sonrisa torcida de K se va ensanchando según su brazo va tomando altura. Rosa demuestra una vez más que es una mujer de impulsos. Su lanzallamas casero alcanza al villano en el rostro y un olor parecido al del pollo al rozar las resistencias del horno se esparce por el aire.

Un grito espeluznante de dolor se mezcla con el de las balas que K dispara sin poder ver hacia donde apunta. La quemazón que siento en el brazo me asusta. Nunca antes había recibido un disparo y desconozco el dolor que provoca. Me da miedo mirar, pero tampoco puedo hacer como si no hubiera pasado.

La sangre se aligera con las gotas de lluvia. Parece una herida superficial y el alivio que siento hace que el dolor se reduzca hasta convertirse en un picor tolerable. La pared se deshace como un azucarillo. Nos agachamos mirándonos sin saber qué hacer.

—Tengo las llaves de la iglesia. —Amparo mete la mano a su canalillo. Como si fuera la chistera de un mago, un manojo de llaves colgado de un cordón rosa aparece esperanzador.

—Vamos, entonces. Sus muros nos protegerán. Allí esperaremos hasta que todo acabe.

K se aleja gateando del ruido de las balas. Su piel luce un intenso tono rojo turista alemán en su primer día de playa. En las películas que recrean una situación similar a la nuestra, todos parecen moverse al unísono. Lo que no enseñan es que esos grupos de las películas deben tener una reunión previa para acordar cada movimiento. Sin ese tiempo de preparación, la señal de Gonzalo nos levanta como resortes. Salimos todos en desbandada hacia la iglesia.

—¿Álex?

—¡Cariño! ¿Ocurre algo?

—Ha pasado algo en Lagunafría y quiero que te enteres por mí. Estamos todos bien.

—¿Cómo que estáis todos bien? ¿Dónde estáis?

—En Zamora, en la capital.

—Yo también. —La voz de Álex es impaciente—. ¿En qué calle estáis? Salgo a vuestro encuentro y me contáis qué ha pasado. ¿Quiénes estáis bien? ¿Le ha vuelto a doler el estómago a mi tío?

—Tu tío está bien, estamos en el hospital. —Necesito que venga y me dé un abrazo que haga que deje de temblar—. Pero te repito que todos están bien. Entra por Urgencias, me están atendiendo en uno de los *boxes*.

—En un minuto estamos ahí.

El teléfono se queda en silencio. ¿He obrado bien? ¿He usado las palabras adecuadas? Le he dicho que estamos bien y eso suele levantar sospechas, pero ¿habría encontrado alguien un modo mejor y más suave de decirle al hombre al que amo que sus padres, a los que él llama por inercia tíos, su pareja, el resto de habitantes de Lagunafría, y la mujer de su mejor amigo estamos siendo examinados en el hospital de las heridas leves que nos recordarán que durante unas horas fuimos valientes e inconscientes?

El repiqueteo de unos nudillos al golpear la puerta del cuarto de Urgencias donde me están cosiendo la herida me parece irreal. No puede ser Álex, acabo de colgar el teléfono. Examino mi brazo. Hace cinco horas no hubiera podido mirar y es probable que cuando los recuerdos se suavicen y las emociones vuelvan a su sitio tampoco tenga valor para hacerlo.

Siempre he mantenido la vista clavada obstinadamente por detrás de la enfermera que me sacaba sangre, he revisado los dibujos de la alfombra de casa de mi madre cuando el señor de las noticias anunciaba que las imágenes que íbamos a ver los telespectadores podían herir nuestra sensibilidad o he intentado anular mi sentido del oído cuando la gente se empeñaba en contarme con pelos y señales en qué había consistido su parto natural.

Floto en un limbo donde no hay cabida para los miedos. El médico me ha hecho varias preguntas que seguramente habrán tenido como objetivo valorar si me encuentro en estado de *shock*. Si comprobar que soy más fuerte de lo que pensaba –tanto en lo físico como en lo emocional–, si olvidar de repente toda mi excesiva sensibilidad ante la visión de la materia de la que está compuesto mi cuerpo y si desear comerme la vida a bocados son síntomas de estar en *shock*, me autodiagnostico: me encuentro en ese estado.

La herida luce fea. La bala rasgó la piel y alguna que otra capa de tejido que ahora se muestra reticente a volver a su sitio. El médico me regaña por crearme la responsable de que ahora tenga delante un trabajo difícil y poco agradecido. «Si hubieras presionado el corte, cuatro puntos habrían dejado la herida cerrada. Los bordes se han inflamado mucho y se han vuelto irregulares. Voy a tener que dar más puntos y va a quedar bastante marca».

¡Como si ahora mismo me importase lo más mínimo! La policía nos ha traído a todos al hospital sin anunciar por qué llegábamos llenos de barro, con la ropa húmeda y salpicados de pequeñas heridas. Me gustaría responder al médico que la próxima vez quizá lo pueda tener en cuenta. Cuando corría calle abajo y un gigantón con cara de matón salió a mi encuentro, no me acordé de hacerlo con mi mano derecha presionando el corte. Sí que recordé algo importante: que había metido dos piedras en los bolsillos de los pantalones y que los golpes que notaba en los muslos me los estaban causando ellas. A ese hombre también estarán riñéndolo ahora mismo por no haberse apretado la herida de la frente para que el cosido resultase más sutil. Se burló de mí cuando fallé por un par de metros el primer tiro. Se confió y ni vio venir la segunda piedra, que le acertó de lleno en la frente y le dejó cara de pasmado. Cuando entré en la iglesia me había olvidado de todo. No sentía dolor ni frío ni cansancio y me pareció el lugar más bello del mundo.

Dos nuevos «toc, toc» provocan un suspiro del médico. Estará pensando que, si ya el trabajo iba a quedarle feo, esta interrupción va a terminar de estropearle el día. La enfermera, intérprete en gestos de médicos con años de experiencia, se acerca para abrir a quien esté cabreando a su compañero y por ende haciendo que su guardia en Urgencias se torne difícil.

—¡Marina! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estáis todos en el hospital? ¿Y ese corte, cómo te lo has hecho? ¿Habéis tenido un accidente?

Álex lanza las preguntas sin tomar aire, transmitiendo su nerviosismo al médico. El facultativo lo mira por encima de sus gafas de pasta verde pistacho y, antes de que mi chico enfurezca aún más al hombre que tiene el futuro de unos centímetros cuadrados de mi piel en sus manos, le imploro con mi mano libre que guarde silencio.

Examina mis dedos, mis uñas están sucias y, en la palma, un feo arañazo da constancia de un patinazo que también ha quedado grabado dolorosamente en mis posaderas.

—Manténgalo tapado. No lo moje y vuelva dentro de un par de días. Yo estaré por la mañana. Hasta luego.

—Adiós y muchas gracias.

—Gracias, doctor. —Álex parece haber recuperado la calma y le ofrece la mano, que el médico estrecha sonriendo por primera vez porque es humano. Entiende que lo que para él es rutina, para pacientes y allegados que acuden a Urgencias, es un hecho traumático que altera hasta al más templado.

La enfermera termina el trabajo. Álex recibe una llamada. Sale para atenderla al pasillo y vuelve segundos después.

—Era Gerardo. Me preguntaba por ti. Rosa tiene una pequeña quemadura en los dedos. No va poder a lavar cabezas en una semana.

—Tenías que haberla visto...

El abrazo es fuerte, protector, suave, íntimo y reconfortador. Las miradas y los cuchicheos a nuestra salida son inevitables. Hemos llegado en las furgonetas de la policía y los agentes nos esperan tomando café en la sala de espera. Tenemos que prestar declaración. Álex lo sabe, para poder pasar ha tenido que superar el control y ahora nos acompañará hasta la comisaría. Podremos antes recoger unos bocadillos y latas de refresco de la cafetería del hospital.

Después de unos minutos de tira y afloja, Álex consigue subir conmigo y con sus tíos a la furgoneta. Gerardo también se ha salido con la suya y nos sigue en su coche, con Rosa sentada en el asiento de copiloto. No podemos contar nada y a nadie le apetece hablar del tiempo. Esta mañana hemos comprobado empíricamente la fuerza con la que caían las gotas durante una tormenta veraniega y la velocidad con la que el viento las arrojaba contra nuestras caras.

Álex ha repartido sus dos manos entre las de su tía y las mías. Nos sonrío a ambas y de vez en cuando pasea sus ojos por alguno de mis rasguños. Entonces, una arruga se forma en su frente y la mantiene hasta que percibe que lo estoy observando.

Le doy mi bocadillo, no podría tragar ni un mordisco. A las Kardashian no parece haberles afectado el apetito y mastican a dos carrillos, dando tragos sin perder detalle de la actividad de la jefatura provincial. Las observo, parecen tranquilas, animadas incluso. Se han mostrado implacables con el Sonrisas. Han escapado por una ventana y han corrido con sus lozanos cuerpos por las praderas sin quejarse ni una sola vez. Esta habrá sido, seguramente, la mayor aventura de su vida.

Suelto la mano de Álex para pasar a declarar. Empiezo a sentirme cansada.

Capítulo 20

—Hijo, ¿el aire acondicionado lo has colocado para resucitar a quienes suban hasta tu apartamento?

—Solo son tres pisos, tío.

—Me han parecido trescientos. Todavía tengo agujetas por la carrera de ayer.

—Estuviste magnífico. —Amparo está orgullosa de Paco y, aunque yo no lo vi, todo su grupo coincidió ayer en que su lanzamiento de palo fue digno de medalla olímpica.

—Hacía cincuenta años que no lanzaba una vara y el palo estaba desequilibrado.

—Si llega a estar equilibrado, acabas tú solito con toda la banda. Mi padre siempre dice que nunca perdías una apuesta de chaval. Donde apuntabas clavabas la vara.

—¿Gerardo! No le habrás contado nada a tus padres, ¿verdad?

—No, cariño, en mi casa nos comunicamos. Aunque tú no lo creas, mi padre y yo no estamos siempre hablando de fútbol. A veces me cuenta cosas de su niñez. Cuando viene algún amigo de su cuadrilla al restaurante, recuerdan viejos tiempos y ya había oído hablar de la destreza de Paco lanzando varas.

—Exageraciones. ¡Ja, ja, ja! Necesito un vaso de agua.

—¿Y tú, tía?

—Yo lo que necesito es irme a un balneario una semana para recomponer mi cuerpo. Me duelen hasta las pestañas. La próxima reunión la haremos en mi casa.

—En toda la comarca no se habla de otra cosa. Si nos hubiéramos reunido en Lagunafría o en el restaurante, ahora tendríamos sentado al lado a algún pariente o amigo cotilla que quiere saber. He desconectado el portero automático, pueden apretar hasta que se cansen.

Hemos preparado la mesa de la cocina abriendo por primera vez sus dos alas extensibles para que los seis podamos almorzar cómodamente.

—Esta mañana me han vuelto loco a preguntas en la tienda. Les he repetido a todos que no sabía nada, que yo estaba en Zamora y que solo habíamos permanecido juntos unos minutos porque la policía había estado interrogándoos toda la tarde.

—¿Y se han conformado con esa respuesta? Todo el mundo sabe que Marina y tú estáis

viviendo juntos.

—Me consta. No me creían que no me hubiera contado nada cuando curiosamente les he dicho la verdad: que al llegar a casa se duchó y se quedó dormida en el sofá.

—De repente noté un cansancio horrible —aclaró a modo de disculpa—. No podía moverme, como si mi cuerpo se hubiera vuelto de piedra.

—A mí también me sucedió y me he despertado a medianoche sobresaltada. Creía que todavía estaba allí con el bolso en la mano.

—Doy fe. Me ha arreado un puñetazo con el puño cerrado que me ha dejado sin respiración.

Todos nos reímos ante la cara de Rosa y los gestos de Gerardo, que se echa la mano al pecho donde dice que lo golpeó su mujer. Después de tanta tensión, de pasar tanto miedo y del cansancio que supuso pasar la tarde en Zamora para que nos tomasen declaración a todos y curasen las heridas de algunos de nosotros, ahora llega el momento del alivio. Estamos bien, la pesadilla terminó y nos sentimos felices por poder disfrutar de este momento.

—Yo me he despertado varias veces, la primera porque debía de estar también soñando con ello y las otras porque estaba preocupado por Amparo.

—¡Si yo he dormido de un tirón!

—Pues por eso mismo, no has cambiado de postura en toda la noche, no has roncado. ¡Creía que te había pegado un patatús!

—Eso ha sido por la pastilla que me dio el médico para que me relajase, ¡y yo no ronco! A veces se me queda la boca abierta y respiro fuerte.

—Eso es, cariño, eso es...

Álex y Gerardo están manipulando las cazuelas que han traído del restaurante. No me importa lo que contengan, tengo tanta hambre que me podría comer casi cualquier cosa. El café con leche de hoy se ha precipitado en cascada por mi estómago hasta unirse a los restos del que tomé ayer para desayunar. Dos cafés con leche y dos cucharaditas de azúcar moreno en veintiocho horas, combinados con una sesión de ejercicios aeróbicos al aire libre en Lagunafría, me han dejado sin reservas de energía. ¡Espero que se haya notado en la báscula!

No tuve hambre hasta que regresamos de Zamora y entonces ya era demasiado tarde. Me dormí olfateando la tortilla de jamón y queso que Álex me estaba preparando.

—Ayer no era el momento, pero ahora sí que quiero saber toda la historia. No me enteré muy bien porque todos andabais bastante traumatizados y tampoco me importaba. Después del susto que me dio Marina cuando me llamó por teléfono desde el hospital, solo quería saber que estabais bien y que había terminado.

Álex sirve una generosa ración de ensalada de jamón y *foie* en cada plato. Hoy no me voy a privar de nada; comeré primero, segundo y postre. Mañana o quizá pasado mañana regresaré a la dieta, me lo he ganado.

—Pásame el aliño, Gerardo. Voy a comer esta ensalada como Dios manda, con aceite, vinagre y sal.

—Pero no abuses de la sal, Paco, a ver si vamos a salvarnos de una guerra para que te me caigas sobre la mesa desplomado por un exceso de tensión arterial. —Paco le enseña a Amparo la cantidad de sal que vierte sobre la verdura—. ¿Desde el minuto uno?

—Desde el principio.

—K vino a vernos por primera vez a comienzos de abril. —Amparo carraspea para aclararse la voz. Hay mucho que contar y poca prisa para hacerlo.

—Es el tipo que abrió la puerta del taller el día que me presentaste a Paco y Amparo —aclaro a Álex.

—¿Ese?

—Sí, nosotros ya lo conocíamos, pero no podíamos decíroslo. La primera vez que lo vi yo estaba en el baño sacudiendo la alfombrilla por la ventana. Había gente en la laguna y pensé que serían de esos que se dedican a estudiar los pajaritos o las plantas.

—¿Botánicos? —sugiere Gerardo.

—¡Esos! Ya habían acudido alguna vez para llevarse muestras de agua y tomar fotos, por lo que me fui al taller tranquilamente. Cuando salimos al mediodía, K se acercó para hacernos varias preguntas que contestamos inocentemente. Debería haberme dado cuenta entonces de que no era quien fingía ser.

—¿Qué preguntas?

—Cuántos vivíamos allí, de quién era la laguna, qué tipo de plantas crecían en sus orillas, o si había flores en verano. Tenía acento extranjero, pero ya había venido un alemán que estuvo dibujando cada hoja que se encontraba. Estos por lo menos hablaban castellano, no como aquel hombre, que cuando nos decía algo parecía que nos ladraba.

—¿También estaban los dos hermanos?

—Aquel día, sí. Al menos serio de los dos le gustaba charlar mientras nos vigilaba. Los hermanos son primos de K y me dio a entender que estaban con él porque la familia tiene que estar unida. Todos opinábamos que a K no le había quedado otro remedio que traerlos. Los reñía, y siempre que les hablaba parecía que le daba rabia hasta mirarlos a la cara.

—Se turnaban, Marina: unos días aparecían unos, por la tarde, mientras arrancábamos las

flores, había otros... No se quitaban las gafas de sol, muy fuertes, rubios y con cara de mala leche. ¡Todos parecían hermanos o primos! —Paco mueve los brazos a izquierda y derecha. Aquello debió ser muy estresante.

—¡Paco, o lo cuento yo o lo haces tú! Tres días después de su llegada K pidió hablar con los responsables del pueblo. Pensé que buscaba a alguien del ayuntamiento, pero lo que realmente deseaba era reunirse con un portavoz. Todos (menos Clara, que estaba con algo de catarro en la cama) estábamos en la puerta del taller. Se lo dije y lo invité a que nos informase en ese momento.

—¿Y qué os dijo? ¿«Soy K, el maligno, y vengo a tomar control de vuestra laguna»?

—No hizo falta, Rosa. Entramos de nuevo al taller. K y tres de la banda lo hicieron detrás, se colocaron en la puerta y sacaron las pistolas. Eso lo entiende hasta el más tonto, así que nos sentamos como nos ordenó y nos contó su plan.

—¿Y por qué no acudisteis a la policía?

—Por miedo, Rosa. Sabían dónde vivía la hermana de Licinio. Nos enseñó una foto tuya en la que entrabas en tu casa y otra con Gerardo en la puerta del restaurante.

—¡Serán hijos de su madre! Ojalá se pudran en el infierno.

—K va a pasar una buena temporada en el hospital antes de ingresar en prisión. Le hiciste un cambio de *look* radical. —Nunca olvidaré la imagen de Rosa cuando salió al encuentro de K con el bote de laca en una mano y el mechero en la otra.

—Si no llega a ser por la lluvia, lo dejo como un pollo asado: curruscante y sin pelos.

—Nos aseguró que desaparecerían en cuanto se llevasen las flores. No entendíamos de qué flores nos hablaba. Sacó una foto de una florecilla de esas. Son tan poquita cosa que cuando la miré creí que era una broma de mal gusto y se lo dije. Se puso como una fiera, me agarró del brazo y casi me lo parte. Paco se levantó para defenderme y los otros nos apuntaron con las pistolas. Pensé que nos iban a matar ahí mismo. Fue entonces cuando Licinio se levantó y pidió ver la foto.

—Se las había llevado el nieto el verano pasado —sugiere Álex, quien comienza a unir todos los retazos que ayer escuchó.

—El amigo del nieto, una bolsa llena de flores. Le contó a Licinio que eran para su madre, que sufría muchos dolores de cabeza, y él había leído que la infusión podía calmarla.

—Gonzalo me ha dicho que esta planta crece en otras zonas húmedas de la provincia y que no tienen constancia de sus poderes alucinógenos. —Ayer charlamos mientras tomábamos un refresco de cola de la máquina expendedora.

—¿Será el agua?

—El agua, la tierra... Lo investigarán.

Debió ser algo surrealista: la banda, que buscaba la laguna; la policía, que seguía a la banda; los habitantes de Lagunafría, que recogían unas flores que siempre habían estado ahí y a las cuales no se les había dado nunca importancia; las aves de la laguna, que se desesperarían porque no podían acercarse durante el día a refrescarse y los sujetadores, que se agotaban en las estanterías de las mercerías de España.

—Todo sucedió por casualidad. Si la oveja no hubiera empezado a brincar, si el muchacho no hubiera mostrado tanta curiosidad probándolas y si no hubiera caído alguna en manos de la banda, nadie se habría enterado del efecto que hacían.

—Si lo llego a saber, recolecto unas pocas para ponerlas en esta ensalada.

—¡Ni se te ocurra, Gerardo! Ya vimos el resultado que tuvieron sobre Licinio y Clara. —Cada vez que lo recuerdo...

—Tú te marchaste y no pudiste verlo todo: Clara, en el balcón, llamaba a Licinio a gritos con aquel nombre tan rebuscado que le había puesto; Licinio, debajo, intentó trepar por las paredes para salvarla y las Kardashian, que la sujetaban para que no se arrojase.

Si las cejas de Álex pudieran, se escaparían frente arriba. Si empezamos a hacer aclaraciones la historia no terminará hasta medianoche, pero en esta ocasión merecen una mención, porque fueron unas auténticas campeonas.

—Amelia, Josefina y Marisol.

—¡Ah! —Se queda con el tenedor suspendido en el aire. Creo que busca alguna razón oculta para este mote—. Fue Licinio quien calmó a K. —Álex recupera el relato donde lo habíamos dejado.

—Era el único que había comprendido la gravedad de nuestra situación. Los demás seguíamos aturdidos. ¡No es fácil aceptar que tienes una plantación salvaje de droga a pocos metros de casa y que hay gente dispuesta a volarnos la cabeza por ella! Nos explicó lo que esperaba de nosotros: teníamos que recoger una a una cada flor, dejarlas dos días con el aire acondicionado a tope y entonces meterlas en los hornos, donde se debían secar lentamente.

—Y contratasteis un nuevo contador eléctrico.

—¡Qué remedio! Nos dieron una lista con todo lo que teníamos que comprar y lo que consumirían las máquinas. Nos quedamos sin dinero, por eso no pudimos pagar ni el alta del contador nuevo ni la primera factura hasta que un cliente nos ingresó lo que nos debía.

—Deberíais haber contactado con la policía —repite Álex comprendiendo el peligro que todos hemos corrido.

—Nos dijeron que tenían nuestros teléfonos intervenidos. Cada vez que salíamos de Lagunafría, nos seguían con uno de sus coches. Recuerda el día que viniste con Marina sin avisarnos: K estaba vigilándonos. Licinio ya había recibido la llamada de su hermana. Si a aquel adolescente lo habían matado por las flores, a nosotros nos esperaba el mismo destino si nos oponíamos. Querían recoger todas las flores que saliesen y marcharse rápidamente. Es ahí donde el tiempo complicó lo que debería haber sido cuestión de días. La laguna tenía agua como hacía años no se veía y las flores salían como churros. Marina comenzó a trabajar en el taller y tú aparecías cuando menos lo esperábamos, así que el trabajo se atrasó.

—Se notaba que no querías que estuviéramos allí y no entendía la razón. ¡Como para adivinarlo!

—Cada vez que venías te ponías en riesgo. No te podía contar nada, no podía alejarte. ¡Ya no sabíamos qué excusa poner para que no vinieras! Seguían a Marina hasta Toro, nos enseñaban fotos de ella contigo y nos amenazaban con mataros.

—Tengo una duda, Amparo. ¿Por qué dejasteis que Rosa acudiera el viernes a peinarnos?

—Ya te habrás dado cuenta de que Rosa entra y sale de Lagunafría cuando le viene en gana.

—De momento, no he encontrado cartel alguno prohibiéndolo. Además, yo no sabía lo que se estaba cocinando en esa casa.

—Porque tú venías de vez en cuando, estabas cinco minutos y te marchabas.

—Cuando os tiño y peino paso un par de horas en Lagunafría.

—En nuestra casa, Rosa. Ni vas al taller ni paseas por los campos. Los malos lo sabían, se lo habíamos tenido que contar. Tú eres un terremoto y, si hubiéramos empezado todos a decirte que no necesitábamos arreglarnos el pelo durante varias semanas, habrías puesto el pueblo patas arriba.

—Pues hombre... por supuesto que me habría parecido que ocultabais algo. Una peluquera nueva, por ejemplo. Habría querido averiguar quién me había quitado el trabajo.

—Por eso no cancelamos ninguna de las visitas habituales. K lo sabía, conocía los horarios del panadero, del frutero, de Rosa... Desaparecían del pueblo cuando venían y nosotros fingíamos normalidad acudiendo a comprar la carne o peinándonos como siempre habíamos hecho.

—¿Tú los viste alguna vez, amor?

—Sí, una vez. Paco me dijo que estaban estudiando la laguna. Estaban lejos y no sospeché, ¡ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes? —Rosa se retira las lágrimas de los ojos. Gerardo y todos queremos saber la razón.

—Recuerdo que pensé: «¡Si parece un charco lleno de agua estancada! ¿Será que no tengo suficiente sensibilidad para ver la belleza del lugar? Un día que acuda a Lagunafría y no acabe justa de tiempo, me voy a acercar». ¡Menos mal que nunca encontré el momento para arrancar algunas flores!

—¿Para hacer un centro de mesa?

—No, Amparo, a mí esos adornos no me van. Quería hacer un marcapáginas para mi agenda de trabajo. Quizá me hubiera puesto «todo contenta» cada vez que la abriese por la página del día.

—Hay que comerlas para que hagan efecto.

—Yo también tengo una duda. —Rosa levanta la mano como si estuviéramos en el colegio—: La policía seguía a la banda, estos habían descubierto la laguna, además, había fotos en las que vosotros estáis recogiendo flores... ¿Por qué no actuaron antes sacándonos a todos del pueblo?

—Porque no sabían que K había montado su propio grupo. Habían podido escuchar alguna conversación entre miembros de la banda que permanecían fieles al jefe. Hablaban del sábado y por eso fue el falso turista a Lagunafría ayer. Quería charlar conmigo disimuladamente y advertirnos de que la policía vigilaba la zona desde lejos, ya que en estos campos no hay lugares donde esconderse. Los hermanos llegaron al mismo tiempo y ya no pudo contarme nada.

—Y por si fueran pocos también hicieron acto de presencia los que eran fieles al jefe. —Rosa lo cuenta como si acabara de descubrir un tesoro.

—Y se montó una buena —remata Paco poniendo los ojos en blanco.

—Mejor olvidarlo. —Yo, al menos, voy a intentarlo.

Sé que el lunes volveré a vivirlo al acudir a Lagunafría. Imposible no hacerlo viendo la casa del portón rojo derruida, las gallinas de Licinio o la laguna.

—¿Y el viaje a Barcelona, tía?

—Me pongo nerviosa al recordarlo. Teníamos las primeras cajas rellenas de bolsitas con flores secas. Esperábamos que se las llevaran y nos dejaran tranquilos, pero no fue así. K era el portavoz del jefe de la banda, el que transmitía sus mandatos y el que había tenido la brillante idea de que nosotros debíamos llevar la droga hasta un *parking* público de Barcelona.

—¿Para que solo vosotros corrierais el riesgo de ser descubiertos por la policía?

—Nunca he hecho un viaje tan malo en mi vida. Cada vez que me cruzaba con un coche de la guardia civil me sudaban tanto las manos que el volante se me escurría de los dedos. Nos habían dicho que nos seguirían durante el trayecto. A mí todos los coches me parecían los de ellos. En Barcelona nos perdimos, yo no conozco las calles. Amparo intentó guiarme con el teléfono móvil y aun así me equivoqué varias veces.

—Parecía que estábamos haciendo un *tour* automovilístico por la ciudad: pasamos cerca de la Sagrada Familia cinco veces. No la habré visitado andando, pero ya conozco sus cúpulas. — Amparo parece sentir pena por no haber podido entrar.

—Tan nervioso estaba que me metí por dirección prohibida y un policía de esos que tienen ellos...

—*Mosso* —ayuda Rosa.

—Un *mosso* se acercó. El corazón se me salía. Ya me imaginaba tratando de explicar qué hacíamos Amparo y yo con el maletero lleno de flores metidas en bolsas de plástico. —Paco se echa las manos a la frente al recordar esos tensos momentos.

—Un muchacho encantador. —Amparo tiene un recuerdo diferente de ese momento.

—¡Claroooo! Te llamo «chica» y empezaste a sonreír como una boba. Ahí estaba yo, a punto de sufrir un infarto, y tú coqueteabas con el agente.

—*Mosso* —repite Rosa.

—¡Yo no estaba coqueteando! ¡Y quizá no hubiera agradecido tanto las educadas formas del *mosso* si tú no hubieras estado tan grosero durante el viaje! —Amparo le sonrío, pero la pullita ha sido liberada.

—¿Qué querías, chistes? Llevábamos el maletero del coche lleno de droga.

—¿Y encontrasteis el *parking*? —A ver si vamos a ensombrecer esta comida por algo que pasó hace días.

—Sí, dejamos el coche y nos fuimos a dar vueltas como tontos por las calles cercanas. Tres horas y media después abrimos el maletero. Estaba vacío, así que nos montamos en el coche y dimos de nuevo cincuenta vueltas por Barcelona antes de encontrar la salida hacia Zaragoza. Tuve más suerte y aparqué cerca de la basílica del Pilar.

—Encontramos un hotel monísimo. Desde la habitación se veía la basílica.

—Amparo encendió velas como para quemar la iglesia.

—Es la patrona de España. Yo soy creyente y le pedí que nos ayudase.

Paco coge la mano de Amparo y la aprieta como solo quienes se conocen profundamente saben hacer: comunicándose a través de esos gestos. Esta mañana he llamado a mi madre y a mis abuelos. No saben nada y no seré yo quien les meta el miedo en el cuerpo. Si aparece en las noticias y me preguntan, les ofreceré una versión desnatada de lo sucedido.

La policía y los responsables del Gobierno nos solicitaron ayer que no le contásemos a nadie lo sucedido. La prensa tendrá su historia sobre los rusos: un ajuste entre bandas que se libró casualmente en Lagunafría y nos dejó a nosotros atrapados en medio del fuego cruzado.

Si la gente supiera que hay flores que crecen salvajes en el campo y que ingerirlas produce fantásticas alucinaciones, miles de personas acudirían a recogerlas cesta en mano, como si de setas se tratase. Más de uno acabaría en el hospital intoxicado en su búsqueda de nuevas especies.

Guardaremos el secreto. Los habitantes de Lagunafría lo harán porque no quieren que su pueblo se llene de frikis buscando un remedio contra su infelicidad o nuevos traficantes ávidos de dinero fácil; los demás lo haremos porque tenemos raíces que nos unen al pueblo y a sus gentes.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué terminaron luchando en bandos separados?

—Por dinero. K lo dijo cuándo lo metían en la ambulancia. El jefe de la banda recibía las ganancias sentado cómodamente en su sofá, mientras que ellos se exponían a largas condenas de cárcel si la policía los pillaba.

—Si K se hubiera mantenido fiel a su jefe, ahora mismo estaríamos llegando nuevamente a Barcelona. Sería nuestro segundo viaje y el que suponíamos el último. Ya no habían aparecido nuevas flores y confiábamos en que se marchasen y pudiésemos entonces dar aviso a la policía.

—Yo no era tan optimista como Amparo —nos confía Paco tomando un sorbo de vino para acompañar a la cinta de lomo rellena de frutos del bosque—, pero ¿que podíamos hacer?

—Adelantar el día de la recogida fue la solución de K para llevarse la droga y esconderse de la ira del jefe.

—Aparecieron el jueves por la noche. Estábamos dentro de la lonja colocando las flores dentro de las máquinas de secado. K nos dijo que había habido un cambio de planes. Ellos personalmente transportarían las cajas y no se haría el sábado, las cajas saldrían el viernes por la mañana. Nos turnamos para trabajar: mientras unos vigilábamos los hornos otros descansábamos sobre los sacos. Lo siento mucho, Marina.

—Sí, tú pensabas en ayudarnos y nosotros te metimos en este lío.

—Marina y yo sabíamos que no habíais pagado las facturas del nuevo contrato de luz.

—¡Ya me parecía a mí difícil que alguien de este pueblo pudiera tener la boca cerrada!

—Me llamaron porque se preocupan por vosotros. Me resultó tan extraño que se lo conté a Marina y a Gerardo. Aprovechamos vuestro viaje a Barcelona para revisar el contador. El cable entraba en el bajo de la casa de los portones rojos. Todo estaba cerrado a cal y canto y no pudimos ver qué aparatos estaban consumiendo tanta electricidad.

—Me parece un milagro que nadie se enterase de nada. —Amparo se extraña y yo, ahora que conozco lo que pasaba en Lagunafría, también opino igual.

—¡Anda que decirme que Licinio y Clara se habían intoxicado por inhalar espray matarratas y que por eso andaban los dos besándose y metiéndose mano!

—No me lo recuerdes. Licinio empezó a decir que nos iban a matar a todos por unas puñeteras flores que ni siquiera sabía qué efecto tenían. Se la tragó y Clara, que lo estaba mirando, hizo lo mismo. Siguieron trabajando sin tener síntomas durante unos minutos. Cuando había empezado a relajarme comenzó a hablar como los galanes de sus culebrones. Ya sabes que lo hace muy bien, así que creímos que estaba de cachondeo. Clara se unió a su actuación y allí no había quién los parase. Salimos a la calle para separarlos. Queríamos llevarlos a sus casas y entonces te vimos a ti. Ellos te incluyeron en su novela. Tú nos mirabas alucinada y a mí no se me ocurría una mentira que justificase lo que estabas viendo y solté lo del matarratas a la desesperada.

—¡Matarratas en espray, Álex! Licinio y Clara se estaban dando un beso de tornillo y tu tía me cuenta toda tranquila que estaban fumigando el local para eliminar las ratas! Yo miraba y no veía ninguna mascarilla. Tampoco entendía por qué se habían metido todos dentro del local siendo tan tóxico.

—Eso no me lo habías contado. —Álex me mira sorprendido.

—Hacerlo hubiera sido como decir que tu familia está loca de remate. Tú mismo habías dicho que tus tíos no querían que se supiera qué había en ese local. Me pareció mejor callarme para no echar más leña al fuego.

—Licinio y Clara van a vivir juntos en la casa de él.

—¿De verdad? —Rosa se frota las manos—. ¿Van a casarse?

—Se van a juntar, Licinio no quiere perder el tiempo. Esos dos se gustan desde hace muchos años.

—Pero habrá una celebración, ¿no? Podríamos sorprenderlos con una comida. Se me ocurre un bonito peinado para la novia.

—Y regalarles un fin de semana en Madrid. Clara siempre ha querido conocer la capital.

—A mí cualquier fiesta que organicéis me parecerá estupenda, siempre y cuando se celebre dentro de un par de semanas. Tengo la rodilla inflamada, me han recetado antiinflamatorios y no se puede beber alcohol cuando te han medicado.

—No me extraña, Rosa, ¡ja, ja, ja! Menuda patada le arreaste a uno de ellos.

—Siempre había querido hacerlo. Soy bajita pero muy flexible y llego a cualquier entrepierna de hombre.

—No se lo esperaba. Se puso morado y fue cayendo al suelo a cámara lenta.

No es agradable recordar el miedo que pasamos. Habrá que olvidarlo partiéndolo en pedacitos. Aligerar algunos momentos y reírnos ayudará a deshacernos de ellos. Nos desternillamos de nuestros métodos de defensa personal. Álex y Gerardo se muestran

desconcertados, pero acaban riendo contagiados ante las personales explicaciones de Rosa sobre cada uno de nuestros momentos «estrella».

—¿Qué dijo la policía, Marina? ¿Tendremos que volver a declarar? Estaba tan nerviosa que no entendí muy bien lo que me explicaron. Yo les dije que sí a todo y cuando me metí anoche en la cama ya lo había mezclado y no sabía si yo tenía que acudir la próxima semana, o si serán ellos quienes nos llamarán.

—Nos van a llamar y tendremos que acudir a Zamora cuando nos lo indiquen, porque necesitarán más datos. Podemos hacer una vida normal, pero tenemos que estar localizables.

—Nos podrán encontrar a todos en el taller. Hay mucho trabajo atrasado, tanto que los maridos de las Juanas van a colaborar poniendo etiquetas y empaquetando la ropa.

—Cuenta conmigo para lo que necesites —ofrece Rosa.

—Y con ocho manos. Mi madre ha movilizad a mis tías. Las cuatro hermanas fueron a clases de costura y han quedado en el restaurante todas las tardes a las seis. Yo seré el taxista que las lleve. Mi padre las recogerá a eso de las diez.

Los ojos de Amparo se empañan. Álex se levanta y abraza a sus tías. También él tiene ese brillo que aparece en los momentos en los que la emoción se hace con el control.

—No sé cómo vamos a poder devolveros tanto favor. —Amparo no puede hablar, así que es Paco quien lo hace en nombre de los dos—. Hay facturas pendientes y estamos llegando a final de mes. Hay que pagar a los empleados su nómina y la paga extra. Todas las máquinas que esa gente nos obligó a comprar están aplastadas debajo de los escombros. No se podrá recuperar nada.

—He transferido dinero a la cuenta de la empresa.

—El lunes iré al banco y daré orden para que te lo devuelvan. Estoy segura de que nos podremos apañar —dice Amparo secándose una lágrima que se le ha escapado—. Pagaremos poco a poco a todo el mundo. Necesitas ese dinero para tu empresa, hijo.

—¿Rechazas mi ayuda?

El tono bromista que emplea Álex descoloca a su tía.

—No, hijo... yo...

—A los maridos de las Juanas los vas a dejar que os ayuden. La madre de Gerardo y sus hermanas van a trabajar varias horas al día hasta que se recupere la producción. Marina se ha sentado delante del ordenador en cuanto se ha levantado para adelantar trabajo, ¿y a mí no me dejas ayudar? Si lo prefieres, me siento delante de una máquina de coser, pero te recuerdo que me llamaste «manazas» cuando lo intenté hace años para sacarme unos eurillos. Lo puedo volver a intentar, con un poco de práctica seguro que acababa aprendiendo.

—¡No! Las máquinas de coser han aguantado muchos años y no quiero que las estropees de nuevo.

—Entonces, déjame ayudar a mi manera.

—Solo si es un préstamo que devolveremos en cuanto podamos.

—De acuerdo. Si hacerlo te deja tranquila, me parece bien, pero Marina estará vigilando para que no te precipites. —Álex se relaja, su tía ha aceptado su ayuda—. ¿Alguien quiere repetir o pasamos al postre? Hay helado de nata, de chocolate y tarta de queso de Gerardo.

—Yo estoy llena —comenta Rosa frotándose la barriga—, así que comeré un pedacito de tarta con una bolita de cada helado.

—Yo también me apunto. —Gerardo da un beso a Rosa en los labios—. Ya lo bajaremos después.

—¡Marchando un postre completo para todos! —Álex deja en la pila los platos sucios que le voy acercando.

—Pásame la botella de cava que he dejado en la nevera, Marina.

—¿Te parece bien que lo contemos ahora, amigo?

—El momento es perfecto —responde Gerardo llenando nuestras copas.

—¡Yo no debería tomar!

—Solo mojar los labios. La ocasión lo merece —le sugiere Álex a Paco.

—A ver, ¿no me digas que...?

—¿Qué? —Amparo me mira. Rosa también lo hace y por fin entiendo que están insinuando—. ¿Yo? ¡Noooo! —Me pongo colorada porque para estar embarazada hay que tener previamente cierta intimidad con un hombre, y me da pudor hablar de ello con Amparo y Paco por mucho que piense que es algo normal y que nadie se escandaliza por ello.

—Marina también se va a enterar ahora. —Si Álex ha captado la indirecta, lo está disimulando muy bien—. Gerardo y yo vamos a embarcarnos en nuestro primer proyecto conjunto: vamos a hacer un hotel.

—¿El castillo? —Álex no me había contado nada, pero Gerardo me parece un tipo estupendo y me alegro por ellos.

—No de momento. ¿Sabíais que había echado el ojo a unas ruinas situadas en una finca de cincuenta mil metros cuadrados? —les recuerda a sus tíos—. Ayer, mientras retozabais por los campos —apostilla y nos reímos todos ante la poética forma que ha elegido para describir nuestras carreras por los trigales para huir de las balas—, Gerardo y yo estábamos en Zamora

entrevistándonos con responsables de la concesión de permisos. Y va a resultar complicado.

—¿No se puede convertir en un hotel? ¡Si solo hay una pared y el resto son montones de piedra! —Mejor estaría rehabilitado y no con una caravana vieja dentro mientras uno de sus dueños vaga en ropa interior sobada.

—Estas viejas edificaciones se pueden rehabilitar. Haría falta presentar un montón de papeleo y un proyecto muy detallado que incluya el aspecto exterior, los materiales que se utilizarán, la decoración, cómo será el cerramiento de la finca... Todo eso llevará mucho tiempo. Hay otra cuestión que me preocupa más. Los hermanos pusieron la propiedad a la venta pensando que al morir sus padres ellos serían los únicos herederos. El castillo era de la madre y de un hermano cuya existencia desconocían. No hay datos de esa persona, si está viva o si, por el contrario, falleció. Tendrán que resolver primero esta cuestión si quieren ser los titulares de la propiedad.

—¿Abandonas la idea?

—No, mantendremos el contacto. Ellos tramitarán la cuestión de la herencia y yo le diré a mi vecino el arquitecto que prepare los documentos.

—¿Entonces? ¿Has encontrado otro lugar parecido?

—Sí, vamos a convertir la antigua bodega de la familia de Gerardo en un coqueto hotel.

Amparo y Paco se muestran sorprendidos. Rosa simplemente sonrío, ¡ya lo sabía!

—Gerardo me lo expuso esta mañana. —Está bien que se consulten y se apoyen. No me sorprende, Álex también ha actuado del mismo modo conmigo: me llevó al castillo para que le diese mi opinión.

—La antigua bodega está en el centro de los viñedos. Las habitaciones tendrían unas vistas excelentes y se podrían incluir visitas guiadas y catas al reservar.

—No había tirado el edificio porque esperaba tener algún día capital suficiente para acometer las obras.

—Ese tiempo ha llegado, amigo. —Se abrazan. Levantamos nuestras copas mientras todos aportamos ideas, como una piscina rodeada de vides, recogida de las uvas en la época de la cosecha supervisadas por un empleado de la finca, comedor exterior debajo de una gran pérgola blanca...

—Mañana daremos un paseo en moto para que lo veas.

—Yo estaré allí hasta las doce y media. De momento, tendré que continuar acudiendo al restaurante para ayudar a la familia.

—Ve pensando en hacer un traspaso de poderes a tu hermano porque te voy a necesitar muy pronto.

—Ahí me tendrás.

—Todos estaremos. —Si las ilusiones se comparten, los lazos se estrechan y es lo que estamos haciendo, entrelazando raíces. Es tan bonito sentirse parte de algo que tengo ganas de llorar.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

No me muevo. Sentir mi espalda contra su pecho y sus manos en mi cintura es mejor que cualquier medicina.

—Sí, todavía no he asimilado lo que sucedió. Me parece irreal, como si estos recuerdos hubieran sido fruto de mi imaginación.

—Una mente creativa como la tuya podría imaginar eso y mucho más. —Álex besa mi cuello.

—Va a ser duro volver a Lagunafría, recordar esas horas.

—Todo pasará, yo te ayudaré. —Me abraza con fuerza y me transmite su amor.

—Ya lo estás haciendo.

Algún día quizá cuente a mis nietos lo que sucedió en Zamora, el lugar donde encontré el amor que me buscaba a mí.

Fin

Si te ha gustado

Sucedió en Zamora

te recomendamos comenzar a leer

Nadie me gusta más que tú

de *María Ferrer Payeras*



Capítulo 1

Nueva York, finales de febrero de 1992

La sala de urgencias del New York Presbyterian Hospital se encontraba en calma esa tarde. Joana Brunet, una de los mejores médicos que había pisado nunca el servicio, estaba terminando de hacer unas anotaciones en la historia de uno de sus pacientes antes de irse a descansar un rato.

—Joana, ¿ya te han dicho algo?

Sharon se había acercado a ella mientras estaba entretenida con sus notas.

—No, nada. Pero imagino que ya no tardarán mucho.

—Estoy de los nervios, no sé cómo tú puedes estar tan tranquila.

—No sé si esa falta de confianza en mí debería ofenderme o hacerme reír.

Sharon entrecerró los ojos y miró a Joana sin disimular un reproche.

—¡Eres mema! Claro que confío en ti, pero es que no entiendo tu calma.

—Pues porque sé que me darán la jefatura de Urgencias a mí. No hay otras opciones. Soy la incuestionable sustituta de Patrick. Y tú, que eres mi amiga y dices que me quieres, deberías saberlo tan bien como yo.

Sharon negó con la cabeza. Era una enfermera bajita con muchas curvas y con el pelo rubio y ondulado. Ella y Joana tenían aproximadamente la misma edad y no podían ser más diferentes. Mientras que Joana era calmada, eficaz y muy resolutiva, Sharon era pura energía en movimiento, tan capaz como su amiga, pero que parecía multiplicarse por diez cuando tenían trabajo, o cuando estaba ansiosa, como en esos momentos.

—Anda, que, el día que repartían inseguridad, tú no hiciste cola, ¿verdad? Ven, vamos a tomarnos un café, ahora que esto está tranquilo.

—Vale, pero vamos a la sala de descanso, no quiero ir a la cafetería.

—¿Por qué no?

Joana miró a su amiga con los ojos muy abiertos y negando con la cabeza.

—Sharon, ¿no te cansarás nunca de intentarlo? —ironizó.

—Joana, dentro de nada serás la jefa y no pasarás tantas horas aquí dentro. Tendrás que acostumbrarte a que otros hagan el trabajo «sucio» y a desentenderte un poco de las urgencias que entran por la puerta. Tienes que empezar cuanto antes a asumir el hecho de que tu trabajo, a partir de ahora, será mucho más burocrático.

—Que vaya a ser la responsable del servicio no significa que vaya a estar encerrada en mi

despacho todo el día.

—¡Sí, claro! Si cuando seas la jefa le dedicas tantas horas al trabajo asistencial como actualmente, y a eso le añades el trabajo de coordinar y el administrativo, ¿cuándo piensas vivir? Si hoy por hoy ya no sales de aquí más que cada tres o cuatro días, a partir de marzo, ¿qué? ¿Te montarás un apartamento en el despacho?

—Sabes perfectamente que pienso pasar tantas horas en la planta como ahora, o más. Además, todavía soy adjunta y no quiero alejarme de la sala de urgencias más de lo estrictamente necesario, como no quería ayer, ni antes de ayer. Si quieres café, vamos al *office*. Además, y para tu información, fui a mi piso el viernes. No hace tanto de eso.

—Recuerdas que estamos a martes, ¿no? ¿Cuántas horas has dormido desde que volviste de tu casa?

—Las suficientes, estoy tranquila y despejada. No necesito descansar.

—Esto puedes hacerlo ahora que tienes treinta y dos años, pero dentro de nada no podrás llevar este ritmo. Necesitas frenar un poco, Joana, vivir la vida.

—Mi vida está muy bien tal como está. —Joana archivó la ficha del paciente que aún tenía entre las manos y se dirigió hacia la sala de personal—. No empieces otra vez con lo mismo. ¡No sé cómo lo hacemos para que nuestras conversaciones siempre acaben siendo sobre los mismos temas! Cada uno debe hacer lo que más le guste, y lo que a mí me encanta es estar aquí dentro. Ya he probado lo de la vida social y no es para mí. Te consta.

Sharon se dejó caer pesadamente sobre una de las destartaladas butacas de la sala de descanso.

—Espero que lo primero que hagas como jefa de urgencias sea ampliar este cuchitril. —La enfermera estaba dirigiendo la vista a ningún punto en concreto, pero fijándose, una vez más, en los azulejos de la pared más cercana a ella; de un verde deslucido, y exactamente iguales a las del mortuario, le daban a la habitación un aspecto lúgubre que le ponía los pelos de punta—. Cada día la odio más. —Se metió un trozo de rosquilla en la boca mientras esperaba a que Joana se acercara con las tazas de café.

—Hay algunas cosas que me gustaría cambiar de la unidad, pero esa no es precisamente la primera de ellas. Además, si Patrick no lo ha hecho ya, ha sido porque siempre le han denegado el presupuesto, y no te comas las rosquillas de Jonathan, que después se enfada.

—¿Por qué crees que lo hago? —preguntó con una sonrisa pícar—. Cuéntame otra vez qué te preguntaron los de la junta durante la entrevista.

—¡Venga ya! Te lo he contado un millón de veces, y lo has analizado y diseccionado palabra por palabra. Incluso podría decir que sílaba a sílaba.

—¡Tienes razón, tienes razón! Te lo darán a ti, estoy segura. No hay nadie en el servicio que esté más preparado que tú. Me atrevería a decir que si el jefe te aventaja es solo porque lleva treinta años más en la profesión, por nada más.

Joana se rio.

—Espero que Patrick no te oiga decir eso, no le haría ni pizca de gracia.

—¡Oh, vamos! Si sabes que te adora. Además, prácticamente te ha adoptado desde lo de tus padres.

La cara de Joana se ensombreció de golpe, aunque le gustaría no ser tan transparente, no podía oír mencionar a sus padres sin que un velo de tristeza empañara sus ojos. Intentaba disimular y aguantar el tipo, pero el dolor estaba ahí, todavía muy patente y casi palpable, después de cuatro años.

—Desde que Patrick me anunció que iba a jubilarse no he dejado de pensar en ellos y en todas las cosas que se han perdido. ¿Sabes que pensaban dedicarse a viajar? Pasar temporadas en España, leer un montón de libros que tenían atrasados, cuidar de mis hijos; eso lo decía mi madre. —Una leve sonrisa, que no le alegró la cara, apareció en sus labios.

Sharon observó a su amiga, a pesar de la pena que reflejaba su rostro en esos momentos, era una mujer guapa. Morena, alta y con unos ojos enormes de un color verde oscuro, hubiera sido una rompecorazones de darse a sí misma la oportunidad de salir a ligar. Pero Joana pasaba mucho de eso, era una mujer independiente y que solo vivía para su trabajo. Ella había intentado presentarle a alguno de sus amigos, siempre sin éxito. Bueno, no siempre; con Bruno, el decorador, había estado saliendo durante al menos cinco o seis meses, pero el chico se cansó de no tenerla nunca en casa. Después de remodelarle el piso de arriba abajo, había decidido seguir con su vida y buscar a otra mujer que estuviese más pendiente de él y menos de su trabajo.

—Siento haberlos mencionado, sé lo mucho que los echas de menos. Soy una bocazas.

—No te preocupes. —Joana estrechó la mano de su amiga—. Ya no duele tanto como antes. Pero no me acostumbro a su ausencia.

En ese momento Jonathan entró en la pequeña sala de estar.

—Joder, Sharon, siempre igual. ¿Quieres hacer el favor de traer comida de tu casa y no zamparte la de los demás? Jefa, dile algo, anda.

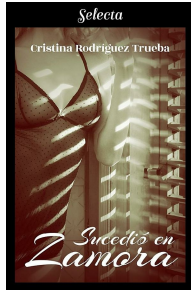
—Ya se lo he dicho, pero, total, para el caso que me hace... —Joana elevó los hombros—. Y todavía no soy la jefa.

—No lo eres, pero como si lo fueras. Todo el mundo sabe que te van a dar el mando. ¿Tú lo dudas, acaso?

Joana, que se permitía alardear delante de Sharon de su seguridad, no demostraba su confianza con tanto descaro cuando hablaba con otros compañeros. No era una prepotente. Sabía que el puesto era suyo, todos lo sabían y le hacían comentarios al respecto de forma continua, pero no había por qué jactarse de ello. Eso podía cosecharle muchas antipatías. Pero Jonathan le caía muy bien, así que, por una vez, dio rienda suelta a sus pensamientos ante alguien que no fuera Sharon.

—Estoy segura —le dijo en tono confidencial—. Tanto, que, si no me dan ese puesto, dejo el NYPH.

Sucedió en Zamora



Marina necesita cambiar de vida, dejar Nueva York y su trabajo en una gran multinacional de ropa interior de mujer y minúsculos bikinis. El azar le llevará a un decadente pueblo de Zamora, a un antiguo taller donde un matrimonio y casi todos sus habitantes (todos mayores de sesenta años) confeccionan bragas y sujetadores diseñados para resultar prácticos y muy poco sexis.

Marina aceptará el reto de modernizar la fábrica a instancias de Alex, el hijo del matrimonio, un hombre del que se prenda irremediablemente. El taller esconde un secreto, uno que ni él ni ella podrían adivinar y que obligará a Marina a hacer cosas que nunca había hecho.

Una batalla campal con las casas abandonadas del pueblo como escenario dará pie a situaciones que Marina solo había visto en las películas pero ya se sabe... ¡la realidad siempre supera a la ficción!

Cristina Rodríguez Trueba. Hola, me llamo Cristina Rodríguez Trueba. Nací y crecí en Portugalete y desde hace años resido en Laredo. Me gusta ir al monte, los animales (todos), el chocolate y sobre todo escribir. Si hay que buscar un culpable sería Julio Verne. Sus aventuras me cautivaron cuando con diez años mis padres compraron una colección con veinte novelas mágicas. Han pasado muchos años desde que descubrí que leer es soñar despierta y escribir es compartir mis propios sueños.

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, María Cristina Rodríguez Trueba © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-93-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Sucedió en Zamora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre María Cristina Rodríguez Trueba

Créditos